

KENT HARUF

Al final de la tarde



LITERATURA RANDOM HOUSE

Al final de la tarde
(Trilogía de la Llanura 2)

KENT HARUF

Traducción de
Cruz Rodríguez Juiz



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Cathy
y en recuerdo de mi sobrino Mark Kelley Haruf*

Quédate conmigo: rápido cae el anochecer;
la oscuridad crece; Señor, quédate conmigo.
Cuando otras ayudas fallen y escape el consuelo,
oh, amparo de los desamparados, quédate conmigo.

HENRY F. LYTE

ANOCHECER.[*] tiempo durante el cual anochece; final de
la tarde.

PRIMERA PARTE

Llegaron de la cuadra con la luz oblicua de primera hora de la mañana. Los hermanos McPheron, Harold y Raymond. Viejos aproximándose a una casa vieja a finales del verano. Llegaron por el camino de grava dejando atrás la camioneta y el coche aparcados junto a la valla y entraron uno detrás del otro por la puerta de la alambrada. En el porche se limpiaron las botas contra la hoja de sierra clavada en la tierra, rodeada por un suelo duro y brillante a causa del uso constante y mezclado con estiércol de establo, y subieron los escalones de tablones hasta el porche cerrado con mosquiteras y pasaron a la cocina, donde la chica de diecinueve años, Victoria Roubideaux, estaba sentada a la mesa de pino dándole gachas a su hijita.

En la cocina se quitaron el sombrero y lo colgaron de los ganchos clavados en un tablón junto a la puerta y de inmediato empezaron a asearse. Bajo la frente blanca, tenían la cara enrojecida y curtida por los elementos, y el pelo áspero de las redondeadas cabezas se había vuelto entrecano y rígido como las crines de un caballo. En cuanto terminaron en el fregadero se secaron uno detrás del otro con el trapo de la cocina, pero cuando se disponían a servirse el desayuno en los platos la chica les pidió que se sentaran.

No tiene sentido que nos esperes, dijo Raymond.

Quiero esperar, dijo ella. Mañana ya no estaré.

Se levantó con la niña a horcajadas en la cadera y llevó dos tazas de café y dos tazones de gachas y un plato de tostadas con mantequilla a la mesa y luego volvió a sentarse.

Harold se sentó mirando las gachas. Por una vez podría servirnos un bistec con huevos, dijo. Es una ocasión especial. Pues no, señor, solo este puré caliente. Que sabe a la última página de un periódico mojado. Repartido ayer.

En cuanto me vaya podrás comer lo que quieras. Sé que lo harás.

Sí, señora, probablemente. Entonces la miró. Pero no me corre prisa que te vayas. Solo intentaba bromear un poco.

Ya lo sé. Le sonrió. Se le veían los dientes blanquísimos contra la tez morena y tenía el pelo negro denso y brillante y cortado muy recto por debajo de los hombros. Ya casi estoy, dijo la chica. Primero quiero dar de comer a Katie y vestirla, y luego podemos empezar.

Déjamela, pidió Raymond. ¿Ya ha terminado de comer?

No, todavía no. Aunque a lo mejor contigo come. A mí me aparta la cara.

Raymond se levantó y rodeó la mesa y cogió a la niña y regresó a su asiento y se la sentó en el

regazo y echó azúcar en las gachas de su cuenco y vertió leche de la jarra que había en la mesa y empezó a comer, mientras la niña mofletuda de pelo negro lo observaba como si le fascinara lo que hacía. Él la asía cómodamente, con naturalidad, rodeándola con un brazo, y cogió una cucharadita y sopló y se la ofreció. Ella aceptó. Él también comió. Luego sopló otra cucharada y se la ofreció a la niña. Harold sirvió un vaso de leche y la cría se inclinó sobre la mesa y bebió un buen rato, sujetando el vaso con ambas manos, hasta que tuvo que parar a respirar.

¿Qué haré en Fort Collins cuando no quiera comer?, dijo Victoria.

Avísanos, contestó Harold. Pasaremos a ver a esta cosita en menos de dos minutos. A que sí, Katie.

La niña lo miró sin parpadear desde el otro lado de la mesa. Tenía los ojos tan negros como su madre, como botones o grosellas negras. No dijo nada, pero cogió la callosa mano de Raymond y la acercó al cuenco de cereales. Cuando él tendió la cuchara, ella la empujó hacia su boca. Oh, dijo Raymond. Muy bien. Sopló exageradamente, hinchando los carrillos, adelantando y retrasando la cara enrojecida, y entonces la niña volvió a comer.

Cuando terminaron Victoria se llevó a su hija al baño que había junto al comedor para lavarle la cara y cambiarla de ropa. Los hermanos McPherson subieron a sus habitaciones y se vistieron, con pantalones oscuros y camisas claras con broches nacarados y los sombreros Bailey buenos, blancos y acabados a mano. De vuelta abajo cargaron las maletas de Victoria hasta el coche y las metieron en el maletero. El asiento trasero estaba ocupado por cajas con ropa y mantas y sábanas y juguetes de la niña, además de una sillita infantil para coche. Detrás del coche estaba la camioneta, y en la plataforma, junto con la rueda de recambio y el gato y media docena de latas de aceite vacías y briznas reseca de bromo y un trozo de alambre de espinillo oxidado, estaban la trona de la cría y su cama de día, con el colchón enrollado en una lona nueva, todo ello sujeto con cordel naranja.

Regresaron a la casa y salieron con Victoria y la niñita. Victoria se detuvo un instante en el porche, con los ojos negros rebosantes de lágrimas repentinas.

¿Qué pasa?, preguntó Harold. ¿Hay algún problema?

Ella negó con la cabeza.

Ya sabes que puedes volver cuando quieras. Esperamos que regreses. Contamos con ello. Quizá te ayude tenerlo presente.

No es eso, dijo la chica.

¿Es que estás asustada?, apuntó Raymond.

Es solo que os echaré de menos, dijo ella. Nunca me había ido de este modo. De la otra vez, con Dwayne, ni me acuerdo ni quiero acordarme. Se cambió a la niñita de brazo y se secó los ojos. Es solo que voy a echaros de menos, nada más.

Llama para cualquier cosa que necesites, dijo Harold. Nosotros siempre estaremos aquí.

Pero os echaré de menos de todos modos.

Sí, admitió Raymond. Desvió la vista del porche, hacia el corral y los pastos marrones de detrás. Las lomas azules a lo lejos en el horizonte bajo, el cielo claro y vacío, el aire seco. Nosotros también te echaremos de menos, dijo. Cuando te vayas seremos como caballos de tiro viejos y exhaustos. Rondaremos solos por ahí, mirando siempre por encima de la cerca. Se volvió para observar la cara de la chica. Un rostro que ahora le resultaba familiar y querido, el bebé y los tres adultos vivían en el mismo campo abierto, en la misma casa vieja y destartada. Pero ¿no podrías apurar?, preguntó. Si vamos a hacerlo sería mejor empezar.

Raymond conducía el coche de Victoria con la chica sentada a su lado para poder volverse y atender a Katie, en la sillita acolchada. Harold los siguió en la camioneta, del sendero al camino comarcal de grava en dirección oeste, hacia la pista asfaltada de doble sentido y luego al norte hacia Holt. El paisaje a ambos lados de la carretera era plano y sin árboles, de terreno arenoso, los rastrojos de trigo todavía brillaban y relucían en los campos llanos tras la siega de julio. Detrás de las acequias, el maíz regado crecía hasta una altura de dos metros y medio, verde oscuro y denso. A lo lejos descollaban los silos altos y blancos del pueblo, junto a las vías del tren. El día era cálido y luminoso, con un viento caliente del sur.

En Holt giraron por la US34 y pararon en la gasolinera del cruce de la carretera con la calle Main. Los McPheron se apearon y se plantaron junto a los surtidores, a llenar los depósitos de los dos vehículos mientras Victoria iba a por dos cafés para ellos, una Coca-Cola para ella y un botellín de zumo de naranja para la cría. Delante de ella, en la cola de la caja, esperaban un gordo de pelo moreno con su mujer, una niña y un crío pequeño. Victoria los había visto pasearse a todas horas por las calles de Holt y le habían llegado rumores. Pensaba que de no haber sido por los hermanos McPheron podría haber acabado como ellos. Observó cómo la niña se dirigía hacia la entrada de la tienda y cogía una revista del expositor del escaparate y la hojeaba de espaldas, como si no tuviera relación alguna con la gente de la cola. Pero en cuanto el hombre pagó con cupones un paquete de galletitas de queso y cuatro latas de refrescos, la niña devolvió la revista a su lugar y siguió al resto de la familia por la puerta.

Cuando Victoria salió, el hombre y la mujer estaban en el aparcamiento alquitranado decidiendo algo. No veía a los niños, entonces se giró y los descubrió juntos bajo el semáforo de la esquina, mirando por Main hacia el centro del pueblo, y ella siguió hacia el coche, donde la esperaban Raymond y Harold.

Era poco después de mediodía cuando bajaron por la rampa de salida de la interestatal y se

adentraron en las afueras de Fort Collins. Al oeste, las estribaciones montañosas dibujaban una dentada línea azul oscurecida por el esmog amarillo que llegaba del sur, desde Denver. En una de las colinas habían formado una A blanca con rocas encaladas, un recuerdo de cuando los equipos de la universidad se llamaban Aggies. Condujeron por Prospect Road y giraron en College Avenue, el campus quedaba a la izquierda con sus edificios de ladrillo, el viejo gimnasio, los suaves prados verdes, y recorrieron la calle bajo los álamos y las altas píceas azules hasta virar por Mulberry y luego volvieron a girar y después localizaron el bloque de apartamentos un poco apartado de la calle donde vivirían la chica y su hija.

Aparcaron el coche y la camioneta en el solar de detrás del bloque y Victoria entró con la niña en busca del conserje. El conserje resultó ser una universitaria no muy distinta a ella, solo un poco mayor, una estudiante de último curso con sudadera y vaqueros y el pelo rubio peinado de punta con laca. Salió al pasillo a presentarse y enseguida empezó a explicar que estaba especializándose en magisterio y ese trimestre hacía las prácticas en una pequeña población al este de Fort Collins, hablando sin pausa mientras conducía a Victoria al piso de la segunda planta. Abrió la puerta y le entregó la llave del piso y otra de la portería, luego se paró de sopetón y miró a Katie. ¿Puedo cogerla?

Creo que no, dijo Victoria. No se va con cualquiera.

Los McPheron subieron las maletas y las cajas del coche y las dejaron en el pequeño dormitorio. Miraron a su alrededor y bajaron a por la cama de día y la trona.

De pie junto a la puerta, la conserje echó un vistazo a Victoria. ¿Son tus abuelos o algo así?

No.

¿Quiénes son? ¿Tus tíos?

No.

¿Y el padre? ¿También va a venir?

Victoria la miró. ¿Siempre haces tantas preguntas?

Solo intento que seamos amigas. No pretendía resultar cotilla ni maleducada.

No somos parientes, explicó Victoria. Hace un par de años me salvaron cuando necesitaba ayuda. Por eso están aquí.

O sea que son predicadores.

No. No son predicadores. Pero me salvaron. No sé qué habría hecho sin ellos. Y será mejor que nadie diga nada en su contra.

A mí también me han salvado, dijo la chica. Rezo a Jesús todos los días de mi vida.

No me refería a eso, dijo Victoria. No hablaba para nada de eso.

Los hermanos McPheron se quedaron con Victoria Roubideaux y la pequeña toda la tarde y las

ayudaron a ordenar sus pertenencias, luego las llevaron a cenar. Después regresaron al piso de alquiler. Tras aparcar en el solar de detrás del bloque se quedaron de pie en el frío aire nocturno para despedirse. La chica lloró otro poco. Se puso de puntillas y besó a ambos viejos en sus curtidas mejillas y los abrazó y les agradeció todo lo que habían hecho por su hija y por ella, y ellos, a su vez, la abrazaron y le dieron unas torpes palmaditas en la espalda. Besaron a la niña. Luego se apartaron, incómodos, y no supieron cómo seguir mirándola, ni a ella ni a la niña, ni qué otra cosa hacer salvo marcharse.

No te olvides de llamar, dijo Raymond.

Llamaré cada semana.

Está bien, dijo Harold. Queremos saber cómo estáis.

Luego volvieron a casa en la camioneta. Rumbo al este, lejos de las montañas y la ciudad, hacia las silenciosas llanuras altas que se extendían planas y oscuras bajo la miríada de estrellas indiferentes. Era tarde cuando enfilaron el camino de entrada y pararon frente a la casa. Apenas habían hablado desde hacía dos horas. La luz del poste junto al garaje se había encendido durante su ausencia, proyectaba sombras púrpuras más allá del garaje y de las edificaciones anexas y de los tres olmos raquíticos que crecían por dentro de la cerca que rodeaba la casa de tablonés grises.

En la cocina Raymond echó leche en un cazo y la puso a calentar y bajó un paquete de galletas del armario. Se sentaron a la mesa bajo la luz cenital y se bebieron la leche caliente sin mediar palabra. En la casa reinaba el silencio. Afuera ni siquiera soplaban viento que pudieran oír.

Supongo que podría subir a acostarme, dijo Harold. Aquí abajo no hago nada. Salió de la cocina y entró en el cuarto de baño y luego regresó. Imagino que piensas pasarte la noche aquí sentado.

Subiré enseguida, dijo Raymond.

Bueno, dijo Harold. Pues muy bien. Miró a su alrededor. A las paredes de la cocina y a la vieja cocina esmaltada y por la puerta al comedor donde la luz del patio se colaba por las ventanas sin cortinas hasta la mesa de nogal. Ya parece vacía, ¿verdad?

Terriblemente vacía, convino Raymond.

Me pregunto qué estará haciendo. Me pregunto si se encuentra bien.

Espero que esté dormida. Espero que la niña y ella estén durmiendo. Sería lo mejor.

Sí. Harold se agachó y atisbó por la ventana de la cocina la oscuridad al norte de la casa, luego se enderezó. Bueno, subo. No se me ocurre qué otra cosa hacer.

Subiré enseguida, quiero estar sentado aquí un rato.

No te quedes dormido aquí abajo. Mañana lo lamentarás.

Lo sé. No lo haré. Ve subiendo. No tardaré.

Harold se encaminó al dormitorio, pero se detuvo en el umbral y volvió a darse la vuelta.

¿Dirías que en el piso ese hace calor? He estado dándole vueltas. No consigo recordar nada de la temperatura de ese lugar que ha alquilado.

A mí me ha parecido bastante cálido. Mientras estábamos allí se estaba bien. Si no, supongo que me habría dado cuenta.

¿Hacía demasiado calor?

Supongo que no. Diría que también lo habría notado. Si fuera el caso.

Voy a acostarme. Solo te diré que esto está demasiado silencioso.

Subiré en un rato, dijo Raymond.

El autobús pasó a recogerlos por el este de Holt a las siete y media de la mañana. La chófer esperó, girada de lado en el asiento con la vista clavada en la fachada de la caravana. Tocó el claxon. Lo tocó por segunda vez, entonces la puerta se abrió y una chica con vestido azul salió al patio comido por las espiguillas y los matojos de té de Jersey, caminó cabizbaja hacia el autobús y subió los peldaños metálicos y se dirigió a la parte central, donde quedaban asientos vacíos. Los otros estudiantes la observaron avanzar por el estrecho pasillo hasta que se sentó, luego retomaron sus conversaciones. Entonces su madre salió de la caravana con el hermano menor de la mano. Era un niño pequeño vestido con vaqueros azules y una camisa demasiado grande abotonada hasta arriba.

Después de que el niño subiera la conductora dijo: No debería esperar a los niños. Por si no lo sabía, debo cumplir un horario.

La madre desvió la mirada, revisó la fila de ventanillas hasta que vio que el niño se había sentado con su hermana.

No pienso repetírselo más, dijo la conductora. Me tienen harta. Tengo que recoger a dieciocho niños. Cerró las puertas y soltó el freno y el autobús arrancó con una sacudida por la calle Detroit.

La mujer se quedó vigilando hasta que el autobús giró por la esquina de Seventh y luego miró alrededor como si alguien de la calle fuera a salir en su ayuda y sugerirle una réplica. Pero a esa hora de la mañana no había nadie más en la calle y la mujer regresó a la caravana.

Vieja y desvencijada, en otro tiempo la caravana había sido de brillante color turquesa, pero el sol y el viento la habían descolorido hasta dejarla de un amarillo sucio. Dentro, la ropa se amontonaba por los rincones y una bolsa de basura con latas vacías descansaba contra la nevera. El marido de la mujer estaba sentado a la mesa de la cocina bebiendo Pepsi de un vaso grande lleno de hielo. Delante tenía un plato con restos de huevos fritos y gofres congelados. Era un hombretón moreno que llevaba unos pantalones de chándal gigantes. La inmensa barriga le asomaba por debajo de la camiseta granate y los enormes brazos colgaban por detrás del respaldo de la silla. Estaba recostado, descansando después de desayunar. Cuando entró su mujer, el hombre preguntó:

¿Qué ha hecho esa? Vaya cara traes.

Bueno, es que me desquicia. No debería hacer eso.

¿Qué ha dicho?

Que tiene que recoger a dieciocho niños. Que no tiene por qué estar esperando a Richie y a Joy Rae.

Pues te diré lo que voy a hacer, pienso llamar al director. No tiene derecho a hablarnos así.

No tiene derecho a decirme nada, dijo la mujer. Pienso contárselo a Rose Tyler.

Salieron de la caravana al calor de media mañana y se encaminaron al centro. Cruzaron la calle Boston y siguieron por la acera hasta la parte de atrás del viejo juzgado cuadrado de ladrillo rojo y entraron por la puerta cuyo cristal rezaba en letras negras: SERVICIOS SOCIALES DEL CONDADO DE HOLT.

Dentro, a la derecha, se encontraba la recepción. Por encima del mostrador delantero se abría una gran ventanilla y, en la madera de debajo del cristal, un buzón de seguridad por el que se pasaban papeles e información. Detrás se sentaban dos mujeres a sendos escritorios con expedientes amontonados en el suelo debajo de las sillas, con teléfonos y más expedientes encima de las mesas. De las paredes colgaban grandes calendarios y boletines oficiales emitidos por la oficina estatal.

El hombre y la mujer se acercaron a la ventanilla, esperando mientras la adolescente de delante garabateaba en un papel amarillo de libreta barata. Se inclinaron a curiosear lo que escribía y enseguida la chica se detuvo y los fulminó con la mirada y se dio la vuelta para que no pudieran ver lo que hacía. Cuando terminó se agachó y habló por el hueco de debajo de la ventanilla:

Ya puede entregarle la nota a la señora Stulson.

Una de las mujeres levantó la vista. ¿Hablas conmigo?

Ya he terminado.

La mujer se levantó despacio del escritorio y se dirigió al mostrador mientras la chica deslizaba el papel por debajo del cristal. Le devuelvo el boli, dijo. Lo soltó en el hueco.

¿Algún mensaje?

Lo he puesto en el papel, dijo la chica.

Se lo daré cuando llegue. Gracias.

En cuanto la chica se marchó la mujer desplegó el papel y lo leyó a conciencia.

La pareja se adelantó. Hemos venido a ver a Rose Tyler, dijo el hombre. Tenemos cita.

La mujer de detrás del cristal levantó la vista. En este momento la señora Tyler está atendiendo a otro cliente.

Pues habíamos quedado a las diez y media.

Si no les importa sentarse un momento le diré que están ustedes aquí.

El hombre miró el reloj de pared de detrás del cristal. La cita era para hace diez minutos, dijo.

Lo comprendo. Le diré que están ustedes esperando.

Miraron a la mujer como si esperasen que añadiera algo más y ella les sostuvo la mirada.

Dígale que están aquí Luther Wallace y Betty June Wallace, dijo el hombre.

Ya sé quiénes son, dijo la mujer. Siéntense, por favor.

Se alejaron del mostrador y se sentaron en las sillas de la pared sin hablar. A su lado había cajas de juguetes de plástico y una mesita con libros y un paquete abierto de ceras de colores usadas y lápices rotos. No había nadie más en la sala. Al rato Luther Wallace se sacó la navaja del bolsillo y comenzó a rascarse una verruga del dorso de la mano, limpiándose la hoja de la navaja en la suela del zapato y respirando pesadamente, comenzando a sudar en la caldeada habitación. Betty estaba sentada a su lado mirando a la pared del fondo. Parecía pensar en algo que la entristecía, algo que no olvidaría en la vida, como si estuviera presa de lo que fuera que pensara. Sostenía en el regazo un bolso negro brillante. Era una mujer corpulenta de menos de cuarenta años, con la cara marcada de viruela y el pelo castaño y lacio, y cada uno o dos minutos se tiraba recatadamente del dobladillo del vestido.

Un viejo salió de una puerta por detrás de ellos y cruzó la habitación renqueando con su bastón metálico. Abrió la puerta y salió al pasillo. Luego la asistente social, Rose Tyler, entró en la sala de espera. Era una mujer morena, baja y ancha, con un vestido chillón. Betty, saludó. Luther. ¿Pasamos?

Hemos estado esperando, dijo Luther. Eso es todo lo que hemos hecho.

Lo sé. Ahora puedo atenderlos.

Se pusieron de pie y la siguieron por el pasillo y entraron en una de las salitas sin ventanas y se sentaron a una mesa cuadrada. Betty se arregló la falda del vestido mientras Rose Tyler cerraba la puerta y se sentaba enfrente de ellos. La asistente colocó un expediente encima de la mesa y lo abrió y lo hojeó, leyendo las páginas en diagonal, y por fin levantó la vista. Bien, dijo. ¿Cómo ha ido el mes? ¿Todo va a vuestro gusto?

Bueno, no nos ha ido mal, dijo Luther. Supongo que no podemos quejarnos. ¿Verdad, cariño?

Todavía me duele el estómago. Betty apoyó delicadamente una mano encima del vestido, como si escondiera algo muy tierno. Por la noche apenas duermo.

¿Has ido al médico tal como hablamos? Concertamos una cita para que te visitara.

Fui. Pero no me ha hecho nada.

Le dio un frasco de pastillas, dijo Luther. Se las está tomando.

Betty lo miró. Pero no me hacen nada. Todavía me duele todo el tiempo.

¿Qué son?, preguntó Rose.

Le di la receta del médico al farmacéutico y me dio un frasco. Lo tengo en la estantería de

casa.

¿Y no te acuerdas de lo que son?

Betty miró la sala desnuda. Ahora no me acuerdo.

Bueno, vienen en un frasquito marrón, apuntó Luther. Yo le digo que tiene que tomarlas a diario.

Tienes que tomarlas con regularidad. Si no, no te ayudarán.

Es lo que hago, dijo Betty.

Sí. Bueno, a ver cómo te encuentras el mes que viene.

Será mejor que empiecen a hacerme algo pronto, dijo Betty. No aguanto más.

Confío en que lo harán, dijo Rose. A veces tardan un poco, ¿no? Volvió a tomar el expediente y le echó un vistazo. ¿Algo más que queráis comentarme?

No, dijo Luther. Ya digo, supongo que nos va bastante bien.

¿Y la conductora del autobús?, dijo Betty. Supongo que ya te has olvidado.

Oh, dijo Rose. ¿Qué problema hay con la chófer?

Bueno, pues que me saca de quicio. Me dice cosas que no debería.

Sí, confirmó Luther. Se adelantó en la silla y apoyó las manazas en la mesa. Le dijo a Betty que no tenía por qué esperar por Richie y Joy Rae. Que tenía que recoger a quince críos.

Dieciocho, corrigió Betty.

No está bien que le hable así a mi mujer. Tengo pensado quejarme al director.

Un momento, pidió Rose. Contadme más despacio lo que ha pasado. ¿Sacasteis a Richie y Joy Rae a la acera con puntualidad? Ya hemos hablado del asunto.

Estaban fuera. Vestidos y a punto.

Es lo que tenéis que hacer. La conductora hace todo lo que puede.

Salieron en cuanto sonó el claxon.

¿Cómo se llama la conductora? ¿Lo sabéis?

Luther miró a su mujer. ¿Sabemos cómo se llama, cielo?

Betty negó con la cabeza.

No sabemos el nombre. Es la del pelo amarillo.

Sí, bueno. ¿Queréis que telefonee a ver si averiguo lo que ocurre?

Y llama también al director. Cuéntale lo que nos está haciendo.

Yo me encargaré de llamar por vosotros. Pero vosotros también tenéis que cumplir con vuestra parte.

Ya estamos cumpliendo.

Lo sé, pero tenéis que intentar llevaros bien con ella, ¿no? ¿Qué haríais si los niños no pudieran ir en el autobús?

Miraron a Rose y luego al otro lado de la sala, al póster pegado con celo en la pared. PABI,

Programa de Asistencia de Baja Intensidad, todo en letras rojas.

Veamos, dijo Rose. Tengo aquí los cupones para la comida. Sacó los cupones del dossier de encima de la mesa, libritos de uno, cinco, diez y veinte dólares, cada uno de un color distinto. Los empujó hasta el otro lado de la mesa y Luther se los entregó a Betty para que los guardara en el bolso.

¿Y este mes habéis recibido a tiempo los cheques por discapacidad?, preguntó Rose.

Ah, sí. Llegaron ayer por correo.

Y los estáis canjeando tal como hablamos y metiendo el dinero en sobres separados para los distintos gastos.

Los tiene Betty. Enséñaselos, cariño.

Betty sacó cuatro sobres del bolso. ALQUILER, ALIMENTACIÓN, RECIBOS, EXTRAS. Cada sobre con la cuidada letra de Rose Tyler en mayúsculas.

Muy bien. ¿Alguna cosa más?

Luther miró a Betty, luego se volvió hacia Rose. Bueno, mi mujer no para de hablar de Donna. Parece que no se quita a Donna de la cabeza.

Solo he estado pensando en ella, admitió Betty. No entiendo por qué no puedo llamarla por teléfono. Es hija mía, ¿no?

Por supuesto, dijo Rose. Pero se dictó una orden de alejamiento. Ya lo sabes.

Solo quiero hablar con ella. No me acercaría. Solo quiero saber cómo le va.

Telefonarla se consideraría romper la orden de alejamiento, dijo Rose.

Los ojos de Betty se llenaron de lágrimas y la mujer se desmoronó en la silla con las manos abiertas sobre la mesa, el pelo tapándole la cara y algunos mechones pegados a las mejillas mojadas. Rose le tendió un paquete de pañuelos de papel y Betty cogió uno y empezó a secarse la cara. No la molestaría, insistió Betty. Solo quiero hablar con ella.

Pero hace que te sientas mal, ¿verdad?

¿Tú no te sentirías mal? Si fueras yo.

Sí. Claro que sí.

Tú solo inténtalo y hazlo lo mejor que puedas, cariño, dijo Luther. Es todo lo que puedes hacer. Le dio unas palmaditas en el hombro.

No es tu hija.

Ya lo sé, dijo él. Solo digo que tienes que llevarlo lo mejor que sepas. ¿Qué otra cosa vas a hacer? Miró a Rose.

¿Qué tal Joy Rae y Richie?, preguntó Rose. ¿Cómo están?

Bueno, Richie se pelea mucho en el colegio, dijo Luther. El otro día llegó a casa con la nariz ensangrentada.

Es porque los otros chavales lo buscan para pelearse, dijo Betty.

Un día de estos voy a enseñarle cómo defenderse.

¿Y cuál creéis vosotros que puede ser la causa?, dijo Rose.

No lo sé, respondió Betty. Siempre se meten con él.

¿Él les dice algo?

Richie no les dice nada.

Es porque se lo he enseñado yo: Pon la otra mejilla, dijo Luther. Cuando te escupan en la mejilla, muéstrales la otra. Lo dice la Biblia.

Solo tiene dos mejillas, dijo Betty. ¿Cuántas se supone que debe ofrecer?

Sí, convino Rose, hay límites, ¿verdad?

Ya hemos llegado al límite, dijo Betty. No sé qué vamos a hacer.

No, dijo Luther, por lo demás supongo que no tenemos queja. Se enderezó en la silla, aparentemente listo para irse, para pasar a lo que viniera a continuación. Supongo que nos va bastante bien. Apechugas con lo que te toca y no pierdes la calma, es lo que le digo siempre a la gente. A mí también me lo dijo alguien una vez.

Era un niño menudo, por debajo del peso correspondiente a su edad, de brazos y piernas flacos y pelo castaño que le cubría la frente. Era activo y responsable, y demasiado serio para sus once años. Antes de que él naciera su madre decidió no casarse con el hombre que era su padre, y cuando tenía cinco años la madre falleció en un accidente de tráfico en Brush Colorado un sábado por la noche después de estar bailando con un pelirrojo en un bar de carretera. Nunca le había dicho quién era su padre. Desde su muerte el niño había vivido solo con el padre de su madre en la zona norte de Holt, en una casita oscura flanqueada por solares vacíos y con un callejón de grava detrás junto al que crecían moreras. En la escuela estaba en quinto curso y era buen estudiante, pero solo hablaba cuando lo interpelaban; nunca hacía aportaciones voluntarias en el aula, y al salir del colegio cada día volvía a casa solo o deambulaba por el pueblo o de vez en cuando trabajaba en el jardín de una vecina de su calle.

Su abuelo, Walter Kephart, era un hombre canoso de setenta y cinco años. Durante treinta años había sido ferroviario en el sur de Wyoming y el nordeste de Colorado. Cuando estaba a punto de cumplir los setenta se jubiló. Era un viejo callado; hablaba por los descosidos si había bebido, pero no era un borracho y en general solo tomaba una copa en casa si estaba enfermo. Cada mes, cuando llegaba el cheque de la pensión, lo canjeaba y pasaba una noche en la taberna Holt, de la esquina de la calle Third con Main, donde se sentaba y conversaba con otros viejos del pueblo y contaba anécdotas que más que exagerar simplemente coloreaba un poco, y luego rememoraba durante una o dos horas de lo que había sido capaz en los viejos tiempos, cuando aún era joven.

El niño se llamaba DJ Kephart. Cuidaba del anciano, lo acompañaba por las calles oscuras por la noche cuando el abuelo había terminado de charlar en la taberna y en la casa se ocupaba de casi todas las comidas y la limpieza, y una vez por semana hacía la colada en la lavandería de la calle Ash.

En septiembre, un día llegó a casa del colegio por la tarde y el viejo dijo que la vecina había pasado a preguntar por él. Será mejor que vayas a ver qué quiere.

¿Cuándo ha venido?

Esta mañana.

El niño se sirvió una taza de café frío de la cafetera de la cocina y se lo tomó y salió rumbo a la casa de la vecina. Fuera todavía hacía calor, aunque el sol había comenzado a declinar en el

oeste, y en el aire se adivinaban las primeras insinuaciones del otoño: ese olor a polvo y hojas secas, la soledad anual que llega con el final del verano. Pasó por delante del solar vacío con el sendero de tierra que conducía a una hilera de moreras en el callejón y luego por las casas de dos viudas, ambas separadas de la tranquila calle por un polvoriento seto de lilas, y llegó a la vivienda.

Mary Wells acababa de cumplir treinta años y tenía dos hijas pequeñas. El marido trabajaba en Alaska y regresaba muy de tanto en tanto. Esbelta y de aspecto saludable, era una mujer guapa de suave pelo castaño y ojos azules, y podría haberse encargado ella misma del jardín, pero le gustaba ayudar al niño de algún modo y siempre le pagaba cuando trabajaba para ella.

El niño llamó a la puerta de la casa y esperó. Creía que no debía llamar por segunda vez, que sería de mala educación y una falta de respeto. Al rato la mujer salió a la puerta limpiándose las manos con un paño. La seguían las dos niñas.

El abuelo dice que ha pasado usted esta mañana.

Sí. ¿Quieres entrar?

No, será mejor que empiece ya.

¿No quieres pasar primero y comerte unas galletas? Las hemos estado horneando. Están recién hechas.

He tomado café antes de salir de casa.

Quizá más tarde, dijo Mary Wells. En fin, me preguntaba si tendrías tiempo para ocuparte del jardín de atrás. Si no tienes otra cosa que hacer ahora.

No tengo que hacer nada más ahora.

Entonces me aprovecharé. Mary Wells le sonrió. Deja que te enseñe lo que tengo en mente.

La mujer bajó los escalones seguida por las dos niñas, y dieron la vuelta a la esquina de la casa hacia el jardín agostado que había junto al callejón. Señaló los hierbajos que habían crecido desde la última visita del niño y las hileras de judías y pepinos que quería que recogiera. ¿Te importa ocuparte tú?

No, señora.

Pero que no te dé demasiado calor. Siéntate a la sombra cuando lo necesites.

No hace demasiado calor para mí, dijo el niño.

Las niñas te traerán agua.

Regresaron adentro y él empezó a arrancar las malas hierbas entre las matas de judías, arrodillado en la tierra y sin dejar de trabajar, sudando y espantando moscas y mosquitos. Estaba acostumbrado a trabajar solo y habituado a la incomodidad. Amontonó las hierbas al borde del callejón y luego empezó a recoger las judías y los pepinos. Al cabo de una hora, las niñas salieron de la casa con tres galletas en un plato y un vaso de agua helada.

Mamá dice que son para ti, dijo Dena, la mayor.

Él se limpió las manos en los pantalones y cogió el vaso de agua y se bebió la mitad, luego se comió una de las enormes galletas de dos mordiscos. Las niñas lo observaban con atención, de pie en el césped del borde del jardín.

Mamá ha dicho que parecías hambriento, dijo Dena.

Acabamos de hacer las galletas esta tarde, dijo Emma.

Quieres decir que hemos ayudado. No las hemos hecho nosotras.

Hemos ayudado a mamá a prepararlas.

Él se bebió el resto del agua y les devolvió el vaso. Tenía manchas y chorretones de barro por fuera.

¿No quieres las otras galletas?

Coméoslas vosotras.

Mamá ha dicho que son para ti.

Podéis coméoslas. Ya he tenido suficiente.

¿No te gustan?

Sí.

Entonces ¿por qué no te comes estas?

Él se encogió de hombros y apartó la mirada.

Voy a comerme una, anunció Emma.

Mejor no. Mamá se las ha dado a él.

Él no las quiere.

Me da igual. Son tuyas.

Quedáoslas, dijo el niño.

No, insistió Dena. Cogió las dos galletas del plato y las depositó en el césped. Cómetelas luego. Mamá ha dicho que son para ti.

Se las comerán los bichos.

Pues será mejor que te las comas tú primero.

Él la miró y luego reanudó el trabajo, recogiendo judías verdes en un cuenco de esmalte blanco.

Las dos niñas lo observaron trabajar, volvía a estar arrodillado y gateando, de espaldas a ellas, enseñándoles las suelas de los zapatos como caras estrechas de un ser extraño y el pelo de la nuca oscurecido por el sudor. Cuando llegó al final de la hilera las niñas dejaron las galletas en el césped y volvieron adentro.

Cuando terminó llevó las judías y los pepinos a la puerta trasera y llamó y esperó. Mary Wells salió con las dos niñas.

Vaya, cuánto has recogido, dijo la mujer. No creía que hubiera tanto. Quédate una parte. A ver, deja que te dé algo de dinero.

Regresó al interior de la casa y el niño se alejó del umbral y miró por el jardín trasero hacia el patio del vecino. Había zonas de sombra bajo los árboles. Donde estaba, en el porche, el sol caía de plano en su cabeza castaña y su cara sudada, en la espalda de su sucia camiseta y en la esquina de la casa. Las niñas estaban observándolo. La mayor quería decir algo pero no se le ocurría nada.

Mary Wells regresó y le entregó cuatro dólares doblados por la mitad. Él no miró el dinero, sino que se guardó los billetes en el bolsillo. Gracias, dijo.

De nada, DJ. Y llévate algunas verduras. Le dio una bolsa de plástico.

Será mejor que me vaya. El abuelo estará hambriento.

Cuídate tú también, dijo ella. ¿Me oyes?

Él se giró y volvió al jardín delantero y echó a andar por la calle vacía al caer la tarde. Llevaba el dinero en el bolsillo y la bolsa con judías verdes y dos pepinos.

Cuando se marchó las niñas se acercaron al borde del jardín para comprobar si se había comido las galletas, pero seguían en el césped. Estaban cubiertas de hormigas rojas y otras se alejaban en fila entre la hierba. Dena recogió las galletas y las sacudió, luego las tiró al callejón.

En casa frío una hamburguesa en la parrilla de hierro y coció unas patatas rojas y las judías verdes que le había dado Mary Wells y colocó el pan y la mantequilla en la mesa junto con los pepinos a rodajas en un plato. Preparó café y cuando las patatas y las judías estuvieron listas llamó a su abuelo a la mesa y empezaron a comer.

¿Qué te ha encargado?, preguntó el viejo.

Arrancar las malas hierbas. Y recoger las verduras.

¿Te ha pagado?

Sí.

¿Qué te ha dado?

Se sacó los billetes doblados del bolsillo y los contó sobre la mesa. Cuatro dólares, dijo.

Es mucho.

¿Sí?

Es demasiado.

No creo.

Bueno, mejor que los ahorres. Tal vez un día quieras comprarte algo.

Después de cenar recogió la mesa y fregó los platos y los puso a secar sobre un trapo en la encimera mientras el abuelo pasaba al salón y encendía la lámpara junto a la mecedora y leía el

Holt Mercury. El niño hizo los deberes en la mesa de la cocina bajo la luz cenital y cuando miró, al cabo de una hora, el viejo estaba sentado con los ojos cerrados, las pestañas finas como el papel entrecruzadas por minúsculas venas azules y la boca oscura abierta, respirando ruidosamente, y el periódico extendido en el regazo sobre el mono de trabajo.

Abuelo. Le tocó un brazo. Vete a la cama.

El abuelo se despertó y lo miró.

Hora de acostarse.

El viejo lo estudió un momento como si tratara de recordar quién era, luego plegó el periódico y lo dejó en el suelo junto a la silla y, apoyando los brazos en la mecedora, se incorporó lentamente y se dirigió al cuarto de baño, y después al dormitorio.

El niño tomó otra taza de café junto al fregadero de la cocina y tiró los restos por el desagüe. Aclaró la taza y apagó las luces y se retiró a la cama del pequeño cuarto junto al del abuelo, donde leyó durante dos horas. A través de la pared oía al viejo roncar y toser y farfullar. A las diez y media apagó la luz y se durmió y a la mañana siguiente se levantó temprano para preparar el desayuno y después fue al colegio cruzando las vías hasta el edificio nuevo del sur de Holt, y en la escuela hizo de forma diligente y aplicada cuanto le mandaron, pero no dijo gran cosa a nadie en todo el día.

Transportaron los añojos al pueblo en un remolque de cinco ruedas y los soltaron en la manga del muelle de carga de detrás del establo y el personal los fue pasando al corral. El veterinario los inspeccionó y no detectó ninguna de las enfermedades respiratorias que buscaban en los añojos, ni tampoco los ojos cancerosos ni la brucelosis ni la esporádica mandíbula deforme que cabría esperar en ganado más viejo, y el inspector les dio el visto bueno sin dudarlos. Después les entregaron el resguardo que certificaba que los añojos eran suyos y cuántos había, y se volvieron a casa y comieron en la cocina en silencio y subieron a acostarse, y a la mañana siguiente se levantaron cuando aún estaba oscuro y salieron a hacer sus tareas.

Ahora, a mediodía, estaban sentados a la mesa cuadrada de la pequeña cantina del pabellón de ventas. La camarera se acercó con la libreta y esperó de pie, con la cara sudada y acalorada. ¿Hoy qué queréis para comer?

Pareces reventada, dijo Harold.

Llevo aquí desde las seis de la mañana. ¿Cómo no iba a parecerlo?

Bueno, pues tómatelo con calma o acabarás enferma.

¿Cuándo quieres que descanse?

No sé, dijo Harold. Esa es la cuestión. ¿Cuál es el especial del día?

Todo es especial. ¿Qué tenías en mente?

Bueno, estaba pensando en el noble cerdo. He tenido suficientes añojos durante dos días como para aguantar una semana sin comer ternera.

Tenemos lomo ahumado y beicon, si te apetece. Podríamos prepararte un sándwich de jamón.

Ponme el lomo. Y puré de patatas con salsa de carne y el resto del acompañamiento. Y un café solo. Y pastel de calabaza, si haces el favor.

La camarera lo anotó rápidamente en la libreta y levantó la vista. ¿Y tú, Raymond?

Suena bien, dijo Raymond. Tráeme lo mismo que a Harold. ¿Qué otros pasteles tienes?

Tengo pastel de manzana, arándanos y limón. Echó un vistazo al mostrador. Y creo que queda una porción de merengue de chocolate.

Arándanos, dijo Raymond. Pero no te apures. No tenemos prisa.

Ojalá contratara a otra chica, dijo la camarera. Bastaría con otra chica. ¿Creéis que Ward lo hará alguna vez?

No lo veo haciéndolo.

Al menos mientras yo viva, dijo ella, y se encaminó a la cocina y comentó algo de pasada a dos hombres de otra mesa.

Regresó con dos tazas de café y una ensalada para cada uno y un plato de pan blanco con miniporciones de mantequilla y lo dejó todo en la mesa y se marchó. Los hermanos McPheron cogieron los cubiertos y empezaron a comer. Mientras estaban en ello, se les acercó Bob Schramm. ¿Está ocupado?, preguntó.

Por ti, dijo Harold. Siéntate.

Schramm apartó la silla y se sentó y se quitó el sombrero negro y lo depositó con la copa hacia abajo en la silla vacía y se llevó un dedo a cada oreja y subió los diales de plástico de los audífonos, luego se alisó el pelo de la coronilla. Miró a su alrededor, a la sala atestada. Bueno, acabo de enterarme de que el viejo John Torres ha muerto.

¿Cuándo?, preguntó Harold.

Anoche. En el hospital. Cáncer, supongo. Le conocíais, ¿no?

Sí.

Menudo figura, el viejo John. Schramm los miró, observó cómo comían. El tío, qué tenía, ¿ochenta y cinco años?, dijo, y la última vez que lo vi iba tan doblado que la barbilla casi le tocaba la hebilla del cinturón y le pregunto qué tal andas, John, y me suelta jodido, como un buen carcamal. Eso es bueno, le digo, al menos todavía jodes, y me dice sí, pero tengo problemas con el álamo, es poroso por el centro y no se parte bien. Clavas la cuña y es como si hundieras el tenedor en fango de caliche. Bueno, pues ya veis por dónde voy, dijo Schramm. El viejo John, a sus años, y todavía cortando leña para el fuego.

Típico de él. Harold cogió una rebanada de pan y la dobló por la mitad y le pegó un mordisco en forma de media luna en el centro.

Bueno, fumaba dos paquetes de Lucky Strike diarios, dijo Bob Schramm, y nunca en la vida trató mal a ningún ser humano. Solíamos echar ratos juntos, y si me servía un café, ponía otro para él. Una vez que vino y me preguntó cómo estaba le dije pues no muy bien, preocupado por una gente que me trae de cabeza. Y me preguntó quiénes, quieres que me encargue yo, y le dije ah, no, no pasa nada, ya me las apañaré, porque sabía lo que haría o encargaría John. Los tipos amanecerían con la garganta rajada, eso. En fin, John era del valle de San Luis. No podías andarle con hostias. Que nunca le hubiera hecho daño a nadie no significaba que no pudiera hacerlo, aunque no se ocupara en persona.

La camarera llegó a la mesa cargada con dos fuentes de lomo de cerdo con puré de patatas con salsa de carne y judías verdes con salsa de manzana. Las depositó delante de los McPheron y se volvió hacia Schramm. ¿Y tú, qué vas a tomar?

Todavía no lo he pensado.

Volveré.

Schramm la observó alejarse y miró a su alrededor, echó un vistazo a la mesa de al lado. ¿Ya no tienen cartas?

La carta está encima del mostrador, dijo Raymond. En aquella pared.

Creía que antes te traían la carta.

Ahora está ahí.

¿Tan caras son unas cartas?

No sé cuánto cuestan, dijo Raymond. ¿Te importa si vamos empezando?

No. Coño. No me esperéis. Estudió la carta del cartón colgado encima del mostrador mientras los hermanos McPheron se inclinaban sobre los platos y empezaban a comer. Se llevó la mano al bolsillo de la cadera de los pantalones y sacó un pañuelo azul y se sonó, con los ojos cerrados, y luego dobló el pañuelo y lo guardó.

La camarera volvió y les rellenó las tazas de café. Schramm dijo: Bueno, pues tráeme una hamburguesa con patatas fritas y café, ¿sí?

Si vas a querer postre, mejor me lo pides ahora.

No creo.

La camarera se dirigió a otra mesa donde sirvió café y siguió adelante.

¿Cuándo será el funeral?, preguntó Harold.

No lo sé. Ni siquiera sé si han localizado a algún pariente, respondió Schramm, para comunicarle el fallecimiento. Pero irá un montón de gente.

Caía bien, dijo Raymond.

Sí. Pero ya ves. No sé si esta la sabréis. Durante un tiempo el viejo John estuvo liado con la mujer de Lloyd Bailey. Yo mismo los vi una vez, estaban en el Buick nuevo de ella, escondidos en una cuneta junto a las vías del tren por el cruce de Diamond, con las luces apagadas, el coche botando ligeramente sobre sus muelles y una canción mexicana sonando flojito en la radio de Denver. Estaban pasando un buen rato. Bueno, pues ese mismo otoño el viejo John y la parienta de Lloyd se fugaron al otro lado de las montañas, a Kremmling, y se instalaron en una habitación de motel. Arrejuntados, viviendo como marido y mujer. Pero allí la cosa no podía funcionar, a menos que seas cazador y te guste disparar al tuntún a los ciervos y los alces. Es un rincón pegado al río, y pasar el celo en una cama doble de motel termina cansando, por mucho que puedas cargar la habitación a la tarjeta de crédito de otro. Así que al cabo de un tiempo volvieron a casa y ella regresó con Lloyd y le preguntó si volvía a acogerla o prefería el divorcio. Lloyd le giró la cara de un bofetón y luego le dijo que podía quedarse. Después Lloyd y su mujer salieron a emborracharse. Llegaron hasta Steamboat Springs, creo, y dieron media vuelta. Cuando volvieron todavía seguían juntos. Y diría que ahí siguen. Lloyd, por lo visto, necesitó una borrachera de dos semanas para olvidarse del viejo John Torres.

¿Y cuánto tardó en olvidarlo su mujer?, preguntó Harold.

Eso no lo sé. Nunca me lo dijo. Pero si algo podía decirse del viejo John es que se te metía dentro.

Supongo que ya no.

No, señor. Su tiempo pasó.

Aun así, lo pasó en grande, dijo Raymond. Se corrió una buena juerga.

Desde luego, dijo Schramm. Difícil de superar. Siempre lo tuve en gran estima.

Como todos, dijo Raymond.

No sé, dijo Harold. No creo que Lloyd Bailey le tuviera mucho aprecio. Harold soltó el tenedor y miró alrededor. Me pregunto qué habrá sido del pastel de calabaza que iba a traerme.

Cuando acabaron el almuerzo y dejaron dinero en la mesa para la camarera los McPheron pasaron al edificio contiguo para la venta de la una. Subieron por los escalones de cemento al centro del semicírculo de graderías y se sentaron y miraron alrededor. El corral metálico de la pista de ventas quedaba más abajo, con el suelo de arena y las grandes puertas de acero a lado y lado, el subastador sentado en su puesto tras el micrófono junto al auxiliar en una plataforma por encima de la pista, ambos de cara a las filas de asientos del otro lado de la arena, y los animales repartidos en rediles al fondo.

Las gradas comenzaron a llenarse de hombres con gorra o sombrero y unas cuantas mujeres con camisa y pantalones vaqueros, y a la una en punto el subastador gritó: ¡Damas y caballeros! ¡Estamos listos! ¡Vamos allá!

Los mozos sacaron cuatro ovejas, carneros jóvenes, uno con un cuerno astillado durante la espera en el redil, por lo que le goteaba sangre de la cabeza. Las ovejas dieron vueltas. No despertaron excesivo interés y al final se vendieron los cuatro carneros a quince dólares por cabeza.

A continuación sacaron tres caballos, uno detrás del otro. Primero un gran ruano castrado de siete años que tenía manchas blancas en el vientre y algo más de blanco que le bajaba por la parte frontal de los cuartos traseros. Amigos, aulló el mayor de los mozos, un caballo bien domado. Cualquiera puede montarlo, pero no aguanta a cualquiera. Saldrá disparado. Y sabe de ganado. ¡Setecientos dólares!

El subastador continuó a partir de ahí, cantando, tamborileando con el mango del martillo para llevar el ritmo. Un hombre de la primera fila ofreció trescientos dólares.

El mozo lo miró. Que sean quinientos.

El subastador prosiguió y al final el caballo ruano se vendió por seiscientos veinticinco dólares, que pagó su propietario.

Acto seguido vendieron un Apalusa. Amigos, una yegua joven. Sin preñar. Después vendieron

una yegua negra. Una jovencita, amigos. De unos dos años, intacta. Así que la venderemos tal cual. ¡Trescientos cincuenta dólares!

Cuando terminaron con los caballos comenzaron la venta de reses, que era para lo que acudía la mayoría. Duró el resto de la tarde. Vendieron primero el ganado viejo, luego las parejas de vaca y becerro y los toros y por último los lotes de becerros y añojos. Arreaban al ganado desde un lado, lo mantenían en la pista durante la puja y lo movían para mostrarlo mejor, los dos mozos lo azuzaban o picaban con una aguijada blanca y luego lo empujaban por la otra puerta metálica para que la cuadrilla de fuera los distribuyera. Cada redil estaba numerado con pintura blanca para mantener separados a los animales, y todos ellos tenían etiquetas amarillas en la cadera que indicaban el lote al que pertenecían. En la pared de encima de las puertas metálicas un tablero electrónico señalaba TOTAL KG, N.º CABEZAS Y PESO MEDIO. Anuncios de pienso Purina y Nutrena y equipamiento Carhartt cubrían las paredes. Y por encima de la cabina del subastador se leía el siguiente anuncio: TODAS LAS GARANTÍAS SON ESTRICTAMENTE ENTRE VENDEDOR Y COMPRADOR.

Los hermanos McPheron se enderezaron en sus asientos y observaron. Tuvieron que esperar a última hora de la tarde para vender sus novillos. Alrededor de las tres de la tarde Raymond bajó a la cantina y regresó con dos cafés en vaso de papel, y al poco Oscar Strelow se sentó delante de ellos y se giró para charlar, rememorando una ocasión en que vendió tan barato un lote de ganado que después había salido a emborracharse y había llegado a casa en un estado tan lamentable que su mujer se enfadó tanto que le retiró la palabra y a la mañana siguiente fue directa al pueblo y se compró una lavadora Maytag nueva, a tocateja, y Oscar no consideró oportuno recriminarle nada a su mujer en aquel momento y aún no lo había hecho.

Siguieron mostrando ganado. El más joven de los mozos era el que observaba a los compradores y al que ellos miraban con intención, asintiendo o levantando una mano, y el chico gritaba ¡Sí! mirando a los diversos pujadores, ¡Sí!, y cuando el último pujador renunció y apartó la vista el subastador chilló en su cabina ¡Vendidos por ciento dieciséis dólares al número ochenta y ocho!, y el mozo sacó al ganado de la pista. Luego el mozo mayor de la camisa azul y el barrigón por fuera de la hebilla del cinturón entró el siguiente lote por la puerta de acero de la izquierda y comenzó a gritar.

Amigos, un buen par de bueyes. ¡Os los voy a dejar por noventa y cinco dólares!

Amigos, ¡una ternera larga! Se parece un poco a una vaca lechera. ¡Setenta y cuatro dólares!

Lo único malo de esta es la cola corta, ¡menuda tontería!

Amigos, esta tiene un bultito en la mandíbula, amigos. Nada, no tiene importancia.

¡Una novilla, y de las buenas!

Muy bien. ¡Setenta y siete dólares! Dejémonos de tonterías.

La venta de reses prosiguió. Y en una ocasión salió un lote grande, de ochenta cabezas, que los

mozos pasearon en grupos de quince o veinte hasta que llegaron los últimos ejemplares y los dejaron en representación del conjunto, y durante todo ese tiempo el mozo no paró de bramar: Un grupo excelente, amigos. Echadle un buen vistazo, porque no vais a volver a ver algo así. Espléndidos animales, amigos. Ochenta vacas. Ochenta dólares. ¡Vamos!

Y en otro momento de la tarde Harold, sentado erguido en lo alto de la grada, empezó a pujar por un redil de vacas de carne. Tras pujar por segunda vez Raymond se volvió a mirarlo. ¿Has sido tú? Se ha pensado que eras tú quien pujaba.

He sido yo.

Bueno, pues entonces ¿qué leches haces?

Nada. Me divierto.

No necesitamos más reses. Estamos intentando vender algunas.

Y no voy a comprar ninguna. Solo me divierto subiendo el precio para otro.

¿Y si te quedas con las vacas?

No va a pasar.

Ya. Pero ¿y si pasa?

Pues entonces supongo que tendrás que sacar el talonario y pagarlas.

Raymond se giró. ¿Sabes una cosa?, dijo. Con la edad se te comienza a ir un poco la cabeza, ¿lo sabías?

Bueno, tenemos que divertirnos un poco, ¿no? Victoria ya no está.

Pero no necesitamos más reses.

Ya lo has dicho.

Lo digo para que me escuches.

Te escucho. Pero insisto en que tenemos que disfrutar de algo en la vida.

Ya lo sé. No te lo discuto.

Al final el subastador llegó a los añojos que habían traído los McPheron. Los animales entraron en la pista apelotonados, cabizbajos, inquietos, tratando de darse la vuelta para esconderse.

El mozo voceó: Amigos, recién llegadas del prado. Harán lo que queráis. Novillas buenas y flexibles. Todavía añojos, amigos. ¡Y de los mejores!

¡Noventa dólares!

El subastador inició la cantinela. Muy bien. Tienen que gustaros. Quince novillos con un peso medio de trescientos sesenta y seis. Todos dejarán un bonito cadáver, amigos. Vamos allá. Ya tengo una puja, noventa dólares, noventa y un cuarto, ahora y medio, otro medio, y medio, y setenta y cinco, ya noventa y uno, ahora y un cuarto, y medio, estamos en uno y medio, son uno y medio, y ahora y setenta y cinco.

Los McPheron observaron a las quince reses deambular por la pista, asustadas y alteradas por tanto ruido y ajeteo, con los ojos en blanco, berreando una al aire polvoriento y otra tragándose, mientras los hombres y las mujeres de las graderías las observaban entre las barras de hierro del corral y los hermanos vigilaban desde arriba, contemplando con una extraña emoción su ganado, que habían traído para vender pero sobradamente conscientes de los esfuerzos invertidos y de todos los apuros del año anterior y de con qué par de reses habían tenido los problemas e incluso de qué vaca habían nacido tres o cuatro de ellas. Pero viendo a los dos hermanos no habrías deducido nada de la expresión de sus caras. Observaban impasibles la venta de las quince reses igual que si asistieran a un espectáculo tan insignificante como ver levantarse o apagarse un vientecillo seco.

¿Ya estamos todos?, gritó el subastador. ¿Hemos terminado? Noventa y uno con setenta y cinco, ¿noventa y dos?, ¿noventa y dos?, ¿noventa y dos? Hizo girar el martillo, asiéndolo por el mango, dio un golpe seco en el bloque de madera del mostrador y cantó por el micrófono: Vendidas a noventa y uno con setenta y cinco al –miró al pujador de la quinta fila del otro lado de la pista, un gordo con sombrero de paja que compraba ganado para engorde y que mostró cuatro dedos dos veces– ¡número cuarenta y cuatro!

Sentado junto al subastador la auxiliar de ventas lo anotó en el libro de contabilidad y los mozos liberaron a las reses e hicieron entrar el siguiente lote.

Bueno, dijo Harold con la vista al frente. Está bien.

Servirá, dijo Raymond, también con aire de no estar hablando con nadie, comentando las noticias no ya de ayer, sino de la semana pasada o el mes anterior.

Permanecieron en los asientos de la gradería para presenciar la venta del nuevo lote de reses y del siguiente, luego se levantaron y descendieron ágilmente por los escalones y salieron del pabellón de ventas. Las cuadrillas del corral y el redil trasero habían cumplido con su trabajo y recibieron el cheque correspondiente, menos la comisión y las tasas por la inspección, la alimentación, el control sanitario, el seguro y la tarifa del consejo cárnico. La mujer de la oficina le entregó el cheque a Raymond y los felicitó. Raymond miró brevemente el cheque y lo dobló una vez, se lo guardó en la cartera de cuero y la cerró, después metió la cartera en el bolsillo interior del chaquetón de faena de lona. Dijo: Bueno, supongo que no ha ido tan mal. Al menos nunca perdemos dinero.

Esta vez no, dijo Harold.

Luego estrecharon la mano de la mujer y se fueron a casa.

En casa, bajo el cielo cada vez más apagado, se dirigieron al establo de los caballos y a la vaqueriza y salieron al cobertizo para comprobarlo todo, y las reses y los caballos estaban bien.

De modo que regresaron a la casa por el sendero de grava. Pero la emoción del día había desaparecido. Ahora se sentían cansados y adormilados. Calentaron algo de sopa de lata y comieron a la mesa de la cocina y después dejaron los platos en remojo y se retiraron al salón a leer la prensa. A las diez en punto encendieron el viejo televisor para ver cualquier noticia que dieran desde algún otro lugar del mundo antes de subir y acostarse, agotados, cada uno en su cuarto de cada lado del pasillo, consolados o no, desalentados o no, por sus recuerdos y pensamientos carcomidos por el tiempo.

Bajaron por los escalones de tablones de la caravana al sol brillante de media mañana y rodearon la esquina por la tierra apelmazada y llegaron al carrito de la compra que esperaba como con paciencia y resistiendo entre las espiguillas y el amaranto secos. Lo empujaron traqueteando alejándose de la caravana en dirección a Detroit, caminando cabizbajos detrás del carrito, hacia el centro, Luther empujando sin dejar de resollar, Betty a su lado en silencio. Avanzaron emparejados por debajo de los árboles, con una de las ruedas delanteras bailando suelta cada vez que topaba con una grieta del pavimento o una piedra de cualquier tamaño, y cruzaron la intersección por delante de un coche parado en un stop y recorrieron otra manzana y cruzaron entre el tráfico y por fin entraron en la tienda de la esquina de Second con Main.

El colmado era un edificio de fachada de ladrillo estrecho y largo que se extendía hasta el callejón trasero, con suelos de madera de anticuado roble machihembrado engrasado y oscurecido, un lugar fragante y polvoriento y algo lúgubre, con pasillos angostos entre las estanterías y las hileras de productos.

Luther empujó el carrito pasando por delante de las cajas de manzanas y naranjas, los repollos y las lechugas junto a la pared, seguido por su mujer con su amplio vestido. En el siguiente pasillo, pasadas las neveras con las bandejas de carne fresca, encontraron los alimentos congelados detrás de unas puertas altas de vidrio. Entonces Luther paró y empezó a pasarle paquetes fríos a Betty, que los amontonó en el carrito, y avanzaron y Luther eligió unos cuantos más. Espaguetis congelados, pizza, paquetes de burritos y pasteles de carne y gofres y tartas de frutos del bosque y pasteles de chocolate y lasaña. Filete ruso para cenar. Macarrones con queso para almorzar. Todo ello congelado en cajas rígidas de vivos colores.

Luther avanzó y su mujer lo siguió al próximo pasillo, donde se pararon a examinar los refrescos en lata. Luther se giró. ¿Te apetece algo distinto? ¿O te quedas con la fresa de siempre?

No me decido.

¿Y si probamos este de cereza negra?

Me estás confundiendo.

A lo mejor prefieres unas cuantas de cada.

Sí, dijo Betty, mejor.

Luther levantó dos paquetes de refrescos de la estantería y se agachó para meterlos en la balda inferior del carrito, enseñando sus generosos cuartos traseros por encima de los pantalones de

chándal grises, y se irguió jadeando, acalorado, y se estiró la camisa.

¿Estás bien, cariño?

Sí. Pero si te agachas pesan.

Que no te vaya a dar ahora un ataque al corazón.

No, señora. Aquí no. Hoy no.

Avanzaron. A la vuelta de la esquina, entre los detergentes y los productos de celulosa, una mujer rolliza bloqueaba el pasillo mientras se decidía por un detergente para vajillas. Uy, perdón, se disculpó, luego alzó la vista y vio quiénes eran. No dijo nada más, solo apartó un poco el carrito.

Está bien, señora, dijo Luther, ya pasamos. Metió el carrito por el hueco y Betty tuvo que pasar de lado, arrastrando los pies. La mujer se quedó mirándolos hasta que desaparecieron por el fondo y después se abanicó la cara.

En el siguiente pasillo se entretuvieron un rato con los diversos cereales. Se les acercó un dependiente, un chico con delantal verde, y Luther lo paró. Bud, ¿qué ha sido de los cereales con pasas? Con un montón de pasas.

¿No quedan?

No los encontramos.

El chico buscó en los estantes, agachándose y estirándose. Puede que nos queden en el almacén, dijo al final.

Pues esperaremos, dijo Luther. Ve.

El chico lo miró y cruzó las puertas de vaivén de la trastienda. Entonces la mujer rolliza se plantó detrás de ellos con el carro.

Luther apartó el suyo. Ha ido a buscar unos cereales, dijo Luther.

¿Qué?, dijo la mujer. ¿Me ha dicho algo?

Que ha ido a buscarnos los cereales. Estamos esperando.

Ella se quedó mirándolo, se volvió a mirar a Betty, luego se alejó a toda prisa.

Porque no quedan en la estantería, le gritó Luther.

El chico regresó y les dijo que no había encontrado los cereales que querían.

¿Has mirado bien por todas partes?, preguntó Luther.

Sí, he mirado. Si quedaran, estarían aquí fuera, en la estantería.

Pero aquí no hay. Eso ya lo sabíamos. Tiene que haber en el almacén.

No. Ya he mirado. Se habrán vendido todos.

Luther se volvió hacia Betty. Dice que no les quedan, cariño. Que se les han acabado.

Ya lo he oído.

¿Qué quieres hacer?

Contaba con llevarme a casa una caja de cereales.

Lo sé. Solo que el chico dice que se han agotado.

El chico los observaba moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás. Podrían comprar un paquete de estos cereales, propuso, y una bolsa de pasas y mezclarlo. Viene a ser lo mismo.

Echarle pasas al paquete, dijo Luther.

Añadir pasas a otros cereales, dijo el chico.

¿Aquí mismo?

No. Cuando lleguen a casa. Después de comprarlos y llevarlos a casa.

Ah. Luther miró alrededor. ¿Quieres hacerlo, cariño?

Decídelo tú, dijo Betty.

Bueno, los cereales están aquí, dijo el chico. Las pasas están en el pasillo dos, en el centro, a la derecha. Si quieren. A mí me da lo mismo. Dio media vuelta y se encaminó a la salida.

Analizaron las cajas de cereales. En el viejo carrito oxidado los paquetes habían empezado a descongelarse, el agua se condensaba en el cartón por el calor ambiental.

No creo que vaya a estar bueno, dijo Luther. ¿Y tú?

No quiero ninguno de estos, dijo Betty.

No, señora.

No sabría igual.

Ni que pasaran cien años, confirmó Luther.

Avanzaron y cogieron una garrafa de plástico de leche y dos docenas de huevos en el siguiente pasillo y llegaron a la panadería y eligieron tres panes blancos baratos y por fin salieron a la parte delantera de la tienda y se pusieron a la cola de la caja, a esperar turno. Luther cogió una revista del expositor que tenían enfrente y miró las fotografías de una mujer desnuda en las páginas satinadas.

¿Qué estás mirando?, dijo Betty. Mejor que solo tengas ojos para mí. Le quitó la revista de las manos y la devolvió al expositor. Soy tu mujer.

De todos modos, están flacas, dijo él. Para mi gusto les falta carne. Pellizcó a Betty en la cadera.

Para también con eso, dijo ella, y le sonrió y desvió la mirada.

La caja se vació y comenzaron a colocar la compra en la cinta y Luther se agachó y levantó las cajas de los refrescos con un gruñido.

La cajera trabajaba con brío. ¿Qué tal?, preguntó.

Estupendamente, dijo Luther. ¿Y tú?

Sobreviviendo, dijo la mujer. Cada día que sobrevives es un buen día, ¿no?

Sí, señora. Así es.

No nos podemos quejar, dijo Betty, salvo porque no hemos encontrado cereales.

¿No nos quedan?

No, señora, dijo Luther. Se han agotado.

Vaya. Lo siento.

Cuando salió la cuenta Betty sacó del bolso los librillos de los cupones para comida y se los entregó a Luther y este se los dio a la mujer. Detrás de ellos un hombre con latas de judías y estofado y un cartón de tabaco en el carro los observaba. La dependienta arrancó los cupones y pulsó una tecla y los guardó debajo de la bandeja de la caja registradora y les devolvió el cambio en monedas de verdad. El chico del delantal verde embolsó la compra y la devolvió al carro.

Que tengáis un buen día, dijo Luther, y cruzaron la puerta eléctrica empujando el carrito hasta la acera.

El hombre de detrás negó con la cabeza mirando a la cajera. Lo que hay que ver. Comen mejor que tú y que yo y pagan con cupones.

Déjelos, dijo la mujer. ¿Le hacen algún mal?

Van a cenar un filete y yo judías. Eso duele.

Pero ¿se cambiaría por ellos?

¿Qué quieres decir?

Nada, no digo nada.

En la acera Luther y Betty se encaminaron al este de Holt con el carro de la compra. Ahora hacía más calor, el sol estaba más alto en el cielo azul. Se mantuvieron bajo la sombra de los árboles y se pararon a descansar una o dos veces en cada manzana, luego siguieron empujando, hacia casa.

Estaban formando un corro en el patio cuando salió durante el descanso de mediodía. Incluso de lejos distinguió que eran de su curso, con algunos más pequeños de cursos inferiores, reunidos dentro de la valla alambrada de detrás del edificio de la escuela. En ese momento uno de ellos gritó algo breve y excitado, y él se acercó a ver lo que ocurría.

Dos niños pequeños de primero estaban frente a frente a metro y medio de distancia en la grava roja, y los mayores intentaban que se pelearan, alentándolos, azuzándolos. A uno lo hostigaban más que al otro, al que llevaba el pelo castaño lacio como si se lo hubieran cortado con los ojos cerrados. Sabía quién era —el hermano pequeño de su compañera de clase Joy Rae— y dentro del corro se veía harapiento y asustado. Llevaba la camisa, demasiado grande, abotonada hasta arriba y agujereada por los codos, y los vaqueros tenían un tono morado como si los hubieran lavado con algo rojo. Parecía a punto de llorar.

Uno de los niños que estaba junto a DJ le chillaba: Vamos. ¿Por qué no peleas?

Es una gallina, gritó uno del otro lado del corro. Por eso no pelea. Aleteó con los brazos y cacareó y brincó. Los otros niños lo abuchearon.

El otro chaval del centro era algo mayor, un niño rubio con vaqueros y camisa roja.

Venga. Dale, Lonnie.

No quieren pelear, dijo DJ. Dejad que se marchen.

No te metas. El niño que estaba junto a él dio un paso al frente y empujó al rubio hacia delante, y este golpeó al hermano de Joy Rae en un lado de la cara y retrocedió para ver lo que había hecho y el hermano se llevó la mano a la mejilla.

No, pidió el hermano de Joy Rae. Lo dijo muy flojito.

Pégale otra vez. Dale más.

No quiere pelear, insistió DJ. Ha tenido suficiente.

No. Cállate.

El niño volvió a empujar al rubio y este pegó al hermano y lo agarró del cuello y cayeron juntos a la grava. El rubio giró encima del hermano, tenían las caras pegadas, y le golpeó en la cara y en la garganta y el hermano intentó protegerse la cara con las manos. Tenía la mirada asustada y le sangraba la nariz. Empezó a gemir.

Entonces una niña, Joy Rae, con un vestido azul demasiado corto para ella, irrumpió dentro del corro. Le estáis haciendo daño, gritó. Basta. Se acercó corriendo y separó al rubio de su

hermano, pero el primer niño, el grande y gritón, la empujó haciendo que tropezara con los que estaban en el suelo y cayó de cuatro patas en la grava. Se rasguñó una rodilla pero se levantó y se enfrentó al rubio gritando: Para ya, hijo de puta.

El gritón grande la agarró y esta vez la lanzó de vuelta al corro de mirones, y dos niños la sujetaron por los brazos.

Ella se retorció y los pateó. Soltadme, gritó.

DJ se adelantó y separó al rubio y levantó al hermano. Ahora este lloraba a moco tendido y tenía la cara ensangrentada. El gallito del corro agarró a DJ del brazo. ¿Y tú qué te crees, capullo?

Ya ha tenido suficiente.

Todavía no he terminado contigo.

Entonces un niño chilló: Mierda. Viene la señora Harris.

La maestra de sexto entró a grandes zancadas en el círculo. ¿Qué es esto?, preguntó. ¿Qué pasa aquí?

Niños y niñas comenzaron a disgregarse a toda prisa mirando al suelo.

Vosotros, volved aquí ahora mismo, ordenó la maestra. Venid.

Pero todos siguieron alejándose, algunos echaron a correr. Los dos niños que sujetaban a Joy Rae la soltaron y salieron disparados al tiempo que ella corría junto a su hermano.

¿Qué ha pasado?, preguntó la maestra. Abrazó al niño pequeño y le levantó la barbilla para verle la cara. ¿Estás bien? Háblame. Le limpió la sangre con un pañuelo. El niño tenía los ojos enrojecidos y empezaban a asomarle moratones en las mejillas y la frente y tenía la pechera de la camisa rasgada. ¿Qué ha ocurrido? Se volvió hacia DJ. ¿Tú lo sabes?

No, dijo DJ.

¿Quién ha empezado?

No lo sé.

¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

Él se encogió de hombros.

Bueno, pues callando no ayudas a nadie.

Yo sé quién ha sido, dijo Joy Rae, y dio el nombre del grandullón del corro.

Pues se ha metido en un buen lío, dijo la maestra.

Condujo a Joy Rae y a su hermano hacia el edificio de la escuela, pero DJ se quedó en el patio hasta que sonó la campana.

Después de clase volvía a casa caminando por el aparcamiento junto a las vías del tren cuando dos niños aparecieron de detrás del herrumbroso tanque de la Segunda Guerra Mundial que

servía de monumento. Se acercaron a toda prisa a través del césped recién cortado. ¿Cómo es que te has chivado a esa vieja de Harris?, dijo el grande gritón.

No me he chivado.

Le has dicho que he obligado a esos niños a pelearse.

Yo no le he dicho nada.

Entonces ¿cómo es que me ha caído una bronca padre de ella y del señor Bradbury? Mi madre tiene que venir mañana al colegio. Por tu culpa.

DJ lo miró, después miró al otro niño. Los dos lo miraban.

Voy a darte una paliza, dijo el primero.

Sí, qué tal una paliza, dijo el otro. Hizo una señal con la mano y un tercer niño salió de detrás del tanque, y se turnaron para empujarlo hasta que uno lo agarró del cuello mientras los otros dos le golpeaban en la cabeza y los costados, luego lo derribaron y lo dejaron bocabajo en la hierba.

El primer niño le dio una patada en las costillas. Eres un mierda. Más te vale aprender a cerrar el pico.

Mira que vivir con un viejo.

Sí. Seguro que hasta folláis. El niño le dio otra patada. Estás avisado, dijo, luego se alejaron en dirección al centro del pueblo.

DJ se quedó tirado en la hierba mirando los árboles espaciados y ordenados del parque y el cielo claro entre las ramas. Mirlos y estorninos picoteaban la hierba a su alrededor.

Al cabo de un rato se levantó y se fue a casa. En la oscura casita el abuelo estaba sentado en la mecedora del salón.

¿Eres tú?, preguntó.

Sí.

Me ha parecido oír a alguien fuera.

Era yo.

Ven aquí.

Un minuto.

¿Qué estás haciendo?

No estoy haciendo nada.

Cuando sonó el teléfono eran las seis y media de la tarde de un sábado y Raymond se levantó de la mesa de la cocina donde Harold y él estaban cenando bistec de ternera con patatas fritas y contestó al teléfono que colgaba de un cable largo en la pared del salón, y al otro lado de la línea estaba Victoria Roubideaux.

Vaya, ¿eres tú?, dijo Raymond.

Sí. Soy yo.

Estábamos acabando de cenar.

Espero no interrumpir. Puedo llamar luego si quieres.

No interrumpes nada. Me alegro de oírte.

¿Qué tal el tiempo por ahí?, preguntó ella.

Bah, ya sabes. Como siempre por estas fechas. Empieza a refrescar de noche pero de día todavía se está bien. La mayoría de los días, claro.

Él le preguntó qué tiempo hacía para ella, en Fort Collins, cerca de las montañas, y la chica le contestó que el tiempo también era seco y frío por la noche pero que los días aún eran templados, y él le dijo que qué bien, que se alegraba de que todavía tuviera días cálidos. Después se hizo el silencio hasta que a ella se le ocurrió preguntar: ¿Qué más pasa por casa?

Bueno. Raymond miró por las ventanas sin cortinas hacia los establos y los corrales. La semana pasada llevamos los añojos a vender a la subasta.

¿Los del sur?

Esos.

¿Conseguisteis buen precio?

Sí, señora. Noventa y uno con setenta y cinco el quintal.

Mira qué bien, me alegro.

No está mal, dijo él. Pero bueno, ¿tú qué tal, tesoro? ¿Qué tal por ahí?

Ella le habló de las clases y los profesores y de un examen inminente. Le contó que un profesor decía «empero» tan a menudo en sus clases que los estudiantes llevaban la cuenta.

¿Empero?, dijo Raymond. Ni siquiera sé lo que significa.

Oh, más o menos lo mismo que «no obstante». O «sin embargo». En realidad no significa nada. Es hablar por hablar.

Ah, dijo Raymond. Bueno, nunca lo había oído. ¿Y has hecho muchas amistades?

No muchas. Hablo a veces con una chica. Y con la conserje del bloque, que siempre anda por aquí.

¿Ningún chico?

Estoy demasiado ocupada. Y de todos modos no me interesan.

Y qué tal mi niñita. ¿Cómo está Katie?

Está bien. La dejo en la guardería de la universidad cuando estoy en clase. Creo que está empezando a acostumbrarse. Al menos ya no se queja.

¿Come?

No igual que en casa.

Bueno. Tiene que comer.

Te echa de menos, dijo Victoria.

Bueno.

Yo también te echo de menos.

¿Sí, tesoro?

Todos los días. A ti y a Harold.

Por aquí no es lo mismo sin ti, te lo aseguro. Ni de lejos.

¿Estáis bien?

Oh, sí. Estamos bien. Escucha, te paso a Harold. Quiere saludarte. Y cuídate, tesoro. ¿Lo harás?

Tú también, dijo ella.

Harold vino de la cocina y atendió al teléfono mientras Raymond volvía para ocuparse de los platos. Harold y Victoria hablaron del tiempo y las clases otra vez, y él le preguntó por qué no había salido a divertirse si era sábado por la noche, debería estar haciendo algo divertido una noche de sábado, y ella le dijo que no le apetecía salir, quizá otro fin de semana, y él le preguntó si no había chicos guapos en la universidad y ella le dijo que tal vez los había pero que no le importaba, y él dijo que bueno, que mantuviera los ojos bien abiertos, tal vez encontrara alguno de su gusto, y ella le dijo que lo dudaba y luego añadió: Pero me he enterado de que os fue muy bien la subasta de la semana pasada.

No estuvo mal, dijo Harold.

Si os dieron casi noventa y dos. Está muy bien, ¿no?

No pienso quejarme. No, señora.

Sé cuánto significa para ti.

Bueno. ¿Qué más te cuentas? ¿Ya necesitas dinero?

No. No llamo por eso.

Lo sé. Pero no te prives de pedirlo. Tengo la impresión de que no se lo dirías a nadie aunque lo necesitaras.

Voy bien de dinero, replicó ella. Es solo que me gusta oírlos. Supongo que sentía añoranza.

Ah, dijo él. Y como Raymond hacía tanto ruido fregando los platos que no podría oír lo que decía al teléfono, Harold le contó a Victoria cuánto la añoraba su hermano y lo mucho que hablaba de ella a diario, especulando sobre lo que andarían haciendo en Fort Collins e imaginando cómo le iría a la pequeña, y mientras seguía explayándose a la chica le quedó claro que estaba hablando tanto de su hermano como de sí mismo, y saberlo la conmovió tanto que tuvo miedo de echarse a llorar.

Después de colgar Harold regresó a la cocina, donde Raymond estaba vaciando el barreño, vertiendo el agua por el fregadero. Los platos lavados estaban secándose en el escurrerplatos de la encimera. ¿Cómo la has encontrado?, dijo Raymond.

Me ha parecido, dijo Harold, que se siente un poco sola.

A mí también. No me ha parecido que esté bien.

No, señor, no parecía ella, dijo Harold. Creo que será mejor que le mandemos algo de dinero.

¿Te ha comentado algo?

No. Pero tampoco lo haría, ¿no?

No sería propio de ella, dijo Raymond. Jamás pedía nada de lo que quería ni siquiera estando aquí.

Salvo a veces para la niña. Muy de vez en cuando pedía algo para la cría.

Solo para Katie. Pero no se trata solo del dinero, ¿verdad?

Ni siquiera es por el dinero.

Ha sido cómo sonaba. Ha sido su voz.

No, su voz no sonaba así por el dinero. Es por todo lo demás.

Bueno, creo que se siente sola, dijo Raymond. Diría que echa de menos esto.

Puede ser.

Luego, durante la media hora siguiente, se quedaron de pie en la cocina, apoyados en la encimera de madera tomando café y hablando de cómo le iba a Victoria Roubideaux a doscientos kilómetros de casa, donde cuidaba sola de su hija y asistía a clase a diario, mientras que ellos vivían como siempre en el condado de Holt, a veintisiete kilómetros al sur del pueblo, con muy poco que contar ahora que la chica no estaba, y fuera de la casa el viento comenzó a levantarse y quejarse.

Cuando Rose Tyler salió de la cocina a la puerta delantera de casa una noche de otoño entre semana, el cielo estaba encapotado por encima de los árboles y el aire olía a lluvia, y en el escalón bajo la luz amarilla del porche esperaba Betty Wallace con sus dos hijos y en el césped seco del jardín a la sombra de un árbol estaba Luther Wallace, grande, descomunal y oscuro.

Betty, saludó Rose. ¿Qué pasa?

No quería molestarte a estas horas de la noche, dijo Betty. Pero es una urgencia. ¿Podrías llevarnos a los niños y a mí a casa de mi tía? Miró a Luther en el jardín delantero. Me trata mal.

¿Quieres entrar?

Sí. Pero él no entra. Estoy enfadada con él.

Quizá lo mejor será que entre a ver si lo arreglamos hablando.

Bueno, pues que se comporte.

Rose llamó a Luther y este se acercó al porche. Se le veía triste y alterado. Sudaba incluso en el frío aire nocturno, su cara grande se veía roja como un tomate. No le he hecho nada, dijo.

Ahora no estás en casa, advirtió Betty. Estás en casa de Rose, así que será mejor que te comportes.

Pues tú será mejor que cierres el pico y no andes contándole mentiras a la gente.

No cuento mentiras. Digo la verdad.

Yo también podría hablar.

No tienes motivos para decir nada malo de mí.

Sí, señor, claro que tengo.

Venga, dijo Rose. Seamos civilizados. O si no os volvéis los dos a vuestra casa.

¿Has oído?, dijo Betty. Escucha a Rose.

Bueno, no me lo dice solo a mí.

Bajad la voz, dijo Rose.

Entraron en la casa por el recibidor y fueron al salón, y Joy Rae y su hermano Richie lo miraron todo con asombro y sorpresa, como si contemplaran una exposición de mobiliario y pintura en el museo de una ciudad. Se sentaron con su madre en el sofá floreado y permanecieron quietos y callados: solo movían los ojos, mirándolo todo. Luther intentó sentarse en una mecedora de madera pero era demasiado pequeña y Rose le trajo una silla de la cocina. Luther se sentó con cuidado, comprobando primero el asiento con la mano.

¿Por qué no empiezas tú, Betty?, propuso Rose. Has dicho que querías irte a casa de tu tía. ¿Y eso?

Pues eso es que me trata mal, dijo Betty. Acaba de darme un bofetón por nada. No le he hecho nada.

En la vida le he dado un bofetón, dijo Luther.

Oh, qué mentiroso.

Solo un empujoncito de nada. Porque me ha hecho algo. Bueno, me ha dicho que como demasiado.

¿Cuándo ha sido eso?, preguntó Rose.

Hará una hora, dijo Betty. Joy Rae no se comía la cena y le ha dicho que...

Le he dicho que tenía que comer para mantenerse fuerte.

No. Le ha dicho que mejor que comiera, que si no se lo comía él. Joy Rae no quería la cena. Está harta de comer siempre lo mismo. Así que le ha quitado los macarrones con queso del plato y se los ha comido sin quitarle ojo. Ya comerás la próxima vez, le ha dicho. No me importa, le ha contestado ella. Y él le ha contestado: Voy a enseñarte a que te importe, y entonces ha sido cuando me he metido y me ha dicho cuidado, y yo le he dicho que no, que cuidado él.

¿Y luego qué ha pasado?, preguntó Rose.

Luego no ha pasado nada, dijo Luther.

Luego me ha dado un bofetón, dijo Betty.

Es mentira. Solo un empujón de nada.

Me has dado un bofetón. Aún lo noto. Todavía me duele. Betty se llevó la mano a la mejilla y la acarició mientras Luther la miraba desde la otra punta de la habitación con los ojos entornados.

Los niños seguían sentados en el sofá y aparentemente ajenos a lo que se decía, como si no participaran de esos asuntos o no les afectara el resultado. Permanecían sentados juntos, observando los muebles y los cuadros de las paredes, sin dirigir ni una sola mirada a los tres adultos.

Rose se levantó y fue a la cocina y volvió con un plato de dulces de chocolate y se los ofreció a los niños antes que a Betty y Luther. Volvió a sentarse. Creo que deberíamos tranquilizarnos, dijo.

Quiero irme a casa de mi tía, dijo Betty. Ya me tranquilizaré allí.

¿Ella quiere que vayas?

No es la primera vez que vamos.

Pero ¿esta vez quiere?

Creo que sí.

¿No la has telefoneado?

No. El teléfono no funciona.

¿Qué le pasa?

No da línea.

Rose la miró. Betty estaba como medio desplomada en el sofá junto a los niños, con el pelo lacio por encima de la cara picada de viruela, con los ojos enrojecidos. Rose se volvió hacia Luther. ¿Tú qué opinas, Luther?

Yo opino que debería volver a casa como Dios manda.

Pero dice que ahora no quiere estar en casa.

Soy su marido. La Biblia dice que el hombre es el señor de su castillo. Construye su casa sobre una roca. Betty tiene que respetar lo que digo.

No tengo que hacerle caso, ¿verdad, Rose?

No. En eso Luther se equivoca.

Quiero irme a casa de mi tía, insistió Betty.

Cuando retrocedieron por el camino de la entrada Luther permaneció plantado y enfurruñado a la luz de los faros, los haces lo barrieron mientras los miraba con las manos en los bolsillos. En lo alto, por encima de Holt, la lluvia parecía más próxima. Betty iba sentada delante con Rose, los niños detrás, mirando por la ventanilla todas las casas y los cruces y los altos árboles. En todas las casas había luces encendidas detrás de las cortinas de las ventanas, y había setos y estrechos senderos que rodeaban las viviendas hacia los callejones oscuros. Las farolas brillaban azules en las esquinas y los árboles se sucedían a espacios regulares a lo largo de las aceras. Rose los condujo por las calles tranquilas y en la carretera giró al este.

Al acercarse al colmado de la US34 Betty dijo: Ay, se me han olvidado las compresas.

¿Cómo?, preguntó Rose.

Son esos días del mes. No tengo compresas. Tendré que cambiármela en algún momento.

¿Quieres parar a comprar?

Sí, por favor. Será lo mejor.

Pararon y aparcaron entre los coches cerca de las puertas delanteras. Tras los cristales cilindrados el colmado se veía bien iluminado y había tres mujeres en la cola de la caja. Venga, dijo Rose.

Betty miró hacia la tienda pero no salió del coche.

¿Qué pasa?

No llevo dinero. No he cogido el monedero. ¿Me prestas algo? Te pagaré a primeros de mes.

Rose le dio algunos billetes y Betty entró en la tienda. Cuando se perdió por los pasillos, Rose se giró en el asiento de cara a los niños. ¿Vais bien ahí detrás?

No va a querernos, dijo Joy Rae.

¿Quién?

La tía de mamá.

¿Por qué lo dices?

La última vez nos dijo que no volviéramos. No veo a qué vamos.

Puede que no os quedéis mucho. Solo hasta que vuestros padres se calmen un poco.

¿Y cuándo será eso?

Pronto, espero.

Yo tampoco quiero ir, dijo Richie.

¿No?, dijo Rose.

No me gusta ese sitio.

Porque la última vez mojaste la cama y la tía se enfadó, dijo Joy Rae. Se mea en la cama.

Y tú.

Ya no.

Betty regresó con una bolsa de papel y Rose se alejó rumbo este por la autopista hacia el campo abierto, llano y sin árboles, luego viró al norte durante kilómetro y medio hasta llegar a una casa pequeña y oscura. Al parar el coche se encendió una luz encima de la puerta principal. Vale, dijo Rose. Hemos llegado.

Betty miró la casa y salió y subió los escalones y llamó a la puerta. Al poco abrió una mujer con kimono rojo. Tenía el pelo aplastado por un lado, como si ya se hubiera acostado. Fumaba un cigarrillo y miró por encima de Betty hacia el coche. Bueno, dijo. ¿Y ahora qué quieres?

¿Puedo pasar aquí la noche con los niños?

Señor, ¿y esta vez qué ha pasado?

Luther me ha dado un bofetón. Vuelve a tratarme mal.

Te advertí la última vez de que no pensaba acogerte más. ¿A que sí?

Sí.

No entiendo por qué seguís juntos.

Es mi marido, dijo Betty.

Eso no significa que tengas que quedarte con él. ¿A que no?

No lo sé.

Yo sí. Por la mañana madrugo para ir a trabajar. No puedo andar paseándoos por todo el pueblo.

Pero me trata mal. No quiero pasar la noche con él. Betty miró al coche. Rose había apagado el motor.

Entonces de pronto rompió a llover. La lluvia caía inclinada y brillante bajo el farol junto al garaje y salpicaba y destellaba bajo la luz amarilla del porche. Betty empezó a mojarse.

Bueno, está bien, cedió la tía. Pero volverás con él y lo sabes. Siempre vuelves. Y escúchame

bien, es solo por esta noche. No será permanente.

No te causaremos ninguna molestia, dijo Betty.

Ya me habéis molestado.

Betty miró a lo lejos y se cubrió la cara con la mano para protegerla de la lluvia.

Bueno, pues diles que entren, dijo la tía. No pienso pasarme la noche aquí fuera.

Betty indicó por señas a los niños que bajaran del coche.

Creo que tendríais que ir, les dijo Rose. Irá todo bien.

Joy Rae cogió la bolsa del asiento delantero y bajó con su hermano y corrieron bajo la lluvia hasta el porche, luego entraron con su madre en la casa. La tía volvió a mirar hacia el coche. Arrojó el pitillo a la grava mojada y cerró la puerta a su espalda.

El viento empujaba la lluvia a ráfagas oblicuas cuando Rose metió el coche por el camino de entrada a su casa, y al parar se llevó un terrible susto. Luther esperaba apoyado en la puerta del garaje. Rose apagó el motor y las luces y se apeó, pendiente en todo momento de lo que pudiera hacer Luther. Caminó hasta la puerta lateral y él la siguió unos pasos más atrás. Rose, dijo Luther, ¿puedo pedirte algo?

¿Qué quieres pedirme?

¿Podrías prestarme una moneda?

Sí. ¿Por qué?

Quiero telefonar a Betty y decirle que no pretendía hacerle ningún daño. Quiero pedirle que vuelva a casa.

Llámala desde aquí.

No, es mejor desde el pueblo. Ya estoy empapado.

Rose sacó una moneda de veinticinco centavos del monedero y se la dio, y él se lo agradeció y le prometió devolvérsela, luego partió hacia la calle Main. Ella lo observó pasar por debajo de la farola de la esquina, una gran figura oscura chapoteando por los charcos relucientes en la noche mojada; el pelo negro se le aplastaba contra la cabeza y él siguió adelante bajo la lluvia, camino de una cabina en una esquina.

Un sábado después de desayunar, después de fregar los platos, salió y sin ninguna intención ni dirección en mente echó a andar por la calle en el frío matinal y pasó por delante del solar vacío y las casas donde vivían las viejas viudas en su aislamiento y su silencio individuales. Dena y Emma estaban frente a la casa de su madre, y tenían una bicicleta nueva que se habían comprado con el dinero que su padre mandaba desde Alaska. Dena ya sabía montar pero Emma todavía estaba aprendiendo. Dena estaba subida a la bici, pedaleando por la acera, y se paró delante de DJ y se bajó, a horcajadas. La hermana pequeña se acercó corriendo. ¿Quieres montar?, le ofreció.

No.

¿Por qué no? ¿No sabes?

No.

Podrías aprender, dijo Dena. Mírame, yo sé montar.

No tengo ni idea.

¿Nunca lo has intentado?

No tengo bici, dijo él.

¿Por qué no?, preguntó Emma.

Nunca me he comprado ninguna.

¿No tienes dinero?

Calla, Emma.

Pero dice que...

Da igual, dijo Dena. ¿Quieres montar en esta?

Es una bici de niña. Debería aprender con una bici para niños.

¿Quieres probar o no? Se apartó y le ofreció el manillar y él la miró y agarró el asidero de goma y pasó una pierna por encima de la barra baja. Cuando intentó adelantar la bici el pedal giró y le golpeó la pierna por detrás.

¿Cómo se hace?, preguntó DJ.

Tienes que subir este pedal. Y ahora písalo.

La bici avanzó y se tambaleó y paró.

Otra vez.

Esta vez avanzó un poco más.

Levanta el otro pie al mismo tiempo y apóyalo en el otro pedal.

Avanzó otra vez y se bamboleó y apoyó los dos pies en el suelo.

Tienes que seguir pedaleando. No te pares.

DJ pedaleó por la acera de la manzana y las dos niñas trotaron a su lado hasta que giró contra un seto y se cayó. Se levantó y enderezó la bici. ¿Cómo se frena?

Dena levantó un pie. Así, dijo.

¿No tiene frenos de mano?

No. Solo los pedales.

Él empezó otra vez y rodó por el camino de entrada hasta la calle y siguió pedaleando sin pausa mientras ellas corrían a su lado. La bicicleta traqueteaba y se bamboleaba y una vez casi las atropella. Las niñas gritaron de entusiasmo, con las caras rosas como flores, y él siguió pedaleando. Dena le gritó: Intenta frenar, intenta frenar. Él se levantó sobre los pedales y frenó en seco y tuvo que apoyar los pies en el suelo para no caerse. Corrieron a su lado.

Es fácil, dijo Dena. ¿A que sí?

Lo sé.

Recorrió la calle en un sentido y en el otro y giró y se dirigió hacia las niñas y levantó una mano del manillar para saludar y rápidamente la devolvió a su sitio y pasó de largo y volvió, pero esta vez iba demasiado rápido y condujo la bici contra las dos hermanas en mitad de la calle y chocó con la mayor y se cayeron, despatarrados sobre el asfalto, con la bici por encima. Se desgarró la piel de un codo y una rodilla y ella se hizo daño en la cadera y en el pecho. La niña lloraba por lo bajo, agarrándose la cadera. Y él sintió náuseas. Le resbalaba sangre por el brazo y se había roto los pantalones por la rodilla. Se levantó con ganas de vomitar y le quitó la bici de encima a la niña, luego la cogió de la mano y la ayudó a incorporarse. Lo siento, se disculpó. ¿Te encuentras bien? Perdona.

Ella lo miró y cruzó los brazos frente al pecho, donde lo notaba dolorido. ¿Por qué no has frenado? ¿No te has acordado?

No.

No se te puede olvidar.

Será mejor que me vaya a casa. Estaba examinándose el codo. Tengo que lavarme esto.

Mamá te curará. Ven a casa.

Te estás goteando en los zapatos, dijo Emma.

DJ bajó la vista. Lo sé, dijo. Tenía gotas de sangre en la puntera y los cordones.

Mamá lo arreglará, dijo Dena.

Sacaron la bicicleta de la calle al césped y la dejaron caer. Antes de que llegaran a la casa Mary Wells salió a la puerta de delante. Los había visto aproximarse por la ventana y por alguna razón tenía los ojos rojos. Los hizo pasar a la casa.

Dentro, DJ ahuecó la mano debajo del codo para no manchar la alfombra y Mary Wells lo acompañó al lavabo. Las dos niñas lo siguieron y miraron cómo DJ alargaba el brazo por encima del lavamanos y su madre lo limpiaba, la sangre se aguaba y goteaba en la cerámica mientras ella lo lavaba con ternura, rozando el corte con la yema de los dedos para retirar suavemente la suciedad. Con el codo limpio, la sangre asomaba como pequeños arándanos rojos. Ella le dijo que se aplicara una toallita, después le mandó apoyar un pie en la tapa del váter y le remangó los pantalones y la rodilla también sangraba. La sangre le había empapado el calcetín. Le limpió la rodilla con otra toallita. Las dos niñas curiosearon por encima del hombro de la madre, con aire serio y absorto, maravillado. Y mientras atendía al niño, de pronto las lágrimas le llenaron los ojos y le resbalaron por las mejillas hasta el mentón. DJ y las dos niñas la miraron asombrados, y les asustó ver llorar a un adulto.

No pasa nada, dijo DJ. No es tan grave.

No es eso, dijo ella. Estoy pensando en otra cosa.

¿Mamá?, dijo Dena.

La madre siguió limpiando la rodilla, estrujó un tubo de pomada antiséptica y protegió la herida con una venda, y luego hizo otro tanto con el codo. En todo ese tiempo no paró de secarse los ojos con el dorso de la mano.

Mamá. ¿Qué ocurre?

No me molestes, dijo la madre.

Pero ¿me curarás a mí también?

¿Por qué? ¿Te has hecho daño?

Sí.

¿Dónde?

Aquí. Y aquí.

La madre se giró hacia DJ y Emma. Vosotros dos ya podéis salir. A ver, le dijo a Dena, déjame ver.

DJ y la hermana menor salieron a la salita y se quedaron junto al piano donde la luz entraba por la ventana delantera. La niña lo miraba como si esperase que hiciera algo.

¿Qué le ocurre?, preguntó DJ. ¿Qué la hace llorar?

Papá.

¿Qué quieres decir?

Papá llamó anoche y desde entonces no para de llorar. Le ha dicho que no va a volver.

¿Por qué no?

No sé por qué.

¿No lo dijo?

No sé.

Mary Wells regresó con Dena del cuarto de baño. Ya podéis salir, niños.

Yo no quiero, dijo la pequeña.

¿Por qué no?

Quiero quedarme contigo.

Muy bien. Pero vosotros dos salid. No me encuentro muy bien, dijo. Había empezado a llorar otra vez. La miraron por el rabillo del ojo. Vamos, dijo. Por favor.

Yo también quiero quedarme, dijo Dena.

No. Con una basta. Venga. Entretente fuera con DJ.

Fuera, empujaron la bici alrededor de la casa hasta el jardín trasero y se quedaron contemplando el callejón. Vamos a algún sitio, dijo Dena.

No quiero ir al centro. No me apetece ver a nadie.

No tenemos que ver a nadie.

Enfilaron el callejón por las roderas que flanqueaban las hierbas que crecían en el centro de la grava como un seto bajo y pasaron frente a los patios traseros de las viejas viudas y el solar vacío de al lado y luego la casa de su abuelo y el solar del otro lado. En la calle cruzaron y pasaron al callejón de la siguiente manzana. A la izquierda quedaba la vieja casa de madera azul, con el jardín trasero comido por las moreras y las lilas. Hacía años que en esa casa no vivía nadie. La mosquitera del porche colgaba medio suelta y había restos metálicos desperdigados bajo los arbustos. Alguien había empujado un viejo Desoto hasta debajo de una morera y los niños habían resquebrajado y atravesado las ventanillas verde claro con escopetas de balines. Todos los neumáticos estaban pinchados. En el callejón había un cobertizo pequeño sin pintar.

Atisbaron por el ventanuco, de cristales viejos y ondulados, cubiertos de porquería y telarañas marrones. Solo distinguieron un cortacésped y un arado de jardín. La puerta se abrió con un chirrido cuando levantaron el pestillo metálico y entraron a través de largas sargas de telarañas. Por dentro el cobertizo era oscuro y tenebroso, con el suelo de tierra ennegrecido de aceite. Un estante recorría la pared del fondo. Debajo había un neumático de goma blanca. Vieron cestas de mimbre con asas de alambre apiladas unas dentro de otras, y una sierra de mano oxidada, y un martillo de carpintero, con las dos puntas del sacaclavos rotas. Bajo la ventana encontraron un gorrión muerto, seco como el polvo en el suelo de tierra, ligero como el aire. Lo miraron todo, levantaron las herramientas y las devolvieron a sus siluetas de polvo.

Podríamos hacer algo con esto, dijo Dena.

Él la miro.

Con este sitio.

Aquí solo hay porquería. Y está oscuro.

Podríamos limpiarlo, dijo ella.

Él la miró y la vio borrosa y umbría a la tenue luz que se colaba por la ventana. No pudo verle los ojos. La niña había agachado la cabeza. Tenía algo en las manos, pero DJ no estaba seguro de qué era. Podríamos traer cosas, insistió Dena.

¿Como qué?

No lo sé. Si no quieres, no lo hagas.

La niña miraba lo que fuera que tuviera en las manos.

A lo mejor quiero, dijo él.

Era una lata de café vieja de color rojo. Ahora lo vio, la niña trataba de averiguar lo que contenía. Él estudió su delicado rostro insondable en la penumbra, la cara de una niña. ¿No me has oído?

Qué.

Digo que a lo mejor quiero.

Te he oído, dijo ella.

SEGUNDA PARTE

Tenía una tía que vivía en el campo al este de Holt, y tenía un tío que vivía en el pueblo y que se llamaba Hoyt Raines, por parte de madre.

Una tarde ventosa de principios de octubre el tío estaba esperando en el porche delantero de la caravana cuando volvieron de Duckwall's. Llevaba una gorra de béisbol negra con ribetes púrpura y ocultaba la cara bajo la visera.

Era un hombre alto y flaco con el mismo pelo moreno y lacio que Betty y sus mismos ojos de color azul claro. Trabajaba en el pueblo y en el campo en la construcción y en brigadas de desbroce, y en los meses estivales se sumaba a las cuadrillas de jornaleros que comenzaban segando trigo en Texas y terminaban en Canadá. Casi nunca aguantaba en el mismo empleo más de una temporada. Trabajaba un tiempo y luego lo despedían por alguna razón, o se hartaba y lo dejaba. Cuando no tenía trabajo holgazaneaba en su apartamento alquilado de la zona sur de Holt, viviendo del último sueldo hasta que se le acababa el dinero. Los últimos cinco o seis meses había ordeñado vacas en una lechería al norte de Holt, lo que para él resultaba casi heroico por aguantar tanto. Con todo, más o menos cada tres semanas –algo mucho más propio de él– se había presentado en la lechería a las seis o las siete de la mañana, a la hora que le había venido en gana, tarde y todavía borracho y con la mirada perdida, oliendo al whisky barato que había bebido por la noche, y en ese estado aturdido se ponía a ordeñar las caras vacas Holstein, a limpiar las ubres con un trapo húmedo y a enganchar las copas de ordeño de cualquier modo, y la última vez, hacía quince días, había ordeñado una de las vacas enfermas en el tanque de la leche fresca y el encargado había tenido que vaciar todo el tanque si no quería arriesgarse a que lo descubrieran y lo multaran. Habían tirado por el desagüe más de cinco mil litros de leche. El encargado lo despidió en el acto, le dijo que se fuera a su casa, que no se le ocurriera regresar, que no quería ver su maldita cara nunca más. Mierda, se quejó Hoyt, ¿y mi cheque? Todavía me debes la paga de esta semana.

Lo recibirás por correo, patético hijo de puta, dijo el encargado. Lárgate de una vez.

Ese día Hoyt volvió al pueblo oliendo todavía un poco a whisky, pero también atufando a la nave de ordeño, ese hedor intenso y peculiar que se le pegaba a la ropa y el pelo y que ni el jabón ni el agua conseguían lavar, e hizo su primera parada en la taberna Holt de la calle Main aunque todavía era media mañana. Allí empezó a beber y relatar lo ocurrido a cualquiera que quisiera escucharlo, tres viejos y una pareja de viejas tristonas.

Ahora estaba sentado en los escalones del porche al sol, fumándose un cigarrillo, cuando su sobrina y Luther se acercaron por el jardín descuidado.

Mira quién anda aquí, dijo Luther.

Ya me estaba preguntando cuándo pensabais volver, dijo Hoyt.

Hemos ido al centro a comprar un teléfono.

¿Y para qué queréis un teléfono? ¿Quién va a llamaros?

Necesitamos un teléfono. Voy a montar un negocio.

¿Qué tipo de negocio?

De venta por correo. Desde casa.

Hoyt lo miró. Bueno, dijo, si tú te lo crees... Se levantó y se volvió hacia Betty. ¿No piensas abrazar a tu tío?

Betty se acercó a su tío y él la abrazó fuerte, luego la soltó y le dio una buena palmada en el trasero.

No hagas eso, dijo ella. A mi marido no le gusta que tonteen conmigo.

¿Tú crees que a Luther le importa?

Será mejor que te comportes.

Eso, dijo Luther. Cuando estés aquí, compórtate.

¿Qué os ha dado? He venido a veros. Vengo a haceros una propuesta. Y vosotros venga a soltar mierda.

Bueno, dijo Luther. No digas eso.

¿Qué propuesta?, preguntó Betty.

Vamos a resguardarnos de este viento, dijo Hoyt. Aquí no puedo hablar.

Entraron en la caravana y se sentaron a la mesa de la cocina en cuanto Betty despejó un sitio para su tío. Este se quitó la gorra y la dejó en la mesa y se pasó los dedos por el pelo mientras miraba alrededor. Tenéis que limpiar, dijo. Dios santo, mira eso. No sé cómo alguien puede vivir aquí.

Bueno, no me encuentro muy bien, se excusó Betty. Me duele la barriga. Apenas duermo por la noche.

Está tomando pastillas, dijo Luther. Pero no parece que le hagan nada. Verdad, cariño.

Todavía no.

Eso no significa que tengáis que vivir así, dijo Hoyt. Podrías ocuparte tú, Luther.

Luther no respondió. Betty y Luther se quedaron mirando al otro lado de la habitación como si hubiera algo colgando en la pared que se les hubiera pasado por alto.

Hoyt todavía estaba fumándose el cigarrillo. Betty, dijo, sácale un cenicero a tu tío. No querría ensuciarte este suelo tan bonito.

No tenemos. Aquí nadie fuma.

¿No? Se quedó mirándola, se levantó y mojó el cigarrillo en el agua del grifo y lo tiró al fregadero con los platos sucios. Volvió a sentarse y suspiró, frotándose concienzudamente los ojos. Bueno, imagino que ya os habréis enterado.

¿De qué?, dijo Luther. No hemos oído nada.

¿No sabéis que me he quedado sin trabajo? Ese hijo de puta de la lechería me despidió hace dos semanas. Y la vaca ni siquiera estaba marcada correctamente. Se supone que debía tener una marca naranja en la ubre. ¿Cómo iba yo a acordarme de que estaba enferma? De modo que la ordeñé en el tanque como siempre y el hijo de puta me despidió. Y luego esta mañana el otro hijo de puta de mi casa me ha echado.

¿Qué ha pasado?, preguntó Luther.

Nada. Puede que fuera un par de días atrasado con el alquiler, pero de todos modos estaba hasta las narices de sus tonterías. Y ya sabe dónde puede meterse esa mierda de apartamento. Hoyt los miró. Estaban girados hacia él, contemplándolo como niños grandes. Bueno, ¿qué opináis de todo esto?

Creo que es una pena, dijo Betty. No debería tratarte así.

No, señor, dijo Luther. No está bien que te traten así.

Hoyt agitó una mano. Eso ya lo sé, dijo. No me refiero a eso. Ya me encargaré un día de estos de ese mamón. Y lo sabe. Está claro. Me refiero a lo siguiente. Quiero proponeros una cosa. Me vendré a vivir con vosotros y os pagaré un alquiler mientras me recupero. Será bueno para todos. A eso me refiero.

Luther y Betty se miraron por encima de los platos del almuerzo. Fuera, el viento sacudía la caravana cada vez que arreciaba.

Adelante, dijo Hoyt. Decid lo que os parece. No es tan difícil.

No sé, dijo Betty. Solo tenemos tres dormitorios. Joy Rae y Richie duermen cada uno en su cuarto.

Necesitan un cuarto para cada uno, dijo Luther. Y nosotros el nuestro. No tenemos sitio.

Un momento, dijo Hoyt. Pensad en lo que estáis diciendo. ¿Por qué los niños no pueden dormir juntos? ¿Qué tiene de malo? Son pequeños.

No sé, dijo Betty. Miró la habitación como si hubiera perdido algo.

¿Qué diría tu madre?, dijo Hoyt. Si supiera que no quieres acoger a su hermano, que no lo invitaste a refugiarse del frío cuando necesitó ayuda. ¿Qué crees tú que diría?

No hace mucho frío, repuso Betty.

¿Encima vas de lista? No me refiero al frío. Me refiero a que me dejes mudarme con vosotros.

Bueno, queremos ayudarte, dijo Betty. Es que... Gesticuló vagamente con las manos.

Escucha, dijo Hoyt. Deja al menos que eche un vistazo. A ver cuál es la situación. No tiene

nada de malo mirar, ¿no?

Se levantó de sopetón. Betty y Luther se miraron y lo siguieron por el pasillo pasado el lavabo. Hoyt se asomó a los dormitorios al pasar, primero al dormitorio de Luther y Betty, luego al de Richie, antes de llegar a una puerta cerrada al fondo del pasillo; abrió la puerta con el pie y entró en el cuarto de Joy Rae. Era el único limpio y ordenado de toda la casa. Una cama individual pegada a la pared. Un tocador de madera forrado con un vaporoso pañuelo rosa. Un triste joyero, un cepillo y un peine encima del pañuelo. La raída alfombra oval a los pies de la cama.

Me sirve, dijo. Al menos está recogido. Que se instale con su hermano y yo me quedo en este.

No sé, dijo Betty, colocándose en el umbral detrás de su tío.

Es solo una temporada. Hasta que me recupere. ¿Dónde está tu caridad? ¿No tienes corazón?

También tengo que pensar en mis hijos.

¿En qué va a perjudicar a tus hijos que me mude con vosotros?

Joy Rae se arregló ella sola la habitación.

Está bien. Soy tu tío, pero si no quieres que venga, basta con que lo digas. No soy tonto.

No sé qué decir, dijo Betty. Luther, di algo.

Luther miró al pasillo. Bueno, cariño, el tío Hoyt dice que será solo una temporada. Se ha quedado sin piso. No tiene a donde ir. Me parece que podríamos echarle una mano.

¿Ves?, dijo Hoyt. Alguien a quien le importo.

Solo sé una cosa, dijo Betty. Que a Joy Rae no va a gustarle un pelo.

Le comunicaron la nueva situación cuando llegó a casa del colegio ese mismo día, y se retiró inmediatamente a su cuarto y cerró la puerta y se echó en la cama y lloró amargamente. Pero por la noche, tal como le habían mandado, trasladó sus pertenencias al cuarto de Richie y colgó sus cuatro vestidos en el pequeño armario y colocó la caja de bisutería barata en la mitad de la cómoda que se quedó para ella, luego recogió la ropa, los zapatos y los juguetes de su hermano.

Esa noche al acostarse no había espacio para los dos, a pesar de lo pequeños y delgados que eran, y después de dormirse Richie comenzó a soñar agitadamente y a moverse en la cama y Joy Rae tuvo que despertarlo.

Deja de dar patadas. Basta, Richie. Es solo un sueño, estate quieto.

Luego levantó la vista de la cama y vio al tío de su madre observándolos desde el umbral, la penumbra solo permitía verle la cara. Estaba apoyado en el marco de la puerta. Ella se hizo la dormida y se quedó mirándolo a oscuras, incluso lo olió. Había salido a beber. Joy Rae estaba sentada a la mesa después de cenar cuando el tío le había pedido a su padre cinco dólares. No podían pretender que se quedara en casa toda la noche, había dicho el tío, todavía era joven y no iba a dejarse atar por nadie. De pronto su padre pareció asustado y miró al techo pidiendo ayuda

en vano, de modo que había sacado un billete de cinco dólares de la cartera. Ahora Joy Rae siguió vigilando a su tío a oscuras, y al rato se apartó de la puerta y se alejó por el pasillo hacia su cuarto.

Pero incluso después de que se marchara, Joy Rae tardó más de una hora en conciliar el sueño. Luego, por la mañana, se despertó en una cama mojada. Su hermano se había meado por la noche y a ella se le había empapado el camisón, tenía las piernas frías y húmedas. Le dieron ganas de llorar. Se levantó y se secó las caderas y las piernas con una camiseta sucia y empezó a vestirse para el colegio. Despertó a su hermano. Él gimoteó y se quejó, de pie junto a la cama.

Calla, dijo ella.

Le ayudó a quitarse los calzoncillos meados. El niño tiritaba y tenía la piel de gallina en las piernas.

Tenemos que vestirnos para ir al colegio. El autobús llegará enseguida. Para ya de llorar, niño. La que debería echarse a llorar soy yo.

Empezaron limpiando, que es lo que se hace cuando te mudas a una casa nueva. Querían dejarla limpia antes de hacer nada más. Trajeron agua de casa del abuelo, cargaron el cubo entre los dos, con las manos juntas en el asa metálica y el agua fría salpicándoles los pantalones, y barrieron el polvo y la basura del oscuro cobertizo con una escoba de paja desgastada. Juntos transportaron fuera la chatarra cubierta de polvo y sacaron rodando el neumático blanco y empujaron el viejo cortacésped y el arado hasta debajo de las moreras junto al Desoto. Luego barrieron el piso de tierra negra y grasienta por segunda vez y rociaron de agua los rincones y frotaron las paredes de madera rugosa. Cuando terminaron, el cobertizo olía a limpio, a tierra húmeda y madera mojada.

Entonces emprendieron la búsqueda. Por las tardes después de clase y durante varios sábados seguidos salieron a recoger cosas por los callejones de Holt. Al principio solo rebuscaron en los callejones de su barrio, pero al cabo de unos días empezaron a adentrarse por callejones a cuatro y cinco manzanas de distancia.

Encontraron una silla de cocina y una mesa coja, luego dos platos planos de porcelana junto con tres tenedores de plata y una cuchara de servir y un solo cuchillo con hoja de acero. Al día siguiente descubrieron un cuadro sin marco del niño Jesús, de pies y piernas rollizos, desnudo salvo por la tela blanca enrollada en las caderas. Tenía una dulce expresión de súplica, y se llevaron el cuadro y lo colgaron de un clavo.

Y a cinco manzanas encontraron una alfombra de estampado de rosas junto al cubo de la basura del callejón de detrás de una casa de ladrillos. La alfombra tenía manchas del color del café en una punta. La sacaron del callejón, la examinaron, caminaron por encima, luego la enrollaron y cargaron con ella. Pero resultó que pesaba demasiado y la tiraron un poco más adelante. Voy a buscar una cosa, dijo él. Regresó a casa del abuelo y volvió con el carrito que le habían regalado por Navidad en primero y subieron la alfombra al carrito y arrancaron de nuevo, con ambos extremos de la alfombra arrastrando por la grava y la hierba.

En la siguiente manzana vieron a una anciana con un largo abrigo negro de hombre y un pañuelo también negro de pie en la puerta trasera de su casa. Cuando se aproximaron, la anciana salió al callejón. ¿Qué hacéis, niños? ¿Qué lleváis ahí?

Una alfombra.

La habéis robado, ¿verdad?

La miraron. Tenía un ojo azul y nublado y le goteaba la nariz.

Vámonos, dijo DJ. Trataron de rodearla.

¡Quietos!, ordenó la anciana. Echó a trotar tras ellos, tambaleándose en la grava roja. ¡Ladrones!, chilló. ¡Alto!

Entonces arrancaron a correr con el carrito botando detrás y la alfombra brincando y arañando la grava hasta que al final se cayó. Miraron atrás, resollando. La anciana estaba en mitad del callejón, lejos. Les gritaba pero no la entendían. Justo entonces se quitó el pañuelo negro de la cabeza y lo agitó a modo de advertencia o bandera y, sin pañuelo, vieron que tenía la cabeza calva como una bola de billar.

Ándate con ojo con esa, dijo Dena.

Te encontrará, dijo DJ. Irá a tu casa.

Se rieron, volvieron a cargar la alfombra en el carrito y la transportaron a ritmo pausado. En el cobertizo la extendieron sobre el suelo de tierra, con la punta manchada doblada, y la barrieron. Luego colocaron la mesa encima de la alfombra y la silla junto a la mesa en el centro exacto de la estancia donde el sol vespertino se colaba por la ventana y las motas de polvo bailaban por el aire como minúsculas criaturas en un agua turbia.

Durante los días siguientes volvieron a salir. Un sábado por la mañana encontraron una segunda silla. Otro día descubrieron cinco velas rojas en una caja de cartón y un candelabro de cristal que solo tenía una punta rota. De vuelta en el cobertizo encendieron una de las velas y se sentaron y se miraron. Era tarde, casi de noche, y de pronto oyeron un coche que se acercaba por el callejón, las ruedas aplastando la grava. Permanecieron sentados sin respirar, mirándose a los ojos, y luego el coche siguió de largo sin detenerse y ellos empezaron a hablar flojito a la luz de las velas mientras, fuera, la oscuridad crecía a su alrededor.

Tengo que irme. El abuelo querrá cenar.

Todavía no tienes que irte, dijo ella.

Tendré que irme enseguida.

Iban atrasados. Ya estaban a mediados de otoño. Se habían retrasado ayudando a Victoria Roubideaux a instalarse en Fort Collins y después por la desacostumbrada apatía que sobrevino con su ausencia, luego habían estado ocupados vendiendo los añojos en la subasta de ganado. Así que habían llegado a mediados de otoño, octubre ya, antes de empezar a sacar a los toros del prado de las vacas.

Tal vez eso hubiera tenido algo que ver. Salvo que después, postrado en la cama blanca del hospital Holt County Memorial mirando por las ventanas a los árboles sin hojas, Raymond no podría afirmar ni siquiera eso con seguridad, y ello a pesar de que su hermano y él habían tratado con ganado toda la vida.

Había seis animales en el corral, todos ellos toros de la raza Black Angus. Ahora se prefería el ganado negro. Hacía cuarenta años se prefería la Hereford blanca. Ahora tocaban las reses negras porque se pagaban mejor en los mataderos. Una mera cuestión de convención y capricho.

Habían trasladado a los toros al corral de tablones junto al granero la mañana de un día frío y seco. El cielo estaba nublado y alto, no como si quisiera llover o nevar, solo alto y completamente encapotado y frío.

Habían estado revisando los toros de uno en uno, decidiendo si querían desprenderse de alguno, y había uno que estaba dándoles guerra, que resoplaba como si buscara pelea. Antes siempre se había comportado, un poco nervioso, como ocurre a veces con los Angus negros, pero nada fuera de lo normal. Tenía cinco años; lo habían comprado hacía tres en una subasta por dos mil quinientos dólares. Previamente habían comprobado las credenciales, se habían informado de quién era su padre, cuánta leche daba su madre, cuánto había pesado al nacer, al destetarse y al año, qué indicaba su examen de fertilidad. Y lo habían observado concienzudamente en el corral numerado antes de que comenzara la subasta, y ambos habían aprobado la compra. A los dos años ya era un novillo fuerte y recio, con la musculatura y el cuello gruesos y la cabeza mocha, ancha y plana, y unos ojos negros y claros que los contemplaban desde debajo de unas pestañas negras que parecían casi de niña, pero con algo más en la mirada, como si supiera de lo que era capaz. Era un animal imponente, de cuerpo largo y dorso recto, bien plantado. Parecía capaz de echar a andar y recorrer el país entero. También su balano presentaba un buen aspecto, lo bastante alto para que no se enganchara en la artemisa o la jabonera y sufriera cortes y laceraciones que le impidieran montar a las vacas que debía montar.

De modo que habían pujado por él al salir a la pista y luego Raymond había rellenado el talón para la mujer de las oficinas, después lo habían transportado a casa en el remolque. Y a su debido tiempo había dado buenas crías, todas sanas y vigorosas, de engorde rápido como él. Sin embargo, desde el principio había tendido a bufar demasiado.

Era el último de los seis toros que estaban examinando esa mañana de octubre, fría y encapotada. Los otros toros ya estaban seleccionados en el siguiente corral. Los hermanos McPheron estaban dentro del corral con el animal, estudiándolo, rodeándolo, caminando por la tierra suave y suelta, sucia con restos de estiércol seco. Iban pertrechados contra el frío y casi parecían gemelos con los chaquetones de trabajo de lona, los vaqueros, las botas y los guantes de cuero, con los sombreros blancos, viejos y manchados, calados sobre las cejas cubriéndoles las cabezas redondas. Tenían la piel de la cara irritada, los ojos llorosos por el polvo, y habían empezado a moquear un poco por el frío.

Bueno, dijo Raymond, parece que está bien.

Aguantará otro año, dijo Harold. Está un poco descarnado en esta ijada. Pero está bien.

Mientras hablaban de él el toro no les quitaba ojo. Se volvía para verlos de cara cuando ellos giraban a su alrededor.

No parece que quiera dejarlo.

Hoy no, convino Raymond. Tiene pinta de que aguanta otros cinco años. Probablemente nos enterrará a los dos.

Pues ya está, dijo Harold.

Pasó junto al toro para abrir la pesada portilla metálica a fin de que el animal pudiera reunirse con los demás. El toro, nervioso porque lo habían retenido solo, avanzó resoplando y pisoteando, pero la verja apenas estaba entornada cuando trató de pasar corriendo y cargando con todo su peso, y al golpear con el hombro el poste de la verja salió despedido hacia atrás, resbaló en la tierra y cayó justo cuando se cerraba la portilla. Después se levantó pesadamente y embistió, bramando y resoplando, balanceando la enorme cabeza, con los ojos clavados en Harold. Bajó la testuz y golpeó al hombre en el pecho, derribándolo contra la verja cerrada. ¡Hijo de perra!, aulló Harold. Lo palmeó con fuerza, intentó patearlo. Pero el toro embistió de nuevo, lo levantó, hundió la cabeza en el pecho y el estómago de Harold, aplastándolo contra la portilla de hierro. Harold intentó gritar, pero le falló la voz. El toro retrocedió y Harold se deslizó hasta caer al suelo, y luego el animal comenzó a atacarlo con la cabeza.

Raymond lo vio todo y se acercó por detrás corriendo, azotando al toro en la grupa con el puño enguantado y agarrándolo del rabo para distraerlo, para que se volviera. ¡Maldito seas!, chilló. ¡Eh! ¡Eh! El toro dio media vuelta, girando bruscamente, con todo su peso y su fuerza, y lanzó a Raymond a la otra punta del corral, despatarrado en el suelo, y luego fue a por él con la cabeza baja, oscilando y embistiendo, y le golpeó en la espalda. Raymond rodó hasta quedar

bocabajo en la tierra y consiguió ponerse en pie. ¡Eh!, chilló. ¡Eh! El toro volvió a derribarlo, le aplastó la pierna, Raymond no paró de intentar patearlo y luego se levantó de nuevo y retrocedió renqueando, alejándose. El toro se quedó mirándolo.

Entonces el animal se volvió de nuevo hacia Harold, que yacía bocabajo en el corral. Trotó hacia él y comenzó a golpearlo con la pesada cabeza. Harold, revolcándose por el suelo, pateando y retorciéndose, por fin rodó hasta debajo de un panel de tablones que habían clavado en un rincón del corral para impedir que el ganado trepara hasta el depósito de agua. Dentro de su pequeño refugio el toro no podía alcanzarlo. Tenía la cara sucia, con la nariz y las mejillas ensangrentadas. Giró la cabeza y vomitó en el suelo e intentó respirar. El toro lo olisqueó desde el otro lado de los tablones.

Al ver a su hermano momentáneamente a salvo, Raymond entró cojeando al granero y cogió una horca que había apoyada en la pared y volvió a salir en una especie de avance a la pata coja, rodeó la cerca y entró en el corral por el extremo más alejado para volver a abrir la portilla. El toro se adelantó para olisquearla, luego cruzó la verja y, al ver a Raymond al otro lado, bufó y giró en redondo, levantando tierra por encima del lomo. Hijo de puta, dijo Raymond. A ver qué intentas. Chilló y agitó los brazos y mientras el toro volvía a girarse le clavó la horca en la grupa. Empezó a manar sangre brillante de la herida y el animal mugió, se volvió otra vez de cara a Raymond con la cabeza gacha, embistiendo y retrocediendo, pero el viejo lo mantuvo a raya blandiendo la horca de mango largo como si los hubieran arrojado juntos a un viejo circo, y todo el tiempo Raymond musitaba en voz dura y malvada. Venga, maldito. Ven. El toro soltó un último bufido y terminó por alejarse.

Raymond atrancó la puerta y cruzó renqueando el corral hacia el rincón donde su hermano yacía en el suelo. Harold se había quitado los guantes y se palpaba el pecho con sumo cuidado.

¿Es muy grave?, preguntó Raymond, arrodillándose.

Pinta mal, dijo Harold. Solo susurraba, con voz tensa y rasposa. Me cuesta respirar. Me ha machacado por dentro.

Voy corriendo a casa a llamar a alguien.

No voy a ir a ningún sitio.

Solo voy un momento a telefonar.

No. Quédate, dijo Harold. Te digo que ya no voy a ir a ningún sitio.

Tengo que avisar a la ambulancia.

No llegará a tiempo. No pueden hacer nada por mí.

No lo sabes.

Sí, lo sé, murmuró Harold.

Miró a su hermano arrodillado junto a él al otro lado de los tablones. La cara de Raymond estaba sucia y asustada. La suya, blanca como la cera por debajo de la sangre y la tierra.

Sácame de debajo de la valla. No quiero morir apretujado aquí dentro.

No me atrevo a moverte, dijo Raymond. Tengo que avisar a alguien.

No. Empieza a tirar. No puedo esperar a que traigas ayuda.

Pues espera. Maldita sea.

Agarró el chaquetón de Harold por el hombro y lo cogió del cinturón y empezó a tirar despacio de él por la tierra suelta. Su hermano gruñó y apretó los dientes, empezaron a llenársele los ojos de lágrimas y la sangre asomó a la comisura de los labios prietos. Raymond lo arrastró por debajo de los tablones y Harold se quedó tumbado bocarriba al borde del corral, respirando en jadeos entrecortados y con las manos moviéndose sobre el pecho, estrujando y presionando las costillas como si así le costara menos respirar. Abrió los ojos y levantó una mano y se limpió la boca. Se me ha caído el sombrero, dijo.

Voy por él. Raymond se levantó y entró cojeando al corral y recogió el sombrero y lo sacudió contra su pierna y luego cojeó de vuelta y volvió a arrodillarse. Cuando Harold levantó la cabeza le encajó el sombrero sobre el pelo entrecano. Tenía el pelo sucio. El sombrero estaba arrugado por detrás y Raymond lo alisó.

Muy bien, dijo Harold. Gracias. Cerró los ojos e intentó respirar. Tengo frío, susurró.

Raymond se quitó el chaquetón de lona y lo tapó con él.

Al poco Harold abrió los ojos. Tiritaba y miró alrededor. ¿Raymond?

¿Sí?

¿Estás aquí?

Aquí mismo, dijo Raymond. Ya casi estoy.

Harold miró a su hermano a la cara y Raymond le cogió la mano gruesa y callosa.

Ahora tendrás que cuidarla tú solo. Su voz era un hilo rasposo y fino. Y de la niñita también. No estaré aquí para ver cómo les va. Me hacía ilusión.

Las verás, dijo Raymond. Saldrás de esta.

No, estoy acabado, dijo Harold. Ya caso estoy.

Cerró los ojos y volvió a estremecerse, la respiración se volvió más lenta y pesada. Luego cesó. Al rato Harold volvió a respirar otra vez, una única inspiración larga y traqueteante. Luego pareció acomodarse en el suelo. Después ya no volvió a respirar. Raymond lo observaba, y los párpados de su hermano batieron una vez más, eso fue todo, entonces Raymond rompió a llorar, las lágrimas le resbalaban por la cara como arroyos sucios. Aferró la mano de su hermano y miró a través del corral hacia los pastos y las colinas azules más allá. Las colinas se extendían lejanas en la distancia sobre el bajo horizonte. Había vuelto a levantarse viento. Ahora lo notaba. Volvió a mirar a su hermano y estiró el chaquetón de lona sobre la cara ensangrentada. Permaneció un buen rato de rodillas a su lado, sin moverse, un viejo con su viejo hermano, agazapados en la tierra suelta de un corral de tablones bajo un cielo nublado de octubre.

Pasó más de una hora antes de que Raymond se levantara. Luego se incorporó y se arrastró por el sendero de grava hacia la casa y telefoneó. Cuando la ambulancia de Holt llegó frente a la casa les dijo que bajaran a por su hermano. Los dos hombres de chaquetas reflectantes condujeron hasta el corral y recogieron a Harold y lo trasladaron a la ambulancia en una camilla cubierto por una manta, y luego llevaron a los dos hermanos McPheron al pabellón de urgencias del hospital. El médico certificó que Harold había ingresado muerto.

Raymond permaneció tumbado en la estrecha cama de urgencias detrás de unas cortinas verdes mientras el médico lo examinaba. Las enfermeras ya le habían quitado el chaquetón de faena y la camisa de franela y los vaqueros, de modo que yacía vestido con una bata de algodón blanco. El médico le palpó el pecho, le auscultó el corazón y los pulmones y le reconoció con delicadeza la pierna. Después pidió radiografías que revelaron varias costillas rotas en el costado derecho y una fractura en la mitad inferior de la pierna izquierda. Quería operarlo de inmediato.

Un momento, le dijo Raymond a la enfermera. Antes de que me metan en quirófano quiero llamar por teléfono. Después no servirá de nada.

¿A quién quiere avisar?

A Tom Guthrie y Victoria Roubideaux.

¿Tom Guthrie, el profesor del instituto?

Sí.

Pero creo que todavía no han acabado las clases.

Por amor de Dios, se quejó Raymond.

Está bien. Da lo mismo. Llamaremos a ver si puede ponerse al teléfono.

También quiero que telefonee a Fort Collins. Que me ponga en contacto con Victoria Roubideaux.

¿Y quién es, señor McPheron?

Una joven que está en la universidad, con su hija. Su nombre constará entre los nuevos matriculados.

Pero ¿qué relación tienen? ¿Es su hija?

No.

Normalmente solo ponemos conferencias con familiares.

Usted llámela, dijo Raymond. ¿No puede?

Si fuera pariente, una sobrina, o algo como una hija.

Para mí es como una hija. Más que una hija. Es en quien tengo que pensar ahora.

Bien. La enfermera lo miró. Él la observaba atentamente, con la cara lavada ahora, los arañazos de las mejillas y la frente se veían inflamados y vívidos. Muy bien, dijo la enfermera. Pero no es habitual. ¿Cómo se escribe?

Raymond se giró. Por Dios, dijo.

Está bien, dijo la enfermera. Ya me las apañaré. ¿Con quién quiere hablar primero?

La chica. Tiene que estar al corriente.

Pero ¿seguro que está usted para hablar? Seguro que le duele muchísimo.

Usted tráigame el teléfono en cuanto la localice. Lo va a pasar muy mal. Estoy seguro de que quería a mi hermano. Por Dios que lo quería.

La enfermera se marchó y él se quedó en la cama rodeado por las cortinas verdes. Ya le habían puesto un gotero y le habían tomado la tensión y le habían levantado la pierna con un almohadón. Se quedó mirando el techo de alicatado blanco, luego cerró los ojos y, pese a sus mejores intenciones, volvió a llorar. Sacó la mano de debajo de las sábanas y se secó la cara y esperó a que la enfermera le llevara el teléfono. Intentaba pensar en cómo le contaría a Victoria Roubideaux lo que había pasado.

Entonces apareció la enfermera con el teléfono y él le preguntó: ¿Es ella?

Sí. Por fin la he localizado. Tenga, coja.

Él se acercó el teléfono a la oreja. ¿Victoria?

¿Qué pasa?, preguntó ella. Su voz era apenas un tenue hilo. ¿Ocurre algo? ¿Ha pasado algo?

Tesoro, tengo que contarte una cosa.

No, dijo ella. No, no.

Me temo que sí, dijo él. Y entonces se lo contó.

A última hora de la tarde Tom Guthrie estaba de pie en la habitación de hospital al lado de Raymond, convaleciente en la cama blanca con un camisón de hospital bajo las sábanas. Lo habían traído en silla de ruedas después de operarlo y habían empezado a trasladarlo a la cama que estaba junto a la puerta, pero él les había pedido la de al lado de las ventanas.

Además de Guthrie en la habitación estaba Maggie Jones, también profesora del instituto. Salían juntos desde que la mujer de Guthrie se había marchado a Denver, aunque Maggie todavía vivía en su casa de la calle South Ash. Ahora estaba sentada en una silla cerca del lecho de Raymond. El médico había arreglado el hueso de la pierna y se la había enyesado hasta la rodilla, y varias vendas elásticas le rodeaban el pecho para sujetar las costillas y facilitarle la respiración. La pierna rota descansaba sobre varios almohadones. Raymond respiraba de forma superficial, a exhalaciones breves, y su rostro delataba que había sufrido. Tenía la cara consumida y pálida, amarillenta bajo la rojez de la intemperie. Se veía viejo. Se veía viejo y cansado y triste.

No pude pararlo, dijo Raymond. Son demasiado grandes. Demasiado fuertes. Lo intenté, pero no pude. No pude salvar a mi hermano.

Nadie podría haberlo salvado, dijo Guthrie. Hiciste todo lo que pudiste.

Maggie apoyó una mano en el brazo del viejo y le dio unas palmaditas. Hiciste todo lo posible, dijo. Lo sabemos.

No fue suficiente, dijo Raymond.

La habitación estaba en silencio, la luz se colaba inclinada por la ventana. Fuera del hospital, los árboles deshojados de la calle se veían anaranjados al último sol de la tarde. Por el pasillo se oía a gente charlando y alguna que otra risa. Alguien se acercó caminando y levantaron la vista a su paso. Era uno de los pastores de la ciudad, que visitaba a los enfermos y necesitados.

Tom, ¿podrías encargarte de todo un par de días?, dijo Raymond. No se me ocurre a quién más pedirselo.

Por supuesto, dijo Guthrie. No pienses más en eso.

Tendrás que sacar a los toros y comprobar que tengan agua. Y luego echar un vistazo a las vacas y las terneras del sur.

Por descontado.

Todavía tengo a las terneras con las vacas, y se supone que las vacas y las vaquillas están preñadas. No salen de cuentas hasta febrero, pero nunca se sabe. Miró a Guthrie. Bueno, ya lo

sabes.

Iré inmediatamente, dijo Guthrie. En cuanto salga del hospital. ¿Qué más necesitas que haga? No sé. Bueno, también están los caballos. Si no te importa.

Les echaré un vistazo.

Tal vez yo podría ir a darle una vuelta a la casa, se ofreció Maggie Jones.

Oh, dijo Raymond. Se volvió a mirarla. No. No te molestes. Estará hecha un desastre.

He visto ya muchos desastres, dijo ella.

Bueno. No sé qué decir.

Intenta descansar. Es lo único que tienes que hacer.

No puedo, dijo Raymond. Cada vez que cierro los ojos veo a Harold en el corral. Tirado en el suelo mientras el toro lo embiste.

Mientras hablaba miraba a Maggie a la cara, como si defendiera un caso perdido pero que no pudiera abandonar. Tenía los ojos llorosos.

Sí, dijo Maggie. Lo sé. Pronto podrás descansar. Le tocó el hombro y le peinó para atrás el pelo salpimentado, hirsuto. A él le cohibió que lo tocara, pero se lo permitió un momento. Luego apartó la cabeza de la mano y se giró. Maggie también lloraba. Junto a ella, Guthrie observaba al viejo. Buscaba palabras que pudieran servir de algo, pero en ningún idioma que conociera había palabras que bastaran para la ocasión ni fueran a cambiar un ápice. Permanecieron un rato en silencio.

Se oyó un alboroto en el pasillo y enseguida entró en la habitación Victoria Roubideaux con Katie en brazos. Fue directa a la cama y miró a Raymond. Él la miró y negó con la cabeza. Tesoro, dijo.

Sí, dijo la chica. Ya estoy aquí. Intentó sonreír.

Pásame a Katie, se ofreció Maggie. Se levantó y cogió a la niña y Victoria se sentó en la silla junto a la cama y se inclinó y besó a Raymond en la frente. He venido lo más rápido que he podido.

Espero que no hayas corrido riesgos al volante.

No. No ha pasado nada.

Gracias por venir. No sabría qué hacer sin ti.

Ya estoy aquí, repitió.

Él levantó la mano de la sábana y ella la cogió. No pude evitarlo, dijo Raymond.

Sé que hiciste todo lo que pudiste.

La miró a la cara. Quería decirle algo más pero de momento no podía hablar. Le había contado casi todo por teléfono. Tesoro, dijo, Harold estuvo hablando de ti cuando llegaba el final. De ti y

de Katie. Sus últimos pensamientos fueron para la niñita y para ti. Creo que habría querido que lo supieras.

Gracias por decírmelo, susurró ella. Le rodaban lágrimas por las mejillas, y agachó la cabeza y el pelo negro le tapó la cara. Sostuvo la mano de Raymond y sollozó.

Guthrie dijo en voz baja: Raymond. ¿Por qué no nos vamos Maggie y yo? Volveremos esta noche.

Aquí estaré, dijo Raymond. Creo que voy a pasarme una temporada sin ir a ningún lado.

Maggie le devolvió la niña a su madre y salió con Guthrie al pasillo.

Victoria se acomodó a Katie en el regazo. Raymond miró a la niñita morena con su abrigo rojo y sus leotardos rojos y alargó una mano y le cogió un pie. La niña se asustó y se apartó.

Cielito, dijo Victoria. No va a hacerte daño. Si conoces a Raymond. Pero la niña giró la cara, escondiendo la cabecita en el cuello de su madre. Raymond volvió a descansar la mano bajo la sábana.

Le asusta verte así, dijo Victoria. Nunca había visto a nadie en una cama de hospital. A todos nos asusta verte así.

Imagino que no parezco gran cosa, dijo Raymond. Nada que valga la pena mirar.

Guthrie y Maggie abandonaron el hospital y fueron primero a la casa de Guthrie, al otro lado de las vías en la zona norte de Holt, en la calle Railroad. Dentro dejó una nota en la mesa de la cocina para sus dos hijos, Ike y Bobby, pidiéndoles que se ocuparan de las tareas del granero y luego se calentaran un poco de sopa, avisándolos de que esa noche llegaría tarde. Explicó que Raymond McPheron estaba en el hospital y necesitaba ayuda y que los telefonaría luego desde el rancho o el vestíbulo del hospital. Después Maggie y él volvieron a cruzar el pueblo en la vieja camioneta roja y enfilaron rumbo al sur hacia el rancho de los McPheron por la pista asfaltada de doble sentido. El sol comenzaba a ponerse y bañaba de dorado toda la llanura que los rodeaba, por encima de la cuneta caían largas sombras proyectadas desde detrás de los postes ordenados de las cercas.

Dejaron la pista para girar por el camino de grava y luego viraron de nuevo al sur por el sendero que conducía a la casa y pararon en la puerta de la alambrada. Maggie bajó y se dirigió a la casa y Guthrie siguió conduciendo y aparcó junto al granero y salió al frío aire vespertino. Los seis toros esperaban en el corral, de espaldas al viento, y Guthrie rodeó la verja hacia el prado, trepó por la cerca y abrió la puerta empujándola. Los toros lo miraron, y primero uno y luego los otros empezaron a salir pesadamente del corral. Él reculó y los vio cruzar la verja al trote. Había uno que renqueaba e, incluso en la creciente oscuridad, Guthrie distinguió la sangre reseca de la grupa. De camino a los pastos, los toros volvieron a hacer gala de su caminar lento y pesado, y

Guthrie cerró la verja y comprobó el nivel del agua del abrevadero, luego regresó al granero y condujo hacia el sur en la camioneta y abrió la puerta de la alambrada y se adentró en el prado chirriando y traqueteando mientras comprobaba el estado de las vacas, los terneros y las vaquillas. El ganado lo miraba iluminado por los faros, con los ojos brillantes como rubíes. Cuando se acercaba se alejaban de la camioneta, los terneros salían galopando con los rabos en alto, y Guthrie no detectó ningún motivo de preocupación. Dos vacas caretas viejas lo siguieron pero enseguida se cansaron y se detuvieron, con la vista clavada en la camioneta mientras Guthrie retrocedía traqueteando por el terreno irregular, con los faros enfocando los macizos de artemisa y jabonera por delante del vehículo, y cruzaba la verja y la cerraba a su espalda, y luego hacía entrar los caballos al establo y esparcía heno del pajar con la horca y volvía a subirse a la camioneta camino de la casa.

Ahora todas las luces de la vivienda estaban encendidas. Maggie Jones ya había lavado los platos y los había puesto a secar en la encimera, y había fregado la vieja cocina esmaltada, recogido la mesa de la cocina y colocado las sillas alrededor, y había barrido el suelo. Estaba en el dormitorio de abajo cuando entró Guthrie.

¿Estás lista?, preguntó él.

Me ha parecido que Raymond estaría mejor aquí abajo, dijo ella. Así no tendrá que subir las escaleras con la pierna enyesada.

No se me había ocurrido, dijo Guthrie. La miró estirar la sábana y remeterla bajo el colchón y extender un edredón sobre la cama. ¿Y Victoria y Katie? Creía que este era su cuarto.

Sacaré la cuna al salón. Y le prepararé una cama en el sofá a Victoria.

Crees que se quedará una temporada.

Querrá quedarse.

¿Y las clases?

No sé. Querrá quedarse a cuidar de él. Lo sé.

Pues a él no va a gustarle. Raymond no querrá que Victoria se quede y pierda clases por su culpa.

No. No querrá. Pero creo que tendrá que aceptarlo. ¿Me ayudas a desmontar la cuna a ver si así cabe por la puerta?

Voy por las herramientas.

Guthrie fue a la camioneta y cogió los alicates y un par de destornilladores y una llave de la caja de las herramientas de detrás de la cabina y regresó a la casa. Después de desmontar la cuna y sacarla al salón, volvieron a montarla y pegarla a la pared, después hicieron la cama en el viejo sofá con sábanas limpias y un par de mantas de lana verde y una almohada amarillenta que Maggie encontró en el armario. Retrocedieron y contemplaron la nueva disposición. Las paredes de la habitación estaban empapeladas con un estampado floral antiguo en gran parte descolorido

y el techo tenía manchas de humedad, y los dos sillones de cuadros estaban colocados enfrente del viejo televisor.

Creo que ya podemos marcharnos, dijo Maggie.

Apagaron las luces y se dirigieron a la camioneta. Desde fuera la casa de madera sin pintar parecía todavía más desolada bajo el resplandor azul de la farola de la esquina del garaje. Tan insustancial y mísera que el viento podría atravesarla sin encontrar resistencia.

Después de dejar el camino de grava y girar al norte por la pista asfaltada en dirección a Holt, Maggie dijo: No puedo evitar que me preocupe. ¿Qué crees que va a hacer ahora?

¿Qué quieres que haga?, dijo Guthrie. Hará lo que tenga que hacer.

Le ayudarás, ¿verdad?

Pues claro. Iré mañana mismo antes de clase. Y volveré otra vez después del instituto. Me llevaré conmigo a Ike y a Bobby. Pero aun así se sentirá solo.

Querrá quedarse con él.

Te refieres a Victoria.

Sí. Y a Katie.

Pero no será para siempre. Ya lo sabes.

Ya, dijo Maggie. Tampoco sería bueno. Ni para él ni para ellas. De todos modos me preocupa Raymond.

Siguieron conduciendo por el asfalto. Los faros de la camioneta iluminaban la carretera estrecha, que parecía vacía y desamparada. El viento soplaba por el terreno llano y arenoso, por los trigales y los maizales y los pastos nativos donde oscuras manadas de ganado pacían de noche. Al otro lado de la carretera las granjas resaltaban por las tenues luces azules de los faroles del patio, casas dispersas y aisladas en el paisaje negro y, más adelante, al fondo de la carretera, las farolas de Holt eran un simple resplandor en el bajo horizonte.

Maggie iba sentada en la cabina con Guthrie y miraba al frente, a la línea central de la carretera. Creo que le preguntaré a Victoria si quiere quedarse conmigo, dijo Maggie. Para que no pase la noche sola en esa casa.

Va a tener que quedarse una temporada.

Pero esta noche no, dijo Maggie. Bastante ha tenido que asimilar en un día.

No es la única, dijo Guthrie. Pobre cabrón. Piensa también en él.

Sí, convino Maggie. Miró a Guthrie y se deslizó sobre el asiento para acercarse a él. Apoyó una mano en el muslo de Guthrie y la dejó ahí mientras circulaban por la oscuridad. Dejaron atrás el pequeño cartel cuadrado del arcén que anunciaba que acababan de entrar en Holt.

En el pueblo torcieron a la izquierda por la US34 y luego otra vez por Main y aparcaron

delante del hospital. Salieron al aire gélido y entraron y se encontraron a Victoria todavía sentada en la silla junto al lecho de Raymond. No se había movido desde que se habían marchado hacía dos horas. Era como si ni siquiera pudiera plantearse la posibilidad de moverse, como si creyera que sentándose junto a la cama, negándose a moverse, pudiera evitar que le ocurriera algo más, a Raymond o a cualquiera de sus seres queridos de este mundo. Todavía tenía a Katie en el regazo, y Raymond y la niña dormían.

Entonces, al oír entrar en la habitación a Maggie y Guthrie, Raymond se despertó. Alzó la vista y, por la expresión de su cara, quedó claro que acababa de recordarlo todo. Ay, Señor, dijo. Señor mío.

Más tarde, Guthrie y Maggie abandonaron la habitación y se marcharon y Victoria se quedó en el hospital cuidando de Raymond y le contó que iría a casa de Maggie cuando terminaran las horas de visita.

La auxiliar le sirvió la cena a Raymond en una bandeja, pero él no la quiso. No sabía a nada que pudiera gustarle y de todos modos no tenía hambre. Victoria le dio un poco de la compota de manzana a Katie y la niña asió la cuchara y comió sola y luego se sentó en el suelo a dibujar con lápices y colores hasta que se cansó, y luego Victoria la acostó en la cama vacía que había junto a la puerta y la tapó con las finas mantas de algodón.

Está agotada, dijo Raymond.

Pensé que se dormiría en el coche cuando veníamos, pero no, dijo Victoria. Se ha pasado el viaje parlotando.

Victoria cogía a Raymond de la mano. Estaba sentada igual que antes en la silla junto a la cama, con la puerta entornada contra el ruido de la gente que pasaba y el murmullo de los que hablaban en el pasillo.

¿Cómo va la universidad?, preguntó Raymond. ¿Sigue todo bien?

Bien. Ahora mismo no me parece muy importante.

Lo sé. Pero tendrás que continuar.

Me quedaré una temporada en casa.

No deberías perder clases.

No pasa nada si me salto alguna clase. Hay cosas más importantes. Le alisó la sábana junto al cuello.

Raymond la miró y luego miró el techo alicatado, acomodándose en la cama. No puedo dejar de pensar en él, dijo. Lo tengo presente todo el tiempo.

¿Quieres hablar de lo que ocurrió?

Fue todo muy rápido. Es imposible predecir lo que hará un animal. No se puede. Sabía que ese toro era así, pero nunca le había hecho daño a nadie.

No podías hacer nada, dijo ella. Seguro que lo sabes.

Pero saberlo no me sirve de nada. Una y otra vez rememoro mentalmente lo ocurrido. Tendría que haber podido hacer algo.

¿Sufrió?

Sí. Al final lo pasó muy mal. Ahora me alegro de que no se alargara. En realidad no fui consciente de lo mal que estaba. Creía que saldría adelante, que lo superaría. Nos hemos pasado la vida juntos.

Siempre os habéis llevado bien, ¿verdad?

Sí, tesoro, sí. Nunca nos peleábamos. Alguna vez discutíamos, pero poca cosa. Al día siguiente siempre se nos había olvidado. En la mayoría de los asuntos estábamos de acuerdo. No necesitábamos ni siquiera hablarlo.

¿Alguna vez os planteasteis hacer otra cosa?

¿Como qué, cielo?

No sé. Como casarse, quizá. O vivir separados.

Bueno. Una vez digamos que Harold se interesó por una mujer, pero luego ella se interesó por otro. Fue hace mucho. Ella todavía vive en el pueblo, tiene dos hijos mayores. Supongo que Harold siempre pensó que pecó de lento. De todos modos puede que no hubiera llegado a nada. Harold era muy suyo.

Pero eran manías buenas, dijo Victoria. ¿A que sí?

Yo creo que sí, dijo Raymond. Conmigo ha sido un hermano magnífico.

Conmigo también ha sido muy bueno. Sigo esperando a verlo entrar en cualquier momento diciendo algo divertido y con el sombrero, viejo y sucio, calado como siempre.

Así era él, ¿verdad? Mi hermano siempre tuvo su estilo de llevar el sombrero. Distinguías a Harold de lejos en cualquier parte. Lo reconocías a dos manzanas de distancia. Mierda, ya lo echo de menos.

Yo también.

Creo que nunca dejaré de echarle de menos, dijo Raymond. Hay cosas que no se superan. Me parece que esta será de esas.

Cuando volvió a casa de jugar en el cobertizo con Dena, su abuelo ya se había acostado en el pequeño dormitorio del fondo de la casa y, cuando el niño dio la luz, se incorporó sobre los codos con su ropa interior de cuerpo entero, el pelo blanco alborotado y una expresión desquiciada en los ojos.

Apaga eso, ordenó.

¿Qué ocurre, abuelo?

No me encuentro bien.

¿No quieres cenar?

Quiero que apagues la luz de una puñetera vez.

DJ apagó la luz y fue a la cocina. Preparó tostadas y café y lo llevó todo en una bandeja al dormitorio, pero el viejo ya dormía.

Por la noche lo oyó levantarse de la cama. El abuelo estuvo un buen rato en el baño antes de arrastrarse de vuelta al dormitorio. A través del fino tabique el niño oyó chirriar los muelles de la cama bajo el peso del abuelo, y luego empezó a toser. Al cabo de un rato DJ lo oyó escupir.

Por la mañana, cuando entró a verlo, el viejo estaba despierto. Parecía pequeño debajo del pesado edredón, con el pelo cano aplastado, las manazas rojas asomando de los puños de la camiseta y apoyadas vacías y sin fuerza encima de la manta.

¿Vas a levantarte, abuelo?

No. No me apetece.

Acabo de hacer café.

Muy bien. Tráeme uno.

Le llevó café y el viejo se sentó y bebió un poco, luego dejó la taza en la silla junto a la cama y volvió a acostarse. Empezó a toser en cuanto se tumbó. Se retorció para buscar debajo de la almohada y sacó un pañuelo mugriento donde escupió y con el que se secó la boca.

Debes de estar enfermo, abuelo.

No sé. Tú ve al colegio.

No quiero ir.

Que vayas. Estaré bien.

Debería quedarme en casa contigo.

No. No es nada preocupante. He estado más enfermo otras veces y siempre me he curado. Una

vez antes de nacer tú me puse a cuarenta y uno de fiebre. Y ahora vete.

Fue a regañadientes al colegio y pasó la mañana sentado en el pupitre del fondo del aula mientras su mente vagaba de vuelta a la casa. Durante las tediosas horas matinales apenas atendió al trabajo escolar. La maestra se percató de su falta de atención y se acercó al pupitre y se quedó de pie a su lado. ¿Te pasa algo, DJ? No has hecho nada en toda la mañana. No es propio de ti.

Él se encogió de hombros y clavó la vista en la pizarra.

¿Qué te preocupa?

No me preocupa nada.

Algo tiene que ser.

Él la miró. Después bajó la cabeza y cogió el lápiz de la mesa y comenzó a hacer los problemas de matemáticas que les había puesto. La profesora lo observó un momento y después regresó a su mesa al frente de la clase. Cuando volvió a mirarlo pasados unos minutos, el niño había dejado de trabajar.

A mediodía, cuando los dejaron salir para almorzar, DJ arrancó a correr en el acto. Volvió a casa corriendo por el parque y las relucientes vías del tren y no paró hasta que llegó. Se detuvo en la cocina para recuperar el aliento, luego enfiló el pasillo hacia el dormitorio del abuelo. El viejo seguía en cama, tosiendo sin parar y esputando en el pañuelo sucio. No había bebido más café. Levantó la vista al entrar DJ, tenía la cara muy roja y los ojos vidriosos y húmedos.

Estás peor, abuelo. Habría que avisar al médico.

El viejo había bajado la persiana durante la mañana y ahora la habitación estaba a oscuras. Parecía alguien a quien hubieran metido en un cuarto oscuro y lo hubieran abandonado a su suerte.

No pienso ver a ningún médico. Ya puedes olvidarte.

Tiene que verte un médico.

No, tú vuelve al colegio y ocúpate de tus asuntos.

No quiero dejarte solo.

No pienso salir de la cama. ¿Es eso lo que quieres?

DJ salió del cuarto y luego de la casa, mirando a izquierda y derecha de la calle vacía. Después corrió a casa de Mary Wells y llamó a la puerta. Al poco la mujer abrió vestida con un albornoz azul viejo, y la bonita cara femenina a la que estaba acostumbrado DJ, siempre maquillada con colorete rosa y carmín rojo, ahora le pareció insulsa y desnuda. Se la veía demacrada, como si llevara días sin dormir.

¿Qué haces aquí?, preguntó Mary Wells. ¿No deberías estar en clase?

El abuelo está enfermo. He pasado por casa para ver cómo estaba. Le pasa algo.

¿Qué?

No sé. ¿Podría ir a echarle un vistazo?

Sí. Pasa mientras me visto.

La esperó junto a la puerta, pero no se sentó. Le sorprendió ver periódicos y revistas por el suelo, y el resto del correo esparcido. En la mesilla junto al sofá había dos tazas mediadas de café, y el café con leche de una de ellas había formado un charco gris en la madera barnizada. Los platos de la noche anterior seguían en la mesa del comedor. Saltaba a la vista que Mary Wells tenía sus propios problemas. Dena lo había insinuado en el cobertizo, pero se había negado a explicarse.

Mary Wells salió del dormitorio en vaqueros y sudadera, se había cepillado el pelo y se había pintado los labios, pero nada más. No dijo nada y salieron a la calle. Echaron a andar hacia la casa del abuelo.

¿Cuánto lleva enfermo?, preguntó ella.

No estoy seguro de que esté enfermo. Pero lo parece.

¿Desde cuándo parece enfermo?

Desde ayer. No para de toser y no se levanta de la cama.

Cruzaron el solar vacío y entraron en la casita. Mary Wells nunca había pasado de la puerta principal, y a él le cohibió que viera el interior, que viera cómo vivían. La mujer miró alrededor. ¿Dónde está?

Atrás.

La condujo por el pasillo al dormitorio oscuro que olía a sudor y café rancio y a la agria postración del abuelo. Ahora, con ella presente, DJ lo notó. El viejo yacía en la cama con las manos por fuera de la manta. Los oyó entrar en el cuarto y abrió los ojos.

¿Está enfermo, señor Kephart?

¿Quién anda ahí?

Mary Wells, la vecina. Me conoce.

El viejo intentó incorporarse.

No. No se mueva. Mary Wells se acercó a la cama. DJ dice que parece enfermo.

Bueno, no me encuentro muy bien. Pero no estoy enfermo.

Pues lo parece. Le palpó la frente y él la miró con ojos vidriosos. Está caliente. Tiene fiebre, señor Kephart.

No es para tanto. Lo superaré.

No, está enfermo.

El abuelo empezó a toser. Ella permaneció a su lado, observando su cara. Tosió un buen rato. Cuando terminó carraspeó y escupió en el pañuelo.

Le llevaré al médico, señor Kephart. A ver qué opina.

No, no pienso ir al médico.

Bueno, ahora ya no puede negarse. Voy a por el coche. Y mientras vaya vistiéndose. Tardo cinco minutos.

Mary Wells salió de la habitación y oyeron que la mosquitera se cerraba de golpe. El viejo se quedó mirando al niño. ¿Cómo es que no estás en el colegio como Dios manda? Mira la que has liado. Molestando a los vecinos.

Tienes que vestirme, abuelo. Vendrá enseguida.

Ya lo sé, carajo. Te estás entrometiendo. Metiendo las narices.

¿Quieres que te ayude a levantarte?

Todavía me valgo solo. Dame un minuto.

El viejo salió lentamente de la cama. La ropa interior estaba sucia y amarillenta, los calzones tenían bolsas en las nalgas y por delante, en la zona de la bragueta, estaban muy manchados. Se quedó de pie mientras el niño le ayudaba a ponerse la camisa azul y el peto por encima de la ropa interior, luego se sentó en la cama y el niño le acercó los zapatos negros de caña alta y se arrodilló a anudarle los cordones. El viejo volvió a levantarse y fue al cuarto de baño y se pasó el peine mojado por el pelo blanco y se refrescó la cara barbuda y salió.

Mary Wells ya estaba tocando el claxon junto a la acera. Salieron y el viejo subió al asiento delantero y el niño al trasero, y abandonaron el barrio pasando sobre las vías del tren, subiendo por Main. Había una media docena de coches aparcados a esa hora del mediodía en las tres manzanas de comercios, y algunos coches y camionetas delante de la taberna de la esquina con Third. Al viejo pareció reanimarlo salir en coche en pleno día, recorrer la calle Main en otoño con una joven al volante. Casi parecía alegre ahora que estaban en camino.

Dentro de la clínica anexa al hospital esperaron una hora y Mary Wells decidió irse a casa para recibir a las niñas cuando llegaran del colegio. Le dijo a DJ que la telefonara si necesitaban que los llevara a casa en coche. Cuando se marchó, el abuelo y él se quedaron sentados sin hablar con ninguno de los pacientes que esperaban y tampoco entre ellos. Permanecieron sentados sin leer y sin ni siquiera moverse de las sillas. La gente iba y venía. Una niña lloriqueaba en el regazo de su madre en la pared de enfrente. Pasó otra hora. Por fin una enfermera entró en la sala de espera y llamó al abuelo. El niño se levantó con él.

¿Qué haces?, preguntó el abuelo.

Te acompaño.

Bueno, está bien. Pero cierra el pico. Ya hablaré yo.

Recorrieron el pasillo detrás de la enfermera y entraron en una sala de reconocimiento. Se sentaron. En la pared de enfrente había un diagrama del corazón humano. Todas las válvulas y tubos y cámaras oscuras estaban identificados con precisión. Al lado colgaba un calendario con una fotografía de una montaña en invierno, con nieve en los árboles y una cabaña que soportaba el peso de una gruesa capa de nieve sobre el tejado a dos aguas. Al cabo de un rato entró otra

enfermera y le tomó al viejo el pulso y la presión sanguínea y la temperatura y escribió la información en una historia médica, luego se marchó y cerró la puerta. Minutos después el doctor Martin abrió la puerta y entró. Era un anciano de traje azul y camisa blanca con pajarita granate y gafas de montura al aire, y tenía los ojos azules más claros que el traje. Se lavó las manos en la pequeña pila de la esquina y se sentó y consultó la historia médica que había dejado la enfermera. Y bien, ¿qué problema tenemos? ¿Quién es el niño?

Es el niño de mi hija. Ha querido venir conmigo.

Qué tal, saludó el doctor Martin. No te había visto antes, ¿verdad? Estrechó la mano del niño con formalidad.

El niño es la causa de todo esto, dijo el viejo.

¿Y eso?

Ha decidido que estoy enfermo. Y luego ha ido a avisar a la vecina para que me trajera en coche.

Bueno, comprobemos si está en lo cierto. ¿Le importa levantarse, por favor? El viejo se acercó a la camilla y el médico le miró los ojos y la boca, le examinó las orejas peludas y presionó delicadamente diversos puntos a lo largo del cuello fibroso. Ahora auscultaremos el pecho, dijo. ¿Podría soltarse los botones de delante?

El viejo se desabrochó los botones de los tirantes del peto y dejó colgar la pechera. Se sentó más al borde.

Y ahora la camisa, por favor.

Se desabotonó la camisa azul y se la quitó, dejando a la vista la ropa interior sucia, con las canas del pecho asomando por el cuello abierto.

¿Podría levantar un poco la camiseta? Sí. Así ya basta. De sobra. Y ahora lo auscultaré un momento. Apoyó el final del estetoscopio en el pecho del anciano. Respire hondo. Bien. Otra vez. Pasó a la espalda y escuchó.

El viejo respiró con los ojos cerrados inflando las mejillas febriles. El niño lo observó todo de pie a su lado.

Bien, señor Kephart, dijo el doctor Martin. Ha sido una suerte que su nieto lo haya traído.

¿Sí?

Sí, señor. Tiene usted una buena neumonía. Llamaré al hospital y lo ingresarán esta tarde.

El viejo lo miró. ¿Y si no quiero ir al hospital?

Bueno, pues supongo que puede morir. No tiene por qué ser sensato. Eso depende de usted.

¿Cuánto tiempo me tendrían ingresado?

No mucho. Tres o cuatro días. Tal vez una semana. Depende. Ya puede ir vistiéndose. El doctor Martin se apartó de la camilla y recogió la historia médica de la mesa. Se dirigió a la puerta, entonces se paró y miró al niño. Has hecho bien en insistirle al abuelo para que viniera.

¿Cómo te llamas?

DJ Kephart.

¿Y cuántos años tienes?

Once.

Sí. Bueno, pues bien hecho. Muy bien hecho. Puedes sentirte orgulloso de obligarlo a venir a verme. Imagino que no habrá sido fácil, ¿eh?

No me ha costado mucho.

El viejo doctor salió de la habitación y cerró la puerta.

El abuelo empezó a vestirse, pero abrochó uno de los botones de la camisa en el ojal equivocado de manera que la pechera se abombaba por delante. Ven, dijo el viejo. Arréglame la puñetera camisa. No me apaño. El niño desabotonó la camisa del abuelo y volvió a abotonarla mientras el viejo levantaba la barbilla y miraba fijamente el diagrama del corazón que colgaba de la pared con celo.

Será mejor que no se te suba a la cabeza lo que te ha dicho, advirtió.

No se me subirá.

Bien, ándate con ojo. Eres un buen chico. Ya está bien. Y ahora ayúdame a abrocharme el peto y nos largaremos. A ver qué nos dicen.

El niño enganchó los tirantes de los pantalones de su abuelo y el viejo se levantó.

¿Qué he hecho con el pañuelo que estaba usando?

Está en el bolsillo de atrás.

¿Sí?

Sí. Lo has metido tú.

El viejo sacó el pañuelo sucio y carraspeó y esputó, luego se pasó el pañuelo por los labios y lo devolvió al bolsillo, y después salió con el niño al pasillo y fueron a recepción, a enterarse de lo que tenían que hacer a continuación.

La tarde tocaba a su fin cuando la enfermera acompañó al viejo a la habitación que ocupaba Raymond McPheron. Empujó la silla de ruedas hasta la cama vacía que estaba junto a la puerta y la frenó y le indicó al anciano que se desnudara y se pusiera el camisón de hospital que le habían dejado a los pies de la cama. Se abre por detrás, dijo la enfermera. Enseguida vendrán a acomodarlo. Entrecerró las cortinas de la cama y se marchó. El niño los había seguido hasta la habitación y se colocó al lado de su abuelo, acompañándolo como había hecho toda la tarde.

Al otro lado de la habitación Raymond yacía en la cama de debajo de la ventana, con la pierna enyesada y levantada sobre dos almohadones por encima de las finas mantas del hospital. Junto a él se sentaba Victoria Roubideaux con la cría en las rodillas. Veían al viejo canoso y al niño más allá de las cortinas, pero todavía no les habían dirigido la palabra. El viejo había comenzado a quejarse en voz aguda y lastimera.

No puedo cambiarme de ropa aquí, dijo. ¿Es que esperan que me quite los pantalones detrás de la puñetera cortina como en un espectáculo de circo?

Tienes que desvestirte, abuelo. La enfermera volverá en cualquier momento.

Ni hablar.

Raymond se incorporó sobre la cama y habló en dirección al otro lado de la habitación: Detrás de esa puerta está el cuarto de baño, señor. Por si prefiere cambiarse allí. No creo que sea solo para mí.

El viejo descorrió la cortina. ¿Ahí, dice usted?

Exacto.

Supongo que puedo probar. Pero un momento. ¿No le conozco? ¿No es uno de los hermanos McPheron?

Lo que queda de ellos.

He leído la noticia en el diario. Lamento lo de su hermano.

La mujer que escribió la noticia no sabía lo que decía, dijo Raymond.

Me llamo Kephart, se presentó el viejo. Walter Kephart. Dicen que tengo neumonía.

No me diga.

Eso dicen.

De todos modos parece que trae buena ayuda.

Demasiado buena, dijo el viejo. Este niño no para de decirme lo que tengo que hacer.

Bueno, es agradable tener compañía joven, dijo Raymond. Yo mismo cuento con una ayuda excelente. Le presento a Victoria Roubideaux. Y a su pequeña, Katie.

Hola, señor Kephart, saludó Victoria.

¿Cómo está usted, joven?

Abuelo, dijo el niño, tienes que cambiarte.

¿Ve?, dijo el viejo. Justo lo que le decía.

Vaya y cámbiese en el lavabo, dijo Raymond.

El viejo se levantó de la silla de ruedas y rodeó lentamente la cama hacia el lavabo y cerró la puerta al entrar. Estuvo dentro diez minutos y lo oyeron toser y esputar del otro lado de la puerta. Cuando salió vestía el camisón a rayas del hospital y cargaba su ropa en un brazo. Los faldones de algodón aleteaban contra sus viejas ijadas. No se había anudado las cintas de la espalda y enseñaba el trasero gris y esquelético. Le entregó la ropa al niño y se sentó al borde de la cama y se estiró la falda del camisón sobre las piernas como una vieja. Ve a por la puñetera enfermera de antes, dijo. Dile a la mujer esa que la estoy esperando.

El niño salió al pasillo y oyeron sus pasos veloces alejándose por el suelo alicatado. El viejo miró a Raymond. No es decente esto que te obligan a ponerte.

No, señor, convino Raymond. En eso le doy la razón.

Es una indecencia.

El niño regresó con la enfermera. Venía preparada con una bandeja esterilizada que depositó en la mesilla de noche y luego miró al viejo. ¿Listo, señor Kephart?

¿Para qué?

Para acostarse.

No pienso quedarme aquí sentado.

No, ya me parecía a mí.

La enfermera lo ayudó a subir las piernas a la cama y lo arropó y le acomodó la almohada bajo la cabeza. Luego abrió la bandeja esterilizada y le lavó el dorso de la mano con un algodón. Notará un pinchazo, anunció.

¿Qué está haciendo?

Voy a empezar con los antibióticos.

¿Es lo que ha ordenado el doctor?

Sí.

Clavó la aguja en la piel flácida del dorso de la mano y el viejo permaneció acostado mirando al techo sin moverse. El niño lo observó todo desde los pies de la cama, mordiéndose el labio cuando vio entrar la aguja. La enfermera sujetó la aguja a la mano con esparadrapo, luego colgó las bolsas de líquido del pie metálico y conectó los tubos y ajustó el goteo para que fuera constante y se quedó controlándolo un momento, después insertó las puntas del respirador en la

nariz del anciano. Y ahora respire, dijo. Respire hondo varias veces. Volveré en un rato a ver qué tal.

¿Para qué se supone que sirve este trasto?

Le ayudará a llenar los pulmones. Hasta que pueda respirar con normalidad otra vez.

Es incómodo. La voz sonó aguda y forzada a causa del respirador. Me cosquillea la nariz.

Respire, insistió la enfermera. Se acostumbrará enseguida. Y cuando necesite esputar, aquí tiene un paquete de pañuelos de papel. Nada de escupir en un pañuelo sucio.

Cuando se marchó el chico se adelantó y se situó junto a la cama. ¿Te ha hecho daño, abuelo? El viejo lo miró y negó con la cabeza. Siguió respirando y levantó una mano para ajustarse los tubos de oxígeno.

Desde el otro lado de la habitación Victoria Roubideaux preguntó al chico si no prefería sentarse. Hay otra silla, le dijo. Puedes acercarla a la cama. Pero el niño le dijo que estaba bien, que no estaba cansado. Hora y media después, cuando la auxiliar les sirvió las bandejas de la cena, el niño continuaba de pie junto a la cama y el viejo dormía.

Al anochecer Guthrie y Maggie Jones entraron en la habitación junto con los dos hijos de Guthrie, Ike y Bobby. Se repartieron alrededor de la cama y charlaron tranquilamente con Raymond. Victoria seguía en la silla, con Katie dormida en el regazo. Guthrie explicó lo que habían hecho los niños y él esa tarde en el rancho. Las reses que pastaban en los prados del sur estaban todas bien y también había echado un vistazo a los toros y los caballos. Los niveles de agua de los abrevaderos eran los correctos.

Gracias, dijo Raymond. No me gusta molestar.

No es molestia.

Sí que lo es. Pero gracias de todos modos. Miró a Ike y Bobby. ¿Y vosotros dos qué? ¿Cómo va últimamente?

Bastante bien, dijo Ike.

Siento que te hayas roto la pierna, dijo Bobby.

Gracias, dijo Raymond. Es un fastidio, la verdad. Pero ha sido un asunto bastante feo. Recordad que hay que andarse con mucho cuidado con los animales. No lo olvidéis, ¿eh?

No, señor, dijo Ike.

Siento lo de su hermano, dijo en voz baja Bobby.

Raymond lo miró y miró a Ike y asintió, luego negó muy despacio con la cabeza y no dijo nada. Ike dio un codazo a su hermano en el costado cuando nadie miraba, pero Bobby ya se sentía bastante mal en aquel silencio incómodo y deseó no haber mencionado al hermano del anciano.

Al final habló Maggie: ¿Qué tal estás esta tarde, Raymond? ¿Te encuentras mejor? Diría que tienes mejor aspecto.

Estoy bien. Se giró un poco debajo de la sábana, acomodando la pierna.

No está bien, corrigió Victoria. No le dice a nadie la verdad, ni siquiera a las enfermeras. Le duele mucho. Solo que no se queja.

Estoy bien, cielo, dijo Raymond. Esto no es lo peor.

Ya lo sé. Pero también tienes mucho dolor físico. Lo sé.

Un poco quizá.

Al otro lado de la habitación DJ, de pie junto a la cama de su abuelo, los escuchaba conversar. Conocía a los hijos de Guthrie y no le gustaba que lo vieran en la habitación del hospital. El abuelo dormitaba y seguía emitiendo ruidos con la garganta y tosiendo y murmurando. DJ no había saludado a Ike y Bobby cuando entraron sino que había guardado silencio junto a la cama, de espaldas a los hermanos, y su abuelo había seguido con su sueño intermitente, con el respirador en la nariz, la aguja adherida a la mano, y de vez en cuando se despertaba y miraba desconcertado alrededor hasta que recordaba donde estaba, que seguía en el hospital, y el niño se inclinaba y le preguntaba flojito si quería algo y el viejo negaba con la cabeza y apartaba la mirada y volvía a dormirse, entonces DJ se enderezaba y esperaba, atento a la conversación del otro lado de la habitación, aguardando a que se fueran.

A las ocho y media la enfermera anunció que había concluido el horario de visita. Guthrie y Maggie y los dos niños le dieron las buenas noches a Raymond y se marcharon. Victoria se inclinó sobre la cama, apartándose la melena negra y espesa, y besó a Raymond en la mejilla y lo abrazó, y él le dio unas palmaditas en la mano y la chica se llevó a la niña de la habitación.

El abuelo de DJ estaba despierto. Vete tú también, le dijo al niño. Estarás bien solo, ¿no?

Sí, señor.

Puedes venir mañana después de clase.

El niño lo miró y asintió y se marchó. Victoria estaba esperando en el pasillo, con Katie dormida en brazos. ¿Te espera alguien en casa?, preguntó la chica.

No.

¿No te da miedo estar solo?

No. Estoy acostumbrado.

Deja que te acerque en coche. ¿Sí?

No quiero que te desvíes por mí.

Son cinco minutos. No quiero que vuelvas caminando de noche.

Ya lo he hecho otras veces.

Pero esta noche no.

Recorrieron el pasillo y salieron a la acera por la puerta delantera. Fuera hacía frío pero no soplabla viento. Las farolas estaban encendidas y en lo alto titilaban las estrellas, claras y potentes. Victoria sentó a la niña dormida en la sillita infantil del asiento trasero y pusieron rumbo a la calle Main. Tendrás que indicarme la dirección, dijo ella.

Al otro lado de las vías. Gira a la izquierda.

Victoria lo miró, sentado pegado a la portezuela, asido a la manilla. Pensaba que conocerías a los hijos de Guthrie. Son de tu edad, ¿no?

Los conozco un poco. Al menos a Bobby. Va a mi clase. Quinto.

¿No sois amigos? No os habéis dicho nada.

Solo lo conozco del colegio.

Parece buen chico. A lo mejor podríais haceros amigos.

Quizá. No lo sé.

Espero que sí. No deberías pasar mucho tiempo solo. Sé lo que es, de cuando tenía tu edad y después en el instituto. Es un pueblo duro para estar solo. Bueno, este y cualquier otro, supongo.

Supongo, dijo él.

En el asiento trasero Katie había empezado a moverse, a alargar las manos y tratar de alcanzar a su madre. Un minuto, corazón, dijo Victoria. Vigilaba a su hija por el espejo retrovisor. Serán unos minutitos. La niña encogió las manos y empezó a gimotear.

El niño se volvió a mirarla. ¿Llora todo el tiempo?

No, casi nunca llora. Ahora en realidad no está llorando. Solo está cansada. En el hospital no tiene nada que hacer. Y llevamos ya tres días.

La calle Main estaba prácticamente vacía cuando pasaron por delante de las casitas particulares y al norte por el pequeño distrito comercial potentemente iluminado. Solo encontraron dos o tres coches. Todos los negocios estaban cerrados y a oscuras salvo la taberna. Al este, cuando cruzaron las vías del tren, los cilindros de hormigón encalado de los silos se alzaban del suelo como moles, sombríos y silenciosos. Condujeron hacia el norte.

Aquí, dijo el chico. Gira aquí.

Entraron en la calle tranquila y él señaló la casa.

¿Vives aquí?

Sí, señora.

¿De verdad? Yo vivía por aquí. Antes de tener a Katie. Es mi antiguo barrio. ¿Te gusta?

Él la miró. Simplemente vivo aquí, dijo. Abrió la portezuela dispuesto a apearse.

Un momento, dijo ella. No sé qué te parecerá, pero podrías quedarte esta noche con nosotras. Así no tendrías que pasarla solo.

¿Con vosotras?

Sí. En el campo. Te gustará.

Se encogió de hombros. No sé.

Muy bien, dijo ella. Le sonrió. Esperaré a que entres y des la luz.

Gracias por traerme, dijo el niño.

Cerró la portezuela y enfiló por la estrecha acera. Parecía muy pequeño y muy solo, de camino a una casa oscura con una única farola encendida en la esquina para iluminar la fachada. Abrió la puerta y entró y dio la luz. La chica pensó que tal vez se acercaría a una de las ventanas a saludar, pero no lo hizo.

En el hospital la enfermera del turno de noche entró en la habitación y Raymond seguía despierto. Era una mujer atractiva de cuarenta y largos, con el pelo castaño corto y ojos muy azules. Se inclinó sobre el viejo de la cama junto a la puerta, que dormía de costado y seguía respirando por los tubos de la nariz, con la cara roja y empapada. Comprobó el nivel de líquidos de las bolsas de plástico del pie metálico, luego se acercó a la cama de Raymond y lo miró, observándola con la cabeza apoyada en la almohada. ¿No puede dormir?, preguntó la enfermera.

No.

¿Le duele la pierna?

Ahora no. Pero seguro que volverá a dolerme.

¿Y el pecho?

Está bien. Miró a la enfermera. ¿Cómo se llama?, preguntó. Creía que a estas alturas ya conocía a todas las enfermeras.

Acabo de reincorporarme, dijo ella. Me llamo Linda.

¿Y su apellido?

May.

Linda May.

Eso es. Encantada de conocerle, señor McPheron. ¿Quiere que le traiga algo?

Bebería un poco de agua.

Le traeré una jarra nueva. Esa no está fresca. Salió de la habitación y regresó con una jarra llena con hielo, sirvió un vaso de agua y se lo dio. Él bebió por la pajita y tragó, luego sorbió otra vez y asintió y la enfermera dejó el vaso en la mesilla.

Raymond miró al otro lado de la habitación. ¿Qué tal va por ahí?

¿El señor Kephart? Muy bien, creo. Es probable que se recupere. La gente mayor con neumonía no siempre se recupera, pero parece que es un hombre fuerte. Aunque todavía no le he visto despierto. Pero en el cambio de turno se comenta que va bien.

Le alisó la manta, con cuidado de no cubrir la pierna enyesada. Intente dormir un poco,

recomendó.

Bah, no duermo mucho.

Aquí no para de entrar gente a despertarlo por un motivo o por otro, ¿eh?

No me gusta tanta luz.

Cerraré la puerta para que esté más oscuro. Será mejor, ¿no?

Puede. La miró a la cara. No importa. De todos modos me marcho mañana.

¿Sí? No lo sabía.

Sí.

Tendrá que pedírselo al doctor.

Mañana entierran a mi hermano. No pienso quedarme aquí.

Oh, lo lamento. Con todo, creo que tendrá que hablar con el médico.

Pues que venga temprano, dijo Raymond. Me iré antes de mediodía.

Ella le tocó un hombro y cruzó la puerta y la cerró tras de sí.

Raymond permaneció postrado en la habitación a oscuras mirando por la ventana a los árboles desnudos de delante del hospital. Dos horas después seguía despierto cuando se levantó el viento, gimiendo y llorando entre las ramas más altas. Pensó en lo que estaría haciendo el viento al sur del pueblo y se preguntó si habría despertado a Victoria y la niña. Ojalá que no. Pero en los pastos del sur el ganado estaría despierto de espaldas al viento, y en los corrales se formarían pequeñas tormentas de polvo, moviéndose entre las bostas resacas y la tierra suelta de alrededor del establo. Y sabía que si las cosas fueran como debían, su hermano y él saldrían por la mañana a trabajar como de costumbre y se pararían a oler el aroma a tierra del aire y luego alguno de los dos comentaría alguna cosa, y quizá él mismo hablaría de las probabilidades de que lloviera y luego Harold opinaría que, en esa época del año y visto cómo andaba el tiempo últimamente, era más probable una ventisca.

Cuando el médico entró en la habitación por la mañana tenía previsto no permitir que Raymond abandonara el hospital, pero cuando este le comunicó que pensaba marcharse de todos modos le dijo que podía salir medio día pero que tendría que regresar después del funeral. Justo después de mediodía Raymond firmó los papeles en recepción y lo dejaron a cargo de Victoria Roubideaux. La chica había dejado a Katie con Maggie Jones y poco antes le había llevado a Raymond la ropa limpia que le había pedido. Ahora lo empujó en la silla de ruedas hasta el coche aparcado junto a la acera de enfrente del hospital. Tenía una pernera de los pantalones oscuros rajada hasta la rodilla para acomodar el yeso y llevaba la camisa azul de broches nacarados que Victoria le había planchado esa mañana y la chaqueta de lana de cuadros y el sombrero Bailey bueno que solo lucía en el pueblo. Sobre las rodillas descansaban las muletas de aluminio que le habían prestado en el hospital.

Cuando salió al aire fresco del otoño miró al cielo y miró alrededor e inspiró.

Bien, dijo. Sienta casi tan bien como que te suelten de misa, vaya mierda de sitio para estar encerrado. Disculpa el lenguaje soez, tesoro. Pero, por Dios, qué gusto.

Me alegro de verte fuera del hospital, dijo ella. Ya tienes incluso mejor aspecto.

Me siento mejor. Y otra cosa te voy a decir. No pienso volver. Ni hoy, ni nunca.

Creía que habías aceptado volver por la tarde. Que por eso te han dejado salir.

Al carajo, tesoro, habría dicho cualquier cosa para que me soltaran. Vamos tirando. Antes de que cambien de opinión. ¿Dónde tienes el coche?

Un poco más adelante.

Pues vamos.

En la iglesia metodista de la calle Gum, Tom Guthrie esperaba a Raymond y Victoria de pie en la acera bajo un sol resplandeciente. Aparcaron y Raymond abrió la portezuela y Guthrie lo ayudó a bajar. Raymond se puso de pie en la acera, pero cuando Victoria abrió la silla de ruedas se negó a utilizarla, prefería andar. De modo que se encajó las muletas acolchadas en las axilas con Victoria a un lado y Guthrie al otro y enfiló renqueando la amplia entrada a la iglesia.

Dentro, el organista todavía no había comenzado a tocar y no había nadie en el templo. Avanzaron despacio por la alfombra del pasillo central entre las hileras de bancos de madera

reluciente en dirección al altar y el púlpito, y llegaron delante y giraron hasta el segundo banco. Victoria fue en busca de Maggie y Katie y Guthrie se sentó con Raymond. Raymond parecía agotado. Se quitó el sombrero y lo dejó a su lado en el banco. Le sudaba la cara, todavía más roja que de costumbre, y durante un rato se limitó a respirar y seguir sentado.

¿Te encuentras bien?, preguntó Guthrie mirándolo.

Sí. Estoy bien.

No irás a desmayarte, ¿no? Avísame si te mareas.

No pienso desmayarme.

Siguió respirando con la cabeza gacha. Al rato levantó la vista y empezó a inspeccionar los objetos del silencioso santuario: la enorme cruz de madera atornillada a la pared de detrás del altar, los coloridos ventanales por donde se colaba el sol... y entonces vio el ataúd de su hermano sobre un caballete con ruedas a la cabeza del pasillo central. El ataúd estaba cerrado. Raymond se quedó mirándolo un rato. Luego dijo: Déjame salir.

¿Adónde vas?, preguntó Guthrie. Si quieres alguna cosa, ya te la traigo yo.

Quiero ver qué le han hecho.

Guthrie se apartó y Raymond se agarró al banco para levantarse, se colocó las muletas y renqueó por el pasillo hasta el ataúd. Se situó junto a un lateral largo y pulido. Apoyó las manos en la madera oscura y satinada y luego intentó levantar la mitad superior de la tapa, pero no consiguió moverla sin soltar las muletas. Giró a un lado la cabeza. Tom, llamó. Ven a ayudarme con este trasto.

Guthrie se acercó y levantó la mitad superior de la tapa pulida y la apuntaló. Ante Raymond yacía el cadáver de su hermano, tendido bocarriba, con los ojos hundidos en un rostro céreo, cerrados para siempre bajo los párpados de venas finas, con el pelo entrecano repeinado sobre el cráneo pálido. La funeraria había telefoneado a Victoria para pedirle ropa adecuada para el difunto, de modo que la chica había sacado el viejo traje de lana gris del fondo del ropero, el único traje que había tenido Harold, y cuando lo llevó a la funeraria tuvieron que abrirlo por la costura de la espalda para que cupiera.

Raymond se quedó mirando la cara de su hermano. Le habían recortado las cejas espesas y le habían empolvado y maquillado los cortes y moratones de las mejillas, le habían anudado una corbata alrededor del cuello de la camisa. No sabía de dónde habrían sacado la corbata, él no la recordaba. Y habían doblado las manos de su hermano encima del pecho trajeado, como para preservarlo eternamente en esa postura serena y confiada, pero solo los duros callos visibles en los costados de las manos parecían de verdad. Solo los callos resultaban familiares y creíbles.

Puedes volver a cerrar la tapa, le dijo a Guthrie. Ese de ahí no es mi hermano. Si estuviera vivo mi hermano no permitiría que lo dejaran con semejante pinta. Si le quedara un hálito de vida lo impediría. Sé qué aspecto tiene mi hermano.

Dio media vuelta y regresó renqueando al banco y se sentó y apoyó las muletas donde no molestaran. Luego cerró los ojos y nunca más volvió a mirar el rostro muerto de su hermano.

La gente empezó a desfilar hacia el interior de la iglesia. El organista del altillo posterior del templo había comenzado a tocar y Victoria y Maggie entraron, con Katie en brazos de su madre. Se sentaron juntas al lado de Raymond. El encargado de la funeraria y su ayudante de traje negro a juego acomodaron a los asistentes en los bancos de ambos lados del pasillo, haciendo que todos se sentaran delante, pero no eran muchos y solo llenaron las cinco primeras filas. Antes de que comenzara el oficio, el de la funeraria se adelantó con suma gravedad y abrió el ataúd para que durante la ceremonia los asistentes pudieran admirar su obra y luego entró el pastor por una puerta lateral y se dirigió al púlpito y los saludó a todos y cada uno de ellos en nombre de Jesús con una voz cargada de solemnidad y trascendencia. Después se dijeron las oraciones y se cantaron los himnos. El organista tocó «Dulce Consuelo», «Jesús es Mío» y «Quédate Conmigo: Rápida Cae la Anochecida», y la gente cantó, pero no muy alto. Cuando terminó la música el predicador se arrancó con fervor y habló de un hombre del que no sabía absolutamente nada, diciéndoles a los presentes que creía que Harold McPheron había sido un buen hombre, un faro cristiano entre sus semejantes, por qué si no habrían de reunirse en su deceso incluso siendo escasos en número, aunque todos debían recordar que un hombre puede haber sido profundamente querido aunque nunca lo fuera ampliamente, cosa que no debía olvidar ninguno de los presentes. Sentada al lado de Raymond, Victoria lloró un poco a pesar de lo inapropiado e ignorante de los comentarios, y en un momento dado Katie se inquietó tanto que Raymond tuvo que sentársela en las rodillas, dándole palmaditas y susurrándole al oído hasta que se calmó.

Después la ceremonia concluyó y Raymond y Victoria y Katie y Maggie y Guthrie desandaron muy lentamente el pasillo. Raymond en cabeza, con el sombrero otra vez puesto, cojeando y renqueando con las muletas. Salieron junto a los coches negros que esperaban en la acera al sol. Al poco, cuando el resto de los asistentes hubo desfilado por delante del cadáver, el agente funerario y su ayudante empujaron el ataúd cerrado y lo metieron en el coche fúnebre. Luego enfilaron en lenta procesión con los faros de todos los coches encendidos a plena luz del día, en dirección norte y este hacia el cementerio, a casi cinco kilómetros del pueblo. Junto a la tumba, una vez sentados en las sillas metálicas plegables debajo del toldo, el predicador pronunció unas cuantas palabras más y volvió a leer un fragmento de las escrituras, y rogó por el feliz tránsito del alma inmortal de Harold al cielo eterno. Después estrechó la mano de Raymond. Y para entonces el viento soplaba tan fuerte que los empleados tenían que trabajar agachados, y bajaron el ataúd oscuro a la tierra, junto a la parcela donde hacía más de medio siglo habían enterrado a los viejos McPheron.

Luego volvieron todos al pueblo y Raymond subió una vez más al coche de Victoria. Ya puedes llevarme a casa, tesoro, dijo Raymond.

¿No vuelves al hospital? ¿Estás seguro?

Me vuelvo a casa. No pienso ir a ningún otro sitio.

De modo que atravesaron el pueblo y pusieron rumbo sur hacia el rancho. Raymond se durmió al poco de salir de Holt y se despertó cuando pararon frente a la verja de la alambrada. Victoria lo ayudó a entrar en casa, luego volvió fuera a por Katie. La cena estará enseguida, dijo. Tienes que comer algo.

Voy a descansar un poco, dijo Raymond.

Victoria lo cogió del brazo y lo acompañó al dormitorio situado junto al comedor, donde Maggie Jones había cambiado las sábanas cuatro días antes, y Raymond se acostó en el que había sido el lecho conyugal de sus padres hacía muchísimos años y hasta fecha reciente la cama de Victoria. Esta le levantó la pierna sobre una almohada y lo tapó con el edredón. Cuando te despiertes la cena estará lista, dijo. Intenta descansar.

Quizá ahora consiga dormir. Gracias, tesoro.

La chica fue a la cocina y el anciano descansó en la cama vieja y blanda con los ojos cerrados pero enseguida los abrió, no cogía el sueño, y se giró a mirar por la ventana y luego volvió a ponerse bocarriba y cayó en la cuenta de que el cuarto donde se encontraba estaba justo debajo del dormitorio vacío de su hermano, y permaneció bajo el edredón con la vista fija en el techo, preguntándose cómo le iría en el lejano más allá. Tendría que haber ganado de alguna clase o alguna faena de la que su hermano pudiera ocuparse al aire libre, claro y luminoso, entre los animales. Sabía que de otro modo, sin ganado, su hermano jamás estaría contento. Rezó para que hubiera ganado, por el bien de su hermano.

La semana después del entierro de Harold McPheron, la maestra de primero de la escuela de primaria de la zona oeste de Holt se fijó una mañana, durante la primera hora de clase, en que al niño del centro del aula le pasaba algo. Estaba sentado raro, casi apoyado sobre la columna, repantingado lejos del pupitre, y se limitaba a jugar con la hoja de ejercicios que les había repartido. Lo observó un rato. Los otros niños trabajaban en silencio, con la cabeza inclinada sobre las hojas de papel como contables en miniatura. Al final se levantó de la mesa y caminó entre las filas hasta colocarse junto al niño. Parecía tan menudo y harapiento como siempre, como un huérfano descarriado que hubiera aparecido en su clase de casualidad y por desgracia. Necesitaba cortarse el pelo, se le levantaba contra el cuello de la camisa, que no estaba precisamente limpia. Richie, dijo la maestra, siéntate bien. ¿Cómo puedes trabajar así? Te harás daño en la espalda.

Cuando le tocó el hombro para empujarlo un poco hacia delante, el niño se estremeció y dio un respingo. ¿Qué pasa?, preguntó ella. Se arrodilló a su lado. Los ojos estaban llenándose de lágrimas y parecía muy asustado. ¿Qué ocurre? Sal al pasillo un segundo.

No quiero.

Ella se enderezó y lo cogió del brazo.

No quiero ir.

Pero te estoy pidiendo que lo hagas.

Lo levantó y lo condujo hacia la puerta del pasillo, pero al pasar frente a la mesa de la maestra el niño se agarró y tiró uno de los libros al suelo con un golpe seco. Los otros alumnos los miraron.

Clase, dijo la maestra. Seguid trabajando. Volved todos al trabajo. Se quedó hasta que las cabezas se inclinaron de nuevo sobre los pupitres y luego agarró al niño por las axilas y tiró de él mientras se resistía y pataleaba y se aferraba a la puerta. Lo sacó al pasillo y se arrodilló enfrente, sin soltarlo.

¿Qué te pasa, Richie? Para.

Él negó con la cabeza. Desvió la vista hacia el pasillo.

Ven conmigo.

No.

Sí, por favor.

La maestra se levantó y lo llevó de la mano al despacho por el pasillo alicatado vacío al que daban las otras aulas, con las puertas cerradas a los ruidos y murmullos que se levantaban del otro lado. ¿Estás enfermo?

No.

Pero algo te pasa. Me tienes preocupada.

Tengo que volver a clase. La miró. Ahora sí que trabajaré.

Eso no es lo que me preocupa. Vamos a ver a la enfermera. Creo que debería echarle un vistazo.

Lo llevó al cuartito de al lado de las oficinas amueblado con un catre estrecho pegado a una pared y un armario metálico con las puertas cerradas en la de enfrente. La enfermera estaba sentada a una mesa junto a la pared del fondo.

No sé lo que tiene, dijo la maestra. No me lo quiere decir. Échale un vistazo.

La enfermera se levantó y rodeó la mesa y pidió al niño que se sentara en la cama, pero él se negó. La maestra se marchó y regresó al aula. La enfermera se inclinó y palpó la frente de Richie. No parece que tengas fiebre, dijo. Él la miró con ojos grandes y llorosos. ¿Abres la boca, por favor? Intentó rodearlo con el brazo y el niño se zafó. Vaya, ¿qué pasa? ¿Me tienes miedo? No voy a hacerte daño.

No.

Tengo que mirarte bien.

Él se echó para atrás, pero la enfermera lo acercó y le examinó la cara y le miró las orejas y le palpó el cuello, y después le levantó la camisa para ver si tenía fiebre y entonces descubrió los moratones negros de la espalda y por debajo del cinturón.

Le escudriñó la cara. Richie, dijo. ¿Te lo ha hecho alguien?

Parecía asustado y no contestó. Ella le dio la vuelta y le bajó los pantalones y los calzoncillos. Tenía las escuálidas nalgas marcadas por verdugones encarnados. En algunos puntos habían sangrado y la sangre había coagulado.

Dios mío. No te muevas.

La enfermera fue a la oficina contigua y regresó con el director. Levantó la camisa del crío y le enseñó los verdugones al hombre. Preguntaron al niño, pero estaba llorando y negaba con la cabeza y no abría la boca. Al final fueron a por su hermana a la clase de quinto curso y le preguntaron qué le había pasado a Richie. Joy Rae dijo: Se cayó del tobogán en el parque. Ha sido un accidente.

¿Te importaría dejarnos solos?, pidió la enfermera al director.

Está bien. Pero mantenme informado. Tenemos que denunciar. Pienso averiguar lo que pasa.

El director se marchó y entonces la enfermera dijo: ¿Me dejas que te mire a ti también, Joy Rae?

A mí no me pasa nada.

Pues entonces deja que te mire, ¿no?

No necesito que me mire.

Solo un momento. Por favor.

De pronto la niña rompió a llorar, se cubrió la cara con las manos. No. No quiero. No me pasa nada.

No te haré daño, cielo. Te lo prometo. Pero tengo que mirarte. Tengo que examinarte. ¿Me dejas, por favor?

La enfermera se volvió hacia el hermano pequeño. Ve un momento al pasillo para dejarnos a solas. Lo sacó y le pidió que aguardara junto a la puerta.

Luego volvió a entrar y acompañó delicadamente a la niña de los hombros. No tardaremos, cielo, te lo prometo, pero tengo que echarte un vistazo. Poco a poco fue dándole la vuelta. Joy Rae permaneció de pie sollozando con las manos en la cara mientras a su espalda la enfermera le desabotonaba el vestido azul y le bajaba las bragas, y lo que vio en la flaca espalda de Joy Rae y sus nalgas igual de flacas era aún peor que lo que había descubierto en el hermano.

Ay, pequeña, dijo la enfermera. Sería capaz de matar a quien sea por algo así. Mírate.

Una hora después, cuando Rose Tyler del Departamento de Bienestar Social entró en la enfermería, los dos niños seguían allí, esperándola. Les habían dado galletas y refrescos y un par de libros para entretenerlos. Y poco después de Rose se presentó un joven ayudante del sheriff del Juzgado del Condado de Holt y empezó a preparar la grabadora. Los dos niños lo miraron aterrados. Él intentó hablar con ellos en vano, los niños lo observaban sin parpadear y cuando no los veía lanzaban miradas fugaces al grueso cinturón de cuero, el revólver y la porra. Rose Tyler tuvo más suerte en su empeño, los niños ya la conocían y les habló con calma y ternura. Les explicó que no se habían metido en ningún lío pero que el agente, la enfermera, los profesores y ella misma estaban preocupados por su bienestar. ¿Comprendían que únicamente querían hacerles unas preguntas? Luego pidió al ayudante del sheriff que saliera y fotografió los verdugones y moratones y después, cuando regresó el agente, empezaron el interrogatorio, durante el que Rose planteó la mayoría de las preguntas. Estas evitaban dirigir las respuestas con objeto de no condicionar el relato de los niños y permitir que contaran lo sucedido a su manera, pero no importó, los niños se negaban a hablar. Se mantuvieron en el borde del catre, incómodos y sentados muy juntos, mirando al suelo y jugueteando con los dedos, y al final fue Joy Rae quien habló por los dos, aunque al principio respondió a muy pocas preguntas. En su defecto optó por una especie de amargo silencio a la defensiva. Sin embargo, gradualmente, empezó a hablar un poco más. Y entonces lo dijo.

Pero ¿por qué?, preguntó Rose. ¿Qué le empujó a hacerte esto?

La niña se encogió de hombros. No habíamos recogido.

Quieres decir que se supone que debéis limpiar la casa.

Sí.

¿Vosotros solos? ¿Los dos?

Sí.

¿Y limpiasteis? ¿Ordenasteis toda la caravana?

Lo intentamos.

¿Y no pasó nada más, bonita? ¿Le molestó algo más?

La niña miró a Rose, luego bajó la vista. Dijo que le contesté mal.

¿Eso dijo?

Sí.

¿Y tú crees que le contestaste mal?

Da lo mismo. Él dice que sí.

Rose anotó en la libreta, y cuando terminó miró a los dos niños y miró al ayudante del sheriff y de pronto sintió que iba a echarse a llorar y no pararía. Había presenciado demasiados problemas en el condado de Holt, que se acumulaban y le pesaban en el corazón. El de ese día le daba ganas de vomitar. Jamás había sido capaz de distanciarse. Lo había intentado, pero sin éxito. Miró a los dos hijos de los Wallace y los contempló un momento y empezó a preguntar de nuevo a la niña. ¿Dónde estaban vuestros padres cuando pasó, cielo?

Allí.

¿En la habitación?

No. Estábamos en el lavabo.

¿Estaban presentes cuando empezó a hablar con vosotros?

Sí.

Pero ¿no estaban en el baño cuando os pegó?

No.

¿Dónde estaban?

En la salita.

¿Qué estaban haciendo?

No lo sé. Mamá lloraba. Quería que parase.

¿Y no paró? ¿No le hizo caso?

No.

¿Dónde estaba tu padre? ¿Intentó pararlo?

Chillaba.

¿Chillaba?

Sí. En el otro cuarto.

Entiendo. ¿Y tu hermano y tú estabais juntos con él en el lavabo?

No.

¿Os llevó por separado?

Joy Rae miró a su hermano. Primero a él. Luego a mí.

Rose se quedó mirando a la niña y a su hermano pequeño, luego negó con la cabeza y apartó la vista y la fijó en el pasillo, imaginando cómo debía de ser que te llevaran al fondo de la casa y oír al otro gritando tras la puerta del baño, temerosa de lo que te esperaba, y ver la cara del hombre cada vez más roja y encendida. Volvió a anotar en la libreta. Luego alzó la mirada. ¿Quieres contarnos algo más?

No.

¿Nada de nada?

No.

Muy bien. Gracias por hablar con nosotros, cielo. Eres muy valiente.

Rose cerró la libreta y se levantó.

Pero no se lo dirás, ¿verdad?, preguntó Joy Rae.

¿Al tío de tu madre?

Sí.

El sheriff querrá hablar con él. Se ha buscado un problema grave. Te lo aseguro.

Pero ¿no le dirás lo que te hemos contado?

Intenta no preocuparte. Ahora estáis a salvo. En adelante estaréis protegidos.

Rose Tyler y el joven agente se dirigieron en coches separados a la zona este de Holt, a la caravana de los Wallace en la calle Detroit. Las hierbas que rodeaban la vivienda estaban secas y polvorientas, muertas por el invierno, y todo tenía un aspecto sucio y ajado. No obstante, brillaba el sol. Se acercaron juntos a la puerta y llamaron y esperaron. Al rato abrió Luther y se quedó en el umbral protegiéndose los ojos. Llevaba pantalones de chándal y camiseta, pero iba descalzo. ¿Podemos pasar?, preguntó Rose. Luther la miró. Tenemos que hablar en privado.

Bueno. Sí. Pasad, dijo Luther. Nos pilláis en mal momento. Cariño, llamó al fondo de la casa. Tenemos compañía.

Rose y el agente entraron detrás de él. El ambiente estaba impregnado del rancio aroma dulzón del sudor y el tabaco y algo podrido.

Betty estaba echada en el sofá, hundida entre cojines y cubierta con una vieja manta verde enrollada. No me encuentro bien, dijo.

¿Todavía te duele el estómago?, dijo Rose.

No para. No consigo descansar.

Tendremos que volver a pedir hora con el médico. Pero me preguntaba si no estaría por aquí tu tío.

No. Ahora no está.

Ha ido a la taberna, dijo Luther. Va casi todos los días. Verdad, ¿cariño?

Va todos los días.

Tenemos que hablar con él, dijo Rose. ¿Cuándo creéis que volverá?

No sabría decirte. A veces no vuelve hasta medianoche.

Creo que iré a buscarlo, dijo el ayudante del sheriff. Hablamos luego, le dijo a Rose, y se marchó.

En cuanto se fue Rose se sentó en el sofá al lado de Betty y le dio unas palmaditas en el brazo y sacó la libreta. Luther fue a la cocina a por un vaso de agua y regresó y se aposentó en su sillón.

¿Sabéis por qué he venido con el agente?, dijo Rose. ¿Sabéis por qué tenemos que hablar?

Mis niños, dijo Betty. ¿Verdad?

Sí. Sabes lo que ha pasado, ¿no?

Lo sé, admitió Betty. Se le descompuso la expresión y la embargó la tristeza. Pero no queríamos que lo hiciera, Rose. Jamás de los jamases, nunca.

Ni siquiera nos escuchó, dijo Luther.

Pero no podéis permitir que maltrate así a vuestros hijos, dijo Rose. Por fuerza habréis visto lo que les hacía. Algo horrible. ¿Es que no lo visteis?

Después sí. Intenté ponerles un poco de crema de manos. Pensé que les calmaría un poco.

Pero sabes que tu tío no puede seguir aquí comportándose así. ¿Lo entiendes? Tienes que echarlo.

Es mi tío, Rose. El hermano pequeño de mi madre.

Lo comprendo. Pero no puede vivir aquí. Da igual quién sea. Sé sensata.

Intenté detenerlo, dijo Luther. Pero me amenazó con partirme la espalda. Dice que agarrará la mesa de la cocina y me la arrojará en cuanto me dé la vuelta.

Bueno, no lo creo. ¿Cómo iba a hacer algo así?

Es lo que dice. ¿Y sabes qué digo yo?

¿Qué?

Que me agenciaré una navaja.

Ándate con ojo. Solo empeorarías las cosas.

¿Qué otra cosa quieres que haga?

Eso no. Deja que cuidemos de los niños.

Pero, Rose, dijo Betty, yo quiero a mis hijos.

Ya lo sé, dijo Rose. Se volvió hacia Betty y le cogió la mano. Te creo. Pero tienes que hacerlo

mejor. Si no, tendrán que llevárselos.

Oh, no, gritó Betty. Dios. Dios mío. La manta le resbaló de los hombros y alargó una mano y comenzó a tirarse del pelo. Ya me han quitado a Donna, lloró, y después empezó a gemir. No pueden quitarme más niños.

Betty, dijo Rose. La cogió de los brazos. Para y atiende, Betty. Tranquilízate. No vamos a quitarte a tus hijos. No llegará a ese extremo. Solo trato de que entiendas la gravedad de la situación. Tienes que hacer las cosas de otro modo. Tienes que cambiar de hábitos.

Betty se secó la cara. Tenía los ojos humedecidos y tristes. Haré lo que tú digas, Rose. Pero no me quites a mis hijos. Por favor, no te los lleves.

¿Y tú, Luther? ¿Estás dispuesto a cambiar algunas cosas?

Sí, señora. Empezaré con los cambios ahora mismo.

Sí. Bueno, ya hablaremos. En todo caso podéis empezar por las clases nocturnas de educación parental de Servicios Sociales. Yo me encargo. Y pasaré al menos una vez al mes para comprobar cómo vais. Sin previo aviso, me presentaré por sorpresa. Además de las visitas que hagáis al despacho para recoger los cupones de la comida. Pero lo primero, lo más importante, es que no podéis permitir que siga viviendo aquí. ¿Entendéis lo que digo?

Sí, señora.

¿Me lo prometéis?

Sí, dijo Betty. Lo prometo.

Solo espero que no me parta la espalda, dijo Luther, en cuanto se entere de lo que hemos hablado.

Cuando el ayudante del sheriff entró en el local alargado, cargado y tenebroso de la taberna Holt, en el cruce de Main con Third, Hoyt Raines estaba al fondo del bar jugando al billar con un viejo por veinticinco centavos y llevaba todo el día bebiendo. En una mesilla junto al billar había una jarra de cerveza de barril con un vaso vacío de chupito al lado y un cigarrillo consumiéndose en un cenicero de latón. Hoyt estaba inclinado sobre la mesa de billar cuando se acercó el agente.

¿Raines?

Sí.

Tengo que hablar con usted.

Adelante, hable. No puedo impedirselo.

Salgamos.

¿Para qué? ¿De qué se trata?

Salga conmigo, dijo el agente. Se lo diré en comisaría.

Hoyt lo miró. Se inclinó sobre el palo de billar, preparó el tiro y metió la siete y dijo para

nadie: Bravo, chaval. ¡Buenísimo! Se enderezó y rodeó la mesa y dio un sorbo a la cerveza y una calada al cigarrillo.

Vamos, Raines, insistió el ayudante del sheriff.

Todavía no me ha dicho para qué.

Se lo diré cuando salgamos de aquí.

Dígamelo ahora.

No querrá que los demás se enteren de lo que tengo que decirle.

¿Qué coño insinúa?

Lo sabrá en comisaría. Vamos.

El viejo se recostó en la pared, mirando al agente y luego a Hoyt, y el camarero los observó desde detrás de la barra.

Venga ya, nos ha jodido, se quejó Hoyt. Estoy jugando al billar. Bebió de la jarra. Miró al viejo. Me debes esta partida y la anterior.

Todavía no hemos terminado, dijo el viejo.

Hemos terminado. Ya casi estaba.

Iba a remontar.

Los cojones, me ibas a remontar.

Y con esta empatábamos.

Mira, carcamal hijo de puta. Esta partida no hay forma de que la ganes y todavía me debes la anterior.

Venga, apremió el agente. Vamos.

Ya voy. Pero me debe pasta. Todos lo habéis visto. Me debe pasta. Nos vemos esta tarde, chicos.

Apuró la cerveza y dejó la jarra en la mesa y dio una última calada al cigarrillo antes de apagarlo. Luego salió seguido por el ayudante del sheriff. En la acera dijo: ¿Ha traído el vehículo?

Está a la vuelta de la esquina, esperándole.

Torcieron por la calle Third y subieron al coche y el agente condujo dos manzanas hasta el aparcamiento reservado al este del juzgado del condado. Escoltó a Hoyt por los escalones de cemento hasta la oficina del sheriff en el sótano, donde lo acompañaron a una mesa de detrás de recepción y lo acusaron de un delito de maltrato infantil y le leyeron sus derechos. Luego lo ficharon y le tomaron las huellas y después lo llevaron por un corredor estrecho a un cuarto pequeño y sin ventanas. Después de sentarlo a una mesa, el agente que lo había detenido encendió la grabadora mientras otro ayudante del sheriff se apoyaba en la puerta, vigilando.

Alegó que los estaba disciplinando. No intentó negarlo. Se tenía en muy alta estima. Opinaba que había hecho lo correcto. Dijo que estaba poniendo orden en la vida de aquellos niños. A ver,

¿cuándo puedo marcharme?

Dentro de setenta y dos horas se celebrará la vista para fijar la fianza, respondió el agente.

¿Con qué los azotó?

¿Qué?

Los azotó con algo. ¿Con qué?

Déjeme que le haga una pregunta. ¿Ha visto alguna vez a esos críos? ¿Cómo se pasean por el pueblo? Necesitan disciplina, ¿no le parece? ¿Y cree que sus padres van a enseñársela? No sabrían por dónde empezar. Así que les he hecho un favor. A todos ellos. Algún día me lo agradecerán. En esta vida necesitas orden y disciplina, ¿no cree?

¿Eso piensa? ¿Es eso lo que cree?

Vamos que si lo creo.

¿Y cree que hay que maltratar a una niña de once años y a un crío de seis para disciplinarlos?

No les hice daño. Ya lo han superado.

Están bastante mal. Pero que muy mal. Tenemos fotografías que lo demuestran. ¿Cuánto tiempo hace que los maltrata?

¿De qué me habla? Ha sido solo esta vez. Una vez. Tampoco es que disfrute pegando. ¿Es eso lo que piensan?

Está seguro de eso.

Sí. Estoy seguro. ¿Qué han estado diciendo de mí?

¿Quiénes?

Esos críos. Han hablado con ellos, ¿no?

¿Con qué les pegó?

Y dale.

Insisto. No vamos a dejarlo. Díganos qué empleó.

¿Qué más da?

Lo averiguaremos de todos modos.

Está bien. Les di con el cinturón.

Su cinturón.

Eso es.

¿El que lleva puesto en este instante?

Pero no les di por el lado de la hebilla. Nadie podrá decir que les di con la hebilla. ¿Es lo que dicen ellos?

Nadie ha dicho nada. Se lo preguntamos a usted. No estamos hablando con nadie más. Hablamos con usted. Utilizó algo más, ¿verdad?

Es posible que usara las manos un par de veces.

Les golpeó con las manos.

Tal vez.

Se refiere a los puños, ¿verdad?

Hoyt lo miró, luego miró al otro agente. ¿Qué pasa si fumo aquí?

¿Quiere fumar?

Sí.

Adelante. Fume.

No tengo mis cigarrillos. Se los han quedado fuera. Invíteme a uno.

No.

Pues véndamelo.

¿Tiene dinero?

¿Encima? ¿Qué coño dice? Me han vaciado los bolsillos al entrar. Ya lo sabe.

Pues entonces diría que no puede comprarme un cigarrillo, ¿no?

Hoyt meneó la cabeza. La Virgen. Menudo capullo.

¿Cómo dice?, dijo el agente acercándose a la mesa. ¿Ha dicho algo?

Hoyt apartó la mirada. Hablaba solo.

Una mala costumbre. Puede ocasionarle un sinfín de problemas.

Cuando los ayudantes del sheriff terminaron de interrogarlo aquel día en la cárcel del condado de Holt, lo condujeron de vuelta por el pequeño corredor hasta una doble fila de celdas. Había seis en total, tres a cada lado, y apestaban a orines y vómitos. Hoyt entró en la celda que le indicaron y se sentó en el catre, y al poco se acostó y se durmió.

Al día siguiente, arriba en el juzgado, el juez fijó una fianza de quinientos dólares. Hoyt tenía algo menos de cinco dólares, nada más. De modo que volvió a bajar a la celda del sótano y le entregaron el mono naranja en cuya espalda se leía PRISIÓN DEL CONDADO DE HOLT impreso en letras negras.

Resultó que en aquel distrito periférico faltaba un mes para la siguiente comparecencia del juez, ya que se había celebrado una hacía tres días, y, por tanto, Hoyt tendría que permanecer en la cárcel hasta entonces, cuando se fijaría fecha para el juicio. Cuando se enteró de la situación los maldijo a todos y exigió ver al juez.

Uno de los ayudantes del sheriff que andaba por allí le dijo: Raines, será mejor que cierres la puta boca. O alguien vendrá a cerrártela.

Que lo intente, dijo Hoyt. A ver hasta dónde llega.

Sigue así, hijo de puta, replicó el agente. Sigue así y lo descubrirás.

TERCERA PARTE

De modo que ahora estaba solo, más solo de lo que había estado en toda la vida.

Viviendo con su hermano a veintisiete kilómetros al sur de Holt había estado solo desde aquel día en que, siendo adolescentes, se habían enterado de que sus padres se habían matado en la camioneta Chevrolet debido al aceite derramado sobre la carretera al este de Phillips. Pero habían estado solos juntos, y se habían ocupado de todas las tareas que tenían que hacer y habían comido y hablado y pensado las cosas juntos, y por la noche se habían acostado a la misma hora y por las mañanas se habían levantado a la vez y habían salido de nuevo a trabajar, cada uno siempre a la vista del otro, casi como si fueran un matrimonio longevo y bien avenido, o como un par de gemelos que no pudieran separarse porque quién sabe lo que podría pasar.

Luego, ya de mayores, tras el advenimiento de una serie de circunstancias peculiares, la adolescente preñada de nombre Victoria Roubideaux se había mudado a la casa con ellos y su llegada había cambiado las cosas para siempre. Después, la primavera del año siguiente, había dado a luz a la niña y su llegada había vuelto a cambiarlo todo. De modo que se habían acostumbrado a la presencia de esas personas nuevas en sus vidas. Se habían acostumbrado a los cambios y se habían acostumbrado tanto que les gustaron las novedades, y les gustaron tanto que querían que todo siguiera igual día tras día. Porque empezó a parecerles que cada nuevo día era bueno para ellos, como si ese nuevo orden de las cosas fuera al que habían apuntado siempre, incluso aunque no lo supieran ni en modo alguno hubieran podido predecirlo de antemano. Luego la chica había terminado secundaria y se había trasladado a Fort Collins para ir a la universidad, y la habían echado de menos, las echaban terriblemente de menos, a ella y a su hijita, porque cuando se fueron fue como si sufrieran la ausencia repentina de algo tan elemental o esencial como el mismo aire. Pero aún podían hablar con la chica por teléfono y esperar a su regreso por vacaciones y de nuevo al inicio del verano, y en todo caso todavía se tenían el uno al otro.

Ahora su hermano estaba enterrado en el cementerio del condado de Holt al nordeste del pueblo, junto a la parcela donde reposaban sus padres.

Durante los días y semanas posteriores al funeral fue prácticamente imposible convencer a Victoria de que debía regresar a la universidad. No iba a dejarlo en el estado en que se

encontraba. Decía que Raymond la necesitaba. Era la ocasión de ayudarlo igual que su hermano y él la habían ayudado hacía dos años cuando estaba sola y perdida.

De manera que se quedó con él el resto de octubre y casi todo noviembre. Después llegó un anochecer, el domingo después de Acción de Gracias, cuando estaban sentados cenando en la mesa de pino cuadrada de la cocina, en que Raymond dijo:

Tienes que hacer tu vida, Victoria. Tienes que seguir adelante.

Ya tengo una vida, dijo ella. Aquí. Gracias a Harold y a ti. ¿Dónde crees que estaría sin vosotros? Puede que todavía siguiera en Denver o estuviera en la calle. O aún peor, con Dwayne en su piso.

Bueno, sigo estando muy agradecido de que regresaras. Jamás lo olvidaré. Pero ahora tienes que seguir adelante y hacer lo que te habías propuesto.

Lo decidí antes de morir Harold.

Lo sé, pero Harold habría querido que siguieras con tu vida. Lo sabes.

Pero estoy preocupada por ti.

Estoy bien. Soy un pajarraco viejo y curtido.

No es verdad. Te acaban de quitar el yeso. Todavía cojeas.

Un poco. Pero no importa.

Y el señor Guthrie ya no viene a echarte una mano como antes.

Se lo he pedido yo. Ya me apaño solo. Si lo necesito, vendrá otra vez. Raymond miró a la chica por encima de la mesa y alargó un brazo y le dio unas palmaditas en la mano. Sigue tu camino, tesoro. Está todo bien.

Pues yo tengo la impresión de que intentas librarte de mí.

No. Ni se te ocurra pensar algo así. Volverás en verano y en todas las vacaciones que haya en medio. Confío en que vengas. Me molestaría que no vinieras. Estamos unidos para lo que nos quede de vida. ¿No me crees?

La chica se quedó mirándolo un buen rato. Luego retiró la mano de debajo de la suya y se levantó y empezó a recoger la mesa.

Raymond la observó. Estás enfadada conmigo, Victoria. Supongo que estás enfadada. ¿Me equivoco?

Ni se te ocurra intentar convencerme para que vuelva a casa.

Por Dios bendito, tesoro. No intentaré convencerme de nada si hubiera otra opción. ¿No lo ves? Voy sentirme más solo que la una sin ti y sin Katie.

La chica recogió las bandejas y los platos y los vasos y la cubertería y lo llevó todo al fregadero y lo soltó de cualquier modo. Uno de los vasos se rompió. La chica se cortó el dedo y se quedó junto al fregadero con los ojos negros llenos de lágrimas. La densa melena morena le tapaba la cara y se la veía esbelta y guapa y muy joven. Raymond se levantó de la silla y se

colocó a su lado, le pasó un brazo por los hombros.

Y tampoco lloro porque se haya roto un vaso. No vayas a pensar.

Ah, bueno, ya lo sé, tesoro. Venga, vamos a fregar los platos antes de liarla aún más.

No me gusta. Da igual lo que digas.

Lo sé, dijo Raymond. ¿Y la bayeta? Ya friego yo.

No. Vete, aparta. Al menos déjame hacer esto. Tú vete al salón a leer el diario. No puedes impedirme que friegue los platos.

Pero sabes que es lo que hay que hacer, ¿verdad?

Ella lo miró. Raymond le escudriñaba la cara, sus pálidos ojos azules la contemplaban con ternura y afecto. No tiene por qué gustarme, replicó ella.

A mí tampoco me gusta. Pero los dos sabemos que tiene que ser así. No importa lo que nos guste. Las cosas son así.

Ella se puso a fregar los platos y él regresó al salón y se sentó a leer en uno de los dos sillones reclinables, y al día siguiente cargaron el coche de la chica y Victoria regresó a Fort Collins con la niña. Volvió a instalarse en el piso y por la tarde salió a reunirse con sus profesores para informarse de las clases. Se había retrasado más de lo previsto con los estudios. Decidió dejar un par de asignaturas y ponerse al día en las otras tres.

Y ahora, en el condado de Holt, Raymond estaba completamente solo en la casa vieja del campo. No le quedaba nadie con quien hablar. Echó de menos a la chica en cuanto se fue. Echaba de menos a su hermano. Era como si no supiera adónde mirar ni qué pensar. Cada día se mataba a trabajar y llegaba a casa baldado, demasiado cansado para cocinar, de modo que calentaba comida de lata. Y todo el tiempo el viento soplabá fuera sin descanso y el canto de los pájaros se elevaba desde los árboles, y de vez en cuando se oía la llamada del ganado y un súbito relincho de los caballos en los prados y los establos, y el anochecer transportaba los sonidos hasta la casa. Pero era lo único que podía escuchar o atender. No le gustaba la radio. Solo encendía el televisor para ver las noticias de las diez y la previsión meteorológica para el día siguiente.

Quería que DJ entrara con ella en casa después del colegio, después de volver juntos por el parque y la hojarasca de los olmos y tras cruzar las vías del tren que se perdían en la distancia hacia el este y el oeste en largos lazos plateados, y cuando llegaban a la casa él decía que entraría, y una vez dentro, la madre de Dena estaba rara. Mary Wells había empeorado mucho últimamente.

Esa tarde, cuando Dena entró a verla, se la encontró sentada en el dormitorio sobre la cama deshecha, fumando y bebiendo ginebra de una taza de café, con la mirada ausente clavada en la ventana, en el jardín invernal y los árboles negros y pelados del callejón trasero. Ya estoy en casa, mamá, dijo Dena.

Su madre alzó la vista, levantó la cara tan despacio como si estuviera despertándose de algún sueño. ¿Sí?

Sí. He venido con DJ.

Pues prepararos algo de picar.

¿Qué hay?

Galletas saladas, creo. ¿Y Emma?

También ha venido.

Haz algo con tu hermana, por favor. No va a pasarte nada por ocuparte un poco de ella.

Ha venido DJ, mamá.

Lo sé. Me lo has dicho. Va, vete.

Mamá, ¿tienes que fumar?

Sí, tengo que fumar. Y cierra la puerta al salir. No te olvides de tu hermana.

Es un incordio.

Ya me has oído.

Dena salió y entre los tres prepararon galletas con mantequilla de cacahuete en la encimera de la cocina y Dena encontró un único vaso limpio en el armario y los tres bebieron leche del mismo vaso, por turnos, y cuando terminaron dijo:

Vamos fuera.

Fuera hace frío, dijo DJ.

No hace tanto frío.

¿Y yo?, preguntó Emma.

Tú quédate aquí viendo la tele.

No quiero ver la tele.

No puedes venir con nosotros. Venga. Vámonos ya.

Hacía frío y comenzaba a oscurecer en el cobertizo del fondo del callejón. Soltaron el pestillo, entraron y encendieron las velas. Las velas proyectaron una suave luz amarilla sobre el estante del fondo y la alfombra floreada e iluminaron débilmente la fría oscuridad de los rincones. Se sentaron a la mesa uno enfrente del otro y se echaron unas mantas viejas sobre los abrigos.

Te toca, dijo ella.

Creo que no.

Sí, te toca.

Creo que fui el último en tirar.

No, fui yo.

El niño cogió los dados y los lanzó sobre el tablero, luego movió y avanzó su ficha siete casillas.

¿Ves?, dijo Dena. Me debes quinientos dólares.

Déjame ver.

Ella le mostró la carta con los detalles impresos al dorso, la cifra en dólares que debía pagar quien cayera en la propiedad.

Está bien, dijo DJ. Retiró la goma del fajo de dinero rosa, verde y amarillo y contó los billetes sobre la mesa y luego se los entregó. ¿Cuándo ha empezado a fumar? No sabía que fumase.

¿Quién?

Tu madre.

Acaba de empezar. Atufa toda la casa.

Deberías robarle algún cigarrillo de vez en cuando.

¿Para qué?

Aquí podríamos fumar.

No quiero. Lo miró y luego bajó la vista al tablero y recogió los dados y tiró y avanzó nueve casillas.

Vuelve a contar, dijo DJ.

Está bien.

Me has pasado de largo.

Lo sé. Voy a comprar. ¿Cuánto cuesta?

Él rebuscó entre las cartas y encontró la correcta. Cuatrocientos dólares.

Ella contó el dinero y lo depositó en la banca. Sigue, dijo.

DJ tiró. Torció la esquina con la ficha y sacó doscientos dólares del banco.

¿Quieres comprar?

No me llega.

¿Por qué no se los pides a la banca? Podrías hipotecarte.

No me gustan las hipotecas.

Entonces ¿qué vas a hacer? Decídetelo.

Lo estoy pensando. La miró. ¿Tu padre no va a volver nunca?

No lo sé. Tal vez. Pero quizá vaya yo.

¿A Alaska?

¿Por qué no?

Me gustaría ir a Alaska, dijo él.

Hace frío. Pero es distinto.

¿Qué quieres decir?

Que es distinto. Que no es como aquí. Mi padre dice que allí arriba tienes que saber lo que haces. Si no, te congelas. Y hay osos Kodiak.

¿Tiras o qué?

Dena tiró y contó.

Has caído en mi casilla.

Ya lo sé. ¿Cuánto?

Doscientos dólares.

¿Solo? Qué fácil. Le arrojó los billetes. Flotaron hasta el tablero como hojas amarillas y él los recogió.

Allí arriba todo el invierno es de noche, dijo DJ. En invierno casi no ven la luz.

Todo el invierno no.

La mayor parte. Unos cuatro meses.

Me da igual. Puede que vaya de todos modos. Te toca.

Por las tardes iban al cobertizo después del colegio y se sentaban y charlaban y jugaban a juegos de mesa y partidas de naipes, y encendían velas y se arropaban con mantas. Y una tarde de finales de noviembre regresaron a casa ya con el frío del anochecer y la madre de la niña estaba sentada con un hombre en la cocina. Bebían cerveza de botellines verdes y fumaban cigarrillos del mismo paquete. Mary Wells se había pintado los labios por primera vez desde hacía semanas y la mitad de las colillas del cenicero estaban manchadas del rojo de su boca. Los oyó entrar por la puerta delantera. Ven aquí, Dena, la llamó. Quiero presentarte a alguien.

Entraron en la cocina y Mary Wells dijo: Te presento a Bob Jeter. Un amigo mío que quería

que conocieras.

Bob Jeter tenía la cara delgada y bigote y perilla oscuros. El pelo, rubio, era mucho más claro que la barba, y a la luz de la cocina se veía la piel rosada del cráneo por debajo del cabello.

Tu madre no me había dicho que fueras tan guapa, dijo.

La niña lo miró.

¿No saludas?, dijo la madre.

Hola.

¿Y este quién es?, preguntó Bob Jeter.

Nuestro vecino, DJ Kephart.

DJ. Y bien, DJ, ¿cómo van las cosas por la emisora?

El niño lo miró un segundo y desvió la mirada. No sé de qué me habla.

Vale, dijo Mary Wells. Ya está. Ya podéis iros.

Cuando estuvieron en el salón DJ susurró: ¿Quién es ese?

No lo sé, dijo Dena. Nunca le había visto. No sé quién es.

Por la noche después de cenar, después de que Bob Jeter se marchara, Dena le dijo a su madre: ¿Qué hacía ese hombre en casa?

Ahora la madre parecía cansada. Se había apagado el brillo vidrioso que tenía antes en los ojos. Es amigo mío.

¿Y qué quería?

Es un amigo, ya te lo he dicho. Es vicepresidente del banco. Concede préstamos. El otro día le comenté la situación en la que nos ha dejado tu padre.

Puede que vuelva.

Lo dudo. Ni siquiera conozco a nadie que quiera que vuelva.

Yo quiero que vuelva.

¿Ah, sí?

Sí.

Entonces puede que vuelva. Pero dime qué te ha parecido el señor Jeter.

No entiendo por qué ha tenido que quedarse a cenar. ¿Es que no tiene casa?

Sí. Tiene casa. Por supuesto que tiene casa. Tiene una casa muy bonita.

Más tarde esa noche, cuando quiso telefonar a su padre, antes de descolgar el teléfono, su madre le dijo: Si consigues hablar con él, dile que hoy ha venido a verme un amigo. Cuéntaselo a tu padre.

No se lo diré.

Claro que sí, si no, no te dejo hablar con él.

No quiero, mamá.

Dile que esta tarde he tenido visita. Que él no es el único que conoce a gente. Debería saberlo, allá arriba, en la famosa Alaska.

La abogada de oficio que le asignaron era una joven pelirroja. Hacía tres años que había terminado la carrera de derecho y no hacía ni siquiera una hora que le habían entregado el expediente policial sobre su caso cuando llegó al Tribunal del condado de Holt la mañana de vistas para consultar con él. Cargaba un montón de dosieres bajo el brazo, y se reunieron en una pequeña sala al fondo del pasillo del tribunal, con un ayudante del sheriff haciendo guardia frente a la puerta mientras tenía bajo custodia a otro preso. Hoyt vestía el mono naranja de la prisión y estaba pálido y ojeroso tras un mes de encierro. La joven depositó los dosieres en la mesa y se sentó enfrente de él.

Hoyt observó cómo hojeara el expediente policial. Eres como todas las demás, ¿verdad? ¿Quieres saber lo que quiero, zorra? Mi prioridad número uno es salir de este puto agujero.

Ella lo miró con atención por primera vez. Aquí no puede hablar así, dijo. A mí no puede hablarme así.

¿Qué tiene de malo mi forma de hablar?

Lo sabe perfectamente.

Joder. Solo me he emocionado un poco. He perdido la costumbre de tener compañía. Sonrió. Intentaré reprimirme.

Ella lo miró fijamente. Está bien. Cerró su expediente. Pues bien, no creo que quiera ir usted a juicio, ¿no?

No lo sé. Usted dirá.

No creo que deba.

¿Y por qué? Tengo cuatro cosas que decir. Y el derecho a que me escuchen.

¿Está seguro?

¿Por qué no iba a estarlo?

Porque en su caso probablemente el juicio no se celebraría hasta dentro de dos meses. Puede que más. Depende de cuándo haya fecha. Lo que significa que mientras tanto volvería a prisión. No tiene dinero para la fianza, ¿no?

No, no tengo dinero para la fianza. ¿De dónde iba a sacarlo? Me tienen encerrado desde hace veintinueve días.

Entonces no quiere ir a juicio.

Ya le he dicho que no.

¿Cuándo lo ha dicho?

Se lo digo ahora, dijo Hoyt. Por cierto, ¿cuántos años tiene?

¿Qué?

¿Qué edad tienes, mujer? No estás mal para ser abogada.

Ella se quedó mirándolo desde el otro lado de la mesa. Cogió un bolígrafo y empezó a tamborilear con él en la mesa. Escuche, señor Raines.

Sí, señora. Soy todo oídos. Sonrió y se inclinó hacia delante.

¿Sabe qué?, no creo que pueda seguir con esto. Porque tiene que dejarse de juegucitos idiotas. No se lo consiento. Esta mañana tengo que atender siete casos más aparte del suyo. Si sigue así hoy no acabaremos, le veré el mes que viene y hasta entonces puede esperarme sentado aquí en la cárcel. ¿Me ha escuchado bien?

Joder. Hoyt se enderezó y estiró los puños del mono hasta cubrirse las flacas muñecas. Tranquilícese, ¿quiere? Está muy tensa. No iba con segundas. Simplemente es usted una mujer atractiva, es lo único que digo. Llevo un mes sin ver a una mujer.

Es el menor de sus problemas, ¿no le parece?

Sí. Pero no por mucho tiempo. En cuanto salga de aquí le pondré remedio.

Ella estudió la expresión de la cara de Hoyt. Pensó en decirle algo, pero luego negó con la cabeza. Está bien, dijo la abogada. Ya he hablado con el fiscal del distrito y he negociado la opción de dos acuerdos de culpabilidad en su nombre.

¿Y qué he acordado?

¿Qué ha acordado?

Sí. ¿Cómo me declaro?

Se declara culpable de una falta de maltrato a menores. Tal como consta en el atestado policial. Con la estipulación de que no cumplirá más condena en prisión. Se aviene a no mantener más trato con los dos niños y a mantenerse alejado del domicilio de sus padres. ¿Acepta todas las condiciones?

¿Cree que quiero volver a ese lugar después del lío en que me han metido?

No es lo que le he preguntado.

Está bien, sí, acepto las condiciones. Sí, no pienso volver y no me pondré en contacto con los niños. ¿Le parece bien? ¿Qué más tiene que decir?

Antes de soltarlo el juez fijará un período de libertad condicional.

¿De cuánto tiempo?

Un año, tal vez dos. Es una posibilidad. Lo bueno para usted en este caso es que saldría hoy mismo de prisión. Lo malo es que si viola la condicional podrían condenarlo directamente a prisión. ¿Entiende lo que he dicho hasta el momento?

Sí. ¿Qué más?

Existe otra posibilidad. Podrían reducir la acusación a tentativa de maltrato infantil. Si aceptase esta opción, la sentencia dependería del juez. Aquí lo bueno para usted es que si en el futuro violase la condicional probablemente la condena de prisión sería menor. Lo malo es que tal vez no salga hoy de la cárcel. Dependerá de la sentencia del juez.

Calló y lo miró.

¿Qué?, preguntó Hoyt.

Comprende lo que le acabo de decir.

No es tan difícil. Lo pillo.

¿Qué opción quiere que negocie?

Ya se lo he dicho. Quiero salir hoy.

Entonces tiene que declararse culpable. Y firmar el formulario que le entregaré.

¿Tengo que firmar?

Necesita comprometerse antes de presentarse ante el juez.

La abogada extrajo dos páginas del expediente de Hoyt y giró la de arriba para que los dos pudieran leerla, luego se inclinó y empezó a leer cada sección en voz alta, mirando con frecuencia a Hoyt mientras las repasaba. La Notificación de Derechos sobre la Ley de Enjuiciamiento Criminal de Colorado, artículos Cinco y Once, Declaración de Culpabilidad, recogía sus derechos y las condiciones que aceptaba al renunciar a su derecho a juicio, certificaba que comprendía los elementos del delito, que se declaraba culpable de manera voluntaria y que no se encontraba bajo la influencia de las drogas ni del alcohol.

Estas son las condiciones, dijo la abogada. Si las comprende y las acepta, firme aquí.

¿Y qué es ese otro papel?

Condiciones Generales.

¿Qué son?

Son una lista de condiciones que se espera que acate mientras esté en libertad condicional.

¿Como cuáles?

Se las leyó en voz alta. Dieciséis condiciones que estipulaban que no violaría ninguna ley ni acosaría a ningún testigo de la acusación, que mantendría un domicilio fijo, que no saldría del estado de Colorado sin permiso, que conseguiría empleo o al menos lo intentaría, que no consumiría alcohol ni ninguna otra droga peligrosa en exceso.

¿Y eso no tengo que firmarlo?

No, aquí no tiene que firmar. Es simplemente para su información, para que pueda decidir sabiendo lo que hace. Solo tiene que saber lo que dicen y comprenderlo.

Vale.

Entonces ¿está dispuesto a firmar la notificación de derechos?

Si me saca de aquí, firmo lo que sea.

No. Espere un momento. No está firmando cualquier cosa. Tiene que entender exactamente lo que firma.

Y lo entiendo. Páseme el boli.

Está seguro.

Quiere que firme, ¿no?

Es decisión suya.

¿Va a prestarme el bolígrafo o no? Yo no tengo. Tienen miedo de que se lo clave a alguien.

La abogada le pasó el bolígrafo y él la miró y luego se encorvó sobre el papel y escribió su nombre y firmó en las dos líneas y añadió la fecha a un lado. Aquí tiene, dijo. Empujó el papel por encima de la mesa.

Ella recogió los dos papeles y los guardó en el expediente.

¿Y ahora qué?

Espere con el ayudante del sheriff en el tribunal hasta que lo llamen.

La abogada se levantó y se colocó el montón de expedientes bajo el brazo y salió. Él miró cómo se marchaba, le miró la falda y las piernas. El agente que aguardaba fuera en el pasillo entró, acompañado por el segundo preso, y volvió a esposar a Hoyt y escoltó a los dos por el amplio corredor hacia la sala para esperar su turno. El segundo preso llevaba grilletes además de esposas, y caminaba despacio.

Ya había varias personas en la sala, sentadas y conversando. El agente condujo a Hoyt y al otro preso hacia un banco cerca del fondo, y se sentaron y miraron cómo entraba más gente y ocupaba las filas de bancos.

Al cabo de un rato Hoyt se inclinó hacia el ayudante del sheriff. Tengo que hacer pis, dijo.

¿Y no se te ha ocurrido antes?

Antes no tenía motivos para que se me ocurriera.

Pues levanta, dijo el agente. Vamos. Tú también, le dijo al otro preso. Antes de que empiece el tinglado.

¿Y yo por qué tengo que ir?

Porque lo digo yo. No pienso dejarte aquí.

Salieron al pasillo pasando por delante de los abogados que hablaban con sus clientes y de otros grupitos de gente de pie bajo los ventanales altos y estrechos. Bajaron las escaleras de madera hacia la planta principal, el otro preso descendiendo los escalones de lado y de uno en uno. Intenta no mearte encima, le dijo a Hoyt.

¿Vas a bajarme tú la cremallera?, replicó Hoyt. Sé que tienes ganas.

No te tocaría ni con una aguijada, hijo puta.

Una ocasión que te pierdes.

Voy a decirte una cosa, Raines. No todo el condado de Holt cree que seas tan guapo.

Algunas sí. Podría citarte a más de una.

Ninguna que conozca.

No conoces a las buenas.

Será eso. Va, date prisa, joder.

El otro hombre también utilizó el urinario y regresaron a la sala de arriba y se sentaron a esperar. El fiscal del distrito entró y la abogada de oficio pelirroja ocupó su puesto en la mesa frente a él, delante de los bancos donde ya se habían sentado los otros abogados. Llegó el alguacil y comprobó el termostato, le dio unos toquecitos a la cajita con el dedo y le echó otro vistazo antes de sentarse. Finalmente entró el actuario por una puerta lateral y ordenó: Todos en pie, y entonces hizo su entrada el juez, un hombre bajo y grueso de pelo moreno con una toga negra, y todo el mundo permaneció en pie hasta que el juez se sentó a su mesa, más alta, luego el actuario ordenó: Siéntense, y el juez dio comienzo a la vista del primer caso.

El caso de Hoyt se vio una hora después. Hoyt, despierto a duras penas, esperó sentado junto al ayudante del sheriff mientras los diversos acusados del condado de Holt iban levantándose al oír su nombre y se dirigían al estrado situado entre las mesas de los abogados y escuchaban al juez. Un chico se adelantó y el juez le indicó por señas que se quitara la gorra. El chico se descubrió. El juez le preguntó si había contratado algún seguro desde la última vez que había declarado en el juzgado. El chico dijo que sí y mostró un papel. Muy bien, puede irse, dijo el juez. La siguiente fue una mujer en vaqueros y camisa rosa, y su abogado se puso en pie a su lado y le explicó al juez que uno de los motivos de la estresante situación de su defendida actualmente estaba detenido en Greeley, y que ella estaba dispuesta a entrar en prisión ese mismo día a las cinco. El juez la sentenció a siete días en la prisión del condado y le ordenó abstenerse de consumir alcohol durante dos años y la informó de que estaría en libertad vigilada durante un período de un año y de que debía cumplir ochenta y ocho horas de servicios a la comunidad. Cuando el juez terminó de hablar la mujer dio media vuelta y salió al pasillo con dos amigas. Tenía la cara muy roja y había empezado a llorar. Las amigas la cogieron por la cintura y le susurraron al oído cuantas palabras de aliento se les ocurrieron.

Luego el ayudante del sheriff acompañó al estrado al reo que estaba junto a Hoyt. Estaba acusado de posesión de marihuana y emisión de cheques sin fondo, pero debido a una complicación del caso el juez le ordenó que volviera a presentarse el 18 de enero. El hombre dio media vuelta y miró a una chica alta sentada en tercera fila y le dijo algo articulando en silencio y ella le contestó por lo bajo, luego el hombre negó con la cabeza y se encogió de hombros y el agente lo acompañó de vuelta al banquillo.

Cuando el juez anunció *El pueblo del estado de Colorado contra Hoyt Raines*, el ayudante del sheriff le hizo un gesto con la cabeza y dijo: Arriba, idiota. Hoyt le respondió con una sonrisa y se acercó al estrado. La joven abogada de oficio se colocó a su lado y se dirigió al tribunal.

Señoría, desearíamos comunicar al tribunal que el señor Raines ha decidido declararse culpable del cargo de maltrato infantil. Es plenamente consciente de la acusación y ha sido informado de sus derechos. Presentamos al tribunal la notificación de derechos debidamente firmada por el acusado.

Se acercó al juez y le entregó la copia firmada. Este se inclinó a recogerla y luego la defensora regresó al lado de Hoyt.

El juez echó un vistazo al documento. Señor Raines, ¿comprende usted los derechos que le asisten ante este tribunal?

Los comprendo, dijo Hoyt.

¿Y comprende usted los cargos de los que se le acusa?

Sí. Pero eso no implica que me gusten.

No tienen que gustarle. Pero tiene que entenderlos. ¿Y está diciéndole al tribunal que desea declararse culpable del cargo de maltrato infantil?

Supongo.

Qué significa supongo.

Que sí, que sí.

El juez se quedó mirándolo un momento. Echó un vistazo a los documentos que tenía delante, luego se dirigió al fiscal del distrito. ¿Conviene en que existe base legal para el caso?

Sí, señoría.

¿Qué recomienda en el caso del señor Raines, aquí presente?

Señoría, creemos que puesto que el señor Raines ya ha cumplido un mes de prisión no es necesario alargar la condena. Recomendamos un período no inferior a un año de libertad condicional y que el señor Raines acepte sin discusión el tratamiento que, razonablemente, le recomiende su agente de la condicional. Recomendamos asimismo que el acusado se mantenga alejado de los niños en cuestión y que no se le permita seguir viviendo en el hogar de los Wallace.

El juez se giró hacia la joven abogada. ¿Coincide con lo que acaba de exponerse?

Sí, señoría.

Señor Raines, ¿tiene algo que decir?

Hoyt negó con la cabeza.

¿Debo entender que no?

No. No tengo nada más que añadir. De qué me iba a servir.

Eso dependerá de lo que diga.

No tengo nada que decir.

En tal caso volverá usted bajo la custodia del sheriff que lo pondrá hoy mismo en libertad. Se presentará ante su agente de la condicional antes de veinticuatro horas. Este tribunal le ordena

cumplir un año de libertad condicional. Asimismo, se le condena a pagar las costas, además de una multa de doscientos dólares, y a cumplir noventa y seis horas de servicios a la comunidad. Se abstendrá de entrar en contacto con los hijos de los Wallace y abandonará el hogar de dicha familia. ¿Alguna pregunta?

Hoyt miró a la joven abogada defensora y cuando esta negó con la cabeza volvió a mirar al juez. Entendido, dijo Hoyt. No tengo ninguna pregunta.

Bien, dijo el juez. Porque no quiero volver a verle. Este tribunal ya ha tenido suficiente de usted, señor Raines.

El juez firmó la notificación de derechos y se la entregó al actuario, que sacó otro expediente y llamó al siguiente acusado.

Hoyt se volvió y se encaminó al fondo de la sala. El ayudante del sheriff se levantó y lo escoltó junto al otro reo por el pasillo y las escaleras que bajaban a la oficina del sheriff, donde devolvieron al otro hombre a su celda.

El ayudante se plantó enfrente de Hoyt y le quitó las esposas. Puedes recoger tus cosas. Y preséntate ante el agente de la condicional.

Tengo veinticuatro horas para ir a verlo.

¿Así es como piensas actuar? ¿Complicándole las cosas a todo el mundo como hasta ahora?

Lo que yo haga ya no es de tu puta incumbencia, replicó Hoyt. El juez me ha soltado. Me largo de aquí. Y tú puedes irte a tomar por culo.

Un sábado por la mañana de diciembre Tom Guthrie y los dos niños, Ike y Bobby, salieron hacia casa de los McPherson después de desayunar. El día era frío y luminoso. Al oeste solo soplaba un poco de viento.

Bajaron de la vieja camioneta Dodge de Guthrie, de color rojo desvaído, y entraron en el cercado de los caballos, donde Raymond los esperaba junto al establo. Los dos niños, de doce y once años, eran flacos y desgarrados y se habían vestido para el frío invernal con vaqueros, chaquetón forrado, gorra de lana y guantes de cuero. Raymond ya había cepillado y ensillado a los caballos, y los animales, que aguardaban sin atar junto al cercado, ladearon la cabeza para ver acercarse a los Guthrie.

Llegáis justo a tiempo, dijo Raymond. Acabo de terminar. ¿Qué tal andáis esta mañana, chicos?

Se miraron. Bien, respondió Ike.

Vaya fastidio tener que venir hasta aquí un sábado por la mañana, ¿no?

No es molestia.

¿Os ha dado el desayuno antes de salir?

Sí, señor.

Bien. Todavía falta mucho para el almuerzo de mediodía.

¿Cómo quieres hacerlo?, preguntó Guthrie.

Ah, pues como siempre, Tom. Salimos a caballo, los conducimos y reunimos en el corral y empezamos a separarlos. ¿Qué te parece?

Me parece bien, dijo Guthrie. El jefe eres tú.

Montaron y partieron hacia los pastos. Los caballos estaban descansados y algo asustadizos, alterados quizá por el frío, pero enseguida se calmaron. En la lejanía las reses y las novillas y los enormes terneros careta pastaban diseminados por la artemisa y la hierba de la pradera, perfilándose contra una pequeña elevación peinada por el viento. Mientras cabalgaban, Guthrie y Raymond charlaban del tiempo y del retraso de la nieve y del estado de la hierba, y Guthrie se acordó de preguntarle por Victoria Roubideaux. Raymond le contó que la chica había telefoneado la noche anterior. Me ha parecido que está bien, dijo Raymond. Por lo visto le va muy bien en los estudios, allá en Fort Collins. Vendrá en Navidad.

Los dos niños cabalgaban junto a los hombres sin hablar. Iban mirándolo todo a su alrededor,

contentos de estar montando a caballo y no en la escuela.

Cuando los cuatro jinetes se aproximaban, las vacas viejas y las novillas y los terneros dejaban de pastar y se paralizaban, atentos como venados, vigilándolos, y luego comenzaban a alejarse por la hierba hacia la cerca del fondo.

Vosotros podéis ir a darles la vuelta, propuso Guthrie. ¿No te parece, Raymond?

Sí. Mandadlas para acá.

Los niños arrearon a los caballos y salieron trotando en pos del ganado, cabalgando como los vaqueros de antaño por las pasturas nativas de las altas planicies desarboladas bajo un cielo azul y puro como la loza nueva.

Reunieron el ganado y lo condujeron de vuelta a los corrales y luego lo encerraron al este del establo. Entonces desmontaron y descincharon y abrevaron los caballos y los ataron a la valla de estacas. Los caballos se sacudieron sobre sus patas y encogieron una de las traseras para descansar. Tenían el cuello y los flancos oscurecidos por el sudor y espuma entre los cuartos traseros.

Raymond y los niños se pusieron a trabajar con las vacas y los terneros, empujando de una a una a las parejas de madre y cría del corral a la manga vallada, al final de la cual aguardaba Guthrie preparado con la portilla batiente. Uno de los niños trotaba detrás de las reses con un látigo vaquero y las azuzaba por la manga. Los terneros se pegaban a sus madres, pero cuando llegaban a donde esperaba Guthrie, este interponía la portilla y la cerraba y así apartaba a la vaca hacia los pastos y al ternero hacia un segundo corral grande. En cuanto los separaban, tanto la vaca como el ternero comenzaban a mugir, llorando y llamándose, caminando en círculos. El incesante ruido y alboroto levantaba una polvareda que se cernía sobre ellos como una nube parda que el escaso viento iba disipando poco a poco. Y las reses no dejaban de revolverse, empujándose unas a otras, luego se paraban a berrear, y los terneros del corral levantaban la cabeza y mugían y lloraban, con la boca bien abierta, mostrando su interior rosado como la goma y recubierto de babas, con los ojos en blanco. De vez en cuando una vaca y su ternero se localizaban a través de la valla y se paraban a respirar y lamerse por los estrechos huecos entre los toscos tablones. Pero cuando la vaca se alejaba pegada a la valla, el ternero levantaba la cabeza para mugir una vez más. La suciedad y el ruido fueron incrementándose conforme pasaron las horas.

Raymond, dentro del corral, dijo: A ver, cuidado con esta. Tiene mal carácter. Apartaos de ella.

Una vaca negra y alta salió al trote del corral con su ternero pisándole los talones. Los niños consiguieron encararlos hacia la manga y mandárselos a Guthrie. Al final de la manga la vaca

embistió, cabeceando como si quisiera cornearlo. Guthrie trepó rápidamente un par o tres de tablones más y cuando la vaca intentó cornearlo le pateó la cabeza. Luego la vaca y su cría se encaminaron juntas hacia los pastos antes de que pudiera bajar y cerrar la portilla. ¿Quieres que vaya a buscarlos, papá?, gritó Ike.

No, déjalos en paz. Ya lazaremos luego al ternero. ¿Te parece, Raymond?

Perfecto, dijo Raymond.

Siguieron afanándose en los corrales polvorientos al sol. El día se había atemperado un poco, el viento no había arreciado y gracias a los chaquetones forrados terminaron entrando en calor. A mediodía habían terminado.

Será mejor que vayamos a casa a comer, dijo Raymond. Seguro que los niños tienen hambre.

Es igual, ya comerán en el pueblo, dijo Guthrie. Picaremos algo en la cafetería. Pero vamos primero a por el ternero.

No, vosotros entrad en casa. Ya lazaremos luego al ternero. He sacado del congelador una ternera picada excelente. Si no os quedáis a almorzar se echará a perder. No voy a comérmela toda yo solo.

Dejaron los corrales y enfilaron por el camino de grava hacia la casa y el porche, donde se sacudieron el polvo de los vaqueros y las botas y luego entraron y se quitaron los cálidos chaquetones y las gorras, y Raymond se lavó las manos y la cara en el fregadero y se puso a cocinar en la vieja cocina esmaltada. Guthrie y los niños se lavaron en el fregadero después de Raymond y se secaron con un paño. Id poniendo la mesa, niños, dijo Guthrie.

Sacaron platos y vasos del armario y los colocaron en la mesa y repartieron los cubiertos, luego miraron en la vieja nevera y sacaron los botes de ketchup y mostaza. ¿Algo más?, preguntó Guthrie.

Abrid las latas de alubias, pidió Raymond, que las pondré a calentar. Y quizá a alguno de los niños le apetezca un vaso de leche.

Se quedaron en la cocina viendo a Raymond preparar la comida y, cuando terminó, se sentaron a la mesa a comer. Raymond llevó la enorme parrilla de hierro a la mesa y sirvió dos hamburguesas por plato, la carne estaba pasada, negra y dura como si acabara de ser sacada de una fogata. Luego dejó la parrilla sobre el fogón y se sentó. Adelante, empezad, dijo, a menos que alguien quiera rezar primero. Nadie quiso. Él los miró. ¿A qué estáis esperando? Ah, carajo, me he olvidado de comprar bollitos, ¿no? Vaya por Dios. Se levantó y volvió a la mesa con una bolsa de pan blanco y se sentó. Los niños podéis comer las hamburguesas sin bollitos, ¿verdad?

Sí, señor.

Bueno, pues. Vamos a ver si estas merecen la pena.

Se fueron pasando el plato con las alubias calientes y se echaron ketchup en las hamburguesas.

La salsa empapó el pan y dibujó círculos rosas en la miga. Las rebanadas se reblandecieron y se les deshacían en las manos, de modo que tuvieron que inclinarse y comer encima de los platos. No se habló mucho. Los niños miraron una vez a su padre, y este señaló los platos con la cabeza y ellos volvieron a bajar las suyas para seguir comiendo. Cuando se pasaron de nuevo el plato de las alubias todos se sirvieron una segunda porción abundante. De postre, Raymond sacó cuatro tazas de café y abrió una lata grande de melocotones y se paseó alrededor de la mesa sirviendo brillantes cuartos amarillos en cada una de las tazas y rociándolos luego con idéntica cantidad de sirope.

Mientras, Guthrie escudriñaba la cocina. Piezas de maquinaria y trozos de cuero y hebillas oxidadas se acumulaban por las sillas y los rincones.

Raymond, dijo Guthrie, tendrías que salir del campo de vez en cuando. Ven al pueblo, a tomarte una cerveza o lo que gustes. Aquí te sentirás muy solo.

A veces se está demasiado tranquilo, admitió Raymond.

Pues acércate al pueblo un sábado por la noche. Diviértete un poco.

Ni hablar. Qué iba a hacer yo en el pueblo.

Podrías llevarte una sorpresa, dijo Guthrie. A lo mejor encuentras algún problema interesante con el que entretenerte.

Puede que luego no supiera salir del atolladero. ¿Qué haría entonces?

Después de almorzar volvieron a salir, y los dos niños montaron y cabalgaron por los pastos entre las reses y localizaron a la vaca negra y alta y echaron el lazo al ternero y arrastraron al animal de patas tías de vuelta al corral junto con los demás. La vaca corrió tras ellos, pero lograron esquivarla y encerrar a la cría.

Las reses seguían sin parar de mugir como antes. Mugirían y se revolverían así durante tres días. Luego el hambre apretaría lo bastante para que las vacas se adentraran en las praderas a pastar y se les secaran las ubres. En cuanto a los terneros, Raymond tendría que acarrear el forraje con la horca hasta llenar la larga fila de comederos de los corrales y vaciar cubos de maíz encima, y tendría que vigilarlos de cerca una temporada por si enfermaban.

Cuando Guthrie y los niños arrancaron hacia la comarcal para regresar a Holt, siguieron oyendo al ganado a más de un kilómetro de distancia.

Están bien, ¿no?, preguntó Bobby.

Sí, estupendamente, dijo Guthrie. Tienen que estarlo a la fuerza. Todos los años es igual. Creía que ya lo sabías.

Antes no me había fijado, dijo Bobby. Nunca había participado.

Las vacas y las novillas ya están preñadas de los siguientes terneros, explicó Guthrie. Tendrían que destetar a esas crías ellas solas si no nos ocupáramos nosotros. Tienen que recuperar fuerzas para la tanda del año que viene.

Pues arman muchísimo jaleo, dijo Ike. No parece que les guste.

No, admitió Guthrie.

Miró a sus hijos sentados a su lado en la camioneta, circulando por el camino de grava en aquella luminosa tarde de invierno, rodeados por el llano paisaje gris, pardo y reseco.

Nunca les gusta, dijo Guthrie. No consigo imaginar nada ni a nadie a quien pudiera gustarle. Pero todas las criaturas de este mundo terminan destetadas.

El cheque de la pensión ferroviaria había llegado y el viejo quería salir pese al frío glacial. La temperatura había empezado a caer cada noche muy por debajo de cero. No hace falta que vengas, dijo. Me las puedo apañar sin ti.

No puedes ir tú solo, dijo DJ. Te acompaño.

Regresó al dormitorio y se abrigó mejor y volvió a la salita y sacó el chaquetón y las manoplas del armario del rincón y se los puso y luego se plantó junto a la puerta con el gorro de lana en la mano. Abrígate bien, abuelo. Acuérdate de cómo te congelaste del invierno pasado.

No te preocupes. He estado a temperaturas mucho más bajas de las que tú hayas conocido. Me cago en la leche, niño, si he trabajado con este frío toda la vida.

Se puso el grueso abrigo negro y se encasquetó la gorra de pana sobre el pelo canoso, con las orejeras pendiendo a los lados de las enormes orejas. Luego se puso las manoplas de cuero y echó un vistazo alrededor. Apaga la luz.

Enseguida, en cuanto salgas. Te estoy esperando, repuso DJ. ¿Tienes el cheque?

Pues claro que tengo el cheque. Aquí mismo, en la cartera. Se palmeó el bolsillo de la pechera del peto, por debajo del pesado abrigo. Vamos.

En cuanto salieron, las ráfagas de viento procedente del sur bastaron para dejarlos sin aliento. Por encima de las luces del pueblo el cielo se veía duro y despejado. Enfilaron juntos por la calle hacia el centro. No había tráfico. En casa de Mary Wells las luces estaban encendidas, pero todas las persianas bajadas. Parches de nieve salpicaban los jardines y el hielo endurecía las rodadas de la calzada.

En la calle Main giraron al sur contra el viento y caminaron por la acera. Un coche pasó de largo, expulsando un humo blanco y a jirones como el de la leña, antes de que el viento lo dispersara. Cruzaron las vías del tren y al oeste brilló el semáforo en rojo. Los silos se cernían sobre ellos.

En el pequeño distrito comercial de Holt sus reflejos caminaban a su lado por los escaparates de vidrio. El viejo renqueaba encorvado bajo el peso del abrigo, cabizbajo, y el niño parecía mucho más bajo en los cristales.

Cruzaron Main en la esquina con Third y entraron en la taberna, adentrándose en el local alargado, caldeado y cargado de humo, con su clamor de voces y conversaciones a gritos y música country y partidas de billar al fondo, y el ruido de la televisión desde el soporte de

encima de la barra. Los viejos se sentaban pegados a la pared en una mesa redonda de madera, y allí se dirigieron.

¿Con quién vienes?, preguntó uno. ¿Es DJ? ¿Hace bastante frío para ti, chaval?

Sí, señor. Suficiente. Cogió una silla de la mesa de al lado y se sentó detrás de su abuelo.

Suficiente, dice. Ja.

No me digas que habéis venido a pie, dijo otro anciano. Te habrás helado el pito para llegar hasta aquí, Walt.

He visto días más fríos.

Todo el mundo los ha visto. Solo digo que hace frío.

Es diciembre, ¿no?, repuso el viejo. A ver, ¿y la camarera? Necesito algo de beber. Quiero algo que me caliente las entrañas.

Enseguida vendrá. Dale un minuto.

Cuando se acerque, fijate, dijo un hombre de rostro colorado desde el otro lado de la mesa.

¿Quién es?

La exmujer de Reuben DeBaca, de Norka. Mírala. Ahí viene.

La camarera se aproximó a la mesa. Era rubia y guapa, de caderas anchas y piernas largas. Vestía vaqueros ajustados desgastados, con un agujero estudiado en el muslo que mostraba la piel bronceada de debajo, y una blusa blanca y escotada. Cuando se inclinó a retirar los vasos vacíos de la mesa, todos los hombres la observaron con atención. ¿Acabas de llegar?, le preguntó al viejo.

Ahora mismo.

¿Por qué no te quitas el abrigo y te pones cómodo? Si no tendrás mucho calor y luego cuando salgas cogerás frío. ¿Qué te pongo?

Ponme... Miró hacia la barra. Algún whisky que se pueda beber.

¿De qué tipo? Tenemos Jack Daniel's y Old Grand-Dad y Bushmills y Jameson's.

¿Tú cuál bebes?

Old Crow.

Es más barato, ¿no?

¿Lo quieres?

Sí.

¿Y tú?, le preguntó a DJ.

Él se quedó mirándola. Una taza de café, por favor.

¿Bebes café?

Sí, señora.

Bebe café, dijo el abuelo. No puedo impedírselo. Bebe café desde que era pequeño.

Pues muy bien. ¿Algo más?

Tráele unos fritos de maíz al niño, pidió uno de los hombres.

Café, fritos de maíz, whisky. ¿Ya está?

¿Podrías limpiar esto?, pidió el hombre de rostro colorado. Aquí ha quedado una mancha.

Ella lo miró y se inclinó y limpió la mesa con la bayeta y todos le miraron el escote. ¿Así está bien?, preguntó la camarera.

Mucho mejor, dijo el hombre.

Viejo verde, replicó ella. Debería darte vergüenza. Comportarse así delante de un niño. Fue a por las bebidas.

Creo que cada vez le caigo mejor, dijo el del rostro colorado.

Lo que le gustaría todavía más es tu cuenta corriente, dijo otro.

Tal vez. Pero con una mujer como ella no te importa gastarte un poco de dinero. Es obligado.

¿Y el exmarido?

A eso me refiero. Ya es una mujer mayor. No va a quedarse en casa cruzada de brazos. Quiere algo mejor de la vida. Sabe que merece algo mejor que una granja en un secarral del sur de Norka.

Y tú podrías proporcionárselo.

Por qué no.

Bueno, pues porque aún te recuerdo la semana pasada quejándote de que por debajo de los calzoncillos no te funciona nada. Desde que te operaste, por lo que te cortaron los médicos.

Bueno, ya. Eso también. Todos los hombres de la mesa se rieron. Pero una mujer como ella te insufla vida nueva, dijo el anciano. Es capaz de resucitar a un muerto.

El hombre de al lado le dio una palmada en la espalda. Tú no pierdas la fe.

DJ miró hacia la barra donde la mujer colocaba vasos y tazas en una bandeja. Bajo las luces azules se la veía alta y bonita.

La camarera llevó a la mesa el café y los fritos de maíz y el whisky, y el abuelo se llevó la mano al bolsillo del pecho del peto y pescó la vieja cartera de cuero suave y sacó el cheque de la pensión.

¿Qué es eso?, preguntó la camarera.

Mi pensión. De los ferrocarriles.

La camarera dio la vuelta al cheque y miró el dorso. ¿Quieres que lo canjee?

Siempre lo hago.

Tendrás que firmarlo.

Le entregó un bolígrafo, y el viejo se inclinó sobre la mesa y firmó con gesto rígido y devolvió el bolígrafo junto con el talón.

Tengo que comprobar primero si lo aceptan, dijo la camarera.

Lo harán. Llevo años cambiando aquí los talones.

Voy a ver, dijo ella, y se dirigió a la barra.

¿Y a esta qué le pasa?

Hace su trabajo, abuelo, susurró DJ.

El viejo alzó el vaso de whisky y le dio un trago largo. Bébete el café, le dijo al niño. Frío no vale nada.

La mujer regresó con un puñado de billetes y algunas monedas y entregó el dinero al viejo. Este apartó un billete de dólar y se lo dio. Gracias, dijo la camarera. No debería dudar nunca de lo que dices, ¿verdad?

No, señora, dijo el viejo. Hace mucho que vengo por aquí. Mucho más que tú, supongo. Y pienso seguir haciéndolo.

Bueno, así lo espero. ¿Te traigo algo más?

Otro igual que este en un rato.

Por supuesto. DJ miró cómo se dirigía a otra mesa.

Mientras los viejos reanudaban la conversación, el niño se tomó el café, luego dejó la taza en el suelo junto a la silla y se comió algunos fritos de maíz y sacó los deberes de matemáticas del bolsillo del abrigo y un lápiz y se apoyó las páginas en el regazo. Uno de los ancianos dijo: Hablando de gente operada, y empezó a contar la historia de un conocido al que ya no le funcionaba el aparato y acudió al médico acompañado de su mujer. El médico lo examinó y luego le entregó una jeringuilla junto con un vial de líquido para que se lo inyectara en la piel del cacharro, justo antes de que volviera a intentarlo con la mujer, y le pidió que volviera después a contarle qué tal le había ido. La pareja regresó al cabo de una semana. ¿Cómo ha ido?, preguntó el médico. El hombre dijo: Bastante bien, aguantó empinada cuarenta y cinco minutos. Bien, y ¿qué hicieron?, dijo el médico, y el hombre respondió: Bueno, pues lo que se supone que hay que hacer. Después de acabar fui a la salita y me senté en el sofá a ver la tele y comer palomitas y esperar a que volviera a bajar para irme a la cama. El médico se dirigió a la mujer. Habrá disfrutado usted, dijo. De la hostia, dijo ella. A los cinco minutos mi marido ya estaba listo.

DJ escuchó hasta que su abuelo empezó a contar la anécdota del veterano de la guerra de Corea que trabajó un invierno en el ferrocarril en las frías tierras al sur de Hardin, Montana. DJ ya la conocía, y siguió haciendo los deberes de matemáticas que apoyaba en el regazo. La anécdota del abuelo no se parecía en nada a la que acababan de contar y no le interesaba demasiado oír hablar de un veterano buscando su antebrazo con una pala.

La camarera regresó al cabo de un rato con otro vaso de whisky para el abuelo, luego se marchó y volvió con otra ronda para los demás. Después de que los ancianos pagaran, la mujer se acercó al niño y le dijo por lo bajo: ¿Por qué no te vienes conmigo?

¿Adónde?

A la barra. Así podrás apoyar los deberes. Escribirás mejor.

Vale. DJ se puso de pie al lado del abuelo. Voy a la barra, abuelo.

¿Adónde?

A la barra. A hacer los deberes.

Pero compórtate.

Claro.

DJ siguió a la camarera por la sala llena de hombres y mujeres charlando y bebiendo y, en la barra, ella lo sentó en un taburete alto del rincón y él extendió los deberes de matemáticas por la superficie pulida. La camarera dejó la taza de café y los fritos de maíz al lado.

El encargado se acercó. ¿A quién tenemos aquí?

Un amigo mío, dijo la camarera.

Un poco joven para andar bebiendo en bares, ¿no te parece?

Déjalo en paz.

No lo molesto. ¿Por qué iba a molestarlo? Simplemente no quiero que nos busque problemas.

No nos traerá ninguno. ¿Quién va a quejarse?

Mejor que no. Pero si hay alguno, será responsabilidad tuya.

No te preocupes.

No pienso preocuparme. No me pagan suficiente para preocuparme por chorradas. El encargado la miró y se alejó.

Ella sonrió a DJ y pasó detrás de la barra y acercó la cafetera humeante y le rellenó la taza. No le hagas caso, dijo. Siempre tiene que meterse en todo.

No quiero causarte problemas.

¿Por esto? Esto no es un problema. Si quieres te explico lo que es un problema. ¿No quieres azúcar para el café?

No, gracias.

¿Leche tampoco?

No. Me gusta así.

Bueno, supongo que ya eres bastante dulce. Yo también tengo un niño, un poco más joven que tú. Es dulce como tú. Mañana lo veré. Se sentó al otro lado de la barra, sosteniendo la cafetera.

¿No vive contigo?

Vive con su papá. Es mejor así. Hasta que yo salga adelante, ya sabes.

Oh.

Pero lo echo mucho de menos.

DJ la miró a la cara. Ella le sonrió.

¿Y tú? ¿Dónde están tus padres?

No sé dónde estará mi padre. No le conozco.

¿Ah, no? ¿Y tu madre? ¿Dónde está?

Murió hace mucho.

Mierda, dijo ella. Lo siento mucho. Bueno, siento haber preguntado.

DJ miró al espejo de detrás de la camarera, donde se vio reflejado por encima de las hileras de botellas y vio la cabeza rubia de la mujer y la espalda de la blusa blanca en el espejo. Bajó la vista y asió el lápiz.

Anda, haz los deberes, dijo ella. Si necesitas cualquier cosa, avísame. ¿Estarás bien aquí?

Sí, señora.

Estaré aquí mismo, para lo que sea.

Gracias.

No hay de qué. La mujer sonrió. ¿Sabes qué? Creo que tú y yo podríamos ser buenos amigos, ¿no te parece?

Supongo.

Bueno, con suponerlo basta. Has sido sincero. Dejó la cafetera en el hornillo y salió de nuevo de detrás de la barra para ocuparse de las mesas.

Más tarde una mujer castaña de pelo corto y ojos muy azules se acercó al final de la barra y se paró al lado de DJ. ¿Te conozco?, preguntó la mujer. Llevo observándote media hora.

No lo sé, dijo DJ.

¿Ese de ahí no es tu abuelo? ¿El que está sentado con esos hombres?

Sí.

Lo cuidé de noche en el hospital. ¿No te acuerdas? Te vi un día que pasaste temprano antes de clase. Antes de que acabara mi turno.

Puede ser.

Sí, estoy segura.

Mientras la mujer estaba de pie a su lado al final de la barra, Raymond McPheron entró por la puerta de la taberna.

Vaya, mira tú, comentó la mujer. Debe de ser la noche de la reunión del hospital. No creía que ese hombre fuera a salir vivo de allí.

Raymond se quitó los guantes mientras echaba un vistazo alrededor. Llevaba el sombrero Bailey blanco plateado y el chaquetón grueso de invierno. Se apartó de la puerta y se colocó detrás de los hombres de los taburetes, esperando a que el camarero se fijara en él.

¿Qué va a ser?

Estoy decidiendo, dijo Raymond. ¿Qué tienes de barril?

Coors y Budweiser y Bud Light.

Tomaré una Coors.

El camarero tiró una cerveza y se la pasó por delante de un cliente sentado y Raymond le alargó un billete. El camarero sacó el cambio de la caja de debajo del espejo y regresó. Raymond bebió un sorbo y se giró a mirar a la clientela de las mesas. Dio otro trago y se secó la boca con la palma de la mano, luego se desabrochó el chaquetón.

La mujer que estaba al lado de DJ se acercó y le dio un toquecito en el hombro y Raymond se volvió a mirarla.

Aquí hay sitio, dijo la mujer. ¿Por qué no se viene con nosotros? Raymond se descubrió y sostuvo el sombrero en una mano. Se acuerda de mí, ¿no? Ella le sonrió y dio dos pasitos, como si estuviera bailando.

Me suena, dijo Raymond. Diría que es usted Linda May, del hospital.

Yo misma. Se acuerda. Véngase con nosotros.

¿Adónde?

Al final de la barra. Creo que encontrará otra cara conocida.

Raymond volvió a ponerse el sombrero y la siguió a lo largo de la barra. Los hombres se giraron en los taburetes para verlo pasar acompañado de la mujer. Ella se paró al lado de DJ. ¿Y a este jovencito?, preguntó. ¿Le recuerda?

Creo que sí, dijo Raymond. Este tiene que ser el nieto de Walter Kephart. Aunque no sé el nombre.

DJ, dijo el niño.

¿Qué tal, hijo?

Bastante bien.

¿Has venido con tu abuelo?

DJ señaló la mesa de la pared del fondo.

Ahora lo veo. ¿Cómo le va? ¿También bastante bien?

Sí, señor. Se ha curado de la neumonía.

Bien, dijo Raymond. Miró otra vez al niño y se fijó en las hojas de encima de la barra. Parece que he interrumpido los deberes. Será mejor que te deje tranquilo.

Ya he acabado. Solo estoy esperando al abuelo, hasta que quiera irse.

¿Calculas que le falta mucho?

No lo sé. Está hablando.

A los viejos les gusta hablar, eh, dijo Raymond. Dio un sorbo a la cerveza y miró a la mujer de pie a su lado.

Me sorprende verle por aquí, dijo ella. No sabía que saliera de noche.

No lo hago, dijo Raymond. La verdad es que no sé qué hago aquí.

Necesita salir de vez en cuando. Todo el mundo lo necesita.

Será eso.

Claro. Créame. Es bueno que haya salido.

¿Esta noche no trabaja?

No. Es una de mis noches libres.

Bien. Eso explica al menos lo que hace uno de nosotros por aquí.

El abuelo del niño se acercó a la barra, donde estaba DJ. ¿No te has metido en ningún lío?

No.

Hora de irse a casa.

¿Cómo le va?, preguntó Raymond.

¿Quién pregunta? ¿Es usted, McPheron?

Más o menos. Sí, señor.

Mira quién más está aquí, dijo el viejo, mirando a la mujer. ¿Usted no trabaja en el hospital?

Así es, dijo Linda May.

Bien. Muy bien. Pues me alegro de verlos. Se volvió hacia DJ. Vamos, chico. Coge el abrigo.

DJ se levantó del taburete y se puso el abrigo y embutió los papeles en el bolsillo. Primero quiero despedirme, dijo el niño.

¿De quién?

Esa señora ha sido muy amable conmigo.

El viejo miró al fondo. Ahora está trabajando. No querrá que la molestes.

No voy a molestarla.

DJ se dirigió a las mesas de billar del fondo del largo local de ambiente cargado donde la camarera estaba hablando con unos hombres sentados a una mesa. Se reían, y DJ esperó detrás de la mujer hasta que uno de los hombres dijo: Creo que alguien quiere decirte algo.

La camarera dio media vuelta.

Ya me voy, dijo DJ.

Ella le subió el cuello del abrigo. Abrígate bien para salir.

Gracias por lo de... DJ señaló hacia atrás. Por dejarme sitio para hacer los deberes.

De nada, corazón. Ella le sonrió. Me he alegrado de verte. Vuelve otro día. ¿Vale? Él asintió y regresó con el abuelo.

¿Ya podemos irnos?, preguntó el viejo.

Sí.

Pues vamos.

Un momento, dijo Raymond. ¿Van a pie?

Hemos venido a pie.

Pues dejen que los lleve en la camioneta.

No hace falta. Hemos llegado sin problemas.

Desde luego, pero ahora hace más frío.

Bueno. El viejo miró hacia la puerta. La verdad es que no me gusta que el niño ande fuera con este tiempo.

Linda May miró a Raymond. No se ha terminado la cerveza. ¿Por qué no los acerca a casa y yo le guardo la copa? Vuelva después.

Tal vez.

Venga.

Salieron y subieron a la camioneta vieja y maltrecha de Raymond, que la apartó del bordillo y giró hacia el norte por Main y siguió las indicaciones de Walter Kephart cruzando las vías del tren y luego al oeste hacia el tranquilo vecindario donde aparcó delante de su casa. El viejo y el niño se bajaron. Muchísimas gracias por traernos, dijo el viejo.

No hay necesidad de volver a caer enfermo, dijo Raymond.

No tengo intención.

El viejo cerró la portezuela de la camioneta pero no encajó bien, de modo que Raymond se estiró para volver a abrirla y la cerró de un portazo. Cuando levantó la vista el viejo y el niño estaban a medio camino de la puerta de casa. Condujo hasta el final de la manzana y giró en redondo en el cruce y puso rumbo de vuelta a la calle Main y aparcó a una manzana de la taberna. Se quedó un rato sentado en la cabina fría mirando al escaparate a oscuras que tenía enfrente. ¿Qué carajo estoy haciendo?, dijo. El aliento dibujó nubes en el aire gélido. No tengo ni la más remota idea. Pero lo estoy haciendo.

Se apeó y regresó al calor y el ruido y se dirigió al fondo de la barra donde le esperaba Linda May. Cuando Raymond se aproximó ella sonrió y le tendió el vaso de cerveza.

Bien, has vuelto, dijo ella. No sabía si vendrías o no.

He dicho que tal vez volviera, dijo Raymond.

Lo cual no significa que fueras a volver. Los hombres dicen tal vez y no significa nada.

Yo creía que sí.

Tal vez para ti.

Raymond aceptó el vaso que le tendía y apuró la cerveza. Miró alrededor y todo el mundo parecía estar divirtiéndose.

Deja que te invite a otra cerveza, dijo ella. Yo pago esta ronda.

No, dijo Raymond, no, señora. No creo que pueda permitirlo. Mejor invito yo. ¿Me dejas?

Pero la próxima corre de mi cuenta. Son nuevos tiempos.

¿Perdón?

Me refiero a que ahora las mujeres somos distintas. Ahora está bien visto que una mujer invite a un hombre a una copa en un bar.

No tengo ni idea, dijo Raymond. Creo que nunca he sabido nada de mujeres. Solo he conocido a mi madre y a la muchacha que vivía con nosotros últimamente.

Te refieres a la chica que fue a visitarte al hospital con una niña pequeña.

Sí, señora. La misma. Victoria Roubideaux. Y su hijita, Katie.

¿Y dónde están? ¿Ya no viven contigo?

No, señora, no siempre. Están en la universidad. En Fort Collins. La chica está estudiando en la universidad.

Bien hecho. Oye, ¿no podrías llamarme de otro modo? Señora me suena a vieja.

Puedo intentarlo.

Bien. Y ahora, ¿por qué no me hablas de ellas?

¿De Victoria Roubideaux y Katie?

Exacto. Parece que son muy importantes en tu vida.

Bueno, sí. Lo son todo para mí.

Empezó a hablarle a Linda May de la chica y su hija y le contó cómo se había mudado con su hermano y con él al campo hacía dos años y medio y, al rato, se vació una mesa y se sentaron uno enfrente del otro y Raymond la dejó invitarlo a una copa, aunque insistió en pagar él la siguiente ronda. Permaneció sentado con el sombrero y el abrigo de invierno puestos hasta que cerró el bar, charlando con la mujer. En la vida había hecho nada igual.

Era tarde cuando entró con la camioneta por el camino de grava y paró en la verja frente a la vieja casa gris. La temperatura había bajado a menos diecisiete y a oriente en el cielo se levantaba una pálida medialuna. Bajó del vehículo y caminó por la acera hasta el porche. Dentro, la casa le pareció vacía y silenciosa. Colgó el abrigo en su gancho y fue al baño, luego subió al dormitorio. Encendió la luz y también allí todo le pareció silencioso y desolado. Miró alrededor y por fin se sentó en la cama y se quitó las botas. Se desnudó y se puso el pijama de franela a rayas y se tumbó bajo las pesadas mantas en el gélido dormitorio, incapaz de dormirse, pensando en la mujer del bar y en el viejo y el niño, y empezó a rememorar la época en que su hermano cortejó a una mujer del pueblo y en cómo terminó aquello. La luz de la luna se colaba en el cuarto, era un reflejo plateado en la pared, y al cabo de un rato Raymond se durmió y soñó con Victoria y Katie, que llamaban a la puerta de una casa desconocida de alguna ciudad que él nunca había visto.

Estaba nevando cuando salieron del departamento de Bienestar Social del Condado de Holt, al fondo del edificio de los juzgados, al anochecer. Habían estado en la sala de reuniones una hora, en una clase sobre cómo ejercer de padres, mientras Joy Rae y Richie se entretenían con los aburridos juguetes coloridos y arañados de la sala de espera y leían los libritos de lomos rotos, y durante la hora que habían permanecido dentro había comenzado a nevar. Ahora nevaba con fuerza, la nieve se amontonaba en las alcantarillas por toda la acera y azotaba las oscuras paredes de ladrillo del juzgado.

Cuando salieron, los niños llevaban los abrigos baratos y demasiado grandes que les habían comprado en la tienda de beneficencia y Betty un viejo abrigo de lana roja largo hasta la pantorrilla que se ajustaba por delante con imperdibles grandes. Luther solo llevaba un fino cortavientos negro, pero incluso así tenía calor.

Vaya, vaya, dijo al cruzar la puerta. Cómo nieva.

Hay que darse prisa, dijo Betty. Los niños cogerán frío.

Se alejaron a pie del alto y viejo edificio de ladrillo rojo de los juzgados. Por encima de ellos la nevada tapaba ya la cubierta de tejas. Cruzaron Boston y no vieron marcas de neumáticos en la calzada. La nieve caía espesa bajo la farola de la esquina y ellos siguieron su camino. Los niños arrastraban los pies, dejando estelas alargadas tras de sí, y empezaron a rezagarse.

Betty se volvió a mirarlos. Venga, niños, dijo. Espabilad. No os quedéis atrás.

No puedes hablarles así, dijo Luther. Se supone que debes ser amable.

Soy amable. No quiero que se enfríen. No deberíamos haberlos sacado con este tiempo.

¿Y cómo íbamos a saber que empezaría a nevar metidos en la sala esa?

Bueno, no tendrían que haber salido con este frío. Venga.

Los niños patearon y arrastraron los pies por las aceras. La atmósfera del pueblo parecía impregnarlo todo de tristeza a su alrededor. La nieve amortiguaba cualquier sonido y no había ningún otro peatón. Pasó un único coche, sin causar ningún ruido ni conmoción, a una manzana de distancia, por el cruce, solemne y sigiloso como un barco surcando un silencioso mar espectral. Cruzaron Chicago y luego giraron hacia casa por Detroit.

A llegar a la caravana subieron los escalones nevados y entraron en casa y se descalzaron junto a la puerta y pasaron al interior en calcetines. Richie se había mojado la punta de los pies y tenía encarnados los talones.

Meteos ahora mismo en cama a ver si entráis en calor, dijo Luther. Mañana hay colegio.

¿Ves?, dijo Betty. ¿No me decías que había que hablarles con amabilidad? La maestra esa ha dicho que tienes que preguntarles lo que quieren, no vale ordenar sin más.

Ah, sí, dijo Luther. Joy Rae, cariño, ¿quieres alguna cosa? ¿Te apetece picar algo antes de acostarte?

Quiero chocolate caliente, dijo Joy Rae.

¿Y tú, Richie?

Un refresco.

¿Puede beber refrescos por la noche?

No sé lo que puede tomar, dijo Betty. La maestra no ha dicho nada sobre refrescos. Tienes que preguntarle al niño.

Ya se lo he preguntado. Dice que quiere un refresco.

¿De qué?

¿De qué quieres el refresco, Richie? ¿De fresa? Tenemos cereza negra.

Fresa, dijo Richie.

Betty sirvió las bebidas y se sentó a la mesa de la cocina. Luther sacó un paquete de lasaña del congelador y lo metió en el microondas, y salió humeante y lo colocó en la mesa, y Betty cogió del armario unos platos de papel que habían sobrado de una fiesta de cumpleaños y se pusieron a comer.

Cuando terminaron, Luther y Betty acompañaron a los niños a sus habitaciones y dejaron la puerta de Richie abierta para que viera la luz del pasillo. Después Luther entró en el dormitorio de matrimonio y se desnudó y se acostó en calzoncillos y se desperezó. La cama se hundió y se quejó bajo su peso. Cariño, llamó Luther, ¿no vienes a la cama?

Enseguida, dijo Betty. Pero se había quedado en la salita y estaba en el sofá, viendo nevar en el jardín delantero y en la calle Detroit. Al cabo de un rato cogió el teléfono, se lo puso en el regazo y llamó a una dirección de Phillips. Contestó una mujer.

Querría hablar con Donna, por favor, dijo Betty. Con Donna Jean.

¿De parte de...?, preguntó la mujer.

Soy su madre.

¿Quién?

Su madre. Betty Wallace.

Tú, dijo la mujer. No puedes llamar. ¿Es que no lo sabes?

Quiero hablar con ella. No voy a hacerle nada.

Va en contra de las normas.

No le haré daño. No le haría daño por nada del mundo.

Escúchame bien. ¿Quieres que la ponga al teléfono y sea ella la que te diga que ya no eres su

madre? ¿Quieres que lo haga?

Yo también soy su madre, dijo Betty. No deberías hablarme así. Siempre seré su madre. La he parido, es sangre de mi sangre.

Ah, no, dijo la mujer. No es lo que dice la orden judicial. Ahora su madre soy yo. Y no vuelvas a llamar nunca más. Avisaré a la policía. Bastantes problemas me da la niña para que vengas tú a empeorarlos.

¿Qué tipo de problemas? ¿Le pasa algo a Donna?

No es asunto tuyo. El Señor me guiará. No necesito que me ayudes. La mujer colgó.

Betty también colgó y permaneció inmóvil en el sofá, y entonces rompió a llorar.

Fuera de la caravana continuaba nevando. La nieve caía densa en el jardín y en la calle de delante y no paró hasta medianoche, luego empezó a remitir y hacia la una había parado del todo. El cielo se despejó y salieron las estrellas frías y brillantes.

Entonces Betty se despertó, tumbada en el sofá. En la salita hacía frío y Betty se levantó y fue al dormitorio y se quitó el fino vestido y las bragas y el sujetador. Se puso un ajado camión amarillo y se acostó al lado de Luther en la cama hundida. Tiritando de frío, tiró de las mantas y se arrió a él. Luego se acordó de lo que le había dicho la mujer. De su voz. Quieres que la ponga al teléfono y sea ella la que te diga que ya no eres su madre. Betty siguió acostada al lado de Luther, recordándolo. Pronto rompió a llorar de nuevo. Lloró en silencio un buen rato y por fin se quedó dormida junto a la enorme y cálida espalda desnuda de Luther.

Todo Holt celebraba la Nochebuena. Con servicios a la luz de las velas en las iglesias locales y reuniones familiares en las salas que daban a las calles tranquilas y, en las afueras al este del pueblo, en la nacional US34, Monroe abría el Chute Bar and Grill hasta las dos de la madrugada.

Hoyt Raines estaba sentado en un reservado del fondo con una divorciada de mediana edad llamada Laverne Griffith, una mujer rolliza de pelo caoba a la que sacaba veinte años. Invitaba ella, y estaban sentados junto en el mismo lado de la mesa, con las copas y el cenicero delante, sobre la superficie arañada de madera.

El Chute lucía la decoración típica de esas fechas. Ristras de luces rojas y verdes engalanaban el techo de encima de la barra y del espejo colgaban borlas plateadas. Había media docena de hombres sentados a la barra, bebiendo y charlando, y una vieja dormía sobre los brazos cruzados en una mesa del fondo. Desde la gramola, Elvis Presley cantaba «I'll have a blue Christmas without you». Un cliente anterior había metido suficientes monedas en la máquina para que la canción sonara ocho veces seguidas, pero luego había salido y se había perdido en la noche con su camioneta.

Uno de los hombres de la barra dirigió una mirada asesina a la gramola. Se giró hacia el camarero. ¿No puedes hacer nada?

¿Qué quieres que haga?

Bueno, ¿no puedes apagarla o algo?

Enseguida parará. Es Navidad. Disfruta.

Lo intento. Pero esta mierda me tiene frito.

Ya no queda casi nada. Pasa de la canción. Te pongo otra copa.

¿Me invitas?

Puede ser.

Pues que sea doble.

Es Navidad. No la semana del vuelve a casa.

El hombre lo miró. ¿Y qué coño quieres decirme con eso?

No sé. Me ha salido así. Digamos que significa que te invito a una copa simple.

Sigo esperándola.

¿Sabes qué?, dijo Monroe. Deberías animarte. Estás consiguiendo hacernos sentir mal a todos.

No puedo evitarlo. Soy así.

Por Dios, al menos inténtalo.

En el reservado del fondo Hoyt rodeaba a Laverne Griffith con un brazo. Ella sacó un cigarrillo del paquete de la mesa y se lo llevó a los labios, y él extendió la mano y cogió el mechero y le encendió el pitillo. La mujer exhaló una nube de humo y entornó los ojos y se los frotó, después abrió otra vez los ojos, parpadeando, y clavó una mirada infeliz por encima de la mesa.

¿Te encuentras bien?, preguntó Hoyt.

No, no estoy bien. Estoy triste.

¿Por qué no vamos a tu casa cuando cierren el bar? Te sentirás mejor.

Ella inhaló y espiró un largo y fino hilo de humo lejos de su cara. Ya he rondado muchas veces por ese camino, dijo la mujer. Y sé adónde conduce.

No conmigo, conmigo no.

Ella se volvió a mirarlo. La cara de Hoyt estaba apenas unos centímetros, con la gorra echada hacia atrás, de la que asomaba una espesa mata de pelo. ¿Tan diferente te crees?

No has conocido a nadie igual, dijo Hoyt.

¿Qué te hace diferente?

Ya lo verás. Te haré una pequeña demostración.

No me refiero a eso, dijo ella. Eso lo consigue una mujer siempre que quiera. ¿Y por la mañana cuando nos despertemos?

Te prepararé el desayuno.

Y si no desayuno...

El mío lo querrás.

Ella volvió a dar una calada y a mirar hacia la sala. Faltan dos horas para que cierren, dijo. Se giró hacia él y levantó la cara. En fin, si quieres puedes besarme.

A la medianoche en punto Monroe gritó: Feliz Navidad, hijos de puta. Feliz Navidad a todos. Los hombres de la barra se estrecharon la mano y uno propuso despertar a la vieja dormida de la mesa del fondo y pedirle que adivinara qué día era.

Déjala dormir, respondieron los otros. Está mejor dormida. Tú, le dijo el hombre a Monroe, dame un adorno de esos. Monroe descolgó un espumillón de borlas plateadas del espejo y el hombre se acercó a la mujer y se inclinó y se lo enroscó alrededor de la cabeza y los hombros. ¿Qué tal?, preguntó. La mujer gruñó y suspiró, pero no se despertó.

En el reservado, Hoyt y Laverne celebraron con un largo beso el anuncio de la Navidad. Qué coño, dijo ella al fin. Vámonos. Para estar aquí, nos vamos a mi casa. Se pusieron en pie.

Monroe les gritó: Que tengáis unas felices fiestas. Conducid con cuidado.

Hoyt se despidió del camarero y salieron a la calle. En el aparcamiento hacía mucho frío, sintieron el aire seco y cortante en la cara. Se metieron en el coche de ella y la mujer condujo por las calles gélidas y desiertas hasta su piso en la segunda planta de una casa de la calle Chicago, una manzana al sur de los silos. Rodearon la vivienda por el césped congelado y Hoyt subió detrás de ella los peldaños de madera de la escalera exterior hasta un pequeño porche, cuyo rellano estaba cubierto por un techo de zinc. La mujer sacó la llave del bolso y abrió la puerta. Dentro hacía un calor bochornoso, pero el apartamento estaba limpio y ordenado, prácticamente sin amueblar. La mujer cerró la puerta y Hoyt le dio la vuelta y comenzó a besarla en la cara. Por Dios, se quejó ella, apartándolo, deja al menos que me quite el abrigo. Tengo que ir al lavabo.

¿Dónde está el dormitorio?, preguntó Hoyt.

Ahí detrás.

Ella fue a la cocina y Hoyt cruzó la sala en cuatro zancadas y entró en el dormitorio. Había un edredón rojo sobre la cama y un tocador con espejo pegado a la pared desnuda. El espejo reflejaba el cuarto en un ángulo extraño, abarcando un pequeño armario con una bombilla pelada colgando de un cable. Hoyt encendió la lamparita que había junto a la cama y se desnudó, tiró la ropa al suelo y se metió en la cama y se tapó. Se estiró cómodamente mirando al techo y luego apoyó la nuca en las manos.

Laverne entró en el dormitorio. Bueno, ¿por qué no te pones cómodo?

Te estaba esperando.

No has esperado mucho.

Ven a la cama.

No me mires, pidió ella.

¿Qué?

No me mires. Se giró y se quitó la blusa y los pantalones y los colgó en el pequeño armario y se quedó frente a la puerta de espaldas a Hoyt, luego se quitó el sujetador negro y las sedosas bragas negras. ¿Estás mirando?

No.

Sí que miras.

Estoy haciendo lo que me has dicho.

Ya, seguro. Cierra los ojos.

Él la miró y cerró los ojos y ella se giró hacia la cama. Era muy pálida y flácida, con barriga y grandes pechos caídos y muslos gruesos, y en la penumbra parecía triste. Se acercó a la cama y se metió bajo las mantas. Apagó la lamparita.

Tienes que tratarme con delicadeza, pidió. No me gusta que me hagan daño.

No voy a hacerte daño.

Primero dame un beso.

Él se acodó de costado y le acarició la cara con una mano y la besó, luego volvió a besarla y ella se recostó en silencio y cerró los ojos y, por debajo de las sábanas, él comenzó a mover las manos por encima de los pechos flácidos y el vientre, y ella no le dijo nada sino que pareció conformarse con respirar, y él siguió besándola y al cabo de un rato se colocó encima y empezó a moverse.

Al terminar, Hoyt se dio cuenta de que se había quedado dormida debajo de él. Laverne, la llamó. Cariño. Eh. Miró la cara dormida y se apartó y se recostó bajo las cálidas mantas y al poco también se durmió.

Al día siguiente se levantó tarde y preparó huevos, café y tostadas con mantequilla para desayunar, espolvoreó los huevos con paprika y lo colocó todo en una gran bandeja blanca y lo llevó al dormitorio. Ella se sentó con la manta alrededor de los hombros, el pelo caoba apelmazado y enmarañado, pero parecía más animada por la mañana. ¿Qué tenemos aquí?, preguntó.

Te dije que te prepararía el desayuno, ¿no?

A mediodía se levantaron de la cama y pasaron la tarde y la noche viendo desfiles navideños por televisión y las películas viejas y entrañables que siempre echan en fiestas. Y durante los días y semanas siguientes de pleno invierno la mujer le permitió quedarse en el piso de la segunda planta de la calle Chicago mientras ella iba a trabajar de auxiliar de enfermería en la Residencia Ocaso del condado de County y él conseguía trabajo de vaquero en una nave de engorde al este del pueblo. Hoyt acudía al juzgado a sus citas con el agente de la condicional tal como le había ordenado el juez, y a mediados de febrero Laverne Griffith y él seguían juntos y en todo ese tiempo Hoyt había quedado satisfecho con cómo le iban las cosas en el pisito de la segunda planta.

En la semana entre Navidad y Año Nuevo pasaron largas tardes en el cobertizo del callejón. Allí dentro hacía mucho frío y el sol apenas se colaba por la única ventana. Encendían velas en la mesa y en el estante del fondo, y tenían mantas. Para calentarse se tumbaban juntos sobre la alfombra en el trozo de sol que entraba por la ventana.

Se acostaban bocarriba bajo las mantas y charlaban. Ahora ella hablaba a menudo de su madre. Él rememoró una imagen de la suya, de una vez que llevaba una blusa roja sin mangas en verano y se sentó a la sombra del porche trasero de una casita en Brush, Colorado, y también llevaba pantalones cortos y estiraba los dedos de los pies por la tierra bajo los escalones del porche. Tenía las uñas de los pies pintadas de rojo y la tierra parecía suave como el talco.

A cambio, ella le contó que una vez su padre la cogió en brazos cuando era pequeña y se la cargó a los hombros y se agacharon para entrar por la puerta de la cocina. Su madre estaba preparando bechamel y se volvió y sonrió al verlos. Entonces su padre dijo algo divertido, pero no recordaba el qué. Había hecho reír a su madre, eso sí lo recordaba.

Una tarde estaban tumbados en el suelo del cobertizo cuando ella se giró hacia él y miró su cara débilmente iluminada por el sol. ¿Qué te pasó aquí?

¿Dónde?

Tienes una cicatriz curva.

Me clavé un clavo, dijo él.

Tenía una cicatriz blanca en forma de medialuna al lado del ojo.

Yo también tengo una cicatriz, dijo ella. Apartó la manta y se bajó el cuello de la camisa para que la viera.

Algunas tardes él llevaba galletas saladas y queso de casa del abuelo además del termo de café. También llevaba libros para los dos, aunque él leía más que ella. Hacía ya tiempo que sacaba libros prestados de la Biblioteca Carnegie, situada en el viejo edificio de piedra caliza de la esquina de la calle Ash, cuya bibliotecaria era una mujer flaca e infeliz que cuando no trabajaba cuidaba de su madre inválida y que dirigía la biblioteca como si fuera una iglesia. El niño había

localizado las estanterías de los libros que le gustaban y se los llevaba a casa cada quince días, en verano y en invierno, y ahora se había acostumbrado a llevárselos al cobertizo para leer tumbado en el suelo al lado de ella.

Ella cada vez fantaseaba y soñaba más despierta, sobre todo ahora, en ausencia de su padre y en la nueva desolación que reinaba en el hogar desde que su madre se había vuelto tan triste y solitaria. Podía transcurrir una hora sin que apenas pronunciaran palabra en el cobertizo y, cuando lo veía leyendo, al final terminaba incordiándolo, haciéndole cosquillas en la mejilla con un hilo, soplándole flojito al oído, hasta que dejaba el libro y la empujaba, y entonces comenzaban a empujarse y pelear, y una vez ocurrió que ella acabó encima de él y, mientras tenían la cara tan cerca, de pronto bajó la cabeza y lo besó en la boca, y los dos se pararon y se quedaron mirándose, y ella volvió a besarle. Luego se separó.

¿Por qué lo has hecho?

Me apetecía, dijo ella.

Y una vez la hermana pequeña abrió la puerta del cobertizo una tarde, a finales de la semana de vacaciones navideñas, y los encontró leyendo en el suelo cubiertos por las mantas. ¿Qué hacéis?

Cierra la puerta, dijo Dena.

La niñita entró y cerró la puerta y se quedó mirándolos. ¿Qué hacéis en el suelo?

Nada.

Dejadme sitio.

Tienes que estar callada.

¿Por qué?

Porque lo digo yo. Porque estamos leyendo.

Está bien. Me callaré. Dejad que me meta dentro.

Se metió debajo de las mantas con ellos.

No, ponte aquí, dijo Dena. Este es mi sitio junto a él.

De modo que durante un rato las dos hermanas y el niño permanecieron tumbados en el suelo debajo de las mantas, leyendo libros a la tenue luz de las velas, con el sol poniéndose en el callejón y los tres charlando flojito de vez en cuando, bebiendo café de un termo, y lo que ocurría en las casas de donde provenían, por ese breve espacio de tiempo, pareció carecer de importancia.

Cuando Raymond llegó a la casa la tarde del día de Año Nuevo después de alimentar al ganado en las pasturas invernales, de esparcir paletadas de heno y pelets proteicos por el suelo congelado frente a las greñudas reses congregadas a su alrededor, se quitó las galochas y el mono de trabajo en la puerta de la cocina y entró en la casa a afeitarse y asearse, luego subió al dormitorio y se puso unos pantalones negros y la camisa nueva de lana azul que le había regalado Victoria por Navidad. Cuando bajó a la cocina, Victoria estaba preparando pollo y dumplings en una gran cazuela azulada para la cena y Katie estaba subida a una silla mezclando harina con agua en un cuenco rojo. Las dos se habían atado un paño blanco a la cintura y Victoria se había recogido la espesa melena negra para retirársela de la cara y tenía las mejillas coloradas de cocinar.

Se volvió a mirarlo desde la cocina. Qué elegante, dijo la chica.

Me he puesto la camisa.

Ya lo veo. Te sienta bien. Te queda perfecta.

¿Qué puedo hacer?, preguntó él. ¿Qué falta para preparar la cena?

Podrías poner la mesa.

Así que extendió un mantel blanco sobre la mesa de nogal del comedor, centrada bajo la luz del techo, y sacó la porcelana floreada que su madre había recibido como regalo de bodas hacía muchísimos años y dispuso los platos, los vasos y la cubertería. El sol bajo de la tarde se derramaba por la vajilla desde las ventanas sin cortinas. La luz resplandecía en la cristalería.

Victoria entró en el comedor a comprobar cómo le iba e inspeccionó la mesa con atención. ¿Viene alguien más?, preguntó.

Él la miró fugazmente y se volvió a atisbar por la ventana hacia la cuadra y los corrales de detrás del camino de grava. Supongo que podría decirse que sí, respondió Raymond.

¿Quién es?

Alguien que he conocido.

¿Has conocido a alguien?

Tú también la conoces.

¿Viene una mujer a cenar?

Es una mujer del hospital.

¿Cómo se llama?

Se llama Linda May. Tenía el turno de noche mientras estuve hospitalizado por la pierna.

¿Una morena de mediana edad con el pelo corto?

Esa misma. Sí, diría que es ella.

Victoria miró la vajilla y la cristalería ordenada sobre el mantel blanco. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Raymond permaneció de espaldas a la chica. La verdad es que no lo sé, admitió. Supongo que me daba miedo. No sabía qué te parecería.

Estás en tu casa. Puedes hacer lo que te plazca.

Eso no está bien. No digas eso. Esta casa es tan tuya como mía. Desde hace ya bastante tiempo.

Eso creía.

Es que es así. Se volvió a mirarla. Te lo aseguro.

Pues no entiendo que no me digas que viene alguien más a cenar.

¿No puedes dejarlo en un error de viejo, tesoro? ¿De un viejo que no sabe cómo hacer algo que no ha hecho nunca?

Se plantó enfrente de ella con la camisa azul nueva y una expresión en la cara que la chica nunca había visto ni tan siquiera imaginado. Ella se acercó y apoyó una mano en el brazo de Raymond. Lo siento, se disculpó. Todo irá bien. Está bien. Me alegro de que la hayas invitado.

Gracias, dijo Raymond. Confiaba en que no te molestaras. Sencillamente se me ocurrió invitarla a cenar. No me pareció que tuviera nada de malo.

Y no lo tiene, dijo Victoria. ¿A qué hora le has dicho que venga?

Raymond consultó el reloj. Dentro de una media hora.

¿Le has dado instrucciones para llegar?

Me dijo que ya conocía la casa. Que ha estado preguntando por nosotros en el pueblo.

¿Sí?

Es lo que me ha dicho.

Esa tarde la mujer condujo hasta la cerca alambrada de la casa en un Ford crema descapotable con diez años de antigüedad. Se apeó y recorrió con la vista la casa gris y los parches de nieve sucia y los tres olmos raquíticos y sin hojas del patio lateral, luego cruzó la verja hacia el porche cerrado con mosquiteras. Raymond abrió la puerta antes de que llamara. Pasa, le dijo, pasa.

Parece que he encontrado la casa.

Sí, señora.

Tienes que llamarme Linda. Acuérdate.

Será mejor que entres. Fuera hace frío.

Linda entró en la cocina y miró a la chica con su hija en brazos al otro lado de la estancia.

Te presento a Victoria Roubideaux y la pequeña Katie.

Sí. Las recuerdo del hospital. Qué tal.

Victoria se acercó y se estrecharon la mano. Linda May intentó tocar a Katie pero la niña se apartó, escondió la cara en el hombro de su madre.

Dentro de un rato estará más simpática.

Deja que te guarde el abrigo, se ofreció Raymond.

Lo colgó junto al mono y el chaquetón de faena en el gancho de al lado de la puerta. Linda May llevaba pantalones negros y un suéter rojo y unos aros de plata brillante en las orejas. Qué bien huele, dijo.

La comida ya está, dijo Victoria. ¿Por qué no os vais sentando y sirvo la cena?

¿Te echo una mano?

No hace falta.

Raymond acompañó a su invitada al comedor.

Qué preciosidad de mesa. Es muy bonita.

Era de mi madre. Lleva en el mismo sitio desde que tengo uso de razón.

¿Puedo echar un vistazo?

¿Cómo? ¿Dónde?

Por debajo de la mesa.

Ahí abajo estará lleno de polvo.

Linda May levantó el mantel blanco y examinó la superficie brillante y luego atisbó por debajo el enorme pedestal central. Seguro que es nogal del bueno, dijo. Es una antigüedad.

Bueno, es vieja, dijo Raymond. Más vieja que yo. ¿Quieres sentarte aquí?

Apartó una silla sujetándola hasta que Linda May se sentó.

Gracias, dijo ella.

Raymond fue a la cocina, donde Victoria estaba emplatando la cena. ¿Qué más hay que hacer?, preguntó Raymond.

¿Te llevas a Katie y la vas sentando?

Claro. Ven, cariñín. ¿Lista para cenar? Se agachó a cogerla, luego se echó hacia atrás para contemplar los ojos negros y redondos idénticos a los de su madre y apartarle el reluciente pelo moreno de la cara. La llevó al comedor y la sentó en una trona de madera enfrente de Linda May. La niña la miró por encima de la mesa, luego cogió la servilleta y la estudió con sumo interés.

Victoria entró con una fuente humeante de pollo y dumplings y otra de puré de patatas y regresó a por los rollitos y las judías verdes salteadas con beicon. Raymond esperó de pie en la cabecera de la mesa a que Victoria tomara asiento y luego se sentó enfrente, flanqueado por Linda May y Katie.

¿Quieres bendecir la mesa?, dijo Victoria.

Raymond se sorprendió. ¿Qué?

¿Bendices la mesa, por favor?

Raymond miró a Linda May y luego otra vez a Victoria. Puedo intentarlo. Aunque hace siglos que no lo hago. Agachó la cabeza entrecana. Tenía las mejillas enrojecidas y le brillaba la frente blanca. Señor, dijo. Queremos darte las gracias por la comida de esta mesa. Y por las manos que la han preparado para nosotros. Hizo una pausa larga. Todas lo miraron. Raymond prosiguió. Y por el día espléndido que hace fuera. Volvió a callarse. Amén, añadió. ¿Ya podemos comer, Victoria?

Sí, dijo ella, y le pasó a Linda May el pollo y los dumplings.

Linda May llevó el peso de la conversación mientras Victoria y Raymond la escuchaban y le hacían preguntas. Victoria también se ocupó de la niña. Después de cenar la ayudaron a recoger la mesa y luego se llevó a Katie a la habitación de abajo, que compartían desde que Raymond había vuelto a instalarse arriba, en su viejo dormitorio, y la acostó y se echó con ella y le leyó hasta que la niña se durmió, y después se quedó tumbada en el cuarto a oscuras escuchando por la puerta entornada la conversación de Raymond y la mujer.

Ya habían fregado los platos juntos en la cocina y se habían retirado al salón. A su alrededor el viejo papel pintado de flores, con manchas y oscurecido en un rincón por una lluvia lejana, se veía gris y sombrío. Cuando Linda May había entrado en el salón se había sentado en la butaca de Raymond y este la había mirado y había titubeado, luego había ocupado el sillón que siempre había correspondido a su hermano.

La cena estaba deliciosa, dijo ella.

El mérito es de Victoria. Nosotros no la enseñamos a cocinar.

Sí. Linda May miró por el vano de la puerta hacia el comedor. La luz cenital arrancaba un destello luminoso del mantel blanco. No sé cómo aguantáis aquí, dijo. Es muy solitario, ¿no te parece?

Siempre he vivido aquí, respondió Raymond. No conozco otros lugares. Tenemos un vecino a un par de kilómetros por la carretera si necesitamos cualquier cosa.

¿Granjero como vosotros?

Bueno, yo no diría que somos granjeros.

¿Qué dirías?

Supongo que somos rancheros. Criamos ganado. Unos rancheros muertos de hambre.

Lo dices como si estuvieras al borde de la ruina.

Y la hemos rozado un par de veces. Muy de cerca.

¿El rancho es grande?

¿Te refieres a cuántas tierras tenemos?

Sí.

Bueno, unas tres secciones. En total.

¿Y eso cuánto es? No sé cuánto es una sección.

Una sección equivaldría a unas doscientas sesenta hectáreas. La mayor parte de lo que tenemos son pastos. Dan mucho heno cada verano, pero en realidad no cultivamos nada. En fin, sigo hablando en plural. Pero ahora estoy solo. Todavía no he pensado cómo segar el heno el verano que viene.

¿Cómo te las apañarás?

Ya pensaré en algo. Imagino que contrataré a alguien.

Debe de ser muy duro estar aquí sin tu hermano.

No es lo mismo. No se parece en nada. Harold y yo nos habíamos pasado la vida juntos.

Hay que seguir adelante, ¿verdad?

Él la miró. La gente siempre dice lo mismo. Yo también. Pero no sé lo que significa. Miró por la ventana de detrás de Linda May, donde ya había anochecido. El farol del patio se había encendido y proyectaba sombras alargadas por el jardín.

Ella lo observó. Me sorprendió verte entrar el otro día en la taberna, le dijo.

Ya, no es propio de mí, admitió él. Me sorprendí a mí mismo.

¿Crees que volverás?

Podría ser.

Espero que sí.

Estaba sentada con una pierna doblada bajo su cuerpo en el butacón reclinable de Raymond. El suéter rojo contrastaba con el pelo moreno.

Y quiero volver a agradecerte la invitación a cenar, dijo Linda May.

Bueno, sí. Ya te digo, todo el mérito es de Victoria.

Pero me invitaste tú. Llevo el suficiente tiempo viviendo en la zona para conocer a mucha gente, pero aún no me habían invitado a ninguno de estos ranchos viejos.

Es la casa del abuelo. Del abuelo y de la abuela. Llegaron en el ochenta y tres desde Ohio. ¿Y tú, si puedo preguntar, de dónde vienes?

De Cedar Rapids.

Iowa.

Sí. Me apetecía un cambio.

¿Allí no tienen buenos hospitales?

Ah, sí. Por supuesto. Pero mi vida se vino abajo y decidí cambiar de aires. Decidí empezar de nuevo, probar a vivir en las montañas. Pero digamos que solo pude llegar hasta aquí y entonces sufrí una avería. Aunque tal vez todavía consiga llegar a Denver.

¿Y cuándo crees que sería eso?

No lo sé. Depende. Solo llevo aquí un año.

A veces un año puede ser mucho tiempo, dijo Raymond.

A veces puede ser demasiado, dijo ella.

Cuando Linda May se disponía a marcharse, Victoria salió del cuarto para despedirse. Se quedaron en la cocina y Raymond descolgó el abrigo de Linda May y la ayudó a ponérselo, luego la acompañó por la verja hasta el coche. En el aire frío del exterior todo parecía crepitar y el suelo congelado estaba duro como el hierro.

Gracias otra vez, dijo ella. No te olvides de pasarte un día por el pueblo.

Ve con cuidado por la carretera, dijo él.

Linda May subió al descapotable e hizo girar la llave, y el motor arrancó pero se caló. Cuando volvió a intentarlo el coche se quejó y se apagó. Linda May bajó la ventanilla. No arranca, dijo.

Diría que es la batería. ¿Es vieja?

No lo sé. Es la que llevaba cuando compré el coche al año pasado.

Voy a probar a empujarlo. Espera, voy a por el abrigo.

Raymond regresó a la casa y cogió el abrigo y el sombrero de los ganchos de la cocina. Victoria estaba guardando los platos limpios en los armarios. ¿Qué ocurre?, preguntó.

Tengo que empujar el coche.

Pues abrígate.

Raymond pasó junto al Ford, donde Linda May seguía sentada al volante, y por los surcos de la grava en dirección al garaje y se subió a la camioneta. La dejó calentarse un minuto, luego se colocó detrás del coche de Linda May y bajó a comprobar cómo encajarían los parachoques. Cuando se acercó al lateral del coche y abrió la portezuela, Linda May estaba tiritando y rodeándose el cuerpo con los brazos.

¿Estás bien?, preguntó Raymond.

Hace mucho frío.

¿Quieres entrar en casa?

No. Dale.

¿Sabes lo que hay que hacer?

Soltar el embrague de golpe en cuanto nos pongamos en marcha.

Con la llave de contacto girada. Pero no lo intentes hasta que salgamos a la comarcal, allí podremos ir algo más rápido.

Cerró la portezuela y regresó a la camioneta y avanzó. Los parachoques se tocaron y Raymond empujó lentamente el coche por el sendero hasta el camino y luego hasta la carretera oscura, sus

faros refulgiendo en la parte posterior del vehículo de Linda May. Raymond aceleró, la gravilla salpicó el guardabarros y, con una sacudida, el coche arrancó y las luces delanteras y traseras se encendieron. Linda May aceleró, el polvo bullía debajo de ellos en la carretera reseca, y Raymond la siguió durante un kilómetro para asegurarse de que todo iba bien, luego aminoró y se paró y observó cómo los faros rojos se perdían en la oscuridad.

Victoria estaba sentada a la mesa de la cocina cuando Raymond regresó. Había preparado una cafetera. Raymond se quitó el abrigo y el sombrero y ella se levantó cuando le vio la cara tan roja y oscura.

Pero si te estás congelando, dijo Victoria.

Ahí fuera debe de estar a menos veinte. Se cubrió las orejas con las manos. La noche va a ser fría.

He preparado café.

¿Sí, tesoro? Creía que te habrías acostado.

Quería asegurarme de que volvías sano y salvo.

¿Estabas preocupada?

Solo quería asegurarme. ¿Habéis conseguido arrancar el coche?

Sí. Ya va camino del pueblo. Bueno, supongo que a estas horas estará casi en casa.

Un día frío y luminoso de enero Rose Tyler aparcó sin avisar delante de la caravana y cogió el bolso y la libreta y recorrió el sendero embarrado por la nieve hacia la descolorida vivienda. Tallos muertos de espiguilla y té de Jersey asomaban de la nieve a los lados del sendero como maltrechos pies de minúsculos árboles grises. Habían despejado el porche de tablones, eso sí. Llamó a la puerta metálica y esperó. Volvió a llamar. Miró hacia la calle vacía. No se movía nada. Se giró a llamar de nuevo y esperó un poco más. Había comenzado a descender los escalones cuando la puerta se abrió a su espalda.

Luther apareció en el umbral en pantalón de chándal pero descamisado. ¿Eres tú, Rose?, preguntó.

Sí. ¿Es que no pensabais dejarme entrar?

No te he oído llamar. Se retiró de la puerta para dejarla pasar. Betty todavía no se ha levantado.

Son más de las diez. Creía que estaríais los dos en pie.

Betty ha pasado mala noche.

¿Qué le ocurre?

No lo sé. Tendrás que preguntarle.

He venido esta mañana para hablar con los dos. Para ver qué tal va todo.

Bien, Rose. Supongo que nos va bastante bien.

¿Por qué no vas a ponerte una camisa y a avisar a Betty de que he venido? Será una visita breve.

Bueno, no sé si querrá levantarse.

Por qué no se lo preguntas.

Luther desapareció por el pasillo y Rose inspeccionó la salita y la cocina. Vio platos y cartones de pizza en todas las superficies planas y la bolsa negra de plástico con las latas de refresco vacías apoyada en la nevera. En el televisor del rincón daban un concurso matinal.

Luther regresó por el pasillo en camiseta, con Betty arrastrándose descalza detrás de él, con aspecto cansado y demacrado, envuelta en un albornoz rosa. Se había cepillado el pelo y le caía lacio a ambos lados de la cara. Miró a Rose y miró el televisor. ¿Pasa algo, Rose?, preguntó Betty.

Que yo sepa no. Ya os dije que vendría de vez en cuando. Lo estipula la orden judicial. ¿No te

acuerdas?

No me encuentro bien.

¿Todavía te duele el estómago?

Y la espalda. Esta semana apenas puedo moverme.

Lo siento.

No duermo. Tengo que descansar durante el día.

Sí, pero sabes que puedo pasar a visitarte en cualquier momento, ¿no? Lo hablamos.

Lo sé, dijo Betty. ¿Quieres sentarte?

Gracias.

Rose se sentó en una silla cerca de la puerta y echó un vistazo al televisor. Luther, ¿te importaría apagarlo, por favor?

Luther apagó el televisor y se sentó en el sofá cerca de Betty.

Y bien. ¿Qué tal todo? Me has dicho que bastante bien, Luther.

Todo va bien, confirmó Luther. Vamos tirando.

¿Y cómo están Joy Rae y Richie?

Bien. Richie todavía tiene algún problemilla en el colegio. Como antes.

¿Qué tipo de problema?

No sé. No lo cuenta.

Son los críos esos que no paran de incordiarle, dijo Betty. Nunca lo dejarán en paz.

¿Y por qué?

Él no les hace nada. Richie es buen niño. No sé qué tienen en su contra.

¿Habéis hablado con su maestra?

No serviría de nada.

Al menos podríais intentarlo. A lo mejor ella sabe lo que pasa.

No sé.

¿Y Joy Rae?

Ah, le va muy bien, dijo Luther. Ya lee mejor que yo.

¿Ah, sí?

Y mejor que Betty. ¿A que sí, Betty?

Betty asintió.

Mejor que los dos juntos, dijo Luther.

Me alegro de que le vaya tan bien, dijo Rose. Miró la habitación. Fuera la nieve se derretía sobre el tejado y goteaba por delante de la ventana. En fin, tengo que preguntaros por Hoyt. ¿Ha pasado por aquí?

No, señora, dijo Luther. No lo queremos por aquí. Ya no es bienvenido en esta casa.

Tenéis que asegurarnos de que se mantenga alejado. Lo entendéis, ¿verdad? Aquí no puede

estar.

No queremos saber nada de él. Ni siquiera le hemos visto. ¿A que no, Betty?

Lo vimos un día en el colmado.

Lo vimos un día en la tienda, pero no le dirigimos la palabra. Ni siquiera lo saludamos. Dimos la vuelta por otro lado.

Y no vamos a hablar con él nunca más, aseguró Betty. Me da igual lo que diga.

Sí, dijo Rose. Está bien. Los observó a los dos, pero no logró dilucidar si le decían la verdad. La cara grande y roja de Luther estaba empapada en sudor y Betty simplemente parecía enferma y embotada, con el pelo lánguido enmarcándole el rostro. Rose miró hacia la cocina. Está bien, repitió, me alegro de que Hoyt no se haya presentado por aquí, pero tiene que seguir siendo así. Ahora quiero hablaros de otro tema. Es importante que los niños y vosotros viváis en un entorno limpio y seguro. Ya lo sabéis. De modo que os tenéis que esforzar un poco más. La casa no está todo lo limpia y ordenada que debiera. Podéis hacerlo mejor, ¿no os parece?

Ya te he dicho que he estado enferma, Rose, dijo Betty.

Lo comprendo. Pero Luther puede echarte una mano, ¿verdad, Luther?

Ya ayudo.

Pues ayuda un poco más. Podrías empezar por fregar los platos. Y sacar la basura. Tienes que tirar la bolsa de las latas. O atraerá a los insectos.

¿En invierno?, dijo Luther.

Podría ser.

Si saco la bolsa nos robarán las latas.

Guárdalas en el porche.

No veo cómo va a atraer bichos en invierno.

En cualquier caso, no debería estar en la cocina. No debería estar cerca del sitio donde coméis.

Luther la miró, y luego Betty y él se quedaron mirando por la ventana, con expresión pétrea y obstinada.

Rose los observó. ¿Cómo vais de dinero? ¿Seguís separando el dinero en sobres y pagando las facturas a tiempo?

Ah, sí, señora.

Muy bien, pues. ¿Alguna pregunta?

Luther miró a Betty. Yo no tengo preguntas. ¿Y tú, cariño?

Tampoco, dijo Betty.

Me han contado que vais a las clases para padres.

Luther asintió. La profesora dice que solo nos quedan dos.

Sí. Bueno, parece que vais bien. Me alegro. Así que me ya voy. No tardaré en volver.

Rose guardó la libreta en el bolso y Luther le abrió la puerta, y una vez fuera, en el coche,

cuando miró por el espejo retrovisor, el hombre seguía descalzo de pie en el porche, viéndola alejarse, y Betty fuera de su vista, en algún lugar dentro de la casa.

Con el año nuevo Victoria Roubideaux regresó a Fort Collins con Katie para empezar el segundo semestre de clases y, a la semana de marcharse, Raymond telefoneó a Linda May a media tarde. Cuando contestó, Raymond le dijo: ¿Estarás en casa dentro de una hora más o menos?

Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Quería pasar a hacerte una visita.

Aquí estaré.

La dirección de la guía telefónica dice que es el 832 de la calle Cedar.

Sí. Es correcta.

Raymond colgó y fue a Holt, a la tienda de la cooperativa de la carretera, y pasó de largo frente a las estanterías de herramientas y los cajones de tuercas y tornillos y las bobinas de cable eléctrico y siguió hasta el fondo, donde las palas para la nieve colgaban de ganchos como armas medievales guardadas en algún castillo o arsenal. Rebuscó en los estantes metálicos de las baterías de coche, leyó las breves etiquetas pegadas a los costados y por fin eligió una batería y la llevó a la caja registradora. El dependiente dijo: Esta no te sirve para la camioneta, Raymond.

No es para la camioneta.

El hombre lo miró. Vale. No sabía que tuvieras coche. No quería que te equivocaras de batería y tuvieras que volver para cambiarla. ¿Al contado o a cuenta?

Cárgala a la cuenta del rancho, dijo Raymond.

El hombre tecleó la cantidad en la registradora y esperó, mirando a la nada, y arrancó el recibo cuando apareció y lo extendió sobre el mostrador. Raymond lo firmó y dobló su copia, luego se cargó la batería a la cadera y salió y la depositó en el asiento delantero de la camioneta y subió. En el semáforo donde la carretera cruzaba la calle Main miró a la izquierda, a la gasolinera y al solitario coche aparcado delante, y miró a la derecha, por Main, donde a esa hora del día apenas circulaban coches. Cuando el semáforo cambió condujo tres manzanas y luego giró al norte por Cedar. La casita blanca de madera estaba a mitad de la manzana, y junto a la acera el Ford descapotable, cubierto por la nieve que había apartado la quitanieves. Había más nieve amontonada a lo largo de la acera que se había derretido y vuelto a helar durante la noche, con hierbas secas y marrones asomando por los bordes. Se dirigió a la puerta y llamó. Ella salió al momento, con una sudadera de un azul muy vivo y pantalones de chándal y el oscuro pelo corto repeinado. Estaba mirándote por la ventana, dijo ella. Por teléfono sonabas muy misterioso.

Te he traído una cosa. ¿Me prestas las llaves del coche?

¿Qué vas a hacer?

Te he traído algo para el coche.

Bueno, pues pasa. Las llaves están dentro. Pero sigo sin saber qué tramas.

Raymond esperó en el vestíbulo mientras ella iba al dormitorio a por el bolso. Atisbó por el vano. Encima del sofá del salón había una litografía enmarcada de un brumoso jardín de lavanda con un puente de piedra y un estanque de nenúfares envuelto por la neblina. Se veía verde y frondoso, a diferencia de cualquier lugar del condado de Holt. Linda May regresó y le entregó las llaves. No arrancará, advirtió, si es lo que piensas probar. Ayer me harté de intentarlo.

Él se guardó las llaves en el bolsillo y salió hasta donde estaba el coche y metió el brazo dentro para soltar el capó. Luego sacó un destornillador y una llave inglesa de la caja de herramientas de la camioneta y cargó la batería nueva hasta el Ford, apoyándola sobre el guardabarros mientras levantaba el capó. Extrajo la batería vieja y puso la nueva. Después de limpiar las pinzas de la batería con la navaja, conectó los cables a la base y los apretó.

Linda May salió y se colocó a su lado en la calle, con abrigo y bufanda. Él no la había visto acercarse y la miró desde debajo del capó.

¿Qué haces?, dijo Linda May.

Sube, le dijo Raymond. Prueba ahora. Le tendió las llaves.

Ella las cogió. ¿Has cambiado la batería?

A ver si esta funciona.

Linda May subió al coche y Raymond se quedó de pie fuera, junto a la portezuela abierta. El motor chirrió y se sacudió y trató de arrancar. Ella miró a Raymond y este asintió. Cuando volvió a intentarlo el motor gruñó y petardeó y pistoneó y por fin arrancó, por la parte de atrás del coche salió una humareda negra.

Pisa un poco el acelerador, dijo Raymond. Necesita algo de tiempo.

Gracias, dijo ella. Muchísimas gracias. Qué detalle tan bonito. ¿Cuánto te debo?

No me debes nada.

Claro que sí.

No. Bueno, ¿tal vez una taza de café? Será una de esas ofertas de después de Navidad. Pensé que un día de estos te apetecería darte una vuelta por el pueblo. Llevaré la batería vieja a la cooperativa para que se deshagan de ella.

Cerró el capó y dejó la batería gastada en la caja de la camioneta mientras ella lo observaba de pie en la calle.

¿Entras?, le dijo ella. Aquí fuera hace frío.

Si no es molestia.

Por Dios. Claro que no.

Entraron y él la siguió a la cocina, donde el sol vespertino entraba a raudales por la ventana trasera. Raymond se quitó el sombrero y lo dejó en la encimera, luego apartó una silla de la mesa y se sentó. Tenía el pelo entrecano aplastado por los lados debido a la presión del sombrero. Linda May se acercó a los fogones y puso agua a calentar. ¿Té está bien?, preguntó. Solo tengo café instantáneo.

Lo que tengas.

Bajó varias cosas del armario. Potes rojos y cajitas cuadradas decoradas con estampas y latas redondas de té en hojas. ¿Qué prefieres?

Ah. Pues algo normalito.

Tengo té verde y té negro y hierbas varias.

Me da lo mismo. Elige tú.

Pero no sé lo que quieres. Decide.

Una de esas. No acostumbro a beber té.

Puedo preparar café instantáneo.

No, señora, té está bien.

No empieces otra vez con lo de señora.

La tetera comenzó a silbar y Linda May vertió el agua hirviendo en una taza marrón grande y metió una bolsita de té negro. Raymond la observaba trajinar en la encimera, de espaldas a él. Linda May se preparó una taza de té verde y puso cucharillas en las dos tazas y las llevó a la mesa. ¿Tomas azúcar?

Diría que no.

Siempre tan impreciso. Se sentó enfrente de Raymond.

No. No me considero impreciso.

¿Crees que es algo malo?

Raymond paseó la mirada alrededor y la fijó en la ventana de encima del fregadero. Nunca había estado en la cocina de una mujer. Solo en la de mi madre.

¿No?

No que yo recuerde. Y creo que me acordaría.

Bueno. Pues tienes que relajarte. No pasa nada. Me has hecho un favor enorme. Es lo menos que podía ofrecerte.

Raymond removió el té con la cucharilla aunque no le había echado nada, luego dejó la cucharilla en la mesa y dio un sorbo a la taza. La bolsita subió y le quemó la boca, de modo que la sacó con la cucharilla y volvió a dejarla junto a la taza. Dio otro sorbo y miró el líquido y dejó la taza en la mesa.

Ella lo observaba. No te gusta, dijo Linda May.

No, señora. Solo estoy dejando que se enfríe un poco. Miró las fotografías de las paredes, en

una había una niña de pie junto a un roble. ¿Quién es la de la foto?

¿Esa foto de ahí?

Sí.

Bueno, es mi hija. Rebecca.

Oh. No lo sabía. No me habías dicho que tuvieras una hija.

Sí. Esa es mi foto favorita de ella. Se la tomamos cuando era mucho más pequeña. Ya no nos hablamos mucho. No le gusto.

Que no le gustas. ¿Qué quieres decir?

Bueno, fue por algo que pasó en Cedar Rapids. Después de que su padre se marchara.

¿Os peleasteis?

¿Rebecca y yo?

Sí, señora.

Más o menos. En fin, Rebecca se fue de casa y no regresó. Fue hace dos años. Últimamente no pienso mucho en ello. Soltó una risa triste. Al menos no tanto como antes.

¿Y por eso te mudaste aquí?

Por eso y por otras razones. ¿Seguro que no prefieres que te prepare un café instantáneo? No te estás bebiendo el té.

No. Pero gracias de todos modos. Esto está bien. Bebió un poco y depositó la taza y se limpió los labios. Miró por la ventana y luego a Linda May. Creo que Victoria y yo no nos hemos peleado nunca. No se me ocurre a santo de qué íbamos a pelearnos.

Es una chica encantadora.

Sí. Lo es.

Pero acabáis de empezar, ¿no?

¿Qué quieres decir?

Bueno, que lleva poco tiempo contigo, ¿no?

Se vino con nosotros hace un par de años. Dos años y medio ya. Al principio fue difícil, pero ha salido bien. Al menos a mí me lo parece. No puedo hablar por ella.

Tiene mucha suerte de contar contigo.

En tal caso, dijo Raymond, lo mismo vale por los dos.

Ella le sonrió, luego se levantó y llevó las tazas de té al fregadero y tiró las bolsitas a la basura.

Te estoy entreteniéndote, dijo Raymond.

Te invitaría a cenar. Pero tengo que arreglarme para ir a trabajar.

Esta noche trabajas.

Sí.

De todos modos tengo que irme a casa.

Raymond se levantó y se acercó a la encimera y recogió el sombrero y miró en su interior,

luego la miró a ella y echó a andar hacia la puerta principal. Ella le siguió. Al pasar, Raymond echó otro vistazo a las habitaciones. En el vestíbulo se caló el sombrero. ¿Quieres que apague al motor ya que salgo?

Sí, por favor. Lo había olvidado.

Dejaré las llaves en el asiento.

Gracias otra vez. Muchas gracias.

Sí, señora. No hay de qué.

Raymond apagó el motor y dejó las llaves en el asiento, luego se subió a la camioneta y rodeó la manzana hacia la calle Date y después giró al sur hacia la carretera. Estaba oscureciendo, era el atardecer temprano de un corto día invernal, el cielo se apagaba, caía la noche. Las farolas se habían encendido con un parpadeo en las esquinas de las calles. Cuando llegó a la carretera se paró un momento en un stop. No le seguía nadie. Estaba intentando decidirse. Sabía lo que le esperaba en casa.

Giró a la derecha y se dirigió al Shattuck's Café en el límite occidental de Holt y entró y se sentó solo a una pequeña mesa junto a la ventana, a observar los grandes camiones de cereales y los coches que circulaban por la US34 con las luces encendidas en la oscuridad vespertina y la estela del tubo de escape en el aire frío.

Cuando la camarera adolescente le preguntó qué quería, respondió que un sándwich de rosbif caliente con puré de patatas y una taza de café solo.

¿No quiere nada más?

Nada que pueda conseguir aquí.

¿Perdón?

Nada. Pensaba en voz alta. Tráeme una porción de tarta de manzana. Y un poco de helado para acompañar, de vainilla si tienes.

San Valentín cayó en sábado y Hoyt trabajó de seis de la mañana a seis de la tarde en la nave de engorde al este del pueblo, cabalgando por los corrales entre el frío y la tierra arremolinada y cuidando al ganado en el lazareto junto al establo, donde un buey careto con llagas sangrantes le pateó una rodilla y luego se le cagó en los pantalones cuando intentaba empujarlo por la manga. Al terminar la jornada Elton Chatfield lo acercó al pueblo en su vieja camioneta.

Decidieron parar a tomarse una cerveza en el Triple M de la carretera para enjuagarse el polvo de la garganta, y una hora más tarde los invitaron a sentarse a una partida de pitch en la mesa de naipes de la trastienda. Durante las dos horas siguientes los cuatro viejos de la timba consiguieron sacarle veinticinco dólares a Hoyt y casi cincuenta a Elton y después los invitaron a un chupito de whisky con su propio dinero.

Entretanto Laverne Griffith esperaba a Hoyt desde las cinco y media, y para cuando este apareció en casa había pasado por diferentes estados emocionales. Se había sentido triste y alicaída, y durante un rato preocupada por si le había pasado algo a Hoyt, pero la mayor parte del tiempo sencillamente se había compadecido a sí misma, de modo que a las nueve echaba chispas. Estaba sentada en la cocina, bebiendo ginebra con la luz apagada, cuando le oyó subir las escaleras de fuera y abrir la puerta de casa.

¿Estás lista, Laverne?, preguntó Hoyt.

Hijo de puta, ¿dónde te habías metido?

¿Dónde estás? ¿Cómo es que no has encendido la luz?

Estoy en la cocina. Para lo que te importa...

Hoyt se dirigió a oscuras a la cocina y buscó a tientas el interruptor de la luz, luego la miró. Estaba sentada a la mesa, vestida para salir con una blusa negra y vaqueros blancos y se había puesto colorete y se había espesado las pestañas con rímel. Delante tenía un vaso de ginebra.

Joder, chica, dijo Hoyt, estás tremenda. Se inclinó y la besó en la mejilla.

Pues tú no, dijo ella. Y apestas a mierda de vaca.

Un animal se me ha aliviado encima esta mañana mientras intentaba encerrarlo. Me doy una ducha y enseguida estoy listo.

No te molestes. Le miró y se giró. No voy a salir.

¿Qué quiere decir que no vas a salir?

No me has traído ni unos tristes bombones, ¿verdad?

¿Bombones?

Es San Valentín, hijo de puta. Ni siquiera te has acordado. No te importo nada. Solo soy un lugar donde vivir y alguien a quien follarse cuando te viene en gana. Para ti no soy nada más.

Mierda. Te has enfadado. Mañana te compro bombones. Te compraré cinco cajas si hace falta.

Se inclinó y volvió a besarla y la rodeó con el brazo y coló la mano por la pechera holgada de la blusa. Ella le pegó en la mano.

Quieto, dijo Laverne Griffith.

¿Qué pasa?

¿A ti qué te parece que pasa?

Joder, enseguida estoy listo. En cuanto me duche.

No pienso ir a ninguna parte contigo. Te lo acabo de decir. Así que ya puedes largarte.

Cielo, tú no eres así. No pareces mi chica.

Ella cogió el vaso y pegó un buen trago. Él la miró.

Tienes que dejar de beber. Es eso. Todavía no hemos salido de casa y ya estás borracha.

Hoyt le quitó el vaso y cruzó la cocina y vació la ginebra en el fregadero. Laverne se levantó de la silla. Se acercó a Hoyt dando tumbos y le soltó un bofetón.

No vuelvas a decirme lo que puedo hacer en mi puta casa. Tenía los ojos desorbitados. Alzó una mano y volvió a abofetearlo.

Putaloca, dijo Hoyt.

La pegó en la cara con la mano abierta y ella giró y cayó de culo en el suelo.

Voy a ducharme, dijo Hoyt. Y tú tranquilízate. Esta noche salimos.

Cuando Hoyt se metió en el cuarto de baño, Laverne se levantó y agarró el cucharón metálico con el que había estado removiendo el chili y se abalanzó contra él. Hoyt estaba sentado en el retrete, sacándose las botas, y ella comenzó a atizarle en la cabeza y los hombros con el pesado cucharón, salpicándole de salsa la cara, la camisa y la chaqueta.

Joder ya, gritó Hoyt. Para ya, zorra.

Se levantó y la sujetó por los hombros y la hizo girar en el pequeño lavabo, ninguno de los dos pronunció palabra pero ambos jadeaban con furia, y Hoyt le agarró la mano y se la retorció hasta que soltó el cucharón. El cucharón cayó al suelo con un ruido metálico. Luego Hoyt la soltó, pero inmediatamente ella se puso a arañarle la cara y él la apartó de un empujón y Laverne cayó de espaldas contra la cortina de la bañera, tratando de aferrarse desesperadamente a lo que fuera, y arrancó la cortina de la barra y se desplomó dentro de la bañera.

Mira lo que has hecho, dijo Hoyt. ¿Ya estás satisfecha?

Ayúdame a salir, gimoteó ella. Tenía los ojos llorosos. Estaba medio enredada en la cortina.

¿Vas a parar?

Sácame de aquí.

Si me prometes que vas a parar.

Pararé. ¿Vale? Pararé. Hijo de puta.

Será mejor que te comportes.

Hoyt apartó la cortina y levantó a Laverne y se retiró a la espera, pero ella se limitó a mirarlo. Se le había corrido el maquillaje y el rímel de los ojos. Sin mediar palabra, salió corriendo del lavabo y cruzó el piso hacia el armario del dormitorio, donde agarró un puñado de camisas de Hoyt, perchas incluidas, y luego regresó a toda prisa a la sala. Hoyt estaba de pie en la puerta de la cocina y, cuando vio lo que estaba haciendo Laverne, fue hacia ella para impedirse, pero la mujer ya había abierto la puerta y había arrojado las camisas por las escaleras en plena noche, camisas de franela para trabajar y camisas buenas de vaquero por igual, todas planeando y surcando el aire hasta el suelo como en un sueño o una fantasía.

Ya está, gritó ella. Hecho. Y ahora largo. Vete, cabrón de mierda. Hemos terminado.

Entonces Hoyt le dio un puñetazo en la cara.

Ella cayó de espaldas contra la puerta y él terminó de abrirla y bajó las escaleras a saltos para recuperar sus camisas, agachándose y cabeceando por el patio mientras las recogía.

Laverne se incorporó y cerró de un portazo, y se quedó vigilando por el estrecho ventanuco, resollando. Se secó la nariz con el puño de la blusa, que le dejó un manchurrón en la mejilla. Ahora su suave rostro femenino parecía una máscara de Halloween. La mata de pelo caoba estaba totalmente despeinada.

Hoyt subió las escaleras dando fuertes pisotones con las camisas bajo el brazo e intentó girar el pomo de la puerta. Zorra, dijo. Déjame entrar.

Jamás.

Putá zorra. Que abras, joder.

Primero llamaré a la policía.

Él aporreó la puerta, luego retrocedió y cargó con el hombro, mirando a Laverne a través del ventanuco.

Lo lamentarás, amenazó Hoyt.

Ya lo hago. Siento haberte conocido.

Hoyt le escupió en la cara y la saliva resbaló lentamente por el cristal. Se irguió y se quedó un momento mirando, luego bajó las escaleras. Miró alrededor, pero todas las casas de la calle estaban a oscuras y en silencio. Se encaminó al centro del pueblo y, en la calle Albany, escondió las camisas en unos matorrales enfrente del juzgado, y luego se fue a la taberna de la calle Third con Main. Todavía iba vestido de faena, con la camisa de franela, la chaqueta vaquera salpicada de salsa y los pantalones manchados de estiércol. Entró y fue directo a la barra.

A medianoche se tambaleaba borracho sobre un taburete junto a un viejo lugareño llamado Billy Coates, que tenía una larga melena canosa y vivía en una casucha alquitranada al norte de las vías del tren. Hoyt llevaba una hora contándole su tragedia cuando Coates por fin le dijo: Está el sofá de mi casa, si lo quieres. Si no tienes donde ir.

No tengo donde ir, musitó Hoyt.

Tengo un perro, pero puedes echarlo. No te molestará.

Cuando la taberna cerró, fueron caminando a la calle Albany a recoger las camisas de Hoyt. Estaban tiasas del frío y Hoyt las cogió y las cargó como tablones debajo del brazo, luego siguió a Billy Coates por las vías del tren hasta su casa y se durmió en el sofá de la salita nada más acostarse. El viejo chucho gañó un rato pero enseguida se acurrucó en el suelo junto a la vieja estufa a carbón y todos –hombre y hombre y perro– durmieron profundamente hasta el mediodía del domingo.

Cuando empezaron a nacer los terneros en febrero, Raymond se levantaba dos y tres veces en el frío de la noche para controlar a las vacas en las que había detectado dilatación o hinchazón de las ubres, después de haberlas trasladado unos días antes a los corrales y al cobertizo junto al establo. Una vez allí comprobaba si asomaban el morro y las pezuñas delanteras y todo comenzaba normal, o si no era así agarraba a la vaca de parto y estiraba del ternero con la cadena, lo extraía y luego cosía a la madre y la trataba con antibióticos. Así, durante semanas de días y noches indistinguibles, se sintió exhausto, presa de un agotamiento inconcebible. Todavía tenía que atender los quehaceres cotidianos y seguir alimentando a los animales como siempre, tareas que por sí solas ya habrían resultado excesivas para un hombre solo, pero ahora se ocupaba de todo él solo, puesto que su hermano había muerto el otoño anterior. Pese a todo siguió adelante. Siguió como en un estado de completo aturdimiento. De pronto se dormía en la mesa de la cocina, a mediodía y por la noche y a veces, aunque acabara de levantarse, también por las mañanas, cuando se sentaba ante una comida apresurada, frugal y solitaria. Después se despertaba al cabo de una hora con tortícolis y las manos entumecidas y la lengua seca como el papel de respirar demasiado rato con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás contra el respaldo de la silla, y la comida delante en el plato ya fría y el café de la taza ya ni siquiera algo tibio. Entonces se enderezaba y se despabilaba y miraba alrededor, examinaba la luz o la falta de ella en la ventana de la cocina y se levantaba de la vieja mesa de pino y volvía a ponerse el mono de lona y las galochas y se calaba el gorro de lana y salía una vez más al frío invernal. Y luego cruzaba el sendero hacia los corrales y el cobertizo de los terneros para comenzar de nuevo. Esta rutina, día y noche, se prolongó algo más de un mes.

De modo que en realidad hasta comienzos de marzo no descansó lo suficiente para plantearse siquiera permitirse una noche de asueto en la que volver al pueblo, a la taberna de la calle Main.

Salió una noche fresca, ataviado de nuevo con su ropa de ir al pueblo y el sombrero Bailey. Se había afeitado y acicalado y perfumado con la colonia que Victoria le había regalado por Navidad. Era sábado por la noche, no había una sola nube en el cielo, las estrellas se veían limpias y brillantes como si no estuvieran más lejos que el siguiente poste de la alambrada clavado en el caballón de la cuneta que corría paralela a la estrecha carretera asfaltada, todo a su

alrededor totalmente expuesto y nítido. Le encantó aquella estampa, salvo que él jamás lo habría expresado así. Tal vez habría dicho que sencillamente las cosas eran como tenían que ser al aire libre en las altas llanuras a finales de invierno, una noche fresca y despejada.

En Holt aparcó en la acera frente a la redacción del *Holt Mercury*, cerrada y a oscuras por la noche, y caminó la manzana de comercios sin iluminar hasta la esquina. El interior de la taberna estaba igual que la vez anterior. El mismo ruido y la misma música country melancólica, los hombres jugando a billar al fondo y el ambiente tan cargado de humo como en diciembre: todo igual, salvo quizá un poco más de todo ello ahora, un poco más alegre, ya que era sábado por la noche.

Se quedó junto a la puerta y no vio a nadie con quien sentarse, así que se dirigió a la barra como la otra vez y pidió una cerveza de barril y pagó y luego se giró a inspeccionar la sala. Bebió y se limpió la boca con el dorso de la mano. Y entonces vio que ella también volvía a estar, sentada sola en un reservado, mirando a un lado. Le había crecido un poco el pelo negro y corto, pero era Linda May.

Raymond cogió el vaso de cerveza y pasó de largo las mesas en dirección al reservado, deteniéndose una vez para ceder el paso, y entonces ella lo vio acercarse y se quedó mirándolo sin moverse, sin que su expresión transmitiera nada. Él se plantó junto al reservado y se descubrió y sostuvo el sombrero a un costado.

Raymond, dijo ella. ¿Eres tú? Habló demasiado alto. Llevaba una blusa roja desabrochada en un escote pronunciado y por encima del cuello de la blusa lucía una cadena de plata, y también se había puesto los pendientes plateados en forma de aro. Le brillaban demasiado los ojos.

Sí, señor. El mismo.

¿Qué estás haciendo aquí?

Nada. He salido una noche. Pensé probar. Como la otra vez.

Ella dio la impresión de estudiarlo. ¿Hace mucho que has llegado?

No. No mucho.

¿Cómo te va?

Bien, diría. Supongo que bastante bien. Muy ocupado. Le miró el pelo negro y los ojos brillantes. ¿Y tú qué tal?

Ella empezó a decir algo pero se volvió a mirar al fondo, y luego se giró otra vez y cogió la copa y bebió.

¿Te encuentras bien?, preguntó Raymond.

¿Qué?

Que si estás bien. Pareces algo alterada.

Estoy bien.

¿Cómo va el coche?

Ella lo miró. El coche.

Sí, señora. La otra vez no arrancaba.

Ah, eso. No, va bien. Gracias por comprarme la batería. Ahora arranca siempre a la primera. Hizo un leve gesto con la copa. ¿Por qué no te sientas?

Si no es molestia.

No. Por favor, siéntate.

Él se sentó frente a ella y dejó la cerveza en la mesa y apoyó el sombrero en el asiento a su lado.

¿Qué tal la chica y su hija?, preguntó ella.

¿Victoria? Creo que les va bastante bien a las dos. Han vuelto a Fort Collins.

Ella volvió a mirar alrededor, atisbando al fondo de la sala, y esta vez le cambió la expresión. Raymond siguió su mirada y vio a un pelirrojo alto con una tripa considerable que se acercaba al reservado. El pelirrojo se paró y se demoró un instante, luego se sentó al lado de Linda May y le pasó un brazo por los hombros. Parece que has conseguido compañía mientras no estaba, dijo el hombre.

Es un amigo, dijo ella. Raymond McPheron. Cuidé de él en el hospital.

Confío en que lo cuidarás bien.

Lo hice.

¿Qué tal, amigo?

Raymond lo miró desde el otro lado de la mesa. Creo que no le conozco, contestó.

¿Cómo? ¿Que no me conoces? Creía que por aquí me conocían todos. Llevo el concesionario Ford.

Yo conduzco una Dodge, replicó Raymond.

Eso lo explica, dijo el hombre. Cecil Walton, se presentó. Tendió la mano por encima de la mesa y Raymond la miró y luego la estrechó, brevemente.

¿Puedo invitarte a algo...? ¿Cómo has dicho que te llamas?

Se llama Raymond, dijo Linda May. Te lo acabo de decir.

Sí, es verdad. Pero se me ha olvidado. ¿Te parece mal?

No era un reproche.

Pues mejor. En fin, Ray, ¿puedo invitarte a algo?

Estoy servido, dijo Raymond.

¿No quieres otra? A mí me vendría bien otra copa. Y sé que a esta damisela también, ¿verdad? La miró.

Sí, dijo ella.

El hombre miró al otro extremo de la sala y comenzó a agitar la mano. Siguió mirando y agitando la mano y una vez silbó entre dientes. Linda May estaba sentada pegada a él, apoyada

en el hombro de su camisa de pana verde. Ya está. Ya me ha visto, dijo el hombre. Ahora viene.

La joven camarera rubia se acercó con una bandeja llena de copas vacías. Parecía cansada. ¿Listo para otra ronda, Cecil?, preguntó.

¿Es católico el Papa?

No lo sé. Estoy demasiado cansada. ¿Qué va a ser?

Lo mismo para mí y para ella. Y aquí, al amigo, lo que le apetezca.

No me apetece nada, gracias, dijo Raymond.

Tómame algo, Ray.

No me apetece.

¿Seguro?

Sí.

La rubia se marchó y regresó por la sala atestada hacia la barra. El hombre de enfrente de Raymond la observó alejarse con sus vaqueros ajustados, luego se inclinó y besó a Linda May en la mejilla. Enseguida vuelvo, dijo. Quiero hablar con ese tipo de ahí. Vino el otro día a mirar coches nuevos y por mi padre que le vendo uno. Así puedes ponerte al día con tu amigo.

Se levantó y se dirigió a una mesa cercana donde había un gordo con dos mujeres y apartó una silla y se sentó. Dijo algo y se rieron. Linda May lo observaba con atención.

¿Seguro que estás bien?, dijo Raymond.

Ella se volvió. Sí. ¿Por qué?

Por nada, supongo. Creo que me voy a casa.

Acabas de llegar.

Sí, señora, ya lo sé.

¿Ocurre algo?

Nada malo. Este es el mejor de los mundos posibles, ¿no?

No lo entiendo. ¿Para qué has venido? ¿Qué creías que iba a pasar?

Creo que no lo tenía muy claro. Se me ha ocurrido pasar a tomarme una copa y ver si estabas.

Pero ¿dónde te habías metido? Han pasado casi dos meses.

He estado ocupado.

Dios mío, ¿creías que estaba esperándote? ¿Ha sido eso? ¿Es que no sabes nada?

No, señora. Diría que no. Se levantó. En cualquier caso, cuídate.

¿Raymond?

Ha sido un placer verte, dijo él.

Cogió la copa y el sombrero y se alejó. Se acabó la cerveza y dejó el vaso en la repisa cerca de la puerta y se caló el sombrero con fuerza como si esperase un vendaval y salió a la calle. No había estado en la taberna más de quince minutos.

Caminó por la ancha acera pasando ante los escaparates a oscuras y subió a la camioneta y

condujo hacia el sur para salir del pueblo. En la carretera no había coches ni ningún otro vehículo. En casa aparcó en el garaje y cruzó el sendero de grava.

Cuando llegó a la verja se detuvo y se quedó contemplando la cuadra de los caballos y los establos de las vacas. Luego levantó la cabeza y miró a las estrellas. Habló en voz alta. Tonto viejo hijo de puta, dijo. Tonto viejo ignorante estúpido hijo de puta.

Luego dio media vuelta y cruzó la verja en dirección a la oscura casa silenciosa y abrió la puerta y la cerró tras de sí.

CUARTA PARTE

Ahora tenía dieciséis años y Betty y Luther no la habían visto en los doce que habían transcurrido desde que se la habían llevado por orden judicial y la habían puesto a cargo de una sucesión de hogares de acogida en Phillips. Rubia, alta, de cuerpo apetitoso y cimbreante y ojos azules como su madre, tenía la nariz recta y el rostro cuadrado de su padre. Su padre no era Luther. No conocía a su padre y tampoco quería conocerlo. Vivía en la Prisión Estatal de Idaho, cumpliendo una condena de diez años por asalto y atraco a mano armada. Betty lo había conocido un remoto verano cuando solo tenía veintidós años y un cuerpo todavía apetitoso y cimbreante, y él había desaparecido al mes de estar juntos. Nadie del condado de Holt había vuelto a verlo ni a saber de él desde entonces. Betty le había puesto a su hija su apellido de soltera, Lawson, y los nombres de su querida y difunta madre, Donna Jean.

La chica se presentó una noche hacia finales de marzo en la caravana de Luther y Betty tres horas después de que se hubieran acostado. Esperó en la puerta pasando frío hasta que Luther salió en sus calzoncillos desastrados. ¿Qué quieres?, preguntó Luther.

Soy Donna.

¿Quién?

Donna. ¿Ni siquiera me conoces?

Se quedó mirando a Luther, envuelta solo en un fino chubasquero negro para protegerse del frío, sin bufanda ni guantes. Olía a humo de cigarrillos y vino barato.

Donna, dijo Luther.

Sí.

¿Cómo sé que eres tú?

Joder, claro que soy yo. ¿Quién iba a ser si no? Déjame entrar. Aquí me estoy helando. ¿Mamá no está en casa?

Sí. Intentando dormir.

Despiértala. No voy a hacer nada. Me han echado. Necesito un sitio para quedarme esta noche.

Supongo que puedes pasar.

Se apartó y la dejó pasar y la chica alta y rubia entró en la salita y miró alrededor. Luther fue al dormitorio a despertar a Betty.

¿Qué ocurre?, preguntó ella.

Será mejor que te levantes y vengas.

¿Para qué?

Tú ven a ver.

Betty se levantó de la cama y se puso la bata y se encaminó soñolienta a la salita. No me digas, dijo, mirando a la chica. ¿Eres tú?

Soy yo, dijo la chica.

Ay, Señor. Mi niñita. Betty cruzó corriendo la habitación y se lanzó con los brazos abiertos hacia su hija y la abrazó del cuello. La chica permaneció rígida. Betty comenzó a lloriquear, acariciándole la cabeza. Ay, Dios mío. Dios mío. Se echó hacia atrás para verla mejor. Hacía muchísimo que no te veía. Y mírate. Qué mayor. No he perdido nunca la esperanza. Rezo todos los días. ¿A que sí, Luther?

Sí, señora, dijo Luther. A veces incluso más de una vez.

¿Qué ha pasado?, preguntó Betty. He intentado telefonarte, pero la última mujer con la que estabas ni siquiera me dejaba hablar contigo.

Me han echado, dijo la chica. Se zafó de los brazos de Betty.

La han echado, dijo Luther. Por eso ha venido. En busca de su madre.

Necesito un sitio para quedarme, dijo la chica. Por eso he venido.

Todavía no me has contado lo que ha pasado, cielo.

Es la mujer esa, dijo la chica. Es una puta. Tal cual. No me dejaba hacer nada. Tenía que acompañarlos a la iglesia todo el tiempo y encima intentó impedirme ver a Raydell.

¿Quién es Raydell?

Un chico que conozco.

¿Qué tiene de malo?

No tiene nada de malo. Lo que pasa es que ella tiene prejuicios. Raydell es medio negro, medio blanco. Y a ella no le gusta la mitad negra.

¿Y dónde está Raydell? ¿Ha venido contigo?

¿Aquí? ¿Qué pintaba aquí? Está en Phillips. Vive allí.

¿Y entonces cómo has venido, cariño?

Me ha traído un camionero. He estado esperando en la carretera a que alguien me trajera, muerta de frío.

No deberías estar por ahí a estas horas. Podría pasarte cualquier cosa.

¿Qué iba a pasarme?

Algo.

Ah, no ha intentado nada. No se lo habría consentido.

De todos modos es peligroso estar por ahí a estas horas con el frío que hace.

¿Qué iba a hacer si no? Pensé que me dejaríais quedarme una temporada.

Ay, cariño, claro que puedes quedarte. Me alegro mucho de verte. ¿Tienes hambre? ¿Te

preparo algo de comer?

Me fumaría un cigarrillo.

¿Fumas?

Claro.

Betty miró alrededor. Normalmente no dejamos fumar en casa, dijo. Por Joy Rae y Richie.

¿Quiénes?

Ni siquiera los conoces, ¿verdad? Son tus hermanastros.

No sabía cómo se llamaban.

Bueno, pues son ellos. Tienes una familia de la que no sabías nada.

Es verdad, dijo Luther. Aquí tienes mucha familia. Sonrió. Vosotras os vais a quedar despiertas charlando. Yo me vuelvo a la cama.

Cuando Luther salió de la habitación Betty cogió a la chica de la mano y la llevó a la mesa de la cocina. Por qué no te sientas un minuto. Al menos deja que te prepare algo caliente de beber. Seguro que tienes sed.

La chica miró la cocina. Esto está hecho un asco, dijo.

Ya lo sé, cariño. Pero oírte hablar así me duele. He estado enferma.

Bueno, pero está hecho un asco.

Limpiaré. Betty llevó unos cuantos platos sucios a la encimera y amontonó otros en el fregadero, luego dejó una tapa de un bote delante de la chica.

¿Para qué es?

Te dejo fumar, pero solo un poco. Es tu primera noche, cielo. Me alegro de que estés en casa.

Se instaló y esa primera noche durmió en el sofá de la sala. Por la mañana le presentaron a Joy Rae y Richie. Los dos niños la miraron con desconfianza y no le dijeron nada. Cuando se fueron al colegio, la chica volvió a acostarse hasta mediodía y luego se duchó mientras Betty preparaba el almuerzo.

No tardó en aburrirse de la caravana, y salió y fue andando al pueblo por la tarde fría y ventosa con su chubasquero negro y paseó por las tiendas. Merodeó por la droguería Weiger's y se entretuvo en los almacenes Schulte's mirando la ropa colgada de los expositores metálicos. Se probó un vestido largo de fiesta de color rosa con corpiño escotado bajo la mirada nerviosa de la dependienta. El vestido le sentaba bien y la hacía parecer mayor y más sofisticada. Pasó un rato largo contemplándose en los espejos, girándose para comprobar cómo le quedaba de perfil y de espalda, colocando las manos como había visto hacer a las mujeres de las revistas, luego se quitó el vestido, lo devolvió al colgador y se lo entregó a la mujer. He cambiado de opinión, dijo. No me gusta. Salió otra vez y cruzó la calle Second y caminó hasta Duckwall's, en mitad de la

manzana.

En Duckwall's deambuló por los pasillos y cogió diversos productos y los escudriñó, y como al cuarto de hora, mientras el dependiente de la registradora cobraba una venta, se metió en el bolsillo un pintalabios y pequeño estuche con rímel y sombra de ojos, luego se alejó despacio a mirar los espejos de mano y los monederos y se dirigió al frente de la tienda donde estaban los expositores de postales, y estuvo un rato leyendo los mensajes, y finalmente salió de la tienda a la ancha acera.

Los niños ya habían vuelto en el autobús escolar cuando regresó a la caravana, y Betty le pidió a Joy Rae que hiciera sitio en su cuarto para su hermana mayor. Podéis compartir la cama. Tarde o temprano tendréis que conoceros mejor.

Joy Rae se molestó y se asustó, pero la chica le dijo: Quiero enseñarte una cosa.

¿Qué?

La chica se volvió hacia la madre. Estaremos bien.

Porque sois hermanas, dijo Betty.

Enfilaron el pasillo hacia el ordenado dormitorio de Joy Rae. Siéntate, dijo la chica, y cierra la puerta.

¿Qué vas a hacer?

No te haré daño. Siéntate. Quiero enseñarte algo. Joy Rae se sentó en la cama mientras la chica sacaba el pintalabios y el rímel de Duckwall's del monedero. Voy a enseñarte a maquillarte. ¿Cuántos años tienes?

Once.

Mierda. A tu edad yo ya llevaba carmín Promesa y besaba a los chicos. Vas con retraso. Tienes mucha pinta de cría. Eres más bien flacucha.

Joy Rae desvió la mirada. No puedo evitarlo, soy así.

Bueno, no te preocupes. Podemos arreglarlo. Los niños de este jodido pueblucho perderán la chaveta por ti. Van a querer devorarte. Sonrió. Se morirán de ganas.

¿Qué vas a hacer?

Ahora verás. Levanta la cara. Así. Vaya, y encima eres guapa, ¿lo sabías?

No.

Pues sí. Eres guapa. Y todavía lo serás más. Como yo.

La chica se inclinó sobre su hermana y le maquilló las pestañas y le perfiló los ojos. No parpadees, dijo. ¿Quieres cagarla? No puedes parpadear mientras te maquillo. Ladeó un poco la cara de la niña y le aplicó la sombra de ojos, luego se apartó un poco para examinarla y abrió el tubo de pintalabios y perfiló el labio superior y aplicó un toque hábil en el inferior. Junta los labios, dijo. Así, así. Pero no te pases.

¿Cómo?

Así. Se lo mostró, después volvió a apartarse. ¿No quieres ver cómo has quedado?

Sí.

Cruzó el cuarto y cogió el espejo de mano del tocador y lo sostuvo delante de la niña. ¿Y bien? Joy Rae se examinó en el espejo, levantando y girando la cara. Abrió mucho los ojos. No parezco yo.

De eso se trata.

¿Puedo dejármelo puesto?

¿Por qué no? No pienso impedírtelo. Ya estás lista. Entonces se encendió un pitillo y se sentó a su lado en la cama.

Cuando Betty las llamó para la cena, Joy Rae salió con la cara aún maquillada y se sentó en su silla de costumbre, con la vista fija en la otra punta de la habitación, a la espera.

Vaya, dijo Luther. ¿Y esta quién es? Mira a mi niña.

Betty la miró y dijo: Oh, no sé si tiene edad para maquillarse.

Tiene que aprender, dijo la chica. Y si no la enseño yo, ¿quién va a enseñarla?

Se sentaron a la mesa y comieron filete ruso precocinado con patatas fritas y pan y helado de postre, y Joy Rae apenas habló durante la cena, se limitó a mirarlos con sus ojos nuevos y extraños.

Después de cenar, cuando todos se acostaron, la chica telefoneó a Raydell, en Phillips, y hablaron un buen rato. ¿Me echas de menos?, preguntó ella. Dime lo que me harías si pudiéramos vernos. Y la respuesta la hizo reír.

A la mañana siguiente Betty dio permiso a Joy Rae para ir al colegio con los labios pintados, pero hasta la hora del recreo nadie le dijo nada. Entonces tres niñas la rodearon y le preguntaron si llevaba el pintalabios encima, y ella les respondió que era de su hermana mayor. Quisieron saber desde cuándo tenía una hermana mayor y Joy Rae les dijo que desde siempre, solo que no la había visto nunca hasta ayer. Quisieron saber cuándo podrían conocerla. Tal vez podría maquillarlas.

Al día siguiente volvió a recorrer los pasillos de Duckwall's a última hora de la tarde. Cuando se convenció de que nadie la vigilaba, se metió un estuche del expositor en el bolsillo del chubasquero. Luego siguió deambulando por los pasillos y al cabo de un rato se encaminó hacia la salida. Pero la dependienta le cortó el paso. ¿Piensas pagarlo?

¿El qué?

El estuche que llevas ahí. Te he visto cogerlo. Se lo sacó del bolsillo y lo sostuvo en alto.

Ay. Se me había olvidado.

Ibas a robarlo.

Pero qué dice.

Y tanto que sí.

La dependienta llamó al encargado, un tipo alto y nervudo con una barriga pequeña y dura. ¿Qué pasa?, preguntó el hombre.

Esta chica ha robado un estuche.

Yo no he robado nada.

Sí que has robado.

¿Sabes que el hurto es un delito?, preguntó el encargado.

No he hurtado nada, imbécil. Se me ha olvidado que lo había cogido.

Cuidado con lo que dices. Y siéntate ahí y no te muevas. Señaló una silla junto a la puerta. Llama a la policía, Darlene, le ordenó a la dependienta.

La dependienta telefoneó y la chica se sentó en la silla y esperó. El encargado se plantó a su lado. Al rato un coche patrulla paró delante de Duckwall's y un ayudante del sheriff de uniforme azul marino con cinturón de cuero y revólver entró en la tienda, donde el encargado le expuso lo ocurrido. ¿Es verdad eso?, preguntó el agente.

No, dijo la chica.

¿Cuál es tu versión?

No he robado nada. Simplemente se me ha olvidado pagar. Se me ha olvidado que había cogido el estuche.

¿Tienes dinero para pagarlo?

De los bolsillos del chubasquero sacó cigarrillos y cerillas y un pequeño monedero de plástico que solo contenía calderilla.

El policía la miró. No te conozco. ¿Quién eres?

Donna Lawson.

¿Dónde vives?

Con mi madre y su marido en la calle Detroit.

¿Quiénes son?

Luther y Betty Wallace.

El agente se quedó mirándola. Muy bien, dijo. Se dirigió al encargado de la tienda. Ya me ocupo yo.

No quiero volver a verla en mi tienda.

No volverá. No se preocupe.

Mejor que no.

El policía la llevó del brazo hasta el coche y abrió la portezuela de atrás y la chica subió. Él

rodeó el vehículo y se sentó al volante y se apartó de la acera y condujo hasta la calle Detroit y paró delante de la caravana. Es aquí, ¿verdad?

Sí, dijo la chica. Se dispuso a bajar.

¿Adónde vas? ¿Te he dicho yo que salieras?

No.

Espera a que te lo diga. Cierra la puerta.

La chica cerró. ¿Qué quiere?

Voy a decirte cuatro cosas antes de que entremos. Esta vez lo voy a dejar pasar. Pero ándate con ojo. Vas a terminar con más problemas de los que te imaginas, más problemas de los que creías posibles.

No he hecho nada.

Sí. Ya me lo sé. Patrañas. Pero tú y yo sabemos lo que ha pasado. Porque sé de qué sois capaces las chicas como tú. Lo he visto una y otra vez. Y apuesto a que tampoco habías estado antes en el asiento trasero de un coche.

¿A qué se refiere?

Lo sabes perfectamente.

Vete a la mierda.

Eso. Tú sigue así. Pero ándate con ojo conmigo, ¿me escuchas?

La chica lo miró a la cara por el espejo.

Te he preguntado si me has escuchado.

Sí, dijo la chica. Le he oído, ¿vale? Le he oído.

Vale. Acabemos con esto.

Bajaron del coche y recorrieron el sendero de tierra hasta la caravana. Una vez dentro, el agente le contó a Betty y Luther de qué habían acusado a la chica. Les dijo que no debería andar vagando por las calles y que debían ser más cuidadosos y vigilarla mejor. ¿Por qué no está en clase?, preguntó el agente.

Acaba de llegar, explicó Luther. Todavía no hemos tenido tiempo de inscribirla.

Bueno, pues mejor que comience las clases. Así tiene demasiado tiempo libre. Volveré para comprobar que está yendo a clase.

Cuando se fue, Betty y Luther intentaron razonar con ella, pero la chica se hartó a los cinco minutos. A la mierda, dijo, y fue a acostarse a la cama de Joy Rae. No salió a cenar, sino que metió el teléfono en el dormitorio y llamó a Raydell para pedirle que fuera a buscarla. Raydell le dijo que era demasiado tarde. Ven de una puta vez, dijo ella. Ven a sacarme de aquí.

Esa noche se quedó despierta con Joy Rae en el cuarto hasta las once. Entonces Raydell se presentó delante de la caravana y tocó el claxon, y la chica fue a la salita, donde Betty y Luther estaban sentados en el sofá. No intentéis detenerme, dijo.

Betty se echó a llorar y Luther dijo: No puedes marcharte. Piensa en tu madre.

Que te den, gordo de mierda. Estoy harta de mi madre. Mírala. Me da asco. Esta no es mi familia. Yo no tengo familia.

Dio un portazo y corrió por el sendero hasta el coche. Se sentó al lado del chico y el coche se alejó rugiendo por la calle Detroit, rumbo a la carretera y lejos del pueblo.

Al oír alejarse el coche, Betty se arrojó al suelo y comenzó a destrozarlo todo, a aullar y patalear. Volcó la mesilla del café. Luther se agachó para intentar calmarla. Todo va a ir bien, cariño, le dijo. Todo saldrá bien. Las cosas que te ha dicho no las pensaba. Joy Rae y Richie salieron de las habitaciones y se quedaron en el pasillo, observando a sus padres, en absoluto sorprendidos por lo que veían, y al cabo de un rato dieron media vuelta y regresaron a la cama.

En el dormitorio Joy Rae revisó el contenido del tocador, pero el pintalabios y el rímel habían desaparecido. Se miró en el espejo de mano. Solo un leve rastro rojo seguía visible en sus labios.

Por la noche estaba tumbada en el dormitorio del fondo con el tipo rubio del banco. Dena y Emma dormían en su cuarto del mismo pasillo, y hacía una noche primaveral y la ventana estaba abierta al fresco y Mary Wells y Bob Jeter conversaban en voz baja a oscuras. No tienes que irte, le dijo ella. No me importa lo que digan los vecinos. Solo están esas dos viejas viudas que viven aquí al lado. Hablarán de todos modos.

Es mejor que me vaya, dijo él.

Por favor. Mary Wells estaba recostada de lado de cara a él, con el brazo apoyado en el pecho del hombre. ¿No estás a gusto? Quédate conmigo.

¿Y tus hijas?

Comienzan a acostumbrarse a ti. Les gustas.

No les gusto.

¿Por qué lo dices?

Les doy igual. ¿Por qué habría de importarles?

¿Por qué no? Las tratas bien.

No soy su padre.

Quédate. Solo un poco más.

No puedo.

¿Por qué no?

Porque no.

Porque no quieres.

No es por eso, dijo él. Se zafó del brazo de ella, se giró y se levantó de la cama y, a oscuras, comenzó a recoger su ropa. Mientras se movía por la habitación se golpeó un pie con una silla. Maldijo.

¿Qué ha pasado?, preguntó ella.

Nada.

Encenderé la luz. Prendió la lamparita de la mesilla y miró cómo se vestía. A diferencia de su marido en Alaska, este hombre era muy pulcro en el vestir. Se puso los calzoncillos, ajustándose la cinturilla y estirando los fondos, y se puso la camisa y los pantalones y se levantó y extendió las rodillas para recolocarse las perneras mientras se metía los faldones de la camisa por dentro, luego se apretó el cinturón de fina hebilla metálica y se sentó en la cama y se puso los calcetines

oscuros y los zapatos también oscuros. Estaba despeinado y se plantó con las rodillas dobladas frente al espejo del tocador y se peinó el fino pelo rubio y también el bigote y la perilla. Después se puso el traje y se colocó los gemelos.

Mary Wells estaba tumbada de lado bajo la sábana, contemplándolo. Uno de los hombros le quedaba al descubierto, resplandeciente y precioso bajo aquella luz. Dame un beso antes de irte, pidió.

Él se acercó a la cama y la besó, luego se alejó silenciosamente por el pasillo y cruzó el vestíbulo para salir al frío nocturno. Mary Wells se levantó de la cama envuelta en la sábana y lo siguió, vio cómo se alejaba por la calle vacía, lo vio pasar por debajo de la farola de la esquina y salir a la calle Main y perderse de vista. Las sombras que proyectaba la farola parecían largas figuritas de palos arrojadas detrás de los árboles, y las fachadas mudas de las casas jalonaban la acera. Se sentó en la salita a oscuras. Al cabo de una hora se despertó tiritando y regresó a la cama.

Después de esa noche pasó una semana sin que la llamara por las tardes como antes. Mary Wells esperó hasta mediados de la semana siguiente y seguía sin telefonar, así que lo llamó ella dos veces la misma noche desde el dormitorio a oscuras, pero él le puso excusas de que ahora no podía hablar, y la segunda vez que lo llamó le colgó sin darle tiempo a decir nada más que su nombre. Al día siguiente fue a verlo al banco a media mañana.

Tenía el despacho en el rincón del fondo, con una cristalera que daba al vestíbulo. Cuando entró lo vio sentado a su escritorio hablando por teléfono. La mujer del mostrador de recepción le preguntó si podía ayudarla, pero Mary Wells respondió: No, no puede. He venido a verle a él. Entonces él colgó y ella entró en el despacho y se sentó como si hubiera ido a tratar de un préstamo o una segunda hipoteca.

¿Qué haces?, dijo él.

He venido a verte.

Ahora no puedo hablar.

Lo sé. Pero por teléfono no quieres hablar. Así que he tenido que venir. Te has cansado de mí, ¿no?

Él cogió un largo bolígrafo plateado del escritorio y lo sostuvo entre los dedos.

¿No es así? Al menos tendrías que ser capaz de decirlo.

Creo que deberíamos tomárnoslo con calma una temporada, dijo él. Nada más.

Con calma. Qué cobardica eres.

Él la miró y se recostó en la silla.

Te asustas fácilmente, ¿verdad?

No.

Sí. Claro que sí. Ahora lo comprendo. Quieres divertirte pero sin complicaciones. Sigues siendo un crío.

Creo que deberías marcharte, dijo él. Tengo trabajo. Te llamo luego.

¿Me llamarás?

Sí.

Qué va. No me llamarás. ¿Tan tonta te parezco? ¿Tan patética? Se levantó. Y además tienes trabajo, ¿verdad?

Por supuesto. Este es mi despacho. Trabajo aquí.

Qué interesante, dijo ella. Y te gustaría que me fuera, ¿verdad? Te gustaría que me marchara sin montar un escándalo. ¿A que sí? Lo miró. Él no dijo nada. Vale, dijo ella. Entonces se inclinó sobre el escritorio y arrojó todos los papeles al suelo.

Él se levantó y la agarró de la muñeca. ¿Qué coño haces?

Ella se soltó la muñeca y tiró el teléfono al suelo. Enseñarte lo que pienso de ti y de tu trabajo. Cobarde de mierda. Niñito miedica.

¿Te vas o qué?

Pues mira, creo que sí. Porque ¿sabes qué? Me he aburrido de ti. Te dejo. Esta vez soy yo. Y no me llames. Una noche te sentirás solo y empezarás a acordarte de cómo era acostarse conmigo y lo bien que te trataba y te darán ganas de llamarme para pedirme si puedes pasar un rato por casa, pero no lo hagas. Ya te habré olvidado, niñito cagón. No contestaré al teléfono. No quiero volver a hablar contigo nunca más.

Salió del despacho acristalado al vestíbulo. Los cajeros y los clientes de la cola y la recepcionista, todos la miraban, y ella los miró y luego se paró. Se quedó en mitad del vestíbulo para dirigirse a ellos.

No es muy bueno follando, dijo. No sé si alguna ya lo sabía. Pero no es muy bueno en la cama. Me merezco algo mejor. Luego salió a la calle y se montó en el coche y se fue a casa.

Y en casa se derrumbó. Apenas se levantaba por la mañana para prepararles el desayuno a las niñas antes de ir al colegio, y a menudo estaba todavía en la cama en la habitación del fondo, bebiendo ginebra y fumando, cuando las niñas volvían a casa por la tarde. Solían entrar en el cuarto y quedarse junto a la puerta, mirándola. A veces se metían en la cama con ella y se dormían en aquel lugar que antes resultaba acogedor y cómodo. Las dos hermanas cada vez se peleaban más cuando estaban en casa y ella las mandaba parar, pero otras veces simplemente se levantaba y cerraba la puerta y se encendía un cigarrillo y volvía a acostarse.

Fuera, los árboles del callejón del otro lado de la ventana empezaron a echar brotes con los días cada vez más cálidos de principios de primavera. Pero ella seguía acostada, fumando y bebiendo, con la vista fija en el techo mientras la luz avanzaba por la superficie plana y blanca

conforme caía la tarde, y todo el tiempo permanecía sumida en sus tribulaciones. La única cosa de la que se enorgullecía era de no haber vuelto a llamar a Bob Jeter. Eso la consolaba. Y esperaba con toda su alma que él también estuviera sufriendo lo increíble.

Cuando Victoria Roubideaux fue a casa de Raymond para las vacaciones de primavera la acompañaba un chico. Era alto y delgado, con gafas de montura metálica y el pelo negro muy corto, y lucía un pequeño aro dorado en una oreja. Llegaron a la casa al anochecer con las sombras azules del farol del patio y la chica llevaba a Katie en brazos. Cuando entraron en la cocina Raymond se apartó de la ventana desde donde los había estado observando, y Victoria le dio un beso como de costumbre y él la abrazó y abrazó a la niña. Te presento a Del Gutierrez, dijo Victoria.

El chico se acercó y estrechó la mano de Raymond. Victoria me ha hablado mucho de usted, dijo.

¿Ah, sí?, dijo Raymond.

Sí.

Pues me llevas ventaja. Diría que no he oído hablar de ti.

Te he hablado de él por teléfono, corrigió Victoria. La última vez que llamé. No seas terco.

Puede ser. No me acuerdo. De todos modos, pasa, adelante. Bienvenido a esta vieja casa.

Gracias. Es un placer.

Bueno, aquí se está muy tranquilo. No se parece en nada al pueblo. ¿De dónde eres, hijo?

Denver.

De la ciudad.

Sí, señor. He vivido siempre allí. Hasta que me marché a la universidad.

Bueno, las cosas aquí son distintas. Todo es más lento. En fin, si eres amigo de Victoria eres bienvenido.

Volvieron al coche y entraron las bolsas y luego Victoria preparó una cena ligera. Fue una comida de silencios incómodos. Victoria llevó el peso de la conversación. Después Raymond se llevó a la niñita al salón y se la sentó en el regazo en el sillón reclinable y leyó el periódico y charló un poco con ella mientras su madre y el chico fregaban los platos. Katie se había mostrado algo tímida al principio, pero había ido aclimatándose durante la cena y ahora se había dormido acurrucada contra el hombro de Raymond. Este miraba hacia la cocina por encima del periódico. No entendía lo que decían, pero Victoria parecía contenta. Una vez el chico se inclinó a besarla, luego levantó la vista y vio que Raymond los vigilaba.

Victoria le preparó la cama a Del Gutierrez en el antiguo dormitorio de Harold del piso de

arriba, y Raymond vio las noticias de las diez y el tiempo en televisión, luego dio las buenas noches y subió a acostarse. Permaneció despierto un rato atento a lo que pudiera escuchar, pero no le llegó ningún ruido de abajo y al rato se durmió, y luego se despertó cuando el chico entró en el cuarto del otro lado del pasillo y cerró la puerta. Se quedó pensando en cuánto hacía que no oía a nadie moverse en el cuarto de su hermano.

A la mañana siguiente el chico lo sobresaltó. Se lo encontró tomándose el café en la mesa de la cocina cuando bajó con la luz sesgada de primera hora. No pensaba encontrarte aquí a estas horas, dijo Raymond.

He pensado que podría echarle una mano, dijo el chico.

Echarme una mano.

Fuera. Con lo que tenga que hacer.

Raymond revisó la cocina con la mirada. ¿Has preparado tú el café?

Sí.

¿Con idea de compartirlo?

Sí, señor. ¿Le sirvo una taza?

Hombre, creo que sé dónde guardamos las tazas. A menos que anoche se movieran de sitio.

Cogió su taza de costumbre y se sirvió un café y se quedó mirando por la ventana de espaldas al chico. Cuando terminó dejó la taza en el fregadero. Muy bien, dijo Raymond. Puedes venir conmigo si quieres. Tengo que dar de comer a los animales, luego volveremos para desayunar.

Muy bien, dijo el chico.

¿No tienes ropa de abrigo?

He traído una chaqueta.

Necesitarás algo más.

Raymond descolgó el chaquetón de faena de lona forrada de su hermano del gancho junto a la puerta. En el bolsillo lateral hay un par de guantes. ¿Tienes sombrero?

No acostumbro a usar sombrero.

Bueno, ponte esto. Le entregó la gorra de lana roja de Harold. No quiero ni pensar en lo que diría Victoria si se te congelan las orejas el mismo día que llegas.

El chico se puso la vieja gorra. Con las gafas y las orejeras colgando al lado de la cabeza parecía una suerte de mozo de labranza inmigrante y miope de una época muy lejana.

Bueno, dijo Raymond. Supongo que servirá. Se puso el chaquetón y la gorra y los guantes y salieron.

Cruzaron la alambrada y se dirigieron a la era al este del establo, donde el viejo tractor Farmal de rojo desvaído por el sol estaba enganchado al remolque de plataforma para el heno junto a la pila de balas. Desde el oeste soplabá un viento frío, jirones de nubes oscurecían el cielo. Raymond lo mandó trepar a la pila e ir lanzándole las balas mientras él las amontonaba en el

remolque. Ya que estás, lo cargaremos a tope, dijo.

Trabajaron durante casi una hora. El chico arrojó una bala tras otra, que fueron rebotando en la superficie de planchas gastadas del remolque, y Raymond las fue colocando, amontonándolas por capas. Al cabo de un rato el chico se quitó el chaquetón y siguieron trabajando. Luego Raymond dijo que ya estaba bien y se bajó del remolque y subió al asiento del tractor. Vamos allá, dijo.

¿Yo dónde me monto?, preguntó el chico.

Súbete a la lanza. Y agárrate. No vayas a caerte y termines aplastado por las ruedas de acero del remolque.

El chico volvió a ponerse el chaquetón y subió detrás de Raymond, se agarró al respaldo metálico del asiento y salieron botando y traqueteando hacia las praderas, balanceándose por el terreno irregular de una pista que atravesaba la artemisa y la jabonera hasta el lugar por donde deambulaban las vacas y los terneros, empujándose, esperando la comida matinal.

Raymond frenó. ¿Crees que sabrás conducir el tractor?

No lo sé. Nunca he conducido uno.

Sube aquí, que te enseño.

Intercambiaron los puestos y Raymond le enseñó qué marcha meter para que el tractor avanzara despacio, y le indicó los dos pedales de freno y el embrague y la palanca del acelerador.

Habrás conducido alguna vez con cambio manual.

Eso sí.

No tiene nada. Intenta no salirte del prado y avanza a paso de tortuga. Acelera un poco si te hace falta, en las cuestas.

El chico se acomodó en el asiento metálico y comenzaron, entre los balanceos y resuellos del tractor.

Sigue por aquí, indicó Raymond. Por las marcas de tierra trillada por donde ya he pasado.

¿Por ahí?

¿Crees que podrás?

Sí.

Muy bien, pues. Vamos a dar de comer al ganado.

Raymond trepó al remolque y tiró del cordel de la primera bala, colgó el cordel del tope y abrió la bala y fue arrojando el heno al suelo por un lateral, y avanzaron lentamente mientras iba desmontando y esparciendo la siguiente bala, y la vacas y terneros hambrientos empezaron a arremolinarse y comer, formando una larga hilera tras el lento remolque, con las cabezas agachadas bajo una nube de vapor y aliento caliente. Desde lo alto del tractor el chico miró hacia atrás para comprobar cómo iba la cosa y vio al viejo trabajando sin parar, paleando el heno suelto al suelo. Luego volvió a mirar al frente y vio un enorme bache justo delante donde la tierra había

desaparecido. Viró bruscamente para esquivarlo y la esquina del remolque se montó sobre los tacos del neumático del tractor hasta el primer eje, haciendo que la caja se ladeara en un peligroso ángulo agudo y el remolque se levantara más de un metro del suelo. Raymond le gritó. El chico se volvió a mirar y pisó los frenos de golpe, después se volvió de nuevo. Raymond se sujetaba de un tope.

El chico estaba blanco como el papel. Mierda, exclamó. ¿Qué he hecho?

Has girado con demasiada brusquedad. No puedes virar tan rápido cuando arrastras un remolque. Gira ahora en sentido contrario.

¿He estropeado el remolque?

Todavía no. Pero gira y avanza despacio.

A lo mejor debería hacerlo usted.

No. Adelante. Lo harás bien. Tómatelo con calma.

No sé...

Venga. Inténtalo.

El chico se adelantó en el asiento y giró el volante a la izquierda y soltó lentamente el embrague. El tractor viró bruscamente y la punta del remolque se descabalgó de los enormes tacos de la rueda del tractor, astillando un poco la madera, y luego la rueda se liberó y el remolque quedó plano otra vez.

Enderézalo, gritó Raymond. Pero muy despacio o acabarás montándote otra vez en la rueda.

El chico avanzó y el remolque se balanceó detrás del tractor, y cuando el chico miró hacia atrás Raymond le indicó por gestos que continuara. Condujo muy despacio, con la vista fija al frente, más allá del tubo de escape, mientras recorrían la tierra fría y agostada. Al cabo de un rato Raymond le gritó que parase, luego bajó del remolque y se encaramó a la parte de atrás del tractor. Se acabó por hoy. Llévanos de vuelta a la era.

Será mejor que conduzca usted.

¿Y eso? Conduces bien. Pero písale. No queremos ir a paso de tortuga hasta casa.

¿Y lo que acabo de hacer?

Cosas que pasan. Simplemente no lo repitas. La próxima vez presta atención y todo saldrá bien. Vamos a desayunar.

El chico cambió la marcha y avanzaron a trompicones y balanceos hasta salir de los pastos. Raymond se bajó a cerrar el portillo y el chico aparcó en la era por dentro del cercado y apagó el tractor, y luego se encaminaron juntos hacia la casa bajo un manto fino de nubes.

No entiendo cómo se las apaña solo, dijo el chico.

¿No?

No, señor. Me parece demasiado trabajo para una persona sola.

Raymond lo miró. ¿Qué le voy a hacer?

El chico asintió y siguieron adelante.

En la cocina la niña estaba sentada a la mesa con un libro para colorear y Victoria de pie junto a los fogones. Cuando vio a Del Gutierrez con el chaquetón de faena de Harold y su vieja gorra de lana, con las orejeras aleteando sobre las mejillas coloradas, dijo: Un momento. No te muevas, que voy por la cámara.

Ni hablar, dijo Raymond. Déjalo en paz. Del y yo hemos estado trabajando, dando de comer al ganado. No necesitamos fotos.

Tenía que abrigarme bien, ¿no?, dijo el chico.

Pues sí que parece bien abrigado, sí, admitió Victoria. Mira qué par. Entonces se echó a reír y ellos se quedaron mirándola, contemplando lo blancos y rectos que tenía los dientes, lo espesa y negra que le caía la melena sobre los hombros, cómo le brillaban los ojos negros, y los dos se sintieron a la vez cohibidos y estupefactos en presencia de semejante belleza, viéndola así, tras venir del frío y el viento y las nubes de polvo y encontrarla allí esperándolos, riéndose, divertida por algo que habían hecho. A Raymond le hizo acordarse de su hermano y tuvo miedo de ponerse en ridículo y echarse a llorar. Así que no dijo nada. Dio media vuelta y el chico y él colgaron los chaquetones junto a la puerta y se asearon en el fregadero.

Victoria ya tenía listo el desayuno. Llevó los platos de huevos y beicon y tostadas con mantequilla y sirvió el café en las tazas y todos se sentaron a la mesa de madera de pino de la cocina. La niña abrió los brazos y dijo: Yayo, y Raymond se la sentó en el regazo y empezaron a comer.

¿Te parece que podrías convertirlo en un rancho?, preguntó Victoria.

Raymond dejó de comer. No lo sé, dijo. La miró. Tal vez. Esta mañana lo ha hecho bastante bien.

¿Le has dejado conducir el tractor?

Sí, señora. Y tampoco le ha ido nada mal. Se volvió a mirar al chico. Eso sí, no puedo decir lo mismo del pendiente ese que me lleva. Supongo que el agujero de la oreja se cerrará con el tiempo, aunque no tengo experiencia en ese tipo de cosas.

El chico se ruborizó y se tocó la oreja. Sonrió a Victoria por encima de la mesa.

Creo que debería dejárselo como está, dijo ella. A mí me gusta.

El viernes de esa semana Victoria y Del Gutierrez decidieron ir al cine a Holt. No les importaba qué película echaran, solo querían salir de la casa y hacer algo los dos solos, y Raymond les recomendó cenar en el Wagon Wheel Café antes del cine y le dio cuarenta dólares al chico por

ayudarle en las tareas del rancho. Antes de que salieran, llevó a Victoria al dormitorio de ella y cerró la puerta.

¿Qué pasa?, preguntó Victoria.

Nada. Y luego, con el ruidoso susurro de un viejo, le dijo: Trabaja duro, ¿eh?

¿De qué estás hablando?

El chaval no lo ha hecho nada mal esta semana. Ha trabajado de lo lindo.

¿Tú crees?

Sí.

Me contó el percance que tuvo conduciendo el tractor el primer día.

No tenía por qué contártelo.

Me dijo que no te enfadaste. Que no le gritaste ni nada.

Bueno, no rompió nada, y a todo el mundo le ha pasado eso alguna vez. Lo hizo bien. En fin, que igual podrías plantearte no perderlo de vista.

Victoria miró a Raymond. Él la observaba con atención. A ver, ¿qué tratas de decirme?

Solo quiero decir que podrías quedarte con este. A mí me parece bien. Digamos que me gusta.

Pues parece que estés metiéndome prisa.

No te estoy presionando, dijo Raymond. Ni metiéndote prisa. Pareció que la insinuación lo ofendía. Solo digo que no es mal chico. Nada más. Salid a cenar que ya cuido yo de Katie. Será un placer. Solo digo que el chico y yo podríamos llevarnos bien. Y otra cosa: está claro que bebe los vientos por ti.

Puede ser, dijo Victoria. Pero ya metí la pata una vez. No tengo prisa por repetir.

Lo sé, tesoro. Pues claro que no. Es normal. Pero tampoco tienes por qué acabar como yo.

¿Qué ha pasado con la mujer con la que salías?

¿Qué mujer?

Linda May. La que vino a cenar en Año Nuevo.

A eso me refiero, dijo Raymond. Yo no sé nada de estos asuntos. Igual yo pensaba que estaba saliendo con ella, pero ella no tenía ni la más remota idea de que estaba saliendo conmigo. No, yo solo quiero que seas feliz.

Soy feliz. ¿No lo sabes? Y en gran parte es gracias a ti. Bueno, ¿te parece que empiece a arreglarme para poder salir esta noche con Del?

Sí, señora, deberías empezar a arreglarte. Ahora mismo me voy y te dejo la habitación.

Victoria se puso el suéter de cachemir celeste que resaltaba su melena negra y una minifalda gris, y el chico llevaba unos vaqueros negros buenos y una camisa de cuadros, y salieron hacia Holt en coche para cenar y ver una película. En cuanto se fueron Raymond y Katie se ocuparon en la

cocina. Él recalentó unas sobras de jamón con salsa, puré de patatas y crema de maíz, y la niña se sentó en su trona a la mesa, y mientras cenaban Raymond la miraba y la escuchaba. La niña iba comiendo y hablando y siguió así sin parar, soltando lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin necesidad de que Raymond replicara, aunque el viejo prestaba atención a todo lo que decía la cría, ya fuera sobre una niña de la guardería de Fort Collins a la que él no conocía o sobre un perro blanco y negro que ladraba en el patio de debajo de su piso. De postre Raymond sacó un tarro de helado de chocolate y comieron un poco mientras la niña seguía parlotando, sentada a la mesa en su trona como una beata en miniatura de ojos y pelo negro en algún mercadillo benéfico, como una minúscula presbiteriana sedienta del sonido de su propia voz. Luego recogieron la cocina y la niña se subió a una silla a su lado para ayudarle a aclarar los platos, sin parar de hablar, y luego fueron al lavabo y se encaramó al taburete delante del lavamanos y se cepilló los dientes. Después Raymond la acompañó al dormitorio de abajo y la niña se puso el pijama y los dos se tumbaron en la vieja cama de matrimonio y Raymond empezó a leerle. No leyó mucho rato. A la tercera página comenzó a dormirse. La niña le dio unos golpecitos con el dedo y le tocó la cara curtida, acariciándole la barba de la mejilla y la piel flácida del cuello. Raymond se despertó y la miró, luego bizqueó y carraspeó y leyó otra página antes de volver a dormirse, y esta vez la niña cerró los ojos con él y se quedó dormida.

Cuando Victoria y Del Gutierrez llegaron a casa a medianoche, el viejo y la niña dormían con la luz del techo encendida. Raymond roncaba estruendosamente, con la boca abierta, y la niña se había cobijado en su hombro. El libro que habían comenzado a leer descansaba entre las mantas.

El sábado al atardecer Mary Wells se levantó de la cama y fue con las niñas al colmado de la nacional 34 en las afueras del pueblo para hacer la compra que había retrasado durante días. No había nada de comer en toda la casa y a ella le resultaba indiferente tener comida o no, pero las niñas estaban hambrientas.

En la carretera al este de Holt un hombre de Saint Francis, Kansas, arrastraba un remolque de quinta rueda detrás de una camioneta Ford, cargado con cinco toros de pura raza Simmental. Tenía planeado venderlos en otoño, pero su mujer había enfermado y no podía postergarlo más, debido a los cuidados diarios y a las apresuradas visitas al hospital y por último a los agotadores y amargos preparativos del funeral. Ahora transportaba los toros a la feria de ganado de Brush para la subasta del lunes, con la idea de alimentarlos y dejarlos descansar el domingo y asegurarse de que bebieran suficiente para subir de peso y sacar así el máximo dinero a pesar de que no fuera el momento oportuno para vender toros.

No conducía deprisa. Nunca conducía deprisa cuando arrastraba un remolque y se cuidó particularmente de aminorar la velocidad debido al incremento de tráfico a esa hora, y en especial por el reflejo del sol poniente en el parabrisas. Al entrar en Holt, de repente, se le cruzó por delante un coche que salía del aparcamiento del colmado.

Mary Wells conducía el coche. Diez minutos antes había visto a Bob Jeter plantado delante de la vitrina refrigerada de la carne en el colmado de la nacional 34 junto a una rubia, y Bob Jeter la agarraba de la cintura.

Su hija mayor, sentada a su lado en el asiento del copiloto, vio acercarse la camioneta y gritó: ¡Mamá! ¡Cuidado!

El hombre de Saint Francis intentó frenar, pero transportaba demasiado peso y la camioneta chocó con el lateral del coche y lo empujó por la carretera hasta un poste de la luz que se partió por la mitad y cayó, arrastrando los cables con él.

La hija menor, Emma, sentada detrás de la madre, salió disparada contra la puerta trasera y perdió el conocimiento. La cabeza de Mary Wells golpeó la ventanilla del lado del conductor y cuando su mente se despejó un poco descubrió que no podía mover el brazo izquierdo. Sentía un dolor punzante. A su lado, Dena había sido lanzada hacia delante y de lado, y un trozo del parabrisas le había abierto un tajo largo y profundo en la ceja y mejilla derechas. Cuando el coche dejó de moverse, la niña se cubrió la cara con las manos. Y las manos se le llenaron de

sangre y empezó a gritar.

Nenita, gritó Mary Wells. Dios mío. Le apartó el pelo de la cara. Mírame, dijo. Deja que te vea. Ay, Señor. La sangre resbalaba por la mejilla hacia la camisa y la madre se la limpió, intentando detenerla.

Al otro lado de la carretera un hombre que estaba en el aparcamiento entró corriendo en la tienda y llamó a la ambulancia, que acudió aullando en cuestión de minutos y los técnicos sanitarios bajaron de un salto y abrieron las portezuelas de un lado del vehículo y subieron a Mary Wells y las dos niñas a la ambulancia y partieron a toda velocidad hacia la unidad de urgencias del hospital Holt County Memorial de la calle Main, a escasas manzanas de distancia.

La camioneta, el remolque de ganado y el coche seguían cortando el tráfico, y los cinco toros castaños y blancos se habían escapado del tráiler al abrirse la puerta trasera por el impacto. Hombres de otros coches y camionetas intentaban arrearlos hacia un corral improvisado con vehículos al borde de la carretera, pero uno de los toros se tambaleaba, resbalaba por el asfalto, mugiendo, con la pata izquierda trasera partida casi en dos por la articulación y la mitad inferior colgando, arrastrando. El toro no paraba de tropezar, intentaba apoyar la pezuña de atrás mientras la sangre bombeaba sin cesar al pavimento. El hombre de Saint Francis perseguía al animal chillando: Que alguien lo mate. Que alguien lo mate, por Dios. Pero nadie disparaba. Al final un hombre sacó un rifle de la cabina de su camioneta y se lo entregó. Tenga, dijo. Usted mismo.

Un guardia que dirigía el tráfico vio el rifle y se acercó corriendo. ¿Qué pretende? Aquí no se puede disparar.

Por mi madre que disparo, replicó el hombre de Saint Francis. ¿Quiere verlo sufrir así? Ya he visto suficiente sufrimiento por una buena temporada.

No va a disparar aquí.

Ahora lo verá. Apártese.

Se aproximó al toro, se apoyó el rifle en el hombro y apuntó la boca del cañón en la cabeza del animal a quemarropa y apretó el gatillo. El toro cayó al instante, rodó a un lado y se estremeció y al final se quedó quieto, con los ojos negros clavados en la farola. El hombre de Saint Francis se quedó contemplando al toro muerto. Devolvió el rifle a su propietario, luego se volvió hacia el guardia. Y ahora arrésteme, joder.

El guardia lo miró de soslayo. No voy a arrestarlo. ¿Cómo quiere que lo arreste? Tendría un maldito disturbio entre manos. Pero no debería haber disparado. En medio del pueblo, no.

¿Y usted qué habría hecho?

No lo sé. Probablemente lo mismo. Lo cual no significa que esté bien. Por Dios, la ley prohíbe disparar armas de fuego dentro de los límites municipales.

En el hospital el médico sedó a la niña mayor y le aplicó diecisiete puntos en la cara mientras Mary Wells esperaba fuera de la sala de urgencias con el brazo colgando dolorosamente, apoyado en la palma de la otra mano. Lloraba en silencio y no permitió que la atendieran hasta que terminaron de operar a su hija. En la cama junto a la pared la niña menor volvió en sí. Tenía un fuerte dolor de cabeza y abrasiones en el brazo y comenzaba a asomarle un chichón azulado en la frente. Aunque pasaría la noche bajo vigilancia, parecía que se recuperaría sin problemas.

El médico terminó de suturar la cara de la mayor y la sacaron en silla de ruedas y la trasladaron a la sala de urgencias. Todavía dormía y allí donde no la cubría el vendaje tenía la cara magullada y amarillenta. Mary Wells se quedó de pie a su lado.

Se le curará, dijo el médico. Ha sido un corte limpio. Ha tenido suerte de que no le tocara el ojo.

¿Dejará cicatriz?, preguntó Mary Wells.

El médico la miró. Parecía sorprendido. Bueno, sí. Suele dejar cicatriz.

¿Se verá mucho?

Aún no se sabe. A veces cicatriza mejor de lo que esperamos. Probablemente tendrá que someterse a varios tratamientos con algún cirujano plástico. Llevará tiempo.

¿O sea que hasta entonces tendrá que ir con eso por la vida?

Sí. El médico miró a la niña. No puedo predecir cuánto tardará. Pero tendrá que recuperarse del todo antes de hacer nada más.

Dios mío, qué estúpida soy, dijo Mary Wells. Qué estúpida y qué idiota. Rompió a llorar de nuevo y cogió la mano de su hija y se la llevó a la mejilla mojada.

Las mantuvieron a las tres en observación toda la noche. A última hora uno de los policías que había acudido al lugar del accidente se presentó en el hospital y dejó una multa, por conducción temeraria con manifiesto desprecio por la vida de los demás, e informó a Mary Wells de que la grúa se había llevado el coche.

A la mañana siguiente una enfermera las condujo hasta casa en su coche. Mary Wells llevaba el brazo en cabestrillo y entró con las niñas en casa con suma precaución. Dentro reinaba el silencio. Les dio la impresión de que habían estado fuera varios días. ¿Venís a la cocina, por favor?, dijo Mary Wells. Las dos, por favor. Quiero que me ayudéis a decidir lo que vamos a hacer. No sé qué será. Pero algo tenemos que hacer.

Se sentaron a la mesa. La menor de cara a su madre, atenta, pero la mayor, Dena, se sentó mirando hacia otro lado. No paraba de tocarse la venda de la cara con la punta de los dedos,

palpando los bordes del esparadrapo, y se negó a mirar a su madre y a participar en la conversación. Ya se había formado una idea de lo que le esperaba.

Cuando Raymond y el chico volvieron a casa después de trabajar en el campo aquel sábado por la tarde, Victoria les recomendó darse una ducha y asearse antes de sentarse a cenar. ¿Tanto apestanos?, dijo Raymond.

No os haría daño lavaros un poco.

Pase usted primero, dijo el chico. Me ducharé después.

Si es lo que hay que hacer para que te den de cenar, se resignó Raymond. Está bien.

Fue al cuarto de baño y se duchó y se frotó las barbas y salió con el pelo mojado, vestido con unos vaqueros de trabajo recién lavados y una camisa de franela ajada. Victoria anunció que la cena estaba lista y que deberían sentarse ya a comer.

¿Vas a dejarle cenar sin que se lave?, preguntó Raymond. ¿Y eso?

No está tan sucio como tú. Y te has entretenido tanto en el baño que si no comemos ya la cena se pasará.

Vaya, vaya, dijo Raymond. No me parece justo. Diría que tienes un favorito, Victoria.

Puede ser.

Hum.

Se sentaron juntos a la mesa de la cocina como habían hecho para todas las comidas de la semana, y apenas habían comenzado cuando entró una camioneta en el patio y paró enfrente de la casa. Raymond salió al pequeño porche cubierto con mosquiteras a ver quién era. Maggie Jones y Tom Guthrie cruzaban la verja.

Llegáis justo a tiempo, dijo Raymond. Acabamos de sentarnos a la mesa.

Ya hemos cenado, dijo Maggie.

Bueno. ¿Ha pasado algo?

Hemos venido a verte. Queremos hablar contigo.

Adelante. Terminaré enseguida. ¿Puede esperar a después de la cena?

Sí, por supuesto, dijo Maggie.

Entraron y Victoria les trajo unas sillas del comedor. Raymond empezó a presentar a Maggie y Guthrie a Del Gutierrez, pero Maggie dijo que se habían conocido la noche anterior en el cine.

De modo que ya nos conocemos todos, dijo Raymond. Se volvió hacia Victoria. Dicen que no quieren cenar. Tal vez les apetezca un café.

Victoria sirvió una taza para cada uno y Raymond se sentó y retomó la cena. Victoria y

Maggie charlaron de las clases y la guardería de Katie en Fort Collins. Raymond terminó de cenar y se limpió con la servilleta. ¿De qué queráis hablar conmigo? ¿Podemos hablar aquí o requiere que pasemos a otra habitación?

Podemos hablar aquí, dijo Maggie. Hemos venido para llevarte al pueblo, a la Legión. Al baile de los bomberos.

Raymond se la quedó mirando. Repítemelo, pidió.

Queremos sacarte a bailar.

Raymond miró a Tom Guthrie. ¿Qué leches dice?, preguntó. ¿Está bebida?

Aún no, dijo Guthrie. Pero no tardará mucho. Sencillamente se nos ha ocurrido que te iría bien salir una noche.

Ah.

Sí.

Queréis llevarme a la Legión, al baile de los bomberos.

Hemos pensado que tendríamos que venir a echarte el lazo. Si no, no ibas a venir.

Raymond lo miró y se volvió y entonces miró a Victoria.

Sí, ¿por qué no?, dijo ella. Quiero que te diviertas.

Creía que esta noche queríais ir al pueblo. Es la última. Mañana volvéis a la universidad.

Tenemos que hacer las maletas, no puedes hacerlas por nosotros. ¿Por qué no vas? Me gustaría.

Raymond miró al chico y a Katie como si pudieran ayudarle. Luego no miró a nadie. A mí todo esto me huele a conspiración, dijo. Tiene toda la pinta.

Así es, admitió Maggie. Y ahora ve a ponerte la ropa de ir al pueblo a ver si vamos tirando. El baile ya ha empezado.

A lo mejor lo hago, dijo Raymond. Pero primero os voy a decir una cosa. Nunca en la vida me han mangoneado así. Y no sé si me gusta.

Te invitaré a una copa, dijo Maggie. ¿Servirá de algo?

Hará falta más de una copa para que se me pase.

Tómate todas las que quieras.

Muy bien, dijo Raymond. Por lo visto estoy en minoría. Pero no está bien tratar así a un hombre en su propia casa. En su cocina, cuando aún está intentando reposar la cena.

Se levantó de la mesa y subió al dormitorio y se puso los pantalones negros buenos y las botas marrones, luego bajó. Les dio las buenas noches a Victoria, Del y Katie, después salió detrás de Maggie Jones y Guthrie. Esperaron a que subiera a la vieja camioneta roja de Guthrie, pero Raymond prefirió conducir su propio vehículo para así poder volver a casa cuando quisiera. Eso no me lo podéis impedir, dijo.

Pero te seguiremos hasta el pueblo, dijo Maggie. No vaya a ser que te pierdas por el camino.

Maggie, dijo Raymond, comienzo a sospechar que escondes una vena malvada. Antes no me había fijado.

No soy mala, dijo ella. Pero hace demasiado que trato con hombres para albergar ilusiones.

¿Lo oyes, Tom?

La he oído, dijo Guthrie. Cuando se pone así lo mejor es seguirle la corriente.

Supongo, dijo Raymond. Pero si continúa así terminará recordándome a una mula.

Salieron del sendero y la pista comarcal de grava hasta la carretera asfaltada, con los faros de ambas camionetas reluciendo en la oscuridad unos detrás de otros por los caballones de las cunetas. Después entraron en el pueblo y giraron al oeste por la US34. Delante del colmado se había producido un accidente y la patrulla los desvió. Cruzaron el pueblo y aparcaron en el atestado solar de grava del edificio de estuco blanco de la Legión Estadounidense, y bajaron y pagaron la entrada a una mujer sentada en un taburete a las puertas del bar y la sala de baile. Al fondo tocaba un grupo country. La música atronaba y la sala alargada y cargada de humo estaba repleta de gente que hacía cola de dos y de tres frente a la barra y ocupaba los reservados junto a las paredes, y todavía había más gente alrededor de las mesas plegables del enorme salón adjunto, cuyas puertas habían descornado. Hombres ataviados de vaqueros y mujeres con llamativos vestidos bailaban sobre la fina capa de serrín del suelo delante de los músicos.

Vamos, dijo Maggie. Seguidme.

Condujo a Raymond y Guthrie a un reservado oscuro del rincón del fondo que les había guardado una amiga del instituto. Ya era hora, dijo la mujer. No iba a poder guardaros el sitio mucho más.

Ya estamos aquí, dijo Maggie. Gracias. Ahora nos encargamos nosotros.

Se sentaron. Raymond echó una ojeada alrededor con asombro e interés mudos. Había otros rancheros y granjeros conocidos, que habían salido a bailar y divertirse el sábado por la noche, y un buen número de vecinos del pueblo. Se volvió a mirar al grupo musical y a la gente que bailaba en amplios corros en la pista. En ese momento apareció la camarera y pidieron las bebidas, después Guthrie y Maggie se levantaron a bailar una canción que a ella le gustaba. Mientras estaban en la pista la camarera sirvió las copas y Raymond pagó, y luego los músicos pararon a descansar y bajaron del escenario y Maggie y Guthrie volvieron a la mesa con aspecto sudoroso y acalorado y se sentaron enfrente de Raymond.

¿Has pagado tú?, preguntó Guthrie.

Sí. No pasa nada.

Todavía te debo una copa, dijo Maggie.

No se me olvida.

Bien. A mí tampoco.

Maggie echó un buen trago y luego se levantó y comentó que volvería enseguida. Que no se te escape, le dijo a Guthrie.

No se va a ir a ninguna parte, dijo Guthrie.

Los dos hombres bebieron y charlaron de ganado, y Guthrie fumó y Raymond le preguntó cómo les iba a los niños, y alrededor de ellos el movimiento y el ruido hacían que el salón bullera de vida.

Antes de que los músicos volvieran a empezar, Maggie regresó al reservado. La acompañaba una mujer que Raymond no conocía. Era baja, de mediana edad y con el pelo moreno y rizado, y llevaba un vestido verde brillante de llamativo estampado floral y mangas cortas que mostraban unos brazos carnosos. Raymond, dijo Maggie, quiero presentarte a alguien.

Raymond salió del reservado.

Te presento a mi amiga Rose Tyler, dijo Maggie. Y Rose, este es Raymond McPheron. Me parecía que iba siendo hora de que os conocierais.

Qué tal, dijo Rose.

Señora, dijo Raymond. Se estrecharon la mano y él miró hacia el reservado. ¿Te apetece sentarte con nosotros?

Gracias, dijo ella. Encantada.

Rose se sentó y Raymond se colocó a su lado en el borde del asiento. Maggie se sentó enfrente con Guthrie. Raymond apoyó las manos en la mesa. Luego las retiró y las dejó en el regazo. ¿Quieres algo de beber?, preguntó.

Estaría bien, dijo Rose.

¿Qué te apetece?

Un whisky sour.

Raymond se volvió y escudriñó el atestado salón de baile. Me pregunto qué hay que hacer para conseguir que vuelva la camarera, dijo.

El grupo tocaba un tema rápido y Maggie dio un codazo a Guthrie y los dos se levantaron.

¿Adónde vais?, preguntó Raymond. No pensaréis marcharos, ¿no?

Bah, volveremos, dijo Maggie, y se adentraron en la pista y Guthrie la hizo girar y se pusieron a bailar.

Raymond los observó. Se volvió hacia Rose. Quizá debería cambiarme de lado.

No es necesario, dijo ella.

Bueno. Dio un sorbo a la bebida y tragó. Lo siento, creo que no he oído hablar de ti. ¿Te molesta si pregunto?

Hace mucho que vivo en Holt, dijo Rose. Trabajo para Bienestar Social del condado de Holt. Asistencia social.

Sí. Pero ya no lo llamamos así. Me ocupo de personas que necesitan ayuda. Me adjudican una serie de casos y trato de ayudar a esa gente a enderezar sus vidas. Reparto cupones para comida y me ocupo de que mis clientes reciban asistencia médica, esas cosas.

Tiene que ser un trabajo duro.

Puede llegar a serlo. Pero ¿y tú?, dijo Rose. Sé que vives en el campo. Maggie me ha contado que tienes un rancho de ganado al sur del pueblo.

Sí, señora. Tenemos algunas cabezas.

¿De qué raza?

En su mayoría cruces de careto.

Creo que son esas negras con la cara blanca.

Correcto. Son esas.

Yo sí he oído hablar de ti, dijo ella. De ti y de tu hermano. Supongo que todo Holt ha oído hablar de dos hombres que vivían en el campo y acogieron a una chica embarazada.

Durante una temporada fue la comidilla del pueblo, supongo. A mí me daba igual. La gente hablaba. No entendía por qué se metían.

No. Le miró y le tocó un brazo. Lamento mucho la muerte de tu hermano. También me he enterado. Debe de haber sido muy duro.

Sí, señora. Ha sido bastante difícil.

Raymond miró hacia la pista de baile, pero no vio a Maggie ni a Guthrie. Por fin dijo: Me pregunto qué habrá sido de la camarera.

Bah, ya aparecerá, dijo Rose. ¿No te apetece bailar un poco mientras la esperamos?

¿Perdón?

A mí no me importaría.

Bueno, no, señora. Yo no bailo. No he bailado jamás.

Yo sí. Te enseñaré.

Me da miedo pisarte.

No serías el primero. ¿Lo intentas?

No te parecería mejor que sigamos aquí sentados...

Deja que te enseñe.

No sé, señora. Lo lamentarás.

Será problema mío. Probemos.

Bueno. Raymond se levantó y ella salió del reservado y le cogió de la mano y lo condujo a la pista de baile. La gente giraba en lo que a Raymond se le antojaba un alboroto violento y complicado. El grupo concluyó una canción agradecida con algún que otro aplauso, y luego se

arrancó con un ritmo lento de cuatro por cuatro. Raymond y Rose Tyler ocuparon el centro de la pista y ella le colocó una mano sobre la cintura sedosa de su vestido y apoyó una mano en el hombro de la camisa de lana de Raymond. Y ahora sígueme, dijo Rose Tyler. Le cogió la mano libre y dio un paso atrás, atrayéndolo hacia sí. Él dio un pasito. No te mires los pies, dijo ella.

¿Y qué miro?

Mira por encima de mi hombro. O podrías mirarme a mí.

Ella retrocedió y él la siguió. Ella volvió a retroceder y él la acompañó, despacio. ¿Sientes el ritmo?, preguntó Rose Tyler.

No, señora. No puedo pensar en el ritmo y en intentar no pisarte a la vez.

Escucha la música. Inténtalo. Rose Tyler comenzó a contar por lo bajo, mirándole a la cara, y él también la miró, a los labios. Raymond tenía una expresión concentrada, casi dolorida, y se mantenía alejado de ella, intentando no arrimarse demasiado. Se movieron despacio por la pista entre el resto de bailarines, mientras Rose seguía contando. Completaron una vuelta. Luego la canción terminó.

Muy bien, gracias, dijo Raymond. Ahora será mejor sentarse.

¿Por qué? Lo has hecho muy bien. ¿No has disfrutado?

No sé si lo llamaría disfrutar.

Ella sonrió. Eres un hombre encantador, dijo.

Eso tampoco lo sé.

El grupo comenzó a tocar otra vez. Oh, dijo ella. Un vals. Es un tres por cuatro.

Venga ya.

Rose se rio. Sí, claro que sí.

Si todavía no me había acostumbrado al otro. No sé nada de valeses. Será mejor que vaya a sentarme.

No. Solo tienes que contar en voz alta. Como antes. Si me dejas, te enseño.

Supongo que no puedo hacerlo peor.

Vuelve a cogerme, por favor.

¿Como antes?

Sí. Exactamente igual que antes.

Le rodeó la cintura con el brazo y ella empezó a contar en voz alta por él. Se movieron lentamente, un paso, dos pasos, deslizándose por la pista, fundidos en el gentío. Rose siguió moviéndolos a ambos.

Más tarde estaban sentados de nuevo en el reservado con Maggie Jones y Guthrie y todos habían tomado una segunda copa y estaban charlando cuando un hombre alto y gordo con una corbata

de bolo y traje vaquero marrón se acercó y le pidió un baile a Rose. Raymond la miró. Muy bien, dijo ella. Raymond se levantó y ella salió del reservado y el hombre la condujo a la pista de baile. Raymond los observó. El hombre sabía bailar y era de pies ligeros pese a su corpulencia, y la hizo girar y desaparecieron entre la muchedumbre de bailarines.

Supongo que podría irme a casa, dijo Raymond.

¿Y por qué ibas a marcharte?, preguntó Maggie.

Porque ya sé cómo acaba esto.

No, no lo sabes. Solo están bailando. Volverá.

No lo sé.

Se volvió hacia la pista al tiempo que Rose y el hombre pasaban por delante.

Espera y verás, dijo Maggie.

Entonces terminó la música y el hombre llevó de nuevo a Rose al reservado y le dio las gracias. Raymond se levantó para dejarla pasar y luego volvió a sentarse a su lado. Tenía perlas de sudor en las sienes y el pelo húmedo alrededor de la cara, las mejillas rojas y brillantes. ¿Me pides algo de beber, por favor?, dijo.

Hasta ahí llego, dijo Raymond. Llamó la atención de la camarera y pidió otra ronda y todos retomaron la conversación donde la habían dejado. Al cabo de un rato el hombre de la corbata de bolo volvió a pedirle un baile a Rose, pero ella rechazó la invitación, estaba bien como estaba.

Entonces Maggie y Guthrie fueron a la barra a saludar a unos conocidos. Raymond esperó a verlos hablando con aquella gente y luego se volvió hacia Rose. ¿Puedo preguntarte algo?

Si quieres, dijo Rose.

No sé ni cómo preguntarlo.

¿Qué quieres saber?

Bueno. Solo quiero que me digas ahora si tengo alguna oportunidad de verte de nuevo. Si tienes a otro escondido por ahí me gustaría saberlo para no hacer el ridículo.

Ella sonrió. ¿Escondido por ahí? ¿Dónde?

Donde sea.

No tengo a nadie escondido por ahí.

No.

No. ¿Eso significa que puede que me llames?

Sí, señora. Más o menos es eso.

¿Cuándo?

¿Qué tal alguna noche de la semana que viene? Podrías dejar que te invite a cenar.

Estaré encantada.

¿Sí?

Sí.

Entonces supongo que te llamaré.

Entonces supongo que estaré esperando.

Señora, yo también estaré esperando.

El baile terminó a medianoche y encendieron las luces de la pista, y los asistentes al baile de los bomberos se levantaron y subieron por las escaleras al aparcamiento. Raymond acompañó a Rose Tyler a su coche y le deseó buenas noches, luego puso rumbo a casa. Ya en el campo, el viento había parado y las estrellas cuajaban la bóveda de un cielo sin nubes. Cuando se apeó de la camioneta, la casa estaba a oscuras y Victoria, Katie y Del Gutierrez se habían acostado. En la cocina encendió la luz y sacó un vaso y bebió un poco de agua de pie junto a la ventana, mirando hacia el farol que iluminaba el resto de las edificaciones y la cuadra de los caballos y los corrales.

Entonces Victoria entró en la cocina en camión y bata. Tenía aspecto soñoliento.

¿Te he despertado?, dijo Raymond.

Te he oído.

Creía que no había hecho ruido.

¿Cómo ha ido? ¿Lo has pasado bien?

Sí.

¿Qué has hecho?

Bueno, he pasado casi todo el tiempo con Tom y Maggie y una tal Rose Tyler. ¿La conoces?

Creo que no.

Es muy agradable.

¿Qué aspecto tiene?

¿Qué aspecto tiene? Bueno, es morena. Y más o menos de tu tamaño, aunque no tan delgada.

¿Qué llevaba?

Creo que llevaba un vestido verde. Sedoso al tacto. Le sentaba bien.

¿Y habéis bailado?

Sí, señora. He bailado como un payaso. Me ha sacado ella.

¿Qué habéis bailado?

Bueno, entre otras cosas hemos bailado un vals.

No tengo ni idea de cómo se baila.

Basta con ir contando. Según Rose es un tres por cuatro.

Enséñame.

¿Ahora?

Sí.

Vale. La cogió de la mano y apoyó la de ella en su hombro.

Vamos. ¿Qué pasa?

Intento acordarme. Entonces empezó a contar y bailaron dos vueltas alrededor de la mesa de la cocina balanceándose despacio, el viejo con el pelo entrecano y tieso y la camisa de lana y los pantalones oscuros, y la chica de melena negra recién levantada de la cama con su bata azul.

Gracias, dijo Victoria cuando pararon.

Esta noche lo he pasado bien, dijo él.

Me alegro.

Y además sé otra cosa. Hay una jovencita que ha metido baza en este asunto.

Es posible que tenga algo que ver, admitió Victoria. Pero no con el baile. No sabía lo de Rose Tyler.

Raymond la besó en la frente. Pero no hagas nada más. Me gustaría pensar que soy capaz de dar el siguiente paso solo.

Un anochecer a mediados de semana Raymond fue a Holt en la camioneta. Se había afeitado y duchado y perfumado, y de nuevo vestía los pantalones oscuros y la camisa de lana azul y el sombrero Bailey blanco plateado. Cuando Rose lo invitó a entrar, Raymond echó un vistazo a las habitaciones delanteras de la casa, al mobiliario y las lámparas y los cuadros de las paredes. ¿Qué tal estás, Raymond?

Voy tirando, dijo él.

¿Nos vamos?

Sí, señora. Cuando estés lista.

Ya estoy lista.

¿Dónde te gustaría cenar?

Decide tú, dijo Rose.

Bien. ¿Qué te parece el Wagon Wheel Café?

Por mí, bien.

La acompañó a la camioneta y le abrió la portezuela y ella subió al asiento sujetándose la falda del vestido. Era una cálida noche primaveral y Rose llevaba un vestido de algodón ligero de color melocotón y un suéter fino verde claro.

Estás guapísima, dijo Raymond cuando dio la vuelta y subió a la cabina. Llevas un vestido precioso. Distinto del de la última vez.

Sí, dijo ella. Gracias. Tú también estás guapo, Raymond.

Bah. Yo no diría tanto.

¿Por qué no?

Mírame bien, señora.

Te estoy mirando, dijo Rose.

En el aparcamiento del Wagon Wheel Café, en la carretera al este del pueblo, había una gran cantidad de coches y camionetas, y cuando cruzaron la entrada del restaurante la gente esperaba de pie en grupos a que la sentaran. La recepcionista anotó el nombre de Raymond en la lista y calculó unos veinte minutos de espera.

¿Prefieres esperar fuera?, propuso Rose.

¿Se acordará de nosotros luego?

Seguro que sí.

Fuera, Rose se sentó en el murete de ladrillo de los arriates del restaurante. Seguía llegando gente del aparcamiento.

Debería haber reservado, dijo Raymond. No pensé que viniera tanta gente entre semana.

Es porque hace una noche muy agradable, dijo Rose. Por fin parece primavera.

Sí, señora. Pero no imaginaba tanta competencia.

Una pareja de mediana edad se paró a hablar con Rose, y ella dijo:

¿Conocéis a Raymond McPheron?

Qué tal, saludó el hombre.

Bastante bien. Y si consiguiera mesa para comer, estaría aún mejor.

¿Cuánto lleváis esperando?

Acabamos de llegar. Pero la recepcionista nos ha dicho que tenemos para veinte minutos.

Mejor que la espera merezca la pena, ¿no?

De todos modos espero en buena compañía, dijo Raymond.

Media hora después la recepcionista salió y llamó a Raymond y la siguieron hasta una mesa de la segunda sala, y él apartó la silla para Rose y luego se sentó enfrente. La mujer dejó las cartas en la mesa. Una camarera les atenderá enseguida, dijo.

Raymond miró las salas repletas. Vine aquí con Victoria hará un año más o menos, dijo. Con ella y con Katie. Pero no había vuelto desde entonces. Se me ocurrió este sitio porque Victoria y Del vinieron a cenar la semana pasada. Imposible saber cuándo nos atenderán.

¿Tienes prisa?, dijo Rose.

Él la miró por encima de la mesa y la vio sonriéndole. El pelo le brillaba bajo la luz y se había quitado el suéter. Tienes razón. Será mejor que hable de otra cosa.

¿No lo estás pasando bien?

No lo cambiaría por nada, dijo Raymond. Simplemente se ha hecho un poco tarde para cenar, nada más. Miró la hora. Son casi las siete y media.

No te gustaría nada Nueva York o París, ¿eh?

No me gustaría nada Fort Morgan.

Ella se rio. Vamos a relajarnos y pasarlo bien.

Sí, señora. Buena idea.

De hecho, la camarera acudió enseguida, una joven de rostro acalorado de tanto correr de un lado

para otro atendiendo las salas repletas. Rose y la chica se conocían. Una noche ajetreada, dijo Rose.

De locos para ser un miércoles, dijo la chica. Estoy a punto de volverme loca. ¿Os traigo algo de beber?

Rose pidió un vino de la casa y Raymond un botellín de cerveza y la chica se alejó a toda prisa.

Conoces a todo el mundo, dijo Raymond.

Bueno, a todo el mundo no. Pero a unos cuantos.

Mientras esperaban otra pareja se paró a hablar con Rose, luego la camarera les sirvió la bebida y ambos pidieron un bistec con patatas y ensalada, y luego Rose alzó la copa y brindó: Salud.

Que todo te vaya muy bien, dijo Raymond, y chocaron las copas y bebieron, Rose sonrió.

Lo mismo te deseo, Raymond.

Más tarde, una vez servidos los bistecs, un viejo de sombrero negro se acercó de camino a la salida y Raymond pudo presentarle a Rose a alguien que ella no conocía. Te presento a Bob Schramm, dijo Raymond. Esta es mi amiga Rose Tyler. Bob tiene una finca magnífica al norte de la ciudad.

Schramm se quitó el sombrero. No como la de los McPheron, dijo. ¿Qué tal, Raymond?

Bien, tirando.

Pues a seguir cuidándose. Un placer conocerla, señora.

Schramm volvió a calarse el sombrero y se marchó, y ellos siguieron charlando y pidieron otra ronda. Rose le contó a Raymond que tenía un hijo mayor que vivía en la cuenca occidental. Su marido había fallecido dos décadas atrás de un ataque al corazón a la edad de treinta años. Nadie lo esperaba, dijo Rose. No había tenido ningún aviso ni nadie de su familia había sufrido del corazón. Después Rose había criado a su hijo sola, y el chico había estudiado en la universidad de Boulder y ahora trabajaba de arquitecto en Glenwood Springs y tenía mujer y dos hijos pequeños. Los veo siempre que puedo, dijo Rose.

O sea que eres abuela, dijo él.

Sí. Qué afortunada.

Sí, señora. Yo también tengo suerte de tener a Victoria y Katie.

Conocí a la madre de Victoria, dijo Rose. Acudió una vez a Bienestar Social, pero no cumplía los requisitos.

Bueno, una vez vino a casa, dijo Raymond, no mucho después de nacer Katie. Se presentó una tarde sin avisar. Creo que con la intención de recuperar la relación con su hija, pero Victoria y ella no congeniaban. Victoria no quiso saber nada de ella. Yo no me metí, era asunto suyo. De todos modos, creo que la madre se volvió a Pueblo, de donde ella era oriunda. No tengo nada en

contra de la mujer. Pero pasamos una mala época.

Terminaron la cena y Raymond pidió la cuenta y pagó.

Deja que ponga la propina, dijo Rose.

No hace falta.

Ya lo sé. Pero lo prefiero.

Salieron y se encaminaron hacia la camioneta. Ahora el aparcamiento estaba medio vacío y soplabla una brisa suave. Raymond le abrió la portezuela y Rose subió.

¿Te importa que demos una vuelta por el campo?, pidió ella. Hace una noche preciosa.

Si te apetece...

Rose bajó la ventanilla y Raymond enfiló hacia el este por la carretera en la oscuridad de la noche, el aire fresco colándose por las ventanillas abiertas. Recorrieron unos quince kilómetros y luego Raymond se detuvo, dio marcha atrás, giró y puso rumbo de vuelta. En el pueblo las luces de la calle Main parecían más brillantes después de la oscuridad de la carretera a través de las llanuras. Paró delante de casa de Rose.

¿Quieres pasar?, dijo Rose.

No lo sé. No me manejo bien en casas ajenas.

Entra. Prepararé un café.

Raymond apagó el motor y rodeó la camioneta para abrirle la portezuela y entraron juntos en la casa. Mientras Rose iba a la cocina, él se sentó en un butacón tapizado de la salita y miró las fotografías, todo estaba limpio y ordenado. Rose entró en la sala y dijo: ¿Quieres el café con leche y azúcar?

No, gracias. Solo.

Rose trajo las tazas y le ofreció una. Se sentó en el sofá enfrente de Raymond.

Tienes una casa muy bonita, dijo él.

Gracias.

Bebieron café y charlaron un poco más. Finalmente, Raymond dio el último sorbo y se levantó. Hora de ir tirando para casa, dijo.

No tienes por qué irte todavía.

Será lo mejor.

Ella dejó la taza y se acercó a Raymond. Le cogió de la mano. Me gustaría besarte, dijo. ¿Me permites que te bese?

Mujer, yo...

Tendrás que agacharte. No soy muy alta.

Raymond inclinó la cabeza y ella le cogió la cara entre las manos y lo besó en la boca. Él

mantuvo los brazos a los costados. Cuando el beso terminó, Raymond se tocó los labios con los dedos.

¿No te gustaría pasar al dormitorio?, propuso Rose.

Él la miró sorprendido. Estás hablando con un viejo.

Sé cuántos años tienes.

Dudo de estar a la altura.

Vamos a descubrirlo.

Lo condujo al dormitorio y encendió la lamparilla que había junto a la cama. Luego se colocó enfrente de Raymond y le desabotonó la camisa de lana azul y se la quitó. Raymond era enjuto y nervudo, con una mata de canas en el pecho.

¿Me desabrochas el vestido?, dijo Roe. Se dio la vuelta.

No sé.

Sí sabes. Sé que sabes desabrochar botones.

De un vestido no.

Inténtalo.

Bueno. Supongo que es como contar los pasos de un vals, ¿no?

Rose se rio. ¿Ves? No es tan difícil. Has hecho una broma.

Bastante mala.

Comenzó a desabotonar torpemente el vestido de color melocotón. Rose esperó. Raymond tardó un rato. Pero ella no dijo nada y, cuando terminó, Rose se quitó el vestido y lo colgó del respaldo de una silla y se volvió de cara a Raymond. Las bragas también eran de color melocotón, y Rose estaba preciosa en ropa interior. Tenía los hombros redondeados y pecosos y los pechos generosos y las caderas anchas. ¿Y si te quitas las botas y los pantalones?

He llegado hasta aquí.

Eso es. Ya no puedes echarte atrás.

Terminaron de desvestirse y se metieron en la cama.

Una vez entre las sábanas, Raymond se sintió maravillado por la sensación de estar junto a Rose. No se parecía a ninguna experiencia anterior, estar con una mujer, desnudos ambos, con un cuerpo tan suave y cálido y carnoso y siendo ella de tan buen corazón. Rose se tumbó de cara a Raymond abrazándolo, y él deslizó una mano por el delicado montículo de su cadera, acariciando la zona más alta del muslo. Rose se acercó y lo besó. Cierra los ojos, dijo Rose. Intenta besarme con los ojos cerrados.

Sí, señora.

Ella volvió a besarlo. Mejor, ¿verdad?

También me gusta verte la cara. Verte entera.

Vaya. Qué amable. Vamos a pasarlo estupendamente.

La verdad es que ya estoy disfrutando.

¿Sí?

Sí, señora.

Aún hay más.

Más tarde Rose estaba apoyada en el brazo de Raymond y él dijo: Rose. Eres demasiado buena para un viejo como yo.

No eres tan viejo. Acabas de demostrarlo.

Vas a conseguir que me avergüence.

No hay motivos para avergonzarse. Estás sano. Y también eres muy bueno para mí. No hay muchos hombres como tú en Holt. Lo sé, los he buscado.

Raymond se fue de casa de Rose a medianoche y condujo de noche por la estrecha carretera asfaltada. En la llanura desarbolada se alegró de su suerte. Tenía a Victoria y Katie, y ahora lo que fuera que estaba empezando con esa generosa mujer, Rose Tyler. Condujo con las ventanillas bajadas y el aire nocturno entró en la camioneta y trajo con él el olor de la hierba verde y la salvia.

La primera noche de sábado de abril. Y DJ y su abuelo estaban en la taberna de la calle Main y aún no era tarde, solo las ocho y media. Había llegado el cheque de la pensión y el viejo quería su salida nocturna mensual.

Llevaban una hora en la taberna sentados a una mesa cerca de la pared con otros viejos. DJ estaba sentado detrás del abuelo, observando a la camarera rubia moverse arriba y abajo por la sala atestada y cargada de humo. No le había invitado a sentarse a la barra para hacer los deberes como la otra vez, aunque DJ había traído los ejercicios consigo con esa idea. Esta noche la camarera no le prestaba atención y se había limitado a sonreírle al servirle la taza de café solo. DJ se sentó y la observó, mientras escuchaba las anécdotas de los viejos.

Esta vez no llevaba la blusa escotada, sino una negra de manga larga que la cubría hasta el cuello. Aunque los vaqueros azules eran los mismos, con el agujero estudiado en el muslo que enseñaba la piel bronceada. Mientras la observaba se fijó en que cada vez que pasaba por delante de la barra un hombre se giraba en el taburete a mirarla y decirle algo. Dj tenía solo una idea muy vaga de lo que un adulto como aquel podría estar diciéndole. Había visto al hombre por las calles del pueblo, pero no sabía nada de él, ni siquiera el nombre. Parecía estar importunándola. La camarera rubia parecía cansada e infeliz y bastante molesta por los comentarios, y en cuanto pasó un par de veces por la barra dejó de responderle del todo, limitándose a atender la sala concurrida y ruidosa.

En la mesa uno de los viejos empezó a contar una historia sobre un abogado que vivía al otro lado de la frontera estatal en Gilbert, Nebraska, y que había desaparecido recientemente. Le debía doscientos cincuenta mil dólares al banco en préstamos, y dos semanas atrás había ido a casa a almorzar y solo había probado un bocado del sándwich de carne que le había servido su esposa, luego se había levantado y había salido por la puerta seguido de la mujer y se habían esfumado, sin cerrar la casa con llave ni acabarse el sándwich. La cafetera seguía enchufada y la silla apartada de la mesa, como si hubieran decidido marcharse de repente y no pudieran esperar un minuto más. Todo el pueblo estaba desconcertado. Salvo, tal vez, los banqueros. En Gilbert, Nebraska, nadie había vuelto a verlos ni a saber de ellos.

Apuesto a que se largaron a Denver, dijo uno de los viejos.

Quizá. Pero los han buscado en Denver. Los han buscado por todas partes. Los han buscado en Omaha.

Pues se habrán escapado al sur. Probablemente será uno de esos trabajadores del Wal-Mart que te saludan al entrar. ¿Era mayor?

Bastante.

Es lo que haría un abogado viejo. Eso sería perfecto para un abogado mayor. Deberían buscarlo en algún Wal-Mart del sur.

Los viejos siguieron charlando y al cabo de media hora DJ se levantó y sorteó las mesas en dirección a los servicios del fondo de la taberna, pasadas las mesas de billar y los reservados. Entró en uno de los cubículos y leyó las pintadas y usó el váter. Después, estaba lavándose las manos cuando entró el hombre de la barra. Se tambaleaba y le brillaban los ojos. ¿Qué haces aquí, cabroncete?

Lavarme las manos.

¿Es que no has leído el cartel de la puerta? Este es el lavabo de hombres, no el de niños. Largo.

DJ lo miró y se marchó y se sentó detrás del abuelo. Tenía la cara roja y acalorada. Buscó a la camarera. Estaba en la sala atendiendo una mesa, de espaldas a él, con la melena rubia destacándose sobre la blusa negra. DJ abrió los deberes e hizo una página. Le ardía la cara y no paraba de pensar en lo que debería haber dicho o hecho en el lavabo.

Cuando volvió a levantar la vista a los quince minutos vio que el tipo estaba molestando otra vez a la camarera. Sin pensarlo, se levantó de la silla y se dirigió a la barra. El hombre la había agarrado de la muñeca y le hablaba con voz baja y maliciosa.

Basta, dijo DJ. Le harás daño.

¿Qué?, dijo el hombre. Menudo hijo de puta, el niño. Le dio un bofetón en la nariz y los ojos que lo mandó contra la mesa de detrás, y los vasos y los ceniceros cayeron al suelo.

Qué coño, dijo uno de los hombres de la mesa. ¿Qué haces, Hoyt?

El niño se enderezó y se abalanzó hacia él con la cabeza baja, pero el hombre volvió a pegarle y DJ cayó contra una silla vacía y la derribó.

Basta, gritó el encargado. Joder, Raines, para ya.

El abuelo del niño acudió corriendo y agarró a Hoyt de la camisa. Yo sé tratar con tipejos como tú, dijo.

Te voy a machacar, dijo Hoyt Raines. Suéltame.

Comenzaron a pelear. Hoyt golpeó la cabeza canosa del viejo y giraron juntos y de repente la camarera alargó la mano y agarró un puñado de pelo de Hoyt. La cabeza retrocedió de un tirón y

Hoyt puso los ojos en blanco y dio media vuelta con el viejo todavía aferrado a él y sujetó a la mujer por el cuello y la lanzó contra la barra. La blusa se rasgó, dejando a la vista los pechos en un revelador sostén rosa, y la mujer se zafó y se tapó con la blusa. Luego el niño cogió una botella de la barra y se la rompió a Hoyt Raines en la cara. La botella le abrió la sien y la oreja y Hoyt cayó de lado, le fallaron las rodillas, pero se enderezó y se dobló hacia delante, sangrando por un lado de la cara. El niño esperó a ver qué más podía hacer. Agarró la botella rota como si estuviera dispuesto a clavársela si el otro contraatacaba.

Pero el encargado salió corriendo de detrás de la barra y arrastró a Hoyt por los brazos hasta la acera con ayuda de un par de clientes. Cuando se revolvió y trató de abrirse paso para volver dentro, lo apartaron de un empujón y aterrizó en el capó de uno de los coches aparcados junto a la acera y allí se quedó despatarrado. Tenía cortes en la cara y le sangraba la oreja, la sangre le resbalaba por el cuello. Se incorporó jadeando, resollando. Empezó a insultarlos.

Largo de aquí, dijo el encargado. No vas a volver a entrar. Venga. Empujó a Hoyt.

Que te den, dijo Hoyt. Se irguió fulminándolos con la mirada, trastabillando. Que os den a todos.

El encargado volvió a empujarlo y Hoyt retrocedió dando un traspié y cayó de culo en la alcantarilla. Miró a su alrededor, luego se levantó y se alejó dando tumbos por en medio de la calle Main entre el tráfico de un sábado por la noche. Los coches lo esquivaban, pitando, los que iban dentro, chicos de secundaria, le gritaban, le silbaban, lo abucheaban, y él los maldecía, dedicando gestos obscenos a cada coche que pasaba. Siguió haciendo esos. Luego giró por una bocacalle y entró tambaleándose en el callejón. A mitad del mismo se detuvo y se apoyó en la pared de ladrillo de una de las tiendas. Pasó un coche patrulla por la calle. Hoyt se agazapó tras un contenedor de basura. Le goteaba sangre de la oreja, agachado en la oscuridad. Consiguió encenderse un cigarrillo y lo protegió ahuecando la mano. Luego se levantó y meó en la pared de ladrillo de la tienda y se alejó entre las sombras, rumbo a la calle. Al no ver el coche patrulla giró hacia Detroit.

Dentro de la taberna la camarera había corrido a los lavabos aguantándose la blusa y los hombres estaban atendiendo al viejo, que se había golpeado la cabeza contra una de las mesas y estaba sentado en el suelo en una postura extraña. Tenía un bulto encima de la oreja y balbuceaba sin parar. Lo pusieron en pie y uno de los hombres le dio unas palmaditas en la espalda a DJ, felicitándole por lo que había hecho, pero el niño se zafó de la mano del hombre.

¡Dejadnos en paz!, chilló. ¡Todos! ¡Dejadnos en paz! Se encaró al corro de hombres. Al borde de las lágrimas. ¡Dejadnos en paz de una vez!

Pero ¿qué demonios?, dijo uno de los hombres. Si solo intentamos ayudar, pequeño cabrón.

No necesitamos ayuda. Dejados en paz.

Cogió a su abuelo del brazo y lo condujo de vuelta a la mesa. Tenemos que irnos a casa, dijo. Ayudó al viejo a ponerse el abrigo y se puso el suyo y recogió los deberes y salieron a la calle.

Recorrieron la acera por delante de las tiendas a oscuras. Los coches pasaban de largo por la calzada. Al otro lado de las vías giraron hacia su tranquilo vecindario y siguieron hasta la casa pequeña y oscura. Acostó al abuelo en la habitación del fondo, le ayudó a quitarse el peto y la camisa de faena y a arroparse con las mantas. El viejo se tumbó con los calzones largos y cerró los ojos.

¿Estarás bien, abuelo?

El viejo abrió un ojo y lo miró. Sí. Acuéstate.

DJ apagó la luz y fue a su cuarto. Una vez desnudo rompió a llorar. Se tumbó en la cama, golpeando la almohada a oscuras. Mierda, sollozó. Mierda.

Al rato se levantó y se vistió otra vez y fue al otro dormitorio a comprobar cómo estaba el abuelo, luego salió a vagar por las calles de noche. Cruzó las vías del tren y se adentró en el sur de Holt, por las aceras de sombras alargadas frente a las casas silenciosas.

Era tarde pero aún no medianoche cuando Raymond salió de casa de Rose para subirse a la camioneta. Habían vuelto al Wagon Wheel Café a cenar y esta vez el restaurante estaba todavía más concurrido, pero no importó, pasaron un buen rato, y después habían ido a casa de Rose, habían tomado café y habían hecho el amor. Ahora Raymond volvía a casa. Era una agradable noche primaveral y se sentía satisfecho, más afortunado de lo que sabría explicar. Arrancó y se puso a pensar cariñosamente en Rose, y entonces, al llegar a la esquina, vio a un niño a punto de cruzar la calle. Raymond aminoró y el niño permaneció plantado debajo del semáforo esperando a que pasara. Vio quién era y paró. ¿Eres tú, hijo?

El niño no respondió.

DJ, ¿no?

Sí, soy yo.

Siguió de pie en el bordillo, con las manos en los bolsillos del abrigo.

¿Qué estás haciendo?, preguntó Raymond. ¿Te encuentras bien?

Sí, estoy bien.

¿Adónde vas?

He salido a pasear.

Bueno. Raymond lo miró. ¿Por qué no subes y te llevo a casa? Es tarde.

Todavía no quiero ir a casa.

Ya. Raymond lo escrutó. Puedes subir y damos una vuelta.

Seguro que tiene que ir a algún sitio.

No me esperan en ninguna parte, hijo. Y agradecería un poco de compañía. Por qué no subes.

El niño se quedó mirándolo. Miró a la calle. La contempló un rato. Raymond esperó. Luego el niño pasó por delante de la camioneta y subió por el lado del acompañante.

Así que has salido a pasear, ¿eh? A que te dé un poco el aire.

Sí, señor.

Bueno, hace muy buena noche para pasear.

Raymond arrancó y condujo por el vecindario a oscuras hacia Main y viró al sur entre los coches de estudiantes, por delante de los comercios cerrados y del cine, que acababa de terminar sus sesiones. Cuando pasaron frente a la taberna el niño se quedó mirando la fachada y luego se giró para seguir mirando por la ventanilla trasera. En la carretera Raymond se dirigió al oeste y

pasó de largo la Legión y el Shattuck's Café, con gente sentada en los coches aparcados bajo la larga marquesina de zinc, y luego fuera del pueblo.

¿Te importa que conduzca sin rumbo?, pregunto Raymond. ¿Te parece bien?

Sí, señor.

A mí también. Baja la ventanilla si quieres más aire.

El niño la bajó y siguieron circulando. Los faroles de las granjas asomaban dispersos más allá de los negros campos y cada kilómetro y medio un camino de grava cruzaba hacia el norte y el sur y en los arceles brotaban las primeras hierbas primaverales. Un conejo cruzó como un rayo la carretera, dirigiéndose raudo hacia las hierbas, con el reluciente rabo blanco zigzagueando.

Raymond echó un vistazo al niño. ¿Qué crees que lo habrá espantado?

Ni idea.

El niño miraba al frente.

¿Te preocupa algo, hijo? Pareces un poco alterado.

Tal vez.

Pues lo parece. ¿Te importaría contarme qué ocurre?

No sé.

Como quieras. Pero si te apetece, estoy dispuesto a escuchar.

El niño se volvió a mirar por la ventanilla lateral, los faros iluminaban la oscura carretera. Entonces, de repente, comenzó a hablar. Las palabras brotaron de él, palabras sobre la pelea en la taberna y el hombre que había hecho daño a la camarera y a su abuelo. Y lloraba. Raymond siguió conduciendo y el niño siguió llorando y hablando. Al cabo de un rato paró, se diría que agotado. Se secó la cara.

¿Eso es todo?, preguntó Raymond. ¿Quieres contarme algo más?

No.

¿Te ha hecho daño?

A mí no. A la chica y al abuelo.

Pero están los dos bien. ¿Verdad?

Supongo.

¿Y él? ¿Está herido?

Sangraba.

¿Por donde le has atizado con la botella?

Sí, señor.

¿Era muy grave?

No lo sé. Tenía unos buenos cortes en la cara.

Bueno. Es probable que ya esté bien, ¿no crees?

No sé si estará bien o no.

Raymond siguió conduciendo sin rumbo, luego regresaron al pueblo. En el Shattuck's Café aparcaron bajo la marquesina de zinc y, sin preguntar, Raymond pidió una hamburguesa y un café solo para cada uno y luego se volvió a mirar al niño.

¿Crees que intentará haceros algo más a ti o a tu abuelo?

Ni siquiera sé quién es.

¿Qué aspecto tenía?

Bastante alto. Moreno.

Podría ser cualquiera.

Le llamaron Hoyt o algo parecido.

Ah, dijo Raymond. Hoyt Raines. Sé quién es. No te acerques a él.

No quiero que haga daño a la mujer.

Dudo que vuelva a intentarlo. ¿Lo echaron?

Sí.

Entonces es probable que no lo dejen volver a entrar. Pero si vuelve a molestarte dímelo. ¿Me lo prometes?

Sí, señor.

Muy bien.

Terminaron las hamburguesas y el café y vino una chica a retirar las bandejas.

¿Ya estás listo para volver a casa?

Sí.

Raymond regresó a la carretera y cruzó el pueblo y paró frente a la casita donde había dejado al niño y a su abuelo meses atrás. El niño se dispuso a bajar.

Hijo, dijo Raymond. Estaba pensando... ¿Qué te parecería echarme una mano? No me vendría mal una ayudita los fines de semana.

¿Haciendo qué?

Lo que haga falta. Trabajar en el rancho.

Supongo que podría.

Te llamaré. ¿Qué tal el próximo fin de semana? ¿Te va bien el sábado que viene?

Me va bien.

Tendrás que madrugar.

¿A qué hora?

A las cinco y media. ¿Crees que podrás hacerlo?

Sí, señor. Siempre madrugo.

Muy bien. Cuídate. Duerme un poco. Te llamaré la semana que viene.

El niño bajó y se encaminó hacia la casa. Raymond se quedó vigilando hasta que cerró la puerta y luego puso rumbo a su rancho. Condujo hacia el sur, y para cuando giró por la carretera hacia la pista de grava estaba pensando de nuevo en Rose Tyler.

Luther y Betty Wallace se despertaron de golpe al oír que alguien aporreaba la puerta. ¿Quién anda ahí?, preguntó Luther.

Es Donna, dijo Betty. Ha vuelto con nosotros.

A lo mejor no es ella, dijo Luther.

Betty salió de la cama y gritó: Ya voy, Donna, cariño.

Cruzaron a toda prisa el pasillo, Luther en calzoncillos, Betty con el ajado camisón amarillo, y cuando Luther abrió la puerta Hoyt Raines lo empujó para entrar.

¡No!, gritó Betty. No puedes estar aquí. Vete.

Calla, dijo Hoyt. Se plantó delante de los dos, con la cara iracunda y ensangrentada, la oreja todavía goteando un poco y los ojos vidriosos. Os guste o no vais a tener que ayudarme. Esos hijos de puta de la taberna...

Vete ahora mismo, dijo Luther. Vete.

Maldito seas, dijo Hoyt. Golpeó a Luther en el pecho y este trastabilló y cayó de culo en el sofá. No tengo a donde ir, dijo Hoyt.

Aquí no puedes quedarte, dijo Betty. No lo permitirán.

Que te calles. Hoyt la agarró del brazo y la lanzó al sofá con su marido. Ahí quietos, ordenó. Y cerrad la puta boca.

Se dirigió al fregadero de la cocina y hundió la cabeza debajo del grifo, empapándose, la sangre de la cara resbalando sobre los platos sucios, y luego Hoyt se levantó sin ver, con el pelo aplastado chorreando, y cogió un trapo para secarse la cabeza y el cuello. Luther y Betty seguían sentados en el sofá, observándole.

Bueno, pues ya me habéis oído. Esta noche duermo aquí.

No puedes, dijo Betty.

Que te calles, digo. Por amor de Dios, cierra el pico. La fulminó con la mirada. No será mucho tiempo. Solo esta noche. Puede que dos. Aún no lo sé. Y ahora volved al dormitorio y quedaos allí calladitos.

¿Qué vas a hacer?, dijo Luther.

Meterme en el cuarto del fondo. Y escúchame bien: como intentes avisar a alguien, te mato. Si llamas por teléfono me enteraré. Los miró fijamente. ¿Me habéis oído?

Ellos lo miraron.

Que si os habéis enterado.

No podemos hablar, dijo Luther. Acabas de mandarnos callar.

Pues ahora digo que podéis hablar. ¿Habéis entendido lo que pasará si tratáis de avisar a alguien?

Sí.

¿Qué acabo de decir?

Has dicho que nos matarías.

Que no se os olvide, dijo Hoyt. Y ahora, arriba.

Los arreó hasta el dormitorio y cerró la puerta, luego siguió por el pasillo hasta la última habitación. Cuando abrió la puerta Joey Rae estaba sentada en camisón en la cama, tapándose la boca con una mano. Hoyt cruzó el cuarto y la levantó, y cuando la niña rompió a gritar le dio una bofetada. Basta, ordenó. La sacó al pasillo y la metió en el cuarto de al lado, donde Richie esperaba agachado en el suelo en pijama, a oscuras, como preparado para echar a correr. Pero al ver a Hoyt con su hermana perdió el control de su cuerpo. De pronto, la parte delantera del pijama se empapó.

Estúpido hijo de puta, dijo Hoyt. Empujó a Joy Rae y levantó al niño agarrándolo del brazo. Mírate. Lo abofeteó. El niño se le resbaló de las manos y cayó sobre la moqueta mojada.

Quítate esa mierda de pantalones. Quítate los.

El niño gimoteó y se quitó los pantalones empapados. Luego Hoyt se sacó el cinturón y comenzó a azotarlo. El niño chilló, retorciéndose en el suelo, pateando con las piernecillas desnudas, tratando de atrapar el cinturón con las manos. Su hermana también se echó a gritar y Hoyt se volvió y la agarró del camisón, se lo levantó y empezó a azotarle en las piernas y los costados. Parecía enloquecido, fustigándolos con una furia indiscriminada, con el rostro desencajado por la ira y el alcohol, su brazo subiendo y bajando, azotándolos, hasta que Luther apareció en el umbral. Basta, gritó Luther. No puedes hacer eso, para. Hoyt dio media vuelta y se dirigió hacia él y Luther retrocedió y Hoyt le soltó un latigazo en el cuello y Luther aulló y huyó gritando por el pasillo. Entonces Hoyt se volvió hacia los niños y siguió azotándolos hasta terminar sudoroso y sin aliento. Al final dio un portazo y regresó al dormitorio de Joey Rae al fondo del pasillo.

A la mañana siguiente Hoyt sentó a Luther, Betty, Joy Rae y Richie en el sofá del salón. Encendió el televisor y corrió las pesadas cortinas. La luz de la tele parpadeaba en la penumbra de la sala.

A mediodía le dijo a Betty que sacara algo de comer y, en cuanto calentó la pizza congelada, los mandó sentar a la mesa de la cocina. Nadie abrió la boca y solo Hoyt se hartó a comer.

Después de la silenciosa comida los obligó a volver al salón, donde podía vigilarlos.

Tan solo una vez en toda la tarde pasó un coche y se detuvo en la calle Detroit. Cuando Hoyt oyó cerrarse la portezuela atisbó entre las cortinas. Un ayudante del sheriff se acercaba por el sendero, luego llamó a la puerta de la caravana y Hoyt maldijo entre dientes. Ordenó por gestos a Betty y los niños que regresaran a sus cuartos y a Luther que abriera la puerta. Deshazte de él. Y que no se te olvide lo que ya sabes.

Luther salió al porche y habló con el agente y respondió algunas preguntas con su lentitud habitual. Al final el policía se marchó y Luther entró y cerró la puerta. Hoyt salió al pasillo y atisbó entre las cortinas para observar cómo se alejaba el coche. Luego volvió a sentarlos a todos en el sofá a ver la tele. Por la noche los mandó acostarse y así pasó la segunda noche en la caravana.

A la mañana siguiente, en el gris amanecer, Hoyt había desaparecido. Salieron de los dormitorios y descubrieron que se había esfumado sin hacer el menor ruido.

Al alba Hoyt había cruzado el pueblo hasta la casa de Elton Chatfield. Había esperado en la acera junto a la vieja camioneta de Elton a que él saliera, y luego habían ido juntos a la nave de engorde al este de Holt. Allí entró en el despacho y se plantó ante el escritorio donde el encargado hablaba por teléfono con un comprador de ganado. Este lo miró, frunció el ceño y continuó hablando. Al rato colgó. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en los corrales.

Lo dejo, dijo Hoyt.

¿Cómo que lo dejas?

He venido a por la paga.

Venga ya.

Me debes dos semanas. Las quiero ahora.

El encargado se echó el sombrero hacia atrás. No avisas con mucho tiempo, ¿no? Sacó un talonario de un cajón de en medio y comenzó a escribir.

En metálico, dijo Hoyt.

¿Qué?

Lo quiero en efectivo. No quiero un cheque.

No fastidies. ¿Esperas que te pague en metálico un lunes por la mañana?

Exactamente.

¿Y si no tengo?

Aceptaré lo que tengas.

Escudriñó a Hoyt con atención. ¿De qué estás huyendo, Hoyt?

No es asunto tuyo.

¿Te persigue una mujer? Sacó la cartera y los cuatro billetes que contenía y los arrojó a la mesa. Largo.

Hoyt se guardó los billetes en el bolsillo. ¿No me acercaría en coche a la carretera?

¿Quieres que te lleve en coche?

Quiero llegar a la carretera.

Pues entonces ya puedes echar a andar. No te llevaría ni a una puñetera pelea de perros. Lárgate de una puta vez.

Hoyt esperó un momento, mirándolo, pensando en si debía decir algo, luego dio media vuelta y salió de la oficina hacia el patio cercado. Ya no hacía tanto frío, el sol estaba más alto, el cielo estaba absolutamente despejado y azul. Pasó de largo frente a los patios del ganado, donde las gordas reses se alimentaban en los comederos de las cercas, y se dirigió al camino de grava rumbo al sur, hacia la carretera, a tres kilómetros de allí. Rastrojos de maíz bordeaban el camino, y cuando se acercaba algunos pajarillos levantaban el vuelo desde las cunetas, trinando. Un faisán cacareó entre los rastrojos. Cuando alcanzó la carretera se plantó en el arcén, apoyado en un poste, a esperar a que alguien lo recogiera.

Media hora después un hombre en una camioneta Ford azul paró. El conductor se estiró para bajar la ventanilla. ¿Adónde vas?

Denver, dijo Hoyt.

Pues sube. Puedes venir un trecho conmigo.

Hoyt subió y cerró la portezuela y arrancaron en dirección oeste hacia el pueblo. El hombre le echó un vistazo. ¿Qué te ha pasado en la cara?

¿Dónde?

En la oreja derecha.

Iba despistado y me la enganché en la rama de un árbol.

Vaya. Hay que andar con ojo.

Siguieron conduciendo y cruzaron Holt y continuaron hacia el oeste por la US34. La carretera se extendía ante ellos, flanqueada por cunetas no muy profundas. Por encima de estas, las vallas alambradas bordeaban los prados del terreno llano y arenoso y, en lo alto, los postes de las líneas telefónicas se alzaban del suelo como árboles truncados unidos por cable negro. Hoyt cruzó Norka en la camioneta hasta llegar a Brush. Luego consiguió otro conductor y siguió viajando, camino del oeste en una mañana de lunes primaveral.

Esa mañana, en la escuela, los descubrieron casi de inmediato. Una de las niñas de la clase de quinto de Joy Rae, una niña que se había interesado brevemente por ella cuando unas semanas atrás se presentó en la escuela con los labios pintados, se acercó silenciosamente al frente del aula a primera hora y se dirigió a la maestra en una voz que era poco más que un susurro. La maestra le dijo desde su mesa: Ven aquí, no te oigo. ¿Qué quieres?

La niña se inclinó junto a la cabeza de la mujer y le susurró al oído. La maestra la observó fijamente y luego se volvió hacia la clase para mirar a Joy Rae. Joy Rae estaba encorvada sobre el pupitre. Vuelve a tu sitio, dijo la maestra.

La niña regresó a su pupitre en el centro del aula y la maestra se levantó y caminó como en una inspección rutinaria entre las filas de colegiales y se paró cerca de Joy Rae, y entonces se quedó sin respiración, llevándose una mano a la boca, pero enseguida se recuperó y sacó a Joy Rae al pasillo y la acompañó a enfermería.

Llamaron al niñito, a su hermano.

Luego, como la otra vez, en contra de su voluntad y pese a sus protestas, la enfermera los examinó. Bajó los pantalones del niño, subió el vestido de la niña, y al ver lo que vio exclamó con rabia: Jesús, Señor, no tienes piedad, y fue en busca del director, quien echó un vistazo y regresó a su despacho y telefoneó a la oficina del sheriff en los juzgados y luego a Rose Tyler en el departamento de Bienestar Social del condado de Holt.

Interrogaron a los niños por separado. Les sacaron fotografías y grabaron sus comentarios. Los dos contaron lo mismo. No había pasado nada. Estaban fuera jugando en el callejón y se habían magullado las piernas.

Cielo, dijo Rose, no me mientas. No tienes que mentir por él. ¿Te ha amenazado?

Nos arañamos con los arbustos, dijo la niña.

Su hermano esperaba en el pasillo detrás de la puerta y ella estaba de pie delante del catre de la enfermería, sus manos retorciendo la cinturilla del fino vestido y los ojos llenos de lágrimas. Tenía la cara roja y desesperada. Rose y el ayudante del sheriff estaba sentados enfrente, observándola.

¿Con qué os amenazó?, preguntó el agente.

No nos ha hecho nada. La niña se secó los ojos y los miró. Ha sido en los arbustos.

Está bien, cielo, dijo Rose. Da igual. Ya lo sabemos. No tienes que decir nada más. Rodeó a la niña con el brazo. No tienes que mentir para proteger a nadie.

La niña se zafó con brusquedad. No me toque, dijo.

Nadie va a hacerte daño, cielo.

Nadie puede tocarme.

El ayudante del sheriff miró a Rose y Rose asintió, y el policía se dirigió al despacho del director y llamó al juez de guardia y consiguió una custodia verbal de urgencia. Luego telefoneó a Luther y Betty. Les pidió que permanecieran en la caravana, iría a verlos en unos minutos. Luego volvió a la enfermería, donde Rose estaba sentada ahora con los dos críos, abrazándolos, hablándoles con calma. El agente le indicó que saliera al pasillo, y ambos se colocaron bajo los coloridos dibujos de los colegiales pegados en la pared alicatada y debatieron en voz baja lo que debían hacer a continuación. Rose llevaría a los niños al hospital para que los examinara el médico mientras él se acercaba a la caravana para hablar con Luther y Betty. Después volverían a reunirse para decidir qué hacer.

El ayudante del sheriff cruzó el pueblo hasta la calle Detroit y aparcó y se apeó y se paró un momento a contemplar la caravana. El sol primaveral parecía brillar en exceso contra el lateral descolorido y el tejado combado, el porche de tablones, las ventanas sucias. En el patio la espiguilla y el té de Jersey habían empezado a brotar de la tierra pálida. Cuando subió al porche Luther lo invitó a entrar.

Se sentó en el salón de cara al sofá desde donde Luther y Betty lo observaban hablar, analizando los gestos de su boca como si fuera un predicador pronunciando sentencias eternas o el mismísimo juez del condado impartiendo justicia. Empezó a sentirse mal. Decidió abreviar al máximo. Les contó que ya sabían lo de los niños, lo que les habían hecho y cuándo y quién había sido.

La cara marcada de Betty se desmoronó. No le queríamos en casa. Le dijimos que no podía entrar.

Deberían habernos avisado.

Iba a matarnos, dijo Luther.

¿Eso les dijo?

Sí, señor. Es lo que dijo. Y no bromeaba.

Pero ahora es demasiado tarde, ¿verdad? Ya ha pegado a los niños. ¿Tienen la menor idea de adónde puede haber ido?

No, señor.

¿Ni idea?

Cuando nos hemos despertado esta mañana ya se había marchado.

Y no comentó nada acerca de a donde podría ir.

No nos dijo nada de lo que tenía pensado.

Salvo que iba a matarnos, dijo Betty.

El ayudante del sheriff echó un vistazo a la habitación, luego volvió a hablar. ¿Todavía estaba aquí ayer por la tarde cuando vinieron de la oficina del sheriff?

Estaba ahí, en el pasillo, dijo Luther. Esperando y escuchando.

¿Estaba aquí?

Sí, señor.

Bueno, lo encontraremos. No puede desaparecer para siempre.

Pero, dijo Betty, ¿dónde están nuestros hijos, señor?

El agente la miró. Estaba hundida en el sofá, con las manos en el regazo del vestido y los ojos enrojecidos de llorar. La señora Tyler los ha llevado al médico, respondió el policía. Tenemos que saber el alcance de los daños que les ha hecho su tío.

¿Cuándo nos dejarán verlos?

Eso depende de la señora Tyler. Pero no podrán volver a casa. Lo comprenden, ¿verdad? No podrán vivir aquí. Se celebrará una vista, probablemente el miércoles.

¿Qué quiere decir?

Señora, el juez ha emitido una orden de custodia urgente y sus hijos irán a un hogar de acogida. Todo esto se tratará en la vista antes de cuarenta y ocho horas.

Betty se quedó mirándolo. De pronto echó la cabeza atrás y aulló. ¡Me quitan a mis hijos! ¡Lo sabía! Empezó a tirarse del pelo y a arañarse la cara. Luther se inclinó e intentó sujetarle las manos, pero ella lo apartó de un empujón. El ayudante del sheriff se acercó y se agachó. Señora, dijo. Le agarró las manos. Pare. No va a servirle de nada. Ni a usted ni a nadie.

Betty negó con la cabeza, con la mirada desorbitada, y continuó aullando al aire cargado y pestilente.

Rose sacó a los niños del colegio y los llevó en coche al hospital y el médico los examinó en la sala de urgencias. Las laceraciones eran graves, pero no había huesos rotos. Aplicó un ungüento antiséptico en los cortes y verdugones y vendó los peores.

Después Rose se los llevó a su casa y les dio de comer, luego los llevó a las oficinas de Bienestar Social del juzgado y los sentó a una mesa de la sala de entrevistas con varias revistas para que se entretuvieran mientras ella iba a su despacho en la puerta de al lado. Allí habló por teléfono con el ayudante del sheriff y luego llamó a tres hogares de acogida distintos y al final

encontró plaza en uno al oeste de Holt donde vivía una mujer de cincuenta años que ya cuidaba de otros dos niños. Volvió a la sala de entrevistas y les contó a Joy Rae y Richie lo que iba a pasar. Primero pasaremos por vuestra casa a recoger algo de ropa, dijo. Veréis un momento a vuestros padres. ¿Os parece bien?

Los niños la miraron con expresión grave y no dijeron nada. Parecían haberse retirado a un lugar inaccesible.

Los llevó en el coche a la caravana de la calle Detroit y entró con ellos. Betty estaba algo más tranquila pero con arañazos rojos en las mejillas, como las escoriaciones producidas por el ataque de algún animal. Los niños fueron a sus dormitorios y metieron varias mudas de ropa en una bolsa de la compra y Betty los siguió acariciándolos y susurrándoles y llorándoles mientras Luther permanecía de pie en la salita con la vista en el pasillo, esperando, como si un golpe repentino lo hubiera dejado aturdido.

Cuando salieron al coche Betty y Luther los siguieron afuera, y cuando el coche arrancó Betty trotó a su lado, con la cara pegada a la ventanilla, llorando y gimiendo, gritando: Nos veremos pronto. Nos veremos mañana mismo.

¡Mamá!, chilló Richie.

Joy Rae se tapó la cara con las manos y Luther avanzó pesadamente con Betty hasta que el coche aceleró y se perdió de vista al doblar la esquina. Se quedaron en la calle vacía, mirando al punto por donde había desaparecido el coche, mirando a la nada.

En la zona oeste del pueblo la mujer los invitó a entrar. Era alta y delgada y llevaba un delantal floreado y hablaba con energía. Voy a tener que aprenderme vuestros nombres, dijo. Creo que os gustará vivir conmigo. A que sí. Espero que sí. Como mínimo, lo intentaremos. Vamos, os enseñaré la casa. Soy de la opinión de que lo primero que quiere uno es saber dónde están las cosas. Así te sientes mejor.

Rose esperó en el salón mientras la mujer enseñaba la casa a los niños, empezando por los dormitorios que ocuparían y siguiendo por el baño y el cuarto de los otros niños. Después volvieron y Rose les expuso lo que debía esperar de los próximos días. Los abrazó antes de marcharse y les dijo que la telefonaran si necesitaban cualquier cosa, les apuntó el número de su casa y el de la oficina en un papelito y se lo dio a Joy Rae.

El martes se celebraron varias reuniones y entrevistas.

Luther y Betty se reunieron en el juzgado durante una hora con un abogado que les había asignado el juzgado.

Los dos niños fueron entrevistados en el hogar de acogida por su tutor *ad litem*, un joven abogado designado para actuar en su nombre y representar sus intereses. El joven escuchó la versión de los niños y tomó notas, y ese día no fueron al colegio sino que se quedaron en casa de la mujer.

El fiscal del condado se reunió con Rose Tyler y el ayudante del sheriff en el despacho de la primera y preparó una demanda por abandono de menores, que presentaría en el juzgado.

Pero nadie de los que asistieron a las diversas reuniones de ese martes quedó satisfecho por lo que se decidió en ningún caso.

El miércoles se celebró la vista a media tarde en la tercera planta del juzgado, en la sala de lo civil, al otro lado del ancho pasillo del tribunal de lo penal. Era una sala de madera oscura con techos altos y ventanales con parteluz e hileras de bancos detrás de dos mesas a izquierda y derecha que se reservaban para los fiscales y demás partes implicadas. Enfrente de las dos mesas, sobre un estrado, se situaba el juez. Los dos niños no asistieron.

Luther y Betty entraron en el tribunal esa tarde vestidos para la ocasión. Betty llevaba un vestido marrón y medias nuevas, y se había maquillado los pómulos para disimular los arañazos. Llevaba el pelo recién lavado y peinado, recogido por los lados con un par de las horquillas de plástico de Joy Rae. Tenía un aspecto extrañamente infantil. Luther vestía pantalones azules y camisa de cuadros con corbata roja anudada sin apretar, puesto que el cuello de la camisa no daba para abotonarlo. La corbata le alcanzaba solo hasta media barriga. Entraron y se sentaron detrás de la mesa de la derecha.

Su abogado entró y se sentó detrás de ellos, al otro lado del pasillo del tutor *ad litem*. Al rato llegó Rose con el ayudante del sheriff. El agente se sentó con el tutor procesal y Rose se acomodó con Betty y Luther, y se inclinó para cogerles de la mano y recomendarles que dijeran la verdad y lo hicieran lo mejor que supieran.

¿Qué va a pasar, Rose?, preguntó Betty.

Habrá que esperar a ver qué decide el juez.

No quiero perder a mis hijos, Rose. No podría soportarlo.

Sí. Lo sé, cariño.

Rose se levantó y cruzó el pasillo y se sentó en el banquillo del fiscal, que había entrado en la sala mientras ella había estado hablando con Luther y Betty. Todo el mundo esperó sentado. Fuera del juzgado soplaba el viento, lo oían entre los árboles. Alguien pasó por el pasillo de fuera, oyeron el eco de sus pasos. Siguieron esperando. Finalmente, el juez entró por una puerta lateral y el secretario del juzgado ordenó: Todos en pie, y se levantaron. Siéntense, y volvieron a sentarse.

Ese miércoles solo había un caso civil. La sala estaba casi vacía, con un ambiente viciado y bochornoso, que olía a polvo y cera para madera.

El juez anunció el caso del expediente que tenía delante. Entonces el fiscal del condado se levantó y habló brevemente. El juez ya conocía la demanda por abandono de menores y el fiscal empezó a repasarla para que constara en acta. La demanda explicaba por qué se había dictado una custodia de urgencia para los niños, describía lo que les había hecho el tío de su madre y especificaba las recomendaciones tanto de la fiscalía como de Bienestar Social. Estipulaba que los niños permanecieran en un hogar de acogida hasta que se detuviera al tío y fuera llevado a juicio. Hasta entonces no debía permitírseles volver a casa, puesto que hasta la fecha sus padres no habían demostrado ser capaces de protegerlos de su tío. Los padres tendrían derecho a visitar regularmente a los niños bajo supervisión de Bienestar Social y el caso se volvería a revisar en una fecha futura por determinar.

Entonces se levantó el abogado de los Wallace y argumentó lo que pudo en su defensa, afirmó ante el juez que, dadas las circunstancias, habían sido buenos padres y habían hecho cuanto estaba en sus manos.

¿Están los padres presentes en la sala?, dijo el juez.

Sí, señoría. Están aquí.

El abogado indicó quiénes eran Betty y Luther. Ellos se adelantaron y se colocaron de pie a su lado.

¿Son conscientes del daño que se ha infligido a sus hijos?

Sí, señor, dijo Luther. Señoría.

¿Han intentado evitar que se les causara dicho daño?

No nos dejó.

El tío de su mujer. Se refiere al tío de su mujer.

¿Perdón?

Habla de Hoyt Raines. Se refiere al señor Raines.

Sí. El mismo.

¿Presenciaron lo que les hacía a sus hijos el señor Raines?

Mi marido sí, dijo Betty. Yo no. Solo lo vi después.

¿Y qué hizo?

¿Yo?

Sí.

Le dije que no podía hacerlo. Cuando vino a nuestra casa le dije: No puedes entrar.

Señor Wallace, ¿qué hizo usted?

Entré en el cuarto, dijo Luther. Vi cómo les pegaba con el cinturón y le dije que no podía hacer eso, que parase.

¿Intentó detenerlo por medios físicos?

Bueno, ya le digo, entré en el cuarto. Entonces vino hacia mí y me azotó en el cuello. Todavía me duele. Luther se frotó el cuello por debajo de la camisa.

¿Qué hizo usted después de que le azotara con el cinturón?

Volví a cuidar de mi mujer.

¿Qué estaba haciendo su mujer?

Estaba tirada en el suelo llorando a gritos por culpa de lo que pasaba.

O sea que en realidad no hizo usted nada.

Luther miró al juez, luego echó un vistazo a Betty y volvió a mirar al frente. Entré para intentar detenerlo. Pero me pegó en el cuello. Con el cinturón.

Sí. Ya he escuchado cómo se lo contaba al tribunal. Pero limitarse a entrar en la habitación donde estaba azotando a sus hijos no lo detuvo, ¿verdad? No bastó.

Iba a matarnos.

¿Cómo dice?

Nos amenazó de muerte a mi mujer y a mí si hacíamos algo.

¿El señor Raines dijo que los mataría?

Sí, señor. Dijo exactamente eso, que nos mataría.

Que los mataría si intentaban impedir que azotara a los niños.

Sí, señor.

También si se lo contábamos a alguien, dijo Betty. Si avisábamos a alguien por teléfono.

Es verdad, confirmó Luther. Dijo que si llamábamos por teléfono se enteraría, y nos mataría a los dos como a perros.

O sea que los amenazó a ambos.

Nos amenazó en nuestra propia casa, dijo Luther.

El juez consultó el expediente de la mesa un momento. Luego levantó la cabeza. Es la segunda vez que ocurre. ¿Correcto?

Sí, señor... señorita. Ya lo había hecho una vez, dijo Luther.

¿Saben dónde se encuentra?

No.

¿Dónde creen que podría estar?

Podría estar en cualquier parte. Hasta en Nueva York.

Nueva York. ¿Creen que se ha ido a Nueva York?

O a Las Vegas. Siempre está hablando de reventar Las Vegas.

El juez lo miró. Bien. Gracias a ambos por su testimonio. Pueden sentarse.

A continuación el juez llamó al tutor *ad litem*. El joven abogado se levantó y se acercó a la mesa y relató su entrevista con los dos niños. Concluyó presentando sus recomendaciones al

tribunal.

¿Debo entender que acaba de informar al tribunal de que está de acuerdo con la recomendación del fiscal del condado y Bienestar Social?, preguntó el juez.

Sí, señorita.

Gracias, dijo el juez. Miró a la sala. En un caso como el presente, tengo que tomar dos decisiones. La primera, sobre la demanda por abandono. La segunda, decidir acerca de la custodia de los dos niños. El tribunal ha escuchado a las distintas partes implicadas en el caso. ¿Hay alguien que quiera añadir algo?

Betty se levantó de su asiento detrás de la mesa.

¿Sí?, dijo el juez. ¿Tiene algo más que añadir, señora Wallace?

No iré a quitarme a mis hijos, ¿verdad? Yo quiero a mis hijos.

Sí, señora. Lo tengo en cuenta, dijo el juez. Creo que su marido y usted quieren a sus hijos. No es eso lo que estamos debatiendo.

No me los quite. Por favor.

Pero, señora Wallace, por los testimonios que hoy hemos escuchado, el suyo incluido, resulta evidente para el tribunal que ustedes no pueden protegerlos. Su tío los ha maltratado en dos ocasiones. Estarán mejor en un hogar de acogida.

Pero no me los quite. No, por favor.

El tribunal debe decidir lo que es mejor para los niños.

Los niños tienen que estar con su madre y con su padre.

En la mayoría de los casos, así es. El tribunal trata siempre de que los niños se queden con sus padres. Pero, en este caso, el tribunal ha decidido que estarán mejor en un hogar de acogida. Al menos por el momento. Hasta que localicen a su tío, señora Wallace.

¿O sea que se los van a llevar?

Podrá seguir viéndolos. Bajo supervisión. No se los llevarán muy lejos. Permanecerán en el condado de Holt y podrán visitarlos con regularidad.

¡No!, chilló Betty. ¡No! Entonces gritó algo que ni siquiera eran palabras. Su voz atronó en la sala y retumbó en las paredes forradas de madera oscura. Se desplomó en el banco y se golpeó en la cabeza. Los ojos le giraban sin control. Luther intentó asistirle y ella le mordió la mano.

El juez se levantó, sorprendido. Que alguien la ayude, dijo. Que alguien le lleve un vaso de agua a esa mujer.

Después de la cena consistente en carne y patatas fritas, sentado a solas a la mesa de pino de la cocina, en la casa silenciosa y tranquila con solo el susurro del viento fuera, lavó los escasos platos del fregadero y pasó al comedor. Descolgó el teléfono de la pared y lo llevó con su largo cordón hasta el salón y se sentó en la vieja butaca reclinable y llamó a Fort Collins, a Victoria Roubideaux.

Justo iba a coger el teléfono ahora para llamarte, dijo ella.

¿Sí, tesoro? Pensaba que me tocaba a mí. Me preguntaba si sabrías ya cuándo vendréis Katie y tú a pasar el verano en casa. Espero que todavía tengáis intención de venir.

Ah, sí. No lo cambiaría por nada.

Me alegrará mucho veros por aquí. A las dos.

Solo me quedan un par de semanas más de clases y los exámenes finales.

¿Cómo van las clases?

Bien. Ya sabes. Estudiando mucho.

Bueno. Estará bien teneros una temporada en casa. ¿Cómo está la pequeña?

Ah, bien. Habla de ti sin parar. ¿Quieres decirle algo?

La niña se puso al teléfono.

¿Eres tú, Katie?, preguntó Raymond.

La pequeña se arrancó a hablar de inmediato con su voz aguda, clara y emocionada al mismo tiempo, y empezó a contarle algo sobre la guardería y otra niña que iba con ella, y él no entendió lo que le decía, pero le bastó con escuchar su voz. Luego Victoria volvió a ponerse al teléfono.

No me he enterado muy bien de todo, dijo Raymond. Menuda charlatana, ¿eh?

No calla.

Eso es bueno.

En fin, había planeado llegar para el Día de los Caídos. He estado pensando que quiero llevarle unas flores al cementerio.

A él le gustaría.

Me acuerdo de él todos los días.

Lo sé. Yo incluso hablo con él.

¿De qué habláis?

Ah, pues del trabajo. Como antes. Decidimos lo que hay que hacer. Estoy volviéndome viejo y

un poco loco. Alguien tendría que llevarme al establo y pegarme un tiro.

Yo no me preocuparía mucho. No estás preocupado de verdad, ¿no?

No. Supongo que no. Bueno. Y ahora háblame de Del. Imagino que todavía os veis.

Sí. Anoche salimos. Nos llevamos a Katie al cine. Lo cual me recuerda... ¿Crees que podría echarte una mano este verano en la siega?

¿Él quiere?

Me lo pidió. Me pidió que te preguntara si te parecería bien. Si podía pasar unos días en casa este verano.

Pues claro, nunca va mal una ayuda. Estaré encantado.

Vale, se lo diré. ¿Y tú? ¿Has vuelto a ver a Rose Tyler?

Bueno. Nos hemos visto varias veces. Hemos salido a cenar.

¿Y lo pasáis bien?

Sí, señora. Podría decirse así. Al menos, eso creo.

Me alegro. Quiero conocerla. Todavía no la he visto.

Creo que te gustará. Me sienta muy bien estar con ella. Me gustaría que nos juntáramos todos cuando vengas.

¿Y te estás cuidando un poco?

Sí. Diría que sí.

¿Comes bien?

Bastante bien.

Sé que no es verdad. Sé que no comes bien. Ojalá lo hicieras.

Esto está demasiado tranquilo, tesoro. ¿Has dicho que llegaréis el Día de los Caídos?

Sí. Tan pronto como pueda.

Bien. Tengo ganas de veros.

Colgaron y Raymond se quedó sentado en el salón del fondo de la casa con el teléfono en las rodillas, meditando y recordando. Pensando en Victoria y Katie, y en Rose Tyler, y en su difunto hermano, muerto hacía ya más de medio año.

Mary Wells condujo en un coche prestado hasta Greeley cruzando las altas llanuras, dos horas al oeste de Holt, y pasó todo el cálido día yendo a diversas empresas a pedir trabajo. Al final encontró empleo a última hora de la tarde en una correduría de seguros del centro, en la parte vieja de la ciudad. Después buscó una cabina y telefoneó a casa. Había empezado a sentirse menos angustiada, creía que ahora las cosas mejorarían. Cuando llamó, las niñas habían vuelto del colegio y les dijo que llegaría al anochecer y cenarían juntas.

En Holt devolvió el coche a su amigo y luego recorrió a pie las calles que conducían a su pequeña casa en el sur del pueblo. Todas las calles estaban vacías, todo el mundo estaba cenando. Cuando llegó a casa, las niñas la estaban esperando en los escalones de la entrada. ¿Estabais preocupadas por mí?, preguntó.

Has tardado mucho.

He venido lo más rápido que he podido. Pero ahora ya está. Ya estoy en casa.

Entraron y preparó la cena y se sentaron en la cocina y les contó que esa tarde había encontrado trabajo en Greeley. Allí nos irá mejor, dijo. Podremos empezar de cero.

No quiero mudarme, dijo Dena.

Ya lo sé, cielo. Pero creo que deberíamos mudarnos. Lo siento. No puedo quedarme aquí y sabes que tengo que trabajar para mantenernos. Aquí no podré hacerlo. Al principio tendremos que alquilar un piso. De momento no puedo permitirme otra cosa. Alquilaré una furgoneta tres o cuatro días para la mudanza. Y luego nos quedaremos en un motel mientras busco piso. Miró a las dos niñas, sus caras tan queridas y jóvenes. Hasta puede que encontremos uno con vistas a las montañas. ¿Qué os parece?

Que no tendré amigos allí, dijo Dena.

Aún no. Pero los tendrás. Todas haremos nuevas amistades.

¿Y DJ?

¿A qué te refieres?

Se quedará solo. Cuando nos vayamos.

Escríbele. Y solo estamos a dos horas, podrá visitarnos de vez en cuando. Y tal vez tú también podrías venir a verlo.

No es lo mismo.

Ay, cielo. No puedo arreglarlo todo. Las miró y las dos niñas estaban al borde de las lágrimas.

Pero os he comprado una cosa, dijo. Fue a la salita y regresó con dos paquetes y los dejó en la mesa. Uno era un vestido amarillo para Emma, que se probó y luego giró con él puesto para que la admirasen. El otro paquete era un frasquito de corrector. El eslogan prometía: lo cubre todo. Te enseñaré cómo se usa, dijo su madre.

¿Qué es?

Ahora te lo enseño.

Se acercó a Dena y apretó el tubito y recogió un poco de pasta beige en la yema del dedo y la aplicó a toquecitos en la cicatriz del ojo y la extendió. La cicatriz aún estaba roja y brillante y el maquillaje la disimuló un poco. La niña fue al lavabo a mirarse en el espejo y regresó.

¿Qué te parece?, dijo Mary Wells. ¿Mejor así?

Todavía se ve.

Pero mucho menos, cielo. ¿No te parece? Yo creo que está mucho mejor.

Está bien, mamá.

El viernes por la tarde, cuando Mary Wells y las niñas estaban cargando la furgoneta alquilada, DJ pasó después del colegio y las ayudó a transportar las últimas cajas. Mary Wells había decidido que no podía esperar más. El director de la corredería quería que empezara a trabajar a mediados de la semana siguiente y sabía que si posponía la mudanza tal vez no podría hacerlo. Dudaba de que le quedaran ganas y energía. Había puesto la casa en manos de una inmobiliaria y había hablado con el director y los maestros del colegio, y las niñas podrían aprobar el curso puesto que solo quedaban dos semanas de clases y ambas habían trabajado satisfactoriamente a lo largo del año.

Esos días finales, DJ y Dena fueron al cobertizo del callejón todas las tardes y se sentaron cada uno a un lado de la mesa en la salita oscura iluminada solo por las velas. Comieron galletas saladas y queso y bebieron café y charlaron.

Mamá dice que te escriba, le contó Dena. ¿Me escribirás?

Supongo. Nunca he escrito ninguna carta.

Pero puedes escribirme. Mamá dice que puedes venir alguna vez de visita.

Muy bien.

¿No quieres?

He dicho que muy bien.

¿Qué opinas de mi cara?

¿Tu cara?

La cicatriz.

Está bien. No sé.

¿Crees que con el maquillaje se ve menos?

A mí me parece que está bien. Antes tampoco me parecía mal.

Todo el mundo me mira. Lo odio.

Que les den. Pasa de los otros niños. No se enteran de nada.

Dena lo miró fijamente y le tocó la mano, y él siguió mirándola, luego ella retiró la mano y él apartó la vista.

¿Quieres más galletas?, preguntó DJ.

¿Y tú?

Sí.

Entonces yo también.

Por la tarde la furgoneta estaba cargada y por fin habían bajado la enorme puerta trasera del vehículo. Salieron de la casa y Mary Wells cerró con llave por última vez. DJ esperaba de pie en la acera y la mujer se acercó y lo abrazó de pronto. Ay, cómo vamos a echarte de menos, DJ, dijo. Vamos a echarte muchísimo de menos. Cuídate mucho. Lo soltó y lo miró a la cara. ¿Lo harás?

Sí, señora.

Hablo en serio. Tienes que cuidarte.

Lo haré.

Muy bien. Tenemos que irnos. Rodeó la furgoneta y subió a la cabina. Las dos niñas estaban plantadas delante de DJ, y Emma ya estaba llorando. Le dio un abrazo rápido por la cintura y corrió a subirse a la furgoneta y hundió la cara en el regazo de su madre.

Te escribiré, dijo Dena. No lo olvides.

No lo olvidaré.

Dio un paso adelante y le besó en la mejilla, luego retrocedió y lo miró, y él se quedó mirándola, con las manos en los bolsillos, con aire desolado y abandonado, y entonces Dena dio media vuelta y subió a la furgoneta. El vehículo arrancó y la niña sentada junto a la ventanilla levantó la mano, apenas agitándola, susurrando una despedida, y él permaneció en el bordillo hasta que se alejaron y giraron en la esquina y desaparecieron.

Cuando se marcharon se acercó al porche y miró por la ventana delantera. El interior vacío le pareció extraño. Rodeó la vivienda hasta el callejón trasero y siguió caminando más allá de las casas de las viudas y el solar vacío y la casa de su abuelo.

El pequeño cobertizo de madera estaba oscuro y plagado de sombras. Encendió una vela y se

sentó a la mesa, mirando a la pared negra del fondo y el estante. La luz de la vela parpadeaba y bailaba en las paredes. No había mucho que ver. El cuadro enmarcado del niño Jesús colgado de la pared. Algunos juegos de mesa. Platos viejos y cubiertos desparejados en una caja. Sin ella no estaba a gusto en el cobertizo. Nada era igual. Silbó entre dientes, flojito, una canción. Luego paró. Se levantó y apagó la vela y salió y echó el pestillo. Se quedó un buen rato mirando la vieja casa abandonada al otro lado del jardín devorado por la maleza, el viejo Desoto negro oxidándose entre los matorrales. Luego entró una vez más en el callejón. Anochecía. Tenía que ir a casa y preparar la cena. Su abuelo estaría esperándole. Ya pasaba de la hora a la que le gustaba cenar al abuelo.

Una cálida tarde sin viento Rose Tyler paró frente a la caravana de la calle Detroit y tocó el claxon y esperó, y al cabo de un rato Luther y Betty Wallace salieron al porche. Luther levantó la mano para hacerse sombra en los ojos, luego sacó una toallita del bolsillo de los pantalones de chándal y se secó los ojos con ella, y después se guardó la toallita y cogió a Betty del brazo y la ayudó a bajar los escalones del porche y recorrer el sendero de tierra hasta el coche aparcado al borde de las malas hierbas. Subieron y cruzaron el pueblo. Todo saldrá bien, dijo Rose. Intentad no preocuparos.

La mujer llevaba puesto un delantal cuando les abrió la puerta. Hola, saludó Rose. Ya estamos aquí.

Pasen, dijo la mujer.

Estos son el señor y la señora Wallace.

Les estaba esperando. ¿Qué tal están?

Qué tal, señora, dijo Luther. Le estrechó la mano. Betty también le dio la mano, pero no dijo nada.

Pasen, por favor. Voy a buscar a Joy Rae y Richie.

Los Wallace entraron en la casa como en algún entorno formal donde la circunspección fuera norma. Se sentaron juntos en el sofá. Qué casa tan bonita, ¿no?, dijo Luther. Muy bonita.

Rose se sentó enfrente y enseguida la mujer trajo a los niños de la sala de atrás. Se quedaron de pie a su lado y miraron a sus padres con timidez, después desviaron la mirada. Su ropa parecía recién lavada y planchada, y el flequillo de Joy Rae estaba recortado en una línea recta que le cruzaba la frente.

Podéis sentaros con vuestros padres, dijo la mujer. Les dio un empujoncito.

Los niños se sentaron en el sofá al lado de Betty. No dijeron nada. Parecían avergonzados por la situación. Betty cogió la mano de Joy Rae y se acercó a la niña y la besó en la cara, luego se inclinó y besó a Richie. Ambos niños se recostaron en el sofá y se limpiaron la cara y clavaron la vista en el vacío.

La mujer se excusó para ir a la cocina y Rose se levantó. Yo también os dejo. Seguro que querréis poner os al día vosotros solos, ¿verdad? Después siguió a la mujer a la cocina.

Estás muy guapa, cariño, le dijo Betty a Joy Rae. ¿Te has cortado el pelo?

Sí.

Te queda muy bien. ¿Te lo ha cortado ella?

Me lo cortó la semana pasada.

Bueno, pues te sienta de maravilla. ¿Y tú cómo estás, Richie?

Bien.

¿Qué has estado haciendo?

Leyendo.

¿Un libro del colegio?

No, de la iglesia. Dicen que puedo quedármelo.

Y supongo que habréis jugado con otros niños.

A veces.

Entonces se abrió la puerta delantera. Dos niñas con alegres vestidos entraron y se pararon y se quedaron mirando a la familia Wallace, y luego siguieron hacia la parte de atrás de la casa.

¿Quiénes son?, susurró Betty.

Las otras.

¿Las otras niñas acogidas?

No las vemos mucho, dijo Joy Rae. No quieren saber nada de nosotros.

Rose regresó seguida por la mujer con una bandeja de galletas que dejó en la mesita.

Joy Rae, dijo la mujer, por qué no les ofreces una galleta a tus padres. Y, Richie, reparte las servilletas.

Los niños se levantaron e hicieron lo que les pedían.

¿Les apetece un té?, preguntó la mujer.

No, gracias, señora, dijo Luther. Estamos bien.

Todos se sentaron y comieron galletas y buscaron cosas que decir.

Al final Luther se inclinó hacia la mujer. Hace unos días que me escuecen mucho los ojos, dijo. Supongo que habré pillado una infección. Será conjuntivitis. No lo sé. Dio un mordisco a una galleta y dejó el resto en una servilleta sobre el brazo del sofá y se sacó la toallita del bolsillo y se secó los ojos llorosos. Y a mi mujer, continuó, vuelve a dolerle el estómago. ¿Verdad, cariño? Le duele mucho.

Me duele muchísimo, dijo Betty. Se llevó la mano a la barriga y se masajeó por debajo de los pechos.

Os pediremos cita en el médico, dijo Rose. Ya toca.

¿Y para cuándo?, preguntó Luther.

En cuanto me den hora. Llamaré hoy mismo.

Pero no quiero el mismo médico de la última vez, dijo Betty. No quiero volver a verle en la

vida.

La verdad es que no te ha servido de ninguna ayuda, dijo Luther.

Me dio unas pastillas. Nada más.

Ya veremos, dijo Rose. Intentaré concertar hora con el doctor Martin. Te gustará.

Volvieron a caer en un silencio incómodo.

Joy Rae, dijo la mujer, por qué no les ofreces a tus padres otra galleta.

No diría que no a otra galleta, dijo Luther. ¿Y tú, cariño?

Si no me cae mal al estómago, dijo Betty.

Joy Rae se levantó a ofrecerles las galletas y luego dejó la bandeja y volvió al sofá y se sentó junto a su hermano y lo rodeó con un brazo. El niño se acercó a ella y apoyó la cabeza en su hombro, como si fuera lo único que pudiera hacer dadas las circunstancias.

Telefonó a Raymond hacia el final de la tarde y aún no había vuelto. Cuando volvió a llamar una hora después Raymond ya había regresado de la caballeriza bajo el sol vespertino y contestó al teléfono. Quiero salir a cenar, dijo ella.

¿Y cuándo te apetece que vayamos?

Ahora. Esta noche. Quiero que me invites a cenar fuera hoy mismo.

Será un placer. Pero primero tengo que asearme.

Te estaré esperando, dijo Rose, y colgó.

Raymond se duchó y se puso la ropa de ir al pueblo y fue a Holt en la camioneta. Fuera aún había luz y, con el cambio horario, todavía aguantaría un par de horas más.

Raymond se dirigió a la puerta y Rose salió al momento y la acompañó a la camioneta. Parecía alterada por algo. Fueron al Wagon Wheel Café de la carretera como en anteriores ocasiones, y mientras cenaban Rose le contó que había llevado a los Wallace a ver sus hijos en el hogar de acogida de la zona oeste del pueblo. Él le hizo algunas preguntas que consideró oportunas, pero mayormente se limitó a escuchar, y después la llevó de vuelta a casa.

¿Quieres entrar un rato?, dijo Rose. Por favor.

Por supuesto. Si tú quieres.

Entraron y Rose dijo: Por qué no te sientas mientras preparo el café.

Gracias, dijo Raymond. Se sentó en la silla de costumbre y miró alrededor, estudiando un cuadro que le gustaba particularmente, una acuarela de una arboleda deshojada donde solo quedaban los troncos desnudos, una zona resguardada del viento en una colina y la hierba marrón de la loma dibujándose contra el cielo invernal. Rose tenía más cuadros en las paredes, pero a Raymond le parecían demasiado luminosos y no le gustaban tanto. La oía trajinar en la cocina. ¿Necesitas ayuda?, se ofreció.

No, respondió ella. Ya voy.

Rose regresó y le dejó la taza de café en la mesita junto a su silla, y luego se acomodó en el sofá de enfrente y dejó la suya en la mesita que tenía delante. Entonces, sin previo aviso, se echó a llorar.

Raymond dejó la taza y la miró. Rose. ¿Qué pasa? ¿He hecho algo mal?

No, dijo ella. Se secó los ojos con el dorso de las manos. No eres tú. Para nada. Es solo que llevo triste toda la tarde. Desde que hemos ido al hogar de acogida. En realidad ha ido bien, pero

me ha parecido muy triste.

Era lo único que podía hacerse, ¿no?

Sí. Pero llevo toda la tarde con ganas de llorar. Les he dicho que todo saldría bien. Es mentira. No les he dicho la verdad. Para la policía no son una prioridad. La policía no va a encontrar a su tío y ellos no recuperarán a sus hijos. Esos niños seguirán en régimen de acogida hasta que cumplan dieciocho años o hasta que se fuguen. Nada saldrá bien.

Probablemente no, dijo Raymond.

Volvieron a llenársele los ojos de lágrimas y sacó un pañuelo, y Raymond se quedó sentado mirándola, pero luego se levantó y se acercó al sofá y se sentó a su lado y le pasó un brazo por el hombro.

Rose se secó las lágrimas y se volvió de cara a Raymond. Lo he hecho tantas veces, dijo. Y hoy solo se les ha ocurrido hablar de sus achaques. No les culpo. Es de lo único que saben hablar. Así que he llamado al médico para pedir hora. Pero ¿de qué va a servirles un médico?

De nada, convino Raymond. Un médico tampoco habría ayudado a mi hermano.

Ella lo miró. El pelo entrecano se veía tieso, la cara enrojecida por tantos años trabajando a la intemperie inclemente. Con todo, descubrió ternura en él. Se acurrucó en su hombro.

Siento estar así, dijo Rose. Gracias por escucharme. Y por venir a sentarte conmigo sin que te lo haya pedido. Para mí significa mucho, Raymond. Me importas mucho.

Bueno, dijo Raymond. La acercó un poco más hacia sí. Es mutuo, Rose.

Entonces Rose empezó a sollozar otra vez, contra el hombro de Raymond mientras él la abrazaba. Permanecieron así un buen rato, sin moverse, sin hablar.

Y ahora, fuera de la casa, más allá de la sala silenciosa donde estaban sentados, la oscuridad comenzó a inundar la calle.

Y pronto se encenderían las farolas, parpadeantes y temblorosas, para iluminar todos los rincones de Holt.

Y más allá, fuera del pueblo, en las altas llanuras, brillarían los faroles azules de los patios desde los altos postes de las granjas y ranchos aislados por todo el paisaje plano y desarbolado, y en ese instante se levantó el viento, soplando por los espacios abiertos, viajando sin oposición por los vastos campos de trigo invernal y las viejas pasturas y los caminos de grava, transportando consigo un polvo pálido conforme iba acercándose la oscuridad y cayendo la noche.

Y siguieron sentados en silencio en la sala, el viejo abrazado a esa buena mujer, a la espera de lo que vendría.

Kent Haruf, autor de *Nosotros en la noche*, vuelve al pueblo imaginario de Holt en esta continuación de la «Trilogía de la Llanura» que inauguró con *La canción de la llanura*



Los envejecidos hermanos McPheron están aprendiendo a vivir sin Victoria Roubideaux, la madre soltera a la que acogieron y que ahora ha dejado su rancho para comenzar sus estudios universitarios. Un joven solitario cuida estoicamente de su abuelo, y una pareja de minusválidos intenta proteger a sus hijos de un pariente violento.

A medida que estas vidas avanzan y se entrecruzan, *Al final de la tarde* desvela verdades inmemoriales acerca de los seres humanos: su fragilidad y resiliencia, su egoísmo y su bondad. Su habilidad, al fin y al cabo, para sentirse en familia los unos con los otros.

Esta entrega, nostálgica y repleta de singulares momentos de redención, es un retrato dotado de una esperanza tan sencilla y clara como la prosa de su autor. Con su estilo sobrio, Haruf supo construir en la «Trilogía de la Llanura» un paisaje literario que ha sido comparado con el Mississippi de Faulkner, el Medio Oeste de Sherwood Anderson o la California norteña de Wallace Stegner.

«Perpetúa el valor de las cosas fundamentales. [...] Una América que quizá solo los escritores puedan recuperar.»

JUAN MARÍN, *El País*

«Posee el encanto evocador de la música, los ritmos rústicos de una balada norteamericana y la bella y comedida gracia de un viejo himno.»

MICHIKO KAKUTANI, *The New York Times*

«Cargado de emoción y compasión. [...] Cada acción en Holt crea un clima sombrío, y la esencia de la historia de Haruf es lo que ocurre cuando estas sombras entran en contacto.»

The New Yorker

«[Haruf] escribe con tal asombro ante los misterios de la vida y con tal compasión por la fragilidad humana que parece haber surgido de otra época, de un lugar mejor.»

Newsday

«Un libro amable en un mundo cruel [...], con impulsos sinceros, gente real y el mecanismo ocasional de la gracia.»

The Washington Post

«Hay una decencia que brilla en la precisión con la que Haruf describe lo ordinario. [...] Escena tras escena fluye ante los lectores cristalino como el agua de primavera, prueba de que la verdad, como la virtud, es en sí su propia recompensa.»

Los Angeles Book Time Review

Kent Haruf es autor de seis novelas. Sus historias parten siempre de los espacios y las gentes de ciertas pequeñas comunidades de Colorado, de donde es oriundo. Ha sido galardonado con el Whiting Foundation Writers' Award, el Mountains & Plains Booksellers Award y el Wallace Stegner Award. Obtuvo también una mención especial de la PEN/ Hemingway Foundation y fue finalista del National Book Award, el Los Angeles Times Book Prize y el New Yorker Book Award. Después de que, en febrero de 2014, los médicos le diagnosticaran que le quedaba poco tiempo de vida, Kent Haruf logró reunir fuerzas para escribir su última novela, *Nosotros en la noche*, publicada en Literatura Random House. Tuvo tiempo de trabajar en la edición del libro hasta que en noviembre de ese mismo año, con setenta y un años y justo después de haber entregado las últimas correcciones, falleció. Literatura Random House ha publicado los dos primeros volúmenes de su Trilogía de la llanura, ambientada en el universo de Holt: *La canción de la llanura* y *Al final de la tarde*.

Título original: *Eventide*

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2004, Kent Haruf

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Jessica Brilli

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3450-5

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota

[*] En referencia al título original de la novela: *Eventide. (N. de la T.)*

Índice

Al final de la tarde

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Tercera parte

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Cuarta parte

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Sobre este libro

Sobre Kent Haruf

Créditos

Nota